

La Liberación del Señor Garret

PATRICIA RIVAS





**La liberación
del
Señor Garret**

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)

[Capítulo 68](#)

[Capítulo 69](#)

[Capítulo 70](#)

[Capítulo 71](#)

[Capítulo 72](#)

[Capítulo 73](#)

[Capítulo 74](#)

[Capítulo 75](#)

[Capítulo 76](#)

[Capítulo 77](#)

[Capítulo 78](#)

[Capítulo 79](#)

[Capítulo 80](#)

[Capítulo 81](#)

[Capítulo 82](#)

[Capítulo 83](#)

[Capítulo 84](#)

[Capítulo 85](#)

[Capítulo 86](#)

[Capítulo 87](#)

[Capítulo 88](#)

[Capítulo 89](#)

[Capítulo 90](#)

[Capítulo 91](#)

[Capítulo 92](#)

[Capítulo 93](#)

[Capítulo 94](#)

[Capítulo 95](#)

[Capítulo 96](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 97](#)

[Capítulo 98](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

Posa una de sus manos en mi trasero, apretándome contra él. La otra la introduce por debajo de mi blusa ascendiendo de forma irrefrenable hasta mis pechos.

Nos besamos con desesperación, el deseo envuelve el despacho y a nosotros. Nuestras lenguas juegan en un baile erótico, compulsivo y de necesidad. Muerde mi labio y creo que voy a morir de placer. Desabrocha los botones de mi camisa y yo, lucho contra su cinturón tirando de la hebilla para terminar bajándoselos impacientemente.

Me coge a peso y aprovecho para rodear su cadera entre mis piernas, llamándolo, invitándolo, necesítándolo.

Camino hasta casa con la chaqueta colgando del brazo. Tengo la esperanza de que el aire fresco se lleve el pecado de mi cara.

Me acabo de acostar con mi jefe y mi novio de toda la vida me espera en casa. Bien por ti Emma, solo eres una guarra, podría ser peor...

Sé que lo que he hecho está mal pero también estoy convencida de que volvería a hacerlo. Mi relación está muerta desde hace tiempo y creo que lo único que nos une a Toni y a mi es la hipoteca que hoy en día une a las parejas más que el matrimonio.

— Ya estoy en casa. — vocifero al abrir la puerta.

— Llegas tarde ¿Por qué no has avisado? — inquiera molesto.

— Lo siento cariño, hemos tenido mucho trabajo. Vengo agotada.

Con estas últimas palabras tengo que desviar la mirada, no puedo mentirle y mirarle a los ojos a la vez.

Lo dejo en el salón para entrar directamente en la ducha, quiero quitarme cuanto antes el olor de su perfume, de su cuerpo... y solo con pensar en él, sé

que si me volviera a llamar volvería a encerrarme en su despacho.

El único problema es que conozco perfectamente la trayectoria amorosa de Ian, mi jefe, o para ser más exactos, la NO trayectoria amorosa.

Siempre despampanantes mujeres pasan a su despacho o tengo que reservar en restaurantes caros para él y sus mujeres. Rara vez le he visto repetir cita con el mismo nombre.

— ¡¿Qué vamos a cenar?! — grita Toni aporreando la puerta del baño.

— No lo se... ya salgo.

Rebusco en la nevera algo para comer que se haga rápido y no necesite mucho esfuerzo.

— ¿Una tortilla? — pregunto sosteniendo un par de huevos.

— Uff paso.

— ¿Perrito caliente?

— No tenemos de nada. Si hubieras venido antes podrías haber hecho la compra. — me culpa.

— Lo sé pero no he podido. Me voy a la cama, tú puedes cenar lo que te apetezca

Lo dejo plantado en la cocina y me meto en la cama con la ilusión de soñar con Ian y olvidarme de mi vida durante unas horas. Despierto temprano cuando el despertador ya ha sonado dos veces y sin darme cuenta lo he apagado.

— Apaga eso por dios — susurra todavía dormido.

— Ya está, sigue durmiendo.

Me ducho, me visto y salgo de casa para ir a trabajar. Hoy me enfrentaré a mi jefe después de haberme acostado con él. Tierra trágame y no me escupas hasta que haya pasado la vergüenza.

Me voy a comportar normal, lo saludaré con mi ya habitual "Buenos días señor Garret" y me dedicaré a trabajar. Si hoy me pide que reserve en algún sitio para dos se que volveré a casa hecha polvo.

Soy enamoradiza por naturaleza. Lo que para una mujer es un simple polvo de una noche, en mi hace que piense en niños y en una casita en el campo junto con dos enormes perros...Me siento en mi mesa. Le echo un vistazo rápido a la agenda del señor Garret, pongo en orden las reuniones del día y entra por la puerta

— Buenos días Emma — saluda como siempre.

— Buenos días señor Garret — parafraseo lo que ya tenía pensado sin levantar la vista de la agenda.

Anoche nos tocábamos como si nos conociéramos desde siempre, con complicidad e intimidad y hoy nos saludamos tan formal que parece una broma.

— Por cierto Emma, necesitaría que hoy te quedaras otra vez si puedes...

¿Quiere repetir? ¿Conmigo? Al momento me siento culpable. No por acostarme con mi jefe ni por engañar a mi novio, sino por no dudar ni un segundo.

— Claro.

Capítulo 1

Ocho horas detrás de mi mesa pensando en sus manos paseándose por mi cuerpo libremente es un suplicio.

Tengo que centrarme o si no, el día habrá sido totalmente improductivo. Organizar todas las reuniones que tiene el señor Garret.

A lo largo de la tarde distintos hombres de negocios van pasando por el despacho para cerrar tratos u ofrecerlos.

Suena mi móvil y miro la pantalla. Es mi amiga Helena.

— Dime.

— Esta noche a las nueve. No te olvides que nos conocemos.

Por supuesto que nos conocemos porque ya me había olvidado. Es su cumpleaños y habíamos quedado un grupo de amigas para ir a cenar y celebrarlo pero esta noche había quedado con mi jefe... joder que mala suerte

— Si, lo sé. No me había olvidado — miento descaradamente.

— Seguro... nos vemos en diamont's Beverly.

Suena a puticlub barato pero la verdad es que es un sitio exclusivo que ha abierto hace una semana. Helena llamó para reservar hace meses porque todo el mundo quería ir allí.

Ahora tengo que enfrentarme a mi jefe. Seguro que después de darle plantón hoy no vuelve a buscarme.

Espero hasta el último momento así en cuanto le suelte que tengo otro plan

mejor que hacer el amor locamente podré irme y no sentirme tan estúpida pero las amigas son las amigas.

— ¿Puedo pasar señor Garret? — pregunto tras tocar tímidamente la puerta.

— Adelante.

Camino hasta quedar frente a la mesa y a él. Que espera expectante el motivo por el que le he interrumpido con su cara impassible de siempre.

— Solo quería decirle que no puedo quedarme, lo siento — por algún extraño motivo siento la necesidad de explicarme — una amiga reservó hace meses en Diamont's Beverly por su cumpleaños.

— Vale. Que lo pase bien señorita Connor

Ya es más de lo que esperaba como contestación. Por lo menos me he llevado un sensual "que lo pase bien señorita Connor"

Literalmente corro hasta casa para que me dé tiempo arreglarme.

—... ¿Y por qué yo no puedo ir? — pregunta Toni molesto.

— Porque es una cena de chicas ¿Qué pintas tú?

Y porque las otras veces que has venido has soltado alguna bordería o algún comentario que ha sentado mal a más de uno. Así que por el bien de mis relaciones sociales, te quiero lejos de mis amigos. Evidentemente esta contestación me la he callado pero a veces me dan ganas de soltarle todo lo que pienso.

— ¿Dónde vais a estar?

— En Diamont's Beverly — contesto sin dejar de maquillarme.

Voy por la habitación buscando los tacones con Toni detrás de mí con cara de mosqueo. Una cara que pienso ignorar e irme.

Cojo del perchero el bolso y le doy un beso en los labios.

— Descansa — digo cerrando la puerta.

Como lo más seguro es que bebamos, me monto en un taxi y me ahorro el buscar aparcamiento. Desde lejos las veo a todas en la puerta.

— ¡Siempre tarde! — grita Helena dándome un cariñoso abrazo.

Doy besos y abrazos al resto de amigas. En total somos seis pero seguro que la lían como quince tíos el día de un derbi.

La comida no está mal, en realidad está riquísima pero no pagaría jamás cincuenta dólares por un plato que en realidad cuesta diez pero la cumpleañera manda y paga, que es más importante.

Cada una va contando nuevas noticias. Un nuevo empleo, un nuevo novio, una mudanza pero yo no puedo contar que me tire a mi jefe.

Seguro que mis amigas se alegraban pero mientras menos gente lo sepa, muchísimo mejor.

A mitad de comida se me para el corazón. Por la puerta aparece Toni. Mira que le dije que era noche de chicas pero él siempre hace lo que quiere.

— ¿Qué hace aquí? — susurra en mi oído Helena.

— No lo sé. Le dije que no viniera.

Me levanto de la mesa de un salto para caminar a su encuentro mientras lo miro con cara de te voy a matar pero parece que le da igual ya que continua con la misma sonrisa de suficiencia de siempre que tanto odio.

— Se puede saber que haces aquí. Te dije que solo era para chicas — regaño apuntándole con un dedo el pecho.

— Emma, solo estáis cenando. Es una gilipollez que me tenga que quedar en casa mientras tú te diviertes.

Me deja plantada y se va directamente hacia la mesa. Este hombre consigue ponerme de los nervios.

Me siento a su lado. Sé que la noche no va a terminar muy bien con él aquí. En algún momento va a soltar algún comentario con el que solo se reirá él mientras mis amigas me piden que por favor que no lo lleve más.

— Buenas noches

Escucho a mi espalda. Reconozco esa voz. Instintivamente miro a Toni. Es la voz de Ian, mi jefe, con el que me he acostado y he engañado a mi novio.

— Buenas noches — contesto sin levantarme y apenas sin mirarlo.

— Es tu jefe ¿Verdad? — pregunta Toni mirándolo descaradamente mientras coloca una mano sobre mi hombro.

Como un auténtico macho alfa, solo le ha faltado mearme encima para reclamarme suya. Ian ha seguido su camino sin pararse a charlar y sin cambiar la expresión de su cara.

¿Qué hace aquí? ¿Ha venido porque le dije que iba a estar? No lo creo. Él jamás iría detrás de ninguna mujer.

Mis amigas me miran con cara de ¿Qué está pasando? Pero saben que no deben preguntar, me conozco bastante bien como para saber que algo ocurre y que no es el momento de hablar nada.

— Voy al baño.

Voy hasta el baño. Me apoyo en el lavabo para destensarme un poco. Menuda situación tan violenta. Creo que Toni no se ha dado cuenta de nada aunque tampoco ha ocurrido nada especial como para que sospeche.

Se abre la puerta del baño y ahí. Entero en su esplendor está mi jefe. Mirándome con el brillo del deseo pintado en los ojos.

En dos grandes zancadas llega hasta donde me encuentro. Coloca sus manos en mis muslos y me levanta a peso besándome desesperadamente. No es tierno ni delicado sino que muerde mi labio, aprieta mi cuerpo contra el suyo y camina hasta el baño para encerrarnos allí.

Estampa mi espalda contra la pared y yo no opongo ningún tipo de resistencia. Le busco como él a mí. Clavo mis uñas en su espalda deseándolo más que nunca.

Siento el bulto de sus pantalones a través de mi vestido. Las manos de Ian desaparecen de mi culo y para contrarrestar que no me caiga, me aprisiona más contra la pared, sintiendo un calambre de placer por todo el cuerpo.

Levanta el vestido hasta las caderas y sin miramiento aparta las bragas. No me importa que no sea suave. Lo quiero ahora mismo todo de él.

En unos segundos siento unas embestidas que me tele transportan al cielo. El

placer me rodea por completo con cada empuje.

Siento que aumenta el ritmo y no puedo más. Me agarro a sus hombros disfrutando de la sensación de extremo placer que hacía tanto tiempo que no sentía.

Terminamos con unos espasmos con los que volvemos a la realidad. Espero unos segundos a que la respiración vuelva a su normalidad, después, Ian me suelta y mis pies tocan el suelo.

Quiero eliminar las pruebas de la infidelidad que acabo de cometer. Paso las manos por mi pelo intentando peinarlo.

Salgo para volver a maquillarme pero al abrir la puerta del minúsculo baño me encuentro con Toni.

No he escuchado que entrara nadie pero ahora eso ya da igual. Me ha pillado.

— Nos vamos — me agarra por el brazo apretando más de la cuenta y tira de mi.

Capítulo 2

Tira de mi brazo violentamente. Camino dando zancadas para poder seguir su ritmo

Mientras salimos del restaurante.

Giro la cabeza para ver como Ian no hace nada. Me mira durante una fracción de segundo y después vuelve a su mesa con la más absoluta cara de póker. Ni una sola mueca o signo de disculpa, solo una parsimonia y un pasotismo ya típico en él. No sé de qué me sorprende.

Tenía la esperanza de que me defendiera, de que me proclamara suya como si fuera el perfecto príncipe azul, y no el mujeriego que en realidad es.

Toni abre la puerta del copiloto, me sujeta por los dos brazos y me empuja dentro. Entiendo que esté así, me acaba de pillar con otro... así que simplemente dejo que descargue su ira.

— Menuda guarra eres. — escupe arrancando el coche.

No le contesto. En el fondo pienso que tiene razón. No importa si nuestra relación funcionaba o no, debería haberlo dejado si no sentía nada por él, pero Ian... hasta su nombre me suena sexy... Ian.

— ¿En qué coño piensas que ni contestas? — pregunta cada vez más enfadado.

Quiero sentirme mal, quiero sentir la vergüenza que debo sentir, pero mi mente divaga por otro camino que nada tiene que ver con los de Toni. Recuerdo sus manos, sus labios sobre los míos, la dura pared sobre mi espalda aguantando sus embestidas.

Llegamos a casa. Me empuja contra la pared, puedo ver la ira en su cara y por

encima de esta, asco.

— ¿No piensas decir nada? — gruñe apretando la mandíbula.

— Siento mucho lo que ha ocurrido, no lo tenía planeado. — cuando no hay defensa, no la hay. Solo queda disculparse.

— No estaba planeado. ¡Entonces no pasa nada!

Se acerca hasta pegar su cara a la mía. Cierra los puños sobre mi camisa y me tira al suelo. Rápidamente apoyo las manos para no chocar con la cara. Nunca lo había visto en este estado, realmente está irreconocible, aunque doy por sentado que es por el shock de encontrarme en el baño poniéndole los cuernos.

Intento ponerme en su lugar pero es imposible, la única imagen que viene a mi cabeza es la de Ian, en la mesa de su despacho con alguna mujer que no soy yo... en el baño con otra o cenando, pero siempre con alguna que no soy yo ¿Qué me está pasando?

— No estaba planeado, pero ha servido para darme cuenta de que lo nuestro no funciona. Es mejor que te vayas. — digo desde el suelo sin atreverme a mirarlo.

— ¿Qué? ¿Qué me vaya? ¿Me engañas y encima me dejas? — cada vez ha ido levantando más el tono hasta terminar gritando.

No me importa que grite o que golpee alguna puerta si al final busca su maleta y se va, pero lo que hace no lo habría pensado de él ni en un millón de años. Levanta la pierna para estrellarla contra mi tripa con tal brutalidad que consigue levantarme del suelo. Las rodillas y las manos se despegan totalmente y caigo de lado.

Me hago un ovillo sobre mi misma tumbada en el suelo. Que termine pronto y se vaya, por favor. Está irreconocible, él jamás ha sido una persona violenta ¿lo he convertido yo en esto?

— Diez años juntos y los terminas así.

Tiene una extraña expresión que consigue asustarme. Su cara es una mueca cambiante, colorada y trastornada por la ira.

— Vete ¡lárgate! — grito.

— Muy bien.

Me levanta del suelo como si fuera un peluche, sin ningún esfuerzo y me estrella contra la puerta del comedor. Ese movimiento no me lo esperaba, todo el golpe lo he recibido en el lado izquierdo de la cara.

Se da media vuelta y sale por la puerta dando un portazo que han tenido que escuchar todos los vecinos. Ignoro el dolor, camino rápido hacia la puerta y pongo el pestillo y la llave sobre la cerradura, aunque sé que no volverá.

Aunque me duele todo el cuerpo, me siento feliz por haber terminado con Toni. Solo era un peso sobre mi espalda y mi cartera desde que se quedó en el paro hace año y medio.

Voy al baño y me miro en el espejo. Todo el lado izquierdo de la cara está colorado igual que la parte del estómago donde impactó su pierna. Dos hematomas a cambio de la libertad.

Me desvisto, me meto en la ducha y disfruto del agua caliente sumida en mis pensamientos.

¿Estará pensando en mí? ¿Volverá a llamarme? Salgo de la ducha enrollada en la toalla, abro el armario para buscar el pijama y sin darme cuenta comienzo a mirar los vestidos y la ropa arreglada que tengo por si Ian me llama...

Emma, céntrate. Una noche es lógico. Dos, suele hacerlo raras veces, pero tres jamás ha ocurrido ¿Qué te hace pensar que eres especial?

Por la mañana llamo a Carmen de recursos humanos, no puedo ir a trabajar. Lo que anoche eran rojeces hoy se han convertido en grandes morados. Cuando la adrenalina se fue de mi cuerpo y se enfrió, comenzó a dolerme todo así que hoy es día de reposo e ibuprofeno.

Llamo a Helena para que venga a casa y contárselo todo. Necesito una confidente a la que contarle todas las perversidades que he cometido y quiero cometer.

— Entonces... anoche te tiraste a tu jefe y Toni os pilló. — resume Helena.

— Exacto.

— ¡Qué culebrón! — ríe. — ¿y esos golpes te los hizo él?

Llega la parte espinosa. Sé que es grave y todo eso, que no debo dejar que me pegue pero, para él fue un momento muy duro y creo que no supo afrontarlo de otra forma. No es un maltratador, jamás me había pegado antes de lo ocurrido ayer.

— Si, pero no tiene importancia. — digo moviendo una mano.

— ¿Qué no tiene importancia? Mira, si no quieres denunciarlo vale, pero no vuelvas a estar con él a solas.

— Te lo prometo.

Pasamos la tarde con una botella de vino tinto, explicándole toda la aventura de mi jefe. Sé que Ian no quiere nada con nadie, se que para él solo es sexo pero creo que me estoy colando hasta los huesos y soy incapaz de alejarme o decirle que no.

Capítulo 3

Hoy he decidido que tampoco voy a ir a trabajar. Aun me duele el golpe del estómago. Voy a dedicarme a comer porquerías en pijama y ver la tele.

Normalmente jamás admitiría que me gustan los programas de cotilleos. En el trabajo comentamos entre las compañeras los bien que estuvo el documental en el que el ñu al final se salvaba o la película subtitulada de moda en este momento, pero a mi dame una manta, un bol de palomitas y tres horas de marujeo y prensa rosa y seré la persona más feliz del mundo.

Suena mi teléfono con una llamada de un número que no conozco. Lo ignoro por si es Toni o alguien del trabajo metiéndome prisa. Imagino que por dos o tres días de baja no habrán buscado ninguna sustituta. El señor Garret, Ian... debe estar bastante molesto.

Vuelve a sonar el móvil. Pero que pesada puede llegar a ser la gente.

— No— voy— a — des—col—gar. — digo plantando la pantalla delante de mi cara. Lo pongo en silencio y lo entierro bajo los cojines.

Hay momentos en los que pienso en Toni. Lo he hecho tan mal con él, pero tras analizarlo fríamente, no tenía derecho a hacer lo que hizo. Nuestra ruptura está en un punto de no retorno. Por mi parte y por la suya.

Medio paquete de palomitas más tarde llaman a la puerta. No sé porque se me acelera el corazón, le quito la voz a la tele y me levanto a cámara lenta para que no crujan los muelles del sofá. Camino de puntillas hasta la puerta con las manos sobre el pecho.

Coloco un ojo sobre la mirilla justo cuando vuelven a golpear la puerta. Lo que veo al otro lado me corta la respiración. Juraría que puedo notar cómo se para mi corazón y se me agita la respiración.

Ian está ahí. Delante de la puerta con las manos en los bolsillos y el semblante serio como siempre. ¿Qué hace aquí? madre mía y yo con estas pintas. Si en algún momento he llegado a pensar que quedaría una tercera vez conmigo, en cuanto me vea, se han terminado mis oportunidades. Lentamente quito los pestillos y abro la puerta.

— Buenos días señor Garret ¿Qué hace aquí? — pregunto respirando entrecortadamente.

— Buenos días Emma. — dice mirando fijamente la parte de la cara amoratada.

Doy media vuelta invitándolo a entrar, más porque deje de fijarse en el golpe que por otro motivo.

— Lleva usted dos días sin ir a trabajar.

— Lo siento mucho. He estado algo indispuesta pero mañana sin falta estaré allí. — explico atropelladamente.

Se queda callado, mirándome. Es el momento más incómodo que recuerde haber pasado. Lo segundos pasan y nada. Al final con un sonoro carraspeo por fin se anima a hablar.

— ¿Cómo se ha hecho eso? — pregunta señalándome el rostro.

— No tiene importancia. Parece más de lo que es. — sonrío.

En el momento que no corresponde a mi sonrisa y continúa con el semblante serio, cambio el mío también.

Una llave suena en la cerradura, gira el picaporte y aparece Toni en el umbral. Si antes pensaba que no había momento más incómodo que el tenso silencio de tu jefe, mentía. Es muchísimo más violento que llegue tu ex—novio y te encuentre con el hombre con el que le has puesto los cuernos, la situación mejora por momentos.

No sé porque narices no he vuelto a colocar la llave en la cerradura, así que por mi torpeza, ahí estamos los tres.

En cuanto Toni nos ve, se que se va a liar. Tiene la cara colorada y los puños apretados.

— Si que te has dado prisa en meterlo en casa. — dice plantándose delante nuestra.

— No es lo que parece. Solo ha venido para saber porque he faltado al trabajo. — explico. — ¿Podemos hablarlo después en privado? — susurro acercándome a él.

— ¿En privado? — ríe a carcajadas. — ¡Pero si te lo has follado, que más te da!

Joder, si después de este numerito me quedo en el paro no podré reprocharle nada a mi jefe que se comporta como un espectador. Tan solo mira a Toni, sin intervenir ni decir nada.

— Por favor. — pido pasando la mano por la frente, totalmente avergonzada.

— He pensado que ya que eres tú la que me ha puesto los cuernos, eres tú la que se va de la casa.

Me sujeta del brazo y comienza a tirar de mí para sacarme al portal. Estoy en pijama y sin absolutamente nada ¿Cómo me voy a ir sin recoger antes mis cosas?

No me da tiempo a decirle nada porque antes de que me dé tiempo a contestar, Ian lo ha empujado contra la pared y le ha obligado a soltarme el brazo. Lo mantiene pegado con el antebrazo en el pecho.

— Ella se va a ir. No porque tú lo digas. — Acerca su rostro al de Toni hasta casi tocarle la nariz con la suya. — Sino porque no tiene porque aguantar a un animal como tú.

Lo separa de la pared y lo lleva a rastras hasta la puerta. Toni no dice nada, está tan asustado como yo. El hombre de hielo comportándose como el fuego, creo que ni en un millón de vidas volveré a ver algo así.

— Dentro de dos horas ven. Ni un minuto antes. — lo empuja y cierra la puerta, dejándolo a oscuras en el portal.

Yo sigo en la misma posición. No he movido ni un músculo. Ian camina hasta mí. Mi caballero andante...

— Vamos. Recoge lo que quieres llevarte.

Hasta ahí han llegados mis pensamientos sobre príncipes azules o caballeros de armadura reluciente. Con la misma seriedad e indiferencia de siempre me insta a que prepare mis cosas.

No me ha defendido porque sea yo, me ha defendido porque era un abuso de fuerza y cualquier hombre que viera a una mujer en esa misma situación habría hecho algo parecido.

— Pero no tengo ningún sitio a donde ir.

— Recoge tus cosas, Emma.

Fin de la conversación. Por encima de todo tengo grabado a fuego que es mi jefe, así que sin pensarlo dos veces voy hasta el armario y saco la maleta del altillo para comenzar a llenarla de todo lo que vaya a poder necesitar donde quiera que vaya.

Capítulo 4

Para llevarme todas mis cosas necesitaría cinco baúles y tres días. Estoy tan nerviosa que no sé ni lo que hago. Ian está sentado en una silla mirando su teléfono, falta media hora para que vuelva Toni y comienzo a vaciar la maleta, porque he metido cosas innecesarias.

Venga, céntrate. Ropa interior, chaquetas, mis trajes para ir a trabajar, zapatos, maquillaje, el secador, la plancha... esto es imposible. Resoplo colocando las manos sobre mis caderas.

Al final doy por sentado que algunas cosas las voy a perder y tendré que comprarlas de nuevo. La maleta está llena hasta los topes, no podría meter ni un alfiler. Salgo de la habitación arrastrándola con los dos brazos, tirando de ella, como si en lugar de mover una maleta, estuviera moviendo un elefante.

Ian levanta la vista de su teléfono por primera vez en toda la hora y media. No sé que habrá estado haciendo o con quien habrá estado hablado, pero siento celos de esa pequeña pantalla.

— ¿Lista?

— Creo que sí. — miro alrededor mía por si me olvido de algo importante.

Nos dirigimos hasta la puerta. Tengo una batalla increíble, en la que claramente la maleta me lleva ventaja. Antes de salir al portal, mi frente está perlada de pequeñas gotas de sudor.

Tengo la sensación de que a Ian toda esta escena le hace gracia. Por fin se apiada de mí, me la arrebató de las manos y la lleva con una facilidad insultante. Este es el momento en el que debería apuntarme a un gimnasio para que mis músculos dejaran de estar de adorno en mi cuerpo.

En la calle, un coche negro nos espera. De la puerta del conductor sale un

hombre, que rápidamente, abre la puerta de los acompañantes para que entremos. Lo saludo con una sonrisa, pero él simplemente baja la cabeza ¿Impone mi jefe a todo el mundo tanto como a mí?

No sé dónde vamos y tampoco me atrevo a preguntarlo. Todo el trayecto lo estamos haciendo en silencio. No entiendo porque él no se siente incómodo, es más, parece disfrutar.

Miro por la ventanilla, inspecciono con la mirada el coche. Los asientos de cuero provocan que el coche huela de una manera que me encanta. Miro de reojo a Ian, y cuando me pilla, bajo la mirada rápidamente con la vergüenza invadiéndome por todos los poros. Me siento como una niña recién regañada por su padre.

Por fin entramos en un sótano. Aparca el coche y nos bajamos. El hombre que conducía, baja mi maleta del maletero y se la tiende a Ian.

— Muchas gracias. Me llamo Emma.

— No tiene porque darlas señorita, es mi trabajo. Mi nombre es Max.

— Encantada Max.

Me parecía una falta de respeto no presentarme al hombre que nos ha traído hasta aquí y que ha cargado y descargado mi maleta del coche. Me giro en busca de Ian, que ya me espera montado en el ascensor con el dedo sobre el botón para que no se cierre la puerta.

— ¿Dónde vamos? — me animo a preguntar.

— A mi casa.

No puedo creerlo. Voy a vivir en su casa, con él. Disfrutaré de su compañía todo el día, y con suerte, también las noches.

Nunca he estado aquí ni para traerle un recado ¿Habría traído a muchas mujeres? No me importa, ahora soy yo la que está en su casa, y pienso disfrutar todos y cada uno de los momentos a su lado. Puede que yo lo cambie, puede que se enamore de mí...

— ¿Vienes? — pregunta entrando por la puerta.

Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no me había dado cuenta

de que habíamos llegado.

— Si, si. Disculpe. — contesto corriendo a su lado.

Nada más entrar, nos encontramos en un enorme salón minimalista. Todo decorado en tonos blancos, que le da un aspecto bastante frío a la casa. No hay ni una fotografía o cualquier cosa que le dé calidez a este lugar.

Una mujer mayor viene a nuestro encuentro. Tiene un aspecto tierno, como lo tenía mi abuela, y sin conocerla de nada, siento cariño hacia ella.

— Buenos días señor.

— Buenos días Dorotea. Esta es Emma, va a pasar una temporada con nosotros. Enséñele su habitación, la casa y las normas.

— Encantada señorita. — saluda Dorotea con una pequeña sonrisa.

— Igualmente.

— Tengo que irme. — dice mirando su reloj. — mañana no vayas a trabajar.

Abro la boca para decir algo, no sé el que, pero este hombre es como un fantasma. Da sus órdenes y se va sin educación ninguna ¿Y si tengo algo que decir? Da igual... se ve a la legua que es el que manda.

— Venga señorita, le voy a enseñar su habitación.

— Llámame Emma, por favor.

Dejamos la maleta donde la había soltado Ian, dudo que alguna de las dos tenga fuerzas para cargar con ella. Subimos unas amplias escaleras de caracol que da a un pasillo. Dorotea me guía hasta la última puerta.

Una enorme cama preside el cuarto, dos mesitas de noche, un escritorio y otra puerta que da a un baño. Esta habitación es tan fría como el resto de la casa y su dueño.

— ¿Qué significa eso de las normas? — nada más preguntarlo sé que no me va a gustar.

— El señor es meticuloso y tiene algunas normas de obligatorio cumplimiento. Primero, nada por medio. Segundo, nada de fiestas o reuniones de más de cuatro personas. Tercero, nada de ruidos. Cuarto...

— ¿Cuántas hay? — pregunto incrédula.

— Mejor te las doy por escrito y así puedes aprendértelas.

Por la puerta aparece Max con mi maleta, resoplando y sudando como un pollo.

— No tendrías que haberte molestado. — corro hacia él para ayudarlo.

— No se preocupe, no me importa.

Estoy empezando a cansarme de tanto protocolo y tanto señorita. No soy nadie, no tengo dinero, ni propiedades, a mi no tienen que tratarme como si fuera la reina de Inglaterra.

— Llamadme Emma, por favor.

— El señor es muy cuidado con el protocolo, Emma. — explica Dorotea.

— Entonces vamos a usar el protocolo que tanto le gusta al señor. Yo soy su secretaria, una trabajadora pobre a la que su ex novio acaba de echar a la calle, así que podéis tutearme.

El señor Garret impone a todo el mundo, igual que a mí. Que tendrá que intimidar tanto. No tengo ni idea, pero pienso descubrirlo.

De momento, solo con haber entrado en su círculo íntimo creo que es un paso de gigante. Ahora sí que está más cerca mi casita con perros y niños, o tal vez me estoy ilusionando demasiado y lo que está cerca es el batacazo de mi vida.

Capítulo 5

Me tumbo en la cama con el papel en alto. Las normas de este hombre son algo absurdas, jamás había visto a nadie tan perfeccionista ni que le gustara tenerlo todo tan atado.

Doy media vuelta y apoyo los codos sobre la cama, dispuesta a leer el papel y memorizar cada estúpida regla.

- 1. Nada de reuniones de más de cuatro personas.*
- 2. Todo ordenado y recogido*
- 3. Para ir a cualquier sitio se tendrá que informar al chófer.*
- 4. Se desayuna a las siete, se come a las dos y se cena a las nueve.*

Esto tiene que ser peor que el servicio militar. No sé cómo puede pretender tenerlo todo tan controlado.

Tiro el folio a un lado, resoplando. Me levanto de un salto y coloco la maleta sobre la cama. Podría considerarse que está por medio y no quiero problemas el primer día que estoy aquí.

Media hora después, todas mis pertenencias solo ocupan una parte del armario, casi nada. Todo aquí es tan amplio y vacío que da la sensación de que no vive nadie.

Salgo de la habitación, bajo las escaleras procurando no hacer ruido. Todo es tan perfecto, tan blanco y está tan bien colocado que si me cayera por las escaleras, temería romper uno de los carísimos jarrones que la adornan.

Dorotea está en la cocina con su impecable delantal blanco, una redecilla en el pelo y un trapo colgando de su bolsillo.

— ¿Qué estás cocinando?

— Navajas al aceite de tomate seco y dulce de membrillo. — contesta orgullosa.

— ¿Qué?

La casa fría va acorde con la personalidad de Ian, aunque algo en mi interior me dice que realmente no es así, pero no podía imaginar que la comida también seguiría ese mismo estilo. Ya no recuerdo ni lo que me ha dicho, navajas con no se que...

— Este plato le encanta al señor.

— Dorotea... ¿Sabe usted porque Ian... perdón, el señor Garret se comporta así? — pregunto con la esperanza de poder sonsacarle algo de información.

— Emma, yo no puedo hablar del señor. Solo puedo decirte que lo conozco desde pequeño... me da tanta pena verlo así. — pasea un dedo bajo su ojo.

¿A qué se refiere? Estaba en lo cierto. Algo le pasó para que se volviera tan frío y distante. Si lo averiguo... puede... tal vez consiga que deje esa pose tan fría... tal vez se enamore de mi... tal vez...

Dorotea me mira con la mirada de una madre, comprendiendo al instante mis pensamientos. Tengo que dejar de pensar como si mi vida fuera un cuento Disney, eso solo puede hacerme sufrir.

— Le tienes cariño ¿Verdad?

— Es como si fuera mi hijo. — contesta con una dulce sonrisa. — ¿Quieres que te cocine algo?

— No te preocupes, no tengo hambre. Creo que voy a acostarme un rato.

Dejo que la pobre mujer continúe con su trabajo. Por nada del mundo querría ser la causante de una bronca porque no le haya dado tiempo terminar la comida.

Bajo la persiana, me meto en la cama que se parece a una enorme nube, cómoda y blandita.

Ian me ha dicho que no vaya mañana a trabajar ¿Por qué tengo que hacerle caso? No quiero seguir de baja y aburrida y menos encontrándome

perfectamente. ¿Lo habrá dicho por el hematoma de la cara? Voy hasta el baño para mirarme en el espejo. Es cierto que se nota, pero con un poco de maquillaje puedo disimularlo perfectamente.

Me meto en la cama mirando al techo. No es posible que este hombre sea tan superficial, me engaño a mí misma, pues claro que es posible, ¿cuando le has visto salir a cenar con una chica bajita? ¿Con una rellenita? ¿Con una plana como una plancha? Él solo sale con chicas diez, de esas que ves en las revistas y en noche vieja.

Sola en la cama me he ido enfadando, yo sola con mis pensamientos. Cuando despierto son las diez de la noche, lo que quiere decir que ha pasado la hora de la cena, nadie ha venido a avisarme para que bajara a comer y tengo un hambre terrible, así que siendo desobediente salgo de la habitación. Primero saco la cabeza para mirar a ambos lados del pasillo, por si hay moros en la costa, despacio, salgo andando de puntillas.

La adrenalina corre por mis venas. Parece mentira que esté ahora más nerviosa que cuando me escapaba de casa para salir de fiesta.

Llego a la cocina, veo la cantidad de armarios que adornan la pared y que no se que contienen. Mierda. Me decido por el primero, que para mi desgracia solo tiene pasta, de todos los tamaños y colores, pero pasta al fin y al cabo. Abro el de abajo y veo una bolsa de magdalenas. Solo de pensar en ellas comienzo a salivar.

Quiero estar aquí el menor tiempo posible, abro el envoltorio y me meto una en la boca, la mastico una y otra vez, pero por agonía me ha hecho bola.

— Buenas noches Emma. — Saluda Ian a mi espalda.

Joder. Si había algo peor a que me pillaran rompiendo las normas, es que me pillen rompiéndolas con una magdalena entera en la boca y sin poder hablar.

Me giro lentamente para encararlo. Comienzo a masticar de forma frenética mientras levanto un dedo pidiéndole un minuto. No sé porque tengo la sensación de que esta escena le divierte. No porque muestre una sonrisa, ni porque ría a carcajadas, por el brillo de sus ojos.

— Lo siento señor Garret.

— Fuera del trabajo puedes llamarme Ian.

Ian. Puedo llamarlo por su nombre. Esto tiene que significar algo ¿No? si, solo que estoy loca perdida.

— Me quedé dormida. — explico atropelladamente. — no estoy acostumbrada a estos horarios y tenía mucha hambre.

— Está bien. Buenas noches, Emma.

Cada vez que escucho salir de sus labios mi nombre es como para un marinero escuchar cantar a una sirena. Hipnótico, apasionante y atrayente.

Salgo de la cocina a paso ligero por si cambia de opinión. El corazón me va a mil, está a punto de salirse por la boca y bailar un tango de Gardel. Hace media hora me desperté enfadada y ahora, me acuesto rememorando mi nombre salir de sus labios. Emma, Emma, Emma.

Suena el despertador como todas las mañanas, anoche no me acordé de desactivarlo y ya que estoy despierta, decido que voy a intentar por todos los medios que este hombre tan extraño, deje de impresionarme tanto.

Salgo hacia el trabajo aunque Ian me haya dicho que hoy no fuera. Llego antes de tiempo, coloco la chaqueta y el bolso en su sitio, me siento en mi mesa. Ya solo tengo que esperar que aparezca por la puerta y ver su reacción.

Los segundos me parecen horas. Nerviosa, me dedico a tamborilear los dedos sobre la mesa.

Por fin lo veo acercarse. Él no me ha visto aun, está ensimismado leyendo algo en el periódico. Me acomodo sobre el asiento en una postura más natural.

— Buenos días señor Garret. — saludo con mi ya habitual tono cortés.

Levanta la cabeza, me mira con los ojos abiertos y se queda plantado donde está.

Capítulo 6

Hace cinco años que trabajo para él. Aun recuerdo el día que lo conocí como si fuera ayer.

Iba por la calle en busca de una cafetería, necesitaba un café para llevar urgentemente. Casi podía decirse que iba dormida por la calle y todo por culpa de los exámenes finales. Al cruzar una esquina, choqué con él. Todos los papeles salieron volando y terminaron esparcidos por la acera.

— Perdona ¿Estás bien? — preguntó un Ian mucho más simpático que el de ahora.

— Si, si. Lo siento tanto, iba mirando los papeles y no te vi.

Nos agachamos los dos a la vez para recoger los apuntes, mientras tanto, me regaló su hermosa sonrisa, esa que no he vuelto a ver.

— ¿Económicas? suerte con tus exámenes.

— Muchas gracias. — contesté con sonrisa bobalicona.

Unos meses después comencé a trabajar aquí. Cuando me senté en mi mesa y llegó el primer día, lo reconocí al instante. Era increíble la suerte que había tenido, pero nada en su trato hacia mí me hizo pensar que se acordaba de aquel encuentro y su carácter no era ni la sombra del que tenía el hombre con el que choqué.

Sacudo la cabeza para sacar esos pensamientos. Tengo que trabajar y no perder el tiempo con recuerdos inútiles.

Cuando me ve, se queda plantado donde está, al momento reacciona y continúa su camino hacia el despacho.

— Buenos días.

Hoy no me ha llamado por mi nombre ¿Será eso un signo de que está enfadado?

Puedo verlo desde mi mesa, en lugar de pared, tiene una enorme cristalera con una cortinilla que no ha cerrado hoy. Enciendo el ordenador, de reojo lo miro sin mover ni un milímetro la cabeza. Pasea de un lado a otro de su despacho con el teléfono pegado a la oreja.

En el fondo, no sé si he tenido suerte de que viniera a buscarme y me llevara a su casa, quiero decir, me encanta poder verlo a todas horas y estar dentro de su ambiente, pero creo que voy a sufrir, que no va a cambiar por mí como no ha cambiado por ninguna.

— Emma, necesito que me traigas los papeles de Justin. — pide Ian desde la puerta con el móvil todavía en el oído.

— Por supuesto.

Sin pensarlo dos veces salgo, me monto en el ascensor y bajo a la planta de Justin. Es nuestro veterano, se jubila en unos días y le estamos preparando una fiesta todos los compañeros. Ian en persona le va a entregar un reloj grabado por sus cuarenta años en la empresa.

— Necesito los papeles del señor Garret.

Sé que es mayor y entrañable, pero se mueve tan lentamente que me está poniendo nerviosa. Quiero decirle que se dé prisa, que los necesito para ayer, pero el respeto hacia nuestros mayores me lo impide.

— Toma guapa. — Me tiende un tocho enorme y salgo disparada.

Llego al despacho, coloco el informe sobre la mesa de Ian que continua con la llamada. Me recreo un poco en colocar bien los papeles a ver si tengo suerte y me entero de que está hablando.

— No... Dile que no...¿Crees que me importa? Si tiene algún problema que me llame...

No entiendo nada. ¿Será algún tema de trabajo o será algo personal? Cuando se gira y clava su mirada en mí, sé que es momento de salir.

Menos mal que ya casi es la hora de comer. Debería haberle hecho caso. El golpe del estómago me duele más que ayer, debe de ser de estar toda la mañana sentada en la silla. A lo mejor me dijo que me tomara el día libre mirando por mi salud y no porque se avergonzara.

Antes de irme a comer me armo de valor, respiro profundo e ignorando el colibrí que llevo en el pecho en lugar del corazón, llamo al despacho de Ian.

— Señor Garret, quería decirle que ya he terminado de hacer todo. Si no es mucha molestia... no estoy totalmente recuperada... y bueno... ¿Podría tomarme la tarde libre?

— Llama a Max y que te recoja. No es necesario que vengas después.

— Gracias. — musito avergonzada.

Pedirle la tarde libre ha sido admitir que estaba equivocada y que él tenía razón. No debería haber venido hoy.

Me monto en la parte trasera del coche con Max al volante. Es mayor que yo, pero se pueden ver unas facciones bonitas. Seguro que de joven fue todo un rompe corazones.

— ¿Estás casado Max?

— Tengo una estupenda esposa y dos hijos que viven fuera. — contesta mirándome por el retrovisor.

— Que envidia.... — sueño despierta. No sé si algún día formaré una familia...

Llevaba diez años con Toni, era la persona con la que debería haber formado una familia, pero mi atracción por mi jefe lo ha fastidiado todo. Ahora mis expectativas son minúsculas aunque siempre he querido ser madre, tener un ser al que cuidar, que te va a querer incondicionalmente. Prefiero no pensar en esas cosas, me entristece.

Al entrar por la puerta me encuentro con Dorotea que da vueltas por la cocina como un pollo sin cabeza.

— Hola Emma. — saluda sin levantar la cabeza de la sartén.

— ¿Te ocurre algo?

— Es mi hijo. Me acaban de llamar del hospital, pero no me han explicado nada. — explica angustiada a la vez que se le cae el tenedor al suelo.

— Dios mío Dorotea, tienes que ir.

Comienza a llorar. Se quita el trapo que le cuelga del bolsillo y se lo pasa por la frente, después, lo deja sobre la encimera. No entiendo como no ha salido corriendo justo cuando la han llamado.

— Busca a Max y que te lleve. Yo terminaré de hacer la cena. — le quito el delantal y la empujo hacia la puerta.

— Muchas gracias. — Lloro — eres un ángel.

Espero que no tenga nada su hijo, que haya sido algo sin importancia. Miro la receta de Dorotea, cruzo los dedos para que no sea algo como tomate seco. Mis conocimientos culinarios comienzan y terminan en huevos fritos.

Arroz meloso al pil pil de cocochas de merluza. Lo único que entiendo de la receta es arroz meloso y merluza. ¿Por qué cocinan estos platos? Antes incluso de empezar sé que no voy a saber hacerlo.

Como es para la cena, lo primero que hago es meterme en google y buscar que narices son las cocochas. Paso más tiempo del necesario mirando tonterías, una página te lleva a otra y así te sorprendes un par de horas después, sabiendo que te ha pillado el toro.

El arroz meloso que aparece en la fotografía no se parece en nada al mío, que es seco y sin crema. Me estoy agobiando solo con pensar que Ian se va a tener que comer esta porquería que hasta a mi me sabe mal.

Entra por la puerta, tan impecable como cuando se fue esta mañana. Yo en cambio, tengo el delantal lleno de manchas y el pelo recogido en un moño del que caen varios mechones.

— El hijo de Dorotea está en el hospital y le dije que se fuera. — Explico — creo que a ella le habría quedado mejor este plato. — murmuro mirando la receta, buscando en qué momento me he podido equivocar.

— ¿Has cocinado tu? — pregunta acercándose.

— Puf. Más bien lo he intentando. No se parece en nada a este. — digo señalando la foto.

— En nada. — Corrobora.

Lentamente levanto la cabeza. Estaba tan ensimismada que no me había dado

cuenta de que estaba pegado a mí, mirando la imagen también.

Esta vez si veo una minúscula sonrisa. ¿Es esta su forma de bromear? No puedo evitarlo, solo con pensar que mi jefe se va a tener que comer esto, rompo a carcajadas.

— No...No tiieness... que commerttelo. — intento vocalizar entre risa y risa.

Le brillan los ojos mientras acerca la nariz al plato. Creo que está intentando averiguar si es venenoso.

— Vamos a cenar.

Capítulo 7

Mientras coloco los platos y las copas en la mesa, Ian abre una botella de vino blanco. Vierte un poco en una de las copas y me la pasa.

— Pruébalo.

Doy un pequeño sorbo, el sabor del vino invade toda mi boca, es afrutado y delicioso. El mejor que he probado nunca.

— Está riquísimo ¿Dónde lo has comprado? — miro la etiqueta de la botella buscando más información. Domaine de la Romanée Conti. Jamás había escuchado ese nombre, pero mi dominio del alcohol es tan extenso como el de la cocina.

— En Francia. — sirve un poco más en mi copa.

Termino de colocar todo. Mirando la cena y ese vino, podría imaginarme que estoy en una cita con él. Que somos una pareja normal y corriente disfrutando de una noche juntos, pero ese ser maligno de mi interior se ríe a carcajadas por mi estupidez.

— Me gustaría llamar a Dorotea, por lo de su hijo, pero no tengo su número.

— Claro. — busca su número en el móvil y gira la pantalla hacia mí.

Lo anoto en mi agenda y pulso el botón de llamada.

— ¿Si?

— Soy yo, Emma. ¿Cómo está tu hijo?

— Ha tenido un accidente de moto, pero está bien gracias a dios. Tiene que estar ingresado tres días.

Puedo sentir la pena en su voz. Si yo fuera madre y mi hijo hubiera tenido un

accidente, no lo dejaría solo en el hospital ni un minuto. Ella debe sentirse igual.

No se la gracia que le hará a Ian, pero no me importa, esta mañana me propuse ser más valiente y temerlo menos.

— Quédate con tu hijo. Dime lo que tengo que hacer y lo haré.

— No sé si le va a sentar bien al señor Garret.

— No le importa. — bajo un poco la voz y me alejo de la mesa. — está aquí conmigo y no le importa.

Espero que no me haya escuchado. No quiero ni girarme hasta haber colgado el teléfono.

— ¿En serio? — rompe a llorar. — En tres días estoy allí. Muchas gracias cielo.

Vuelvo a la mesa como si nada extraordinario hubiera pasado. Bebo un sorbo de vino antes de mirarlo. Es increíble que aunque luche contra lo que me provoca, sienta estos nervios en mi estómago cada vez que tengo que decirle algo. Cuando clava sus ojos azules, fríos como el hielo en mi, hace que me vuelva pequeña, minúscula.

— ¿Acabas de dar el día libre a mi asistente? — pregunta.

Si fuera una persona normal, te lo preguntaría a voces por ejemplo y sabría que está enfadado, o te lo preguntaría con una sonrisa en la cara, pero con él, no tengo ni idea.

— En realidad le he dado tres. — murmuro. — Su hijo está en el hospital y no tiene a nadie más. ¿Es qué no tienes corazón? — dicen que la mejor defensa es un buen ataque. — además, yo me voy a encargar de sus cosas.

— Tu misma. Si crees que puedes hacer todo lo que ella hace, adelante. — da un sorbo a su copa.

Nos comemos la cena en silencio. El ambiente ha cambiado de tenso, como siempre cuando estoy con él, a glacial polo norte.

Tres días después estoy agotada. No tenía ni idea de que Dorotea era el alma de esta casa. Todo funciona gracias a ella. Tengo que acordarme de ayudarla

un poco cuando vuelva porque si a mí me ha costado y tengo veinte años menos, no quiero pensar lo que supone para ella.

Ian no me ha facilitado las cosas para nada. En el despacho he tenido el doble de trabajo, el doble de informes y el doble de recados. Sé que ha sido su venganza por haberme tomado tantas libertades, pero no me importa porque he podido hacerlo todo y eso me permite el lujo de dedicarle mi sonrisa de suficiencia de chúpate esa, listo.

Esta noche es la fiesta de jubilación de Justin. Me he recogido el pelo en una cola alta y el vestido me tiene enamorada desde el día que lo vi en el escaparate. Es una palabra de honor azul, pegado hasta las caderas, después, la tela se convierte en gasa y cae suelto hasta el suelo.

Bajo al salón para esperar a Ian. Toda la noche con él, de fiesta. Estoy emocionadísima porque cada cosa que haga con él, es una oportunidad para que se fije en mí.

Aparece por las escaleras con un esmoquin que le sienta como un guante, parece hecho a medida aunque lo más probable es que así sea. No me lo imagino en una tienda probándose ropa. No me lo imagino tratando con gente de forma normal, riéndose y bromeando. Es absurdo su modo de comportarse ¿tendrá alguna enfermedad que le impide ser feliz?

— Estás muy guapo. — nada más soltarlo me he avergonzado y he ido bajando el tono hasta convertirse en un susurro.

— Tu también.

Camino hasta él para ir a buscar a Max. Me extraña escuchar el timbre a estas horas, todos los empleados tienen llave ¿Quién será? Ian camina hasta la puerta, aparece una mujer despampanante, muy a su estilo.

Sus piernas parece que llegan al cielo mientras que las mías solo hasta mis caderas, tiene una larga melena rubia a juego con sus ojos azules y el cuerpo...es tan delgada, tan perfecta... ¿Cómo he podido pensar que Ian iría conmigo a la fiesta? ¿Cómo he podido ser tan ilusa?

Emma, tienes que dejar de comportarte como una adolescente y ser la adulta que eres, lo conoces, sabes como es y aun así sigues engañándote, alimentando ilusiones. Crees que estás viendo un oasis en pleno desierto,

cuando en realidad solo hay arena por todas partes.

— Estás impresionante. — suelta la chica dándole un beso en la mejilla.

— Emma, que te lleve Max, nosotros iremos en mi coche. — dice Ian girando la cabeza para mirarme.

Tengo que esforzarme para arrancar una sonrisa de no pasa nada, estoy feliz, esto no me importa ni tu tampoco.

— No, no. yo voy en mi coche, que os lleve a vosotros. — sonrío justo antes de salir por la puerta.

Nada más montarme en el coche me quito los tacones. El único motivo por el que me los he puesto ha sido para contrarrestar mi altura al lado de Ian que me saca una cabeza fácilmente. Miro los zapatos tirados en el asiento del copiloto. Soy tan tonta.

Arranco el coche con la promesa silenciosa de no volver a suspirar por este hombre, de no volver a mirarlo con ojos de cordero degollado, de no volver a sentirme minúscula por él. No lo vale, puede que yo tampoco valga lo suficiente para él...

A mitad de camino paro el coche en el arcén, no veo la carretera por culpa de las lágrimas. Me tomo unos minutos para respirar hondo, volver a maquillarme los ojos y hacer como si nada hubiera pasado, como si nada me importara.

Vuelvo a arrancar y voy a pasármelo en grande en la fiesta y a Ian, que le den.

Capítulo 8

Han habilitado uno de los salones de actos que tiene el edificio. Mis compañeros lo han decorado muy bonito. Hay globos, canapés, muchas bebidas distintas y una tarima al fondo con una gran pancarta encima.

Sin ser consciente me he quedado en la entrada y he comenzado a buscar a Ian con la mirada. Está en una de las barras con la barby enganchada al brazo. Nuestros ojos se encuentran, en lugar de intentar parecer simpática, mantengo la cara seria. Espero que esté recibiendo rayos de desprecio. Lentamente giro la cabeza y camino hacia un grupito de compañeras.

— Hola chicas ¿Queréis algo de beber?

— Hola Emma ¡Qué guapa estás! Yo quiero un ron cola, gracias.

El sabor del alcohol no es de mis favoritos, no entiendo como hay personas que lo pueden disfrutar, pero el Malibú con piña, eso es otra historia.

Ian sigue en la barra, lo ignoro y voy directa hacia el camarero para pedirle las copas. Creo que en otra vida fue tortuga o ha mentido en el currículo porque lleva un ritmo terriblemente lento o tal vez esté yo tan nerviosa que me parece que nunca va a terminar de preparar las copas.

— Has tardado mucho en llegar. — me sorprende la voz de Ian a mi lado.

— El tráfico. — le regalo una sonrisa.

Esa es la contestación diplomática, aunque la que realmente me apetecía darle es "puede que haya tardado porque eres un capullo con una piedra donde deberías tener un corazón"

Lo ignoro. Me centro en el camarero que por fin parece que está terminando. ¿Por qué no se larga con su amiga? No entiendo porque sigue a mi lado.

— Pásatelo bien. — cojo las copas y me voy, dejándolo plantado.

Creo reconocer la sorpresa en su cara, levanta levemente las cejas mientras

me alejo. Así que no estás acostumbrado a que te ignoren, señor puedo hacer lo que quiera cuando quiera, pues vete acostumbrando.

Varias horas después le hace entrega del reloj. Hay un pequeño discurso y alguna que otra lágrima. Unos cuantos viajes a la barra y por arte de magia, me empiezo a divertir.

¿Por qué voy a deprimirme por un hombre como él?

— ¿Quieres algo de beber? — me invita Torres, un compañero de planta.

— Claro. Muzas...muchas... Gracias. — contesto con la lengua trabada.

Es lo malo del malibú, es tan dulce que pillas la borrachera del siglo sin siquiera darte cuenta. Debería haberme controlado, pero verlo toda la noche como el acompañante de otra, es algo que no me esperaba.

Torres camina hasta la barra en busca de las dos copas. Entrecierro los ojos para enfocar bien la vista, creo que va a tardar un poco, cada vez hay más gente esperando.

— ¿No crees que has bebido suficiente? — suena la grave voz de Ian a mi espalda.

— Nup.

— Déjalo ya, Emma.

— No debe...deberías... debar, joder dejar sola a tu amiguita. — suelto dándole en el pecho con el dedo.

— Estás celosa, lo entiendo.

¿Celosa? Es lo último que quería que pensara aunque es cierto, estoy celosa y enfadada. Pero que me lo suelte con esa prepotencia y ese descaró sintiéndose el rey del mundo me ha puesto de los nervios.

— Tú copa. — me tiende Torres el malibú con piña.

— Ven, ¿bailamos? — invito a mi compañero.

Ian se pone en medio de los dos. Siempre me cuesta mucho descifrar lo que siente o su estado de ánimo, pero ahora se le ve a la legua que está enfadado.

- Lárgate. — ordena a Torres.

Evidentemente, Torres se larga. Su jefe acaba de ponerle la más seria de las caras.

Se acerca hasta mí, coloca sus manos en mi cintura y comienza a moverse al lento ritmo de la música. ¡Estamos bailando! Me dejo llevar, mañana volveré a ignorarlo pero hoy, apoyo la cabeza sobre su pecho y dejo que guíe nuestros pasos.

— ¿Por qué le has dicho que se fuera?

Si él puede soltar tan a la ligera que estoy celosa, o lo que es lo mismo, me molesta verlo con otra porque estoy colada hasta los huesos, yo también puedo saber porque no me ha dejado bailar con Torres.

— Es famoso por sus conquistas.

— ¿Tu no? — pregunto sin separar la mejilla de su pecho.

Ian se cree mejor que Torres cuando en realidad son iguales. Usan a las mujeres y después, si te he visto no me acuerdo.

Todo el baile pegada a él, con los ojos cerrados, así que cuando los abro para mirarlo, la sala entera da vueltas y pierdo el equilibrio. Ian me sujeta fuerte entre sus brazos hasta que consigo volver a mantenerme en pie.

— Debería irme. — digo cerrando los ojos.

Intento caminar hasta la salida pero todo me da vueltas. Pensándolo fríamente ha sido una suerte que Ian me parara, porque seguramente habría seguido bebiendo, y a saber cómo y donde habría amanecido.

Se coloca a mi lado, rodea mi cintura haciendo fuerza contra su cuerpo. Tendría que estar avergonzada, pero tan pegada a él, disfruto del olor de su colonia, del calor que desprende su cuerpo, de él.

Vamos pasando a través de la gente, que conforme avanzamos se van retirando entre murmullos. Todos nos miran fijamente.

— Todo el mundo nos mira ¿Tan mal estoy? — susurro.

— No te miran a ti. — contesta sonriendo.

Salimos de la sala. Ya solo quedan dos plantas de escaleras porque el ascensor ha decidido romperse justamente hoy. Tengo la suerte de mi lado,

borracha, con tacones y sin ascensor.

— Siéntate. — me ayuda a sentarme en unos de los escalones.

A mitad de camino no podía seguir andando con estos zapatos. Seguro que mañana tengo unas ampollas de campeonato. Frente a mí, desabrochándome los tacones, de pronto lo veo todo muy claro. He tenido la epifanía de mi vida. Ian no es un hombre que se aproveche de las mujeres, es un hombre herido que no puede actuar de otra manera.

Paso la mano por su cara, siento bajo mis dedos la incipiente barba que ya comienza a asomar.

— Deberías quitarte esa máscara. — digo con cariño y pena.

Levanta la cabeza para mirarme. Mantengo su mirada, esos ojos azules que siempre he temido y que ahora reflejan tristeza.

Sin pensarlo, me acerco a él y le beso. Su labio entre los míos, suave y cálido.

— Lo siento. — me separo y me pongo a trabajar en los zapatos.

No sé porque he sido tan lanzada. Tampoco sé si le ha gustado o se ha sentido incómodo. Odio que no hable y no exprese lo que siente.

Continuamos el camino hasta el coche. Max conduce en silencio, sabe que la tensión puede cortarse con tijeras. En algún momento, se ha ido todo mi nerviosismo y ha sido sustituido por sueño. Un sueño implacable que no puedo ignorar. Voy inclinándome para acomodarme hasta que mi cabeza choca contra el hombro de Ian. Como es la única almohada y esta noche no puedo cagarla más, me duermo apoyada sobre él.

Justo antes de caer en el sueño profundo, me mueve. Me acomoda sobre su pecho y pasa su brazo por encima del mío.

Capítulo 9

Abro primero un ojo, después el otro. La habitación está en penumbra pero a través de la persiana puedo ver los rayos del sol.

Salto de la cama. No puedo creer que me haya dormido ¿Por qué no ha sonado el despertador? Voy a llegar tarde al trabajo. Corro hasta el móvil para ver la hora que es. Las doce y media.

Cuando al lado de los números leo "Sab" mi corazón se calma.

Miro una silla pegada a la pared, encima del respaldo está el vestido azul de anoche, miro mi cuerpo y descubro que estoy en ropa interior. Las imágenes de la fiesta empiezan a danzar por mi cabeza.

No sé porque me comporté así. Me emborraché, besé a mi jefe, le dije que dejara de hacerse el duro y creo que para colmo me tuvo que meter en la cama y desvestirme. Como voy a bajar y a encontrarme con él después de como la he liado...

Besé a Ian. Nos habíamos acostado, pero jamás me había besado. Y no se apartó, eso tiene que significar algo. ¿Qué fue de la chica que llevó al baile? Me tiro en la cama con una sonrisilla adolescente. Me eligió a mí.

Dejo de darle vueltas a la cabeza, tengo un pinchazo continuo en las sienes que solo empeora.

Me pongo el pijama de verano, pantalones cortos y camiseta de tirantes. Aunque aún estamos en primavera, ya hace calor durante el día. Respiro profundamente y armándome de valor, salgo de la habitación.

Dorotea está en la cocina. Se me había olvidado que hoy volvía al trabajo. Al verla, dejo el tema de Ian apartado de mi mente.

— ¡Hola! — la abrazo. — que alegría verte.

— Hola guapa ¿Qué tal estos días sin mi?

— Horrible. — Lloriqueo en broma — no vuelvas a irte, por favor. ¿Cómo está tu hijo?

— Enfadado. Le he quitado las llaves de la moto hasta que sea responsable.

Se me escapa una risilla. Es imposible pensar en Dorotea regañando a su hijo. Continúa limpiando mientras me siento en el taburete y apoyo la cabeza en las manos. En cualquier momento me va a estallar. Esto es lo que llaman resaca y lo mínimo que me tengo merecido.

Un sonido sale de mi estómago. Tengo tanta hambre que si fuera mi casa, me inflaría a comer, pero aquí hay normas y el desayuno se sirve a las nueve. Menuda estupidez de regla.

— ¿Podemos hablar? — pregunta Ian.

Contengo la respiración porque ya se de lo que quiere que hablemos. Justo suena mi teléfono. Sin mirar la pantalla descuelgo la llamada. Por lo menos la conversación se va a retrasar un poco y así puedo pensar cómo explicar mi comportamiento de ayer.

— ¿Diga?

— Soy yo.

— ¿Qué quieres Toni? Un momento.

Levanto la mirada para observar cómo se tensa Ian al escuchar su nombre. Tapo el auricular del teléfono para que Toni no me escuche.

— Ahora vuelvo. — susurro.

Salgo pitando escaleras arriba. Me encierro en mi habitación.

— Dime.

— Solo te llamo para decirte que el lunes pasan la hipoteca y a partir de ahora tienes que encargarte de la mitad.

— ¿¡Qué!?! ¿Pero tú estás loco? Tú vives en la casa, tú te encargas de la hipoteca.

— Está a nombre de los dos. Si quieres que empecemos con juicios y demás, avísame. — suelta con chulería. — yo ya he hablado con un abogado, tú tienes trabajo y yo no, lo más probable es que te toque pagarla entera.

Sé que eso puede pasar, pero me parece el colmo de la cara dura. Si no tiene trabajo es porque es un vago que quiere estar todo el día tirado en el sofá.

— Ya hablaremos.

Cuelgo sin esperar que me conteste. Cada día estoy más segura de que lo mejor que he hecho ha sido dejarlo. Tengo que informarme bien antes de volver a hablar con él.

Salgo de la habitación para enfrentar a Ian. Todo el tema de la fiesta ya no lo veo tan importante en comparación con tener que pagar un piso en el que no vivo, durante veinte años.

Sigue en la cocina, esperándome. Vuelve a ser el hombre de la cara seria sin sentimientos. Me siento en el taburete esperando que comience. Mira a Dorotea sin decir nada.

— Voy a limpiar la planta de arriba. — se apresura a excusarse.

— Tenemos que hablar de anoche, Emma. — parece un padre regañando a su hijo.

Siento el calor ascender por mi cuerpo. Todo el tema de Toni me ha mosqueado e Ian comportándose así no ayuda.

— Lo sé. — interrumpo. — no debí emborracharme ni besarte ¿Algo más?

— no estoy para tonterías y prefiero terminar rápido con la conversación.

— ¿Para qué te ha llamado?

No esperaba este giro en la discusión. El hombre de hielo interesándose por algo, debería llamar a los científicos de la NASA para que lo investiguen.

— Nada importante ¿Quieres hablar de algo más?

— Yo no quiero una relación seria. — dice molesto por mi corte. — y no quiero hacerte daño. Lo mejor es que vayas buscando algún sitio donde quedarte.

Trago saliva. Tardo unos segundos en reaccionar. Asiento con la cabeza. Me

he quedado paralizada. De forma educada me está echando de su casa. Tendría que haber sabido que con Ian no se juega, de él no se enamora y a él no se le besa. Son las tres reglas de oro con este hombre, y yo las he roto todas.

— Claro, no hay problema. — suelto en un pequeño susurro casi inaudible.

Despacio me levanto y vuelvo a la habitación. Me encierro para pensar, para asimilar lo que está ocurriendo y en qué momento he comenzado a fastidiarla.

Ahora mismo tengo que ser pragmática y pensar fríamente. Está claro que un alquiler no puedo pagar si me tengo que hacer cargo de una parte de la hipoteca. Piensa Emma, piensa. ¡Helena!

Marco su número de teléfono. Espero a que descuelgue y le cuento absolutamente todo. Lo de Toni y la hipoteca, toda la historia con Ian y como me tengo que ir de su casa por culpa de mi comportamiento. Me explica que su familia está de visita, van a estar dos semanas y no hay sitio, pero en cuanto se vayan puedo irme con ella el tiempo que haga falta.

Dos semanas. Tengo que hacer algo durante dos semanas. Podría irme a un hotel o a un hostel. Quizás las monedas de mi padre... si las vendo a lo mejor me dan algo por ellas y puedo pagarlo. Me da tanta pena tener que venderlas, pero no tengo otra solución.

Rebusco en el armario. No es posible que me las haya olvidado en la casa... es lo único que tengo de él. Las he tenido que traer, seguro.

Tiro toda la ropa del armario al suelo. Saco la maleta del altillo por si la dejé dentro sin querer. No están.

Me pongo cualquier cosa de entre toda la ropa que hay esparcida por la habitación. Antes de salir corriendo miro como está de desordenada. Al diablo él y sus normas, no puede volver a pedirme que me vaya, cierro la puerta y salgo pitando en busca de Max.

— Necesito que me acerques un sitio. — pido resollando cuando llego al garaje.

—Vamos.

Le digo la dirección, y por su reacción sabe donde vuelvo y como salí de allí

la última vez.

— ¿Estás segura? — arruga las cejas.

— Si, es importante. Date prisa por favor.

Rezo para que Toni no las haya encontrado. Es capaz de venderlas o tirarlas por hacerme daño.

Aparca un poco alejado del portal. Escondida entre los cristales tintados del Bentley, miro todos los coches por si reconozco el de él. No lo veo por ningún sitio. Si la suerte hoy me acompaña, que por él día que llevo parece que no, Toni estará tomando algo con sus amigos, como suele hacer los sábados al mediodía.

— ¿Puedes esperarme? Solo van a ser cinco minutos.

— Claro, ¿De verdad quieres volver ahí?

— Necesito coger una cosa. Es importante.

Bajo del coche. Entro en el portal y conforme subo las escaleras me voy poniendo más nerviosa. Debería poder venir y terminar de llevarme mis cosas sin temer la reacción de Toni, pero la realidad es que desde que vi su nueva faceta agresiva, temo estar a solas con él.

Entro en la casa andando de puntillas, como no escucho ningún ruido y tampoco veo a nadie, suelto todo el aire que contenía mientras voy directa hacia el armario, al abrirlo veo en el altillo las dos cajas con las monedas de mi padre. Las aprieto contra mi pecho, no sé cómo he podido dejármelas aquí.

Escucho como una llave entra en la cerradura y abre la puerta.

— ¡Jódete, hija de puta! — grita solo.

Sin pensarlo dos veces me meto en el armario y lo cierro. Coloco toda la ropa delante de mí. Que no lo abra, que no me pille, por favor.

Capítulo 10

Saco el móvil del bolsillo para ponerlo en silencio. No quiero ni pensar que pueda ponerse a sonar.

Escucho ruidos que provienen de la cocina. Va andando por la casa como si estuviera borracho, chocando con todo y haciendo más ruido del necesario. Enciende la televisión y soltando un eructo, suena como cae en el sofá.

Llevo una hora metida en el armario, me duelen las piernas de estar tanto rato en la misma postura sin poder andar ni moverme y para colmo, mi estómago ruga tanto que temo que Toni lo escuche entre sus ronquidos.

Suena el timbre de la puerta. Cierro los ojos esperando que no sea algún amigo que ha venido a pasar la tarde.

— ¡YA VAAA! — grita levantándose del sofá.

Ya no puedo oír nada más. Pego la oreja a la puerta para saber que está ocurriendo.

— Tío, te lo he dicho, aquí no hay nadie. — explica nervioso.

— Ella está aquí.

Esa voz que hace apenas unas horas había comenzado a odiar, se acaba de convertir en mi balsa en medio del océano. Ian ha venido a buscarme y no pienso desaprovechar la oportunidad.

Empujo con todas mis fuerzas las puertas hasta que se abren chocando contra la pared. Frente a mi están los dos, que se han quedado quietos al verme salir. Camino a paso ligero hasta Ian y me pego a él todo lo que puedo.

— ¿Qué hacías aquí? — pregunta Toni cabreado.

— Me olvidé esto. — le enseño las dos cajas que continúan pegadas a mi pecho.

— No vuelvas a venir por aquí. Lo que se te haya olvidado lo has perdido, por guarra.

Ian lo empuja para que retroceda un par de pasos. Tiro de su brazo para que nos vayamos. El lazo final sería que mi jefe se peleara con mi ex—novio y como ya no puede pedirme que me largue de su vida, posiblemente me despediría.

— Vámonos, por favor.

Ian sigue plantado donde está, mirando fijamente a Toni ¿Es esto el ojo de la tormenta? ¿La tranquilidad antes de que estalle lo peor?

— Por favor. — vuelvo a tirar de su brazo con más fuerza.

Da media vuelta y con mi mano todavía entre las suyas, salimos de la casa. Bajo las escaleras atropellándome los pies. No bajo el ritmo hasta que entro en el coche, apoyo la frente en el respaldo del conductor e intento calmar la respiración.

No puedo verlo, pero sé que Ian me observa en silencio, esperando que me calme para soltar algo hiriente.

Me incorporo, separo la caja de mi pecho que seguía fuertemente apretada. Desvío la mirada hacia los dedos que la sujetan, tienen un leve temblor que llama mi atención. Diez años al lado de alguien para que al final te provoque esto.

— ¿Estás mejor?

— Gracias por venir.

No quiero tener ahora mismo ninguna conversación, no quiero ningún reproche ni que me recuerde lo estúpida que soy por volver aquí. Necesito asimilar todos los cambios que están apareciendo en mi vida.

— ¿Por qué h....

— Ahora no. — corto tajantemente.

Apoyo la cabeza en la ventana durante todo el trayecto. Ian no ha vuelto a intentar hablar conmigo.

Cuando llegamos al garaje me bajo del coche, junto con Ian y Max, que

tampoco ha dicho nada en todo el rato. Se sube en el ascensor, yo camino directa hacia las escaleras.

Necesito hacer varios descansos antes de llegar a nuestra planta. Cuando entro por la puerta, Ian está sentado en el sofá.

Le dedico una triste sonrisa, reflejo de cómo me siento y subo las escaleras para encerrarme en la habitación. No logro comprender como en apenas unos días todo se ha ido al traste, todo va mal. Ya me veo estas dos semanas en un hostel de mala muerte, viviendo con yonkis y drogadictos.

Abro el grifo de la bañera y vierto unas sales que huelen muy bien. Busco los auriculares para escuchar música mientras me baño.

Mi padre siempre decía que llorar limpiaba el alma, por eso todo el mundo después, se siente cansado.

"La limpieza del alma es un tema serio, Emma" decía levantándose las gafas.

Dejo que el agua caliente recorra todo mi cuerpo, cierro los ojos y pongo la música a máximo volumen y permito, después de mucho tiempo, que las lágrimas rueden por mis mejillas.

Cierro los ojos disfrutando del enérgico movimiento de violín de Rostropovich. Suelto todas las lágrimas necesarias para después poder seguir, como la adulta fuerte que soy.

El agua comienza a estar fría y mi piel arrugada de tanto rato aquí metida. Busco una toalla. Ahora que ha comenzado a anochecer ya se nota el frío sobre la piel, rebusco entre todas mis cosas, que siguen tiradas por el suelo, el pijama de manga larga.

Bajo a la cocina, aunque ha pasado la hora de cenar, rebusco en la nevera algo que me apetezca. Todo lo que tiene es demasiado estirado para mi gusto ¿Dónde están la leche y las magdalenas? No hay salchichas ni huevos, nada para poder cocinar algo rápido.

Me siento en el taburete, apoyo la cabeza sobre la isla y miro al infinito. Hacía tanto tiempo que no me ocurría nada especial que estaba a gusto con mi aburrida vida, ahora todo lo que está pasando me abruma.

Puedo decir de forma oficial que estoy deprimida. Para recuperarme pronto,

lo mejor será que salga de aquí lo antes posible.

Escucho los enérgicos pasos de Ian bajar las escaleras. Quien me iba a decir que en algún momento no me iba a apetecer verle. Solo soy capaz de pensar en las monedas de mi padre, en todo el tiempo que dedicó a reunir las y ahora tengo que deshacerme de ellas.

— ¿Has cenado? — pregunta.

— Se me ha pasado la hora de la cena.

— ¿Qué ha ocurrido hoy, Emma?

Quiere que salga de su vida. Hoy ha dejado caer que no le interesa tener nada que ver conmigo ¿Cómo pretende que le cuente algo tan íntimo? A partir de mañana solo será mi jefe y mis problemas serán solo míos.

— Mañana me voy. Espero que no te importe que me quede hoy. — trago saliva intentando contener las lágrimas.

— No es necesario que sea tan precipitado.

— Es lo mejor para los dos. Siento todas las molestias que te he ocasionado.

Desvío la mirada de él. Esos ojos azules que por momentos creo que es capaz de leer mi alma, siempre me intimidarán. Vuelvo a mirarlo con los ojos anegados en lágrimas. Su expresión se vuelve triste. Se acerca a mi hasta que solo nos separan unos pocos centímetros.

— Siento haberte hecho daño.

Es cierto que me ha dolido su desplante, pero ya sabía cómo era y aun así soñé despierta y me dediqué a engañarme con falsas ilusiones. Él solo ha sido como es siempre, no puedo culparlo por eso.

— Estoy un poco tristonera pero no es por ti. No tienes que disculparte.

— Entonces ¿qué te pasa? — pregunta colocando sus manos en mis mejillas.

— No me apetece hablar. — contesto suspirando. — Tu debería entenderme mejor que nadie.

Me froto los ojos para que desaparezcan las lágrimas. No quiero que Ian me vea llorar. Conforme las voy quitando, van apareciendo más y siento que en

cualquier momento puedo romperme. Me levanto, dejo de sentir el cálido contacto de sus dedos en mi cara. Le doy un beso en la mejilla.

— Buenas noches. Descansa.

El estar tanto tiempo con él ha hecho que aprenda a leer algunos detalles que antes pasaban desapercibidos. Cuando le he dicho que no era por su culpa, su primera reacción ha sido arrugar un poco las cejas para al momento volver a su pose de estatua.

Me meto en la cama, busco algo de música en mi móvil y me acuesto haciéndome un ovillo.

Capítulo 11

Miro la hora en el teléfono. Son las siete y media. Ayer casi no pude comer nada, entre el horario tan estricto y el disgusto, me acosté. Tengo tanta hambre que me he despertado con el rugido del estómago. Me pongo las zapatillas para bajar a la cocina y comer todo lo que encuentre.

Me siento en la mesa, que ya está llena de ricas cosas. Ian está sentado también, untando un pan con mantequilla.

— Buenos días. — Saludo.

Asiente metiéndose un trozo de pan en la boca. Me da pena tener que irme, le estaba cogiendo cariño a Dorotea y a Max, pero es cierto que lo mejor para mi es que me aleje.

— ¿Qué quieres beber? — pregunta Dorotea con una bandeja entre las manos.

— Te, por favor. ¿Cómo sigue tu hijo?

— Ya está casi recuperado.

Me alegra mucho escuchar buenas noticias en estos momentos. Pillo a Ian mirándonos, reacciona al momento y vuelve a centrarse en el pan.

Se lo come en dos grandes bocados, se levanta y se va. No sé donde irá un domingo a las ocho de la mañana.

— ¿Por qué tienes esa carita? — se sienta Dorotea en la silla, a mi lado.

Se lo cuento. Le cuento absolutamente todo lo que ha ocurrido desde que me acosté con Ian. Ella en lugar de juzgarme, me escucha y consuela cuando las lágrimas amenazan con volver a hacer de las suyas.

— No tienes que venderlas. Puedes empeñarlas, así podrás recuperarlas.

— ¡Dios mío! ¡Tienes razón!

Ni se me había pasado por la cabeza esa opción. No tengo porque perder las monedas de mi padre. Muy pronto, en cuanto pueda, volveré a tenerlas conmigo.

La abrazo. Ha sido el faro en medio de la tormenta. La persona que ha dado con la clave para que no pierda lo único que tengo de mi padre, siempre tendrá un hueco en mi corazón.

Saco la maleta del armario y la voy llenando de cualquier manera con la ropa que todavía sigue tirada. Me fijo bien para no olvidarme de nada, y bajo para despedirme de esta mujer, la que solo conozco desde hace unos días pero ya le tengo un profundo cariño.

— Te voy a echar mucho de menos.

Nos abrazamos. Prometo llamarla pronto para que quedemos y nos tomemos un café juntas. Las dos lloramos como dos tontas.

— Piensa en mí como tu madre postiza. — me besa la mejilla. — cualquier cosa que necesites búscame.

Salgo del edificio arrastrando la maleta con el corazón en un puño. Sé porque me siento así, porque a Toni jamás lo consideré como mi familia, nunca cuidó de mí. Dorotea, Ian y Max se han preocupado y han venido a ayudarme las veces que lo he necesitado. Por eso estoy así, por eso estoy triste.

Camino callejeando, no quiero que por casualidad me cruce con Ian y todo esto se vuelva aun más violento y doloroso.

Entro en el primer hotel que encuentro y que creo que se amolda bien a mi presupuesto. Hoy es domingo y no puedo ir a ningún sitio a empeñar las monedas, voy a usar el dinero de la hipoteca y lo repondré con lo que saque mañana y si no saco suficiente, que me busque Toni.

Me acomodo en la habitación que va a ser mi hogar durante quince días. Es algo cutre, pero como solo es temporal no me importa. El baño es enano, la bañera ridícula. Me tiro sobre la cama para probarla, un muelle se me clava en la espalda.

Quince días Emma, solo son quince días, tú puedes. Coloco la ropa bien doblada en el armario y salgo a dar una vuelta.

No estoy muy lejos de la casa de Ian, pero cargada con la maleta no podía irme muy lejos. Cuando el sol descende por el horizonte, refresca. Busco una cafetería para tomarme un té caliente.

Me siento en la primera mesa que encuentro y pido a la camarera mi bebida. No quiero irme al hotel hasta que sea una hora decente para acostarme. Meterme en esa habitación deprimente solo puede empeorar mi estado de ánimo.

Mañana tendré que verlo, tendré que poner buena cara y tratarlo como si él y todo lo que ha ocurrido no me importara. Habría sido tan fácil decirle la primera vez "Tengo novio, lo siento" y ahora todo sería muy distinto.

Jamás le podría haber dicho que no. Fantaseaba con su sonrisa desde el mismo momento que chocamos. Cuando comencé a trabajar para él, fantaseaba con que le interesaba y después, con que se enamoraba de mí. Este hombre no es para mí. Tengo que asumirlo y centrarme en las cosas importantes, seguro que poco a poco lo olvido.

Suena el despertador. Me ducho y me preparo para el trabajo. Ojala fuera domingo otra vez. Bajo a la calle buscando mi coche ¡Mierda! Está en el garaje de Ian.

Llamo a Max por teléfono. Con un poco de suerte podrá traérmelo.

— ¿Si?

— ¡Max! Menos mal que contestas. Cualquier día voy a perder la cabeza. —
suelto una risa nerviosa. — mi coche está en el garaje.

— Si, lo he visto hoy pero como no has dejado dirección no sabía donde llevártelo.

— Ya... ¿Puedes traerlo al hotel Pirineos? No está muy lejos. — no quiero volver allí.

— Tengo el manos libres puesto. — joder, podría haberlo avisado antes. —
ahora mismo no puedo, pero en media hora lo tienes allí.

— Mmmm llévalo mejor a la oficina. Iré en bus hoy. Perdona que te haya molestado.

— No es molestia, a la oficina entonces. Adiós.

Corro todo lo que puedo para llegar a tiempo al trabajo. Hacía años que no me subía en el autobús de ruta. Hace quinientas paradas y lleno hasta rebosar. La gente te va apretando cada vez más con tal de subir y no esperar al siguiente.

Quedan cinco minutos para las ocho. Me bajo en mi parada y corro hasta la entrada, subo sin parar este ritmo.

Me siento en la silla, apoyo la cabeza en la mesa resoplando. Apoyo la mano sobre el pecho, como si de esta manera pudiera hacer que fuera más despacio.

Abro la agenda para ver todo el trabajo que tengo hoy. Me espera un día entretenido.

— Buenos días, Emma. — me sobresalta su voz y pego un salto en la silla.

— Buenos días, Señor Garret. — me apresuro en contestar.

— Entra en el despacho.

¿Qué he hecho ahora? Camino detrás de él. Cierro la puerta a mi espalda y espero a que hable con las manos entrecruzadas.

Se sienta en la silla, visiblemente enfadado. Se levanta de la silla. Me va a despedir, oh por dios, me va a despedir. ¿Por qué me lié con él?

— ¿Te has ido a vivir a un hotel? — pregunta despacio.

Sus labios son una fina línea acusadora pero no entiendo el porqué. ¿Su mente de alto ejecutivo no sumó dos más dos? A lo mejor pensaba que me iba a ir al Palace.

— Eso no tiene nada que ver con mi trabajo aquí, Señor Garret.

— Déjate de Señor Garret y de historias. ¿Estás o no estás en el Pirineos? — amenaza enfadado como nunca antes.

Tengo que controlarme. No puedo contestarle de cualquier manera a no ser que quiera perder mi puesto aquí, pero ¿Quién se ha creído que es para

pedirme explicaciones?

— ¿Qué pensabas que iba a hacer? Irme a mi dúplex ¡No, no, mejor todavía! Pensabas que me iba a ir mi ático. — me he pasado y lo sé. Pero ahora mismo me dan igual las consecuencias.

— Pensaba que te irías con algún hermano o con tus padres. — contesta de forma fría. Sin ningún sentimiento.

— No tengo la vida que tú tienes, Ian. — levanto los brazos mostrándole lo que nos rodea. — Yo no tengo a nadie.

Salgo del despacho dando un portazo. Cojo el bolso y la chaqueta y me voy

Capítulo 12

Estoy tan enfadada ahora mismo que no me reconozco. No suelo dejar que las emociones me dominen hasta este punto. Este hombre consigue sacarme de mis casillas.

Le resulta demasiado fácil juzgar desde su pedestal de hombre importante, impasible y sin sentimientos.

Ha dicho que no quiere nada conmigo, me ha echado de su casa y aun así, tiene la cara dura de pedirme explicaciones ¿Quién se ha creído que es?

Bajo a la cafetería para tomarme una tila doble. Cuando me la tomo, inicio el camino de vuelta, dispuesta a afrontar lo que tenga que venir.

Vuelvo a colgar mis cosas en el perchero y a sentarme en la silla. Ian está en su despacho, hablando por teléfono. Espero unos segundos por si sale para decirme que me haya y no vuelva por ahí, pero me mira y continúa con lo suyo.

— Hola. Necesito un favor, un familiar se ha puesto enfermo y necesito parte de mis vacaciones de navidad para ir a visitarlo.

— ¿Para cuándo? — pregunta la chic mirando el ordenador.

— Me gustaría salir mañana. — bajo la cabeza, simulando estar triste. — no sabemos el tiempo que le queda.

— A ver qué puedo hacer.

Después de unos minutos tecleando algo en el ordenador, hace una llamada a una compañera. Le cuenta que por motivos familiares tengo que salir unos días y ella debe sustituirme.

— No hay problema. Te he podido dar una semana. — Pone una falsa cara triste. — siento mucho lo de tu familiar.

— Muchísimas gracias. Me has salvado.

Vuelvo al despacho para recoger mis cosas, apagar el ordenador y cerrar con llave. Ian sigue dentro.

Antes de irme llamo a la puerta, necesito disculparme por la forma en la que lo he tratado. Él solo estaba preocupado por mí, o eso creo.

— Ya me voy. Quería pedirte...pedirle perdón por cómo le he hablado antes, no tengo excusa.

— No importa. No sabía que no tenías a nadie. — explica algo nervioso. — Si quieres, puedes volver a mi casa.

Se me escapa una sonrisa. He pasado de atraerle a darle pena, por eso no suelo hablar de mi vida con nadie, la gente tiende a compadecerme, y eso me da rabia. Es cierto, no tengo familia ¿Y qué? Estoy acostumbrada ya, tengo amigos.

— Es mejor dejar las cosas como están.

— Bien. Hasta mañana entonces.

— Hasta mañana.

En realidad hasta dentro de siete días en el que voy a dedicarme en cuerpo y alma a olvidarme de ti. Voy a conseguir que te conviertas en un recuerdo al que podré viajar siempre que quiera, pero que no podrá herirme. Ocuparás el mismo lugar que Toni.

Salgo a la calle buscando a Max. Me espera unos metros calle abajo. Sonriente apoyado en mi capó. Camino a paso ligero, quiero entrar en el coche lo antes posible y salir de este frío que me cala hasta los huesos.

— Me has salvado. — sonrío

— Móntate, te llevo.

Hago caso a lo que dice. Estoy cansada y lo que menos me apetece es conducir. Hacemos el trayecto en silencio. Cada uno ensimismado en sus pensamientos.

— Gracias por traerme. — me bajo del coche, camino hasta Max para coger las llaves.

— Si necesitas algo, ya sabes.

Vuelvo a darle las gracias y me encamino al deprimente hotel.

¿Qué pasará mañana cuando Ian descubra que no voy a ir?

Si que tiene sentimientos y se preocupa por mí, solo es que no quiere admitirlo. Quizás tiene miedo.

Sacudo la cabeza para sacarlo de los pensamientos. Me he tomado unos días precisamente para eso, y si los voy a dedicar a pensar en él, lo mejor es que vuelva al trabajo mañana mismo. Me dejo caer sobre la cama. Ha sido un día demasiado duro y largo. Rebusco en el bolso mi teléfono, pincho sobre el dibujo del reloj y desactivo la alarma. No puedo creerme que mañana no vaya a madrugar, voy a dormir hasta despertarme por mi misma, descansada, en un nuevo día sin jefe.

Es casi mediodía cuando me levanto. Me estiro en la cama llena de muelles. Ya sé que es lo primero que voy a hacer hoy, bueno lo segundo, lo primero va a ser darme una ducha en esa cosa que llaman bañera. Corro todo lo que puedo para que mis pies estén el menor tiempo posible en contacto, es un poco asqueroso.

Lista y preparada salgo a la calle en busca de una peluquería, un buen cambio de look siempre ayuda.

No suelo ser de esas que van para que les corten el pelo medio centímetros y después salen horrorizada porque al medirlo ellas, son dos centímetros. Entro en la primera que veo, es la típica peluquería de barrio que se pasan el día haciendo cortes y peinados.

— Hola. Quería cortarme el pelo. — digo a un muchacho muy simpático.

— A ver, da media vuelta. Ajam... ajam... ¿En qué habías pensado?

— Nada en especial, en realidad solo buscaba un cambio de look.

Ahora me siento algo ridícula, normalmente las chicas saben a la perfección lo que quieren. Helena incluso se lleva una fotografía del mismo peinado que ha visto en alguna famosa, para que lo imiten.

— Eres el sueño de todo peluquero. — aplaude y emocionado, me arrastra con él. — ¿cuánto mides? ¿Uno setenta?

— Si, más o menos ¿por? — no sé porque quieres saber mi estatura pero comienzo a preocuparme.

Antes de ponerme en manos de este loco de las tijeras, tenía el pelo a la altura del pecho, ondulado. No tengo unos rizos de locura ni un liso seda, es el típico pelo que parece siempre que no te has peinado, era castaño claro y espero que lo siga siendo.

— Ha llegado el momento de que veas mi obra maestra. — despacio para darle más énfasis, gira la silla hasta que la para frente al espejo.

Este hombre sabe lo que se hace. Me ha cortado flequillo. Nunca había tenido, pero tengo que decir que me encanta, y el pelo ha debido de cortarlo por lo menos diez metros... ahora roza los hombros. No sé qué cortes estratégicos habrá hecho, pero ahora las ondas son definidas y con volumen. Me encanta.

— Es precioso. — admiro dando vueltas frente al espejo.

Por la tarde, me armo de valor y voy a empeñar las monedas. No sé porque, pero todos los hombres o mujeres que trabajan en este tipo de sitios me dan mala espina, puedo admitir con vergüenza que me dan miedo.

Abro las dos cajas y las giro para que pueda verlas bien. Saca una lupa demasiado grande, las mira una por una y con la última moneda todavía en sus manos levanta la cabeza.

— ¿Quieres venderlas?

— No, empeñarlas. Quiero empeñarlas. — vuelvo a repetir por si no le ha quedado claro.

— Si las empeñas solo puedo darte mil quinientos dólares. Si las vendes... podría... quizás... llegar a cuatro mil. — suelta una sonrisa orgullosa.

— Solo las quiero empeñar.

— ¿Cinco mil?— insiste.

Este hombre tan pesado me está poniendo nerviosa. Quiero empeñarlas y que me de mil quinientos, no sé qué parte no entiende.

— Escúchame, quiero empeñarlas solamente. Si no las quieres tú, me iré a

otro sitio.

— Vale, vale.

Espero mientras hace unas fotos de las monedas, rellena un papel con todos mis datos y media hora después, tengo mil quinientos machacantes en el bolsillo. Con dinero y un corte de pelo nuevo es fácil llevar una sonrisa en la cara.

Llego al hotel. Aunque no he ido a trabajar estoy cansada, todo el día dando vueltas sin parar. Estoy deseando meterme en la cama y dormir. Cuando llego a mi planta, meto la mano en el bolso para encontrar la llave de mi habitación, se me escapa de entre los dedos y todo se me cae por la moqueta, que mirándola de cerca tiene manchas de hace años.

— ¿Emma?

Pregunta Ian agachándose a mi lado. Tiene pintada una ridícula cara de sorpresa mientras sus ojos danzan por el pelo.

Este hombre está empeñado en no dejar que lo olvide. Me pongo a mirar papeles y hago las llamadas que tenía programadas, bien para concertar citas o para cambiar algunas.

Evito mirar hacia el despacho. Ahora que estoy tranquila me avergüenzo de mi comportamiento. El trabajo está por encima de todo esto.

Necesito un descanso, un retiro espiritual de unos días. Desconectar de él un poco.

Salgo unos minutos antes de que termine el turno, camino directa a recursos humanos. Aun me deben las vacaciones de navidad, espero darles un poco de pena y me las den ahora.

Capítulo 13

— ¿Qué haces aquí?

Me quedo petrificada, agachada, con el brazo estirado y todo el contenido de mi bolso tirado por el suelo.

— He venido a conocer a tu familiar moribundo. — levanta una ceja a la vez que chasquea la lengua.

Ha ido a recursos humanos para informarse porque no he ido, ha venido hasta aquí para verme. Me levanto, sintiéndome más segura que hace unas horas.

— ¿Por qué has venido? — pregunto clavando mis ojos en los suyos.

— Porque soy tu jefe y me has mentido.

No cuela ¿Cuántos jefes van a la casa de sus empleados para comprobar que es cierto el motivo de una baja, o de unos días de asuntos propios? Ninguno. No quiere admitir el motivo real porque en el fondo, es un cobarde incapaz de asumir que siente algo por mí.

Doy un paso hacia él sin apartar la mirada. Sus ojos danzan por mi cara, nervioso. El gran Ian Garret, nervioso.

— ¿Por qué? — susurro frente a él.

Nos miramos durante lo que me parece una eternidad. Pienso aguantar su pose de tipo duro el tiempo que haga falta, quiero que lo diga.

Da un paso desesperado. Pasa una mano por detrás de mi cabeza, mientras que la otra juega en mi cadera, apretándome contra él y me besa, como si mis labios contuvieran la última gota de agua.

Chocamos contra la pared. Paso mis brazos alrededor de su cuello. Su lengua invade mi boca y un gemido se escapa de mis labios para entrar en los suyos, que contesta con un gruñido, gutural y primitivo.

Nuestras lenguas bailan al son de la necesidad y el deseo, se apropia de mis

labios como si fueran suyos, su pecho sube y baja a un ritmo frenético, sus manos deshacen mi espalda y mi cintura con cada roce, un cosquilleo se derrama por mi cuerpo, un terremoto de sensaciones me invade, y de repente se separa de mi. Siento frío donde antes estaban sus manos, soledad donde estaban sus labios.

— Te quiero mañana en tu puesto de trabajo o estás despedida. — suelta sin mirarme.

— ¡¿Qué?! No puedes hacer eso.

— No me pongas a prueba, Emma — amenaza mirándome de reojo, después, da media vuelta y se va.

Puede estar con todas las mujeres que quiera, pero la única realidad es que conmigo ha roto todas sus estúpidas reglas. No ha venido a buscarme porque mi trabajo sea indispensable, había una chica ocupando mi puesto estos días, ha venido a buscarme porque me echaba de menos, aunque él no quiera admitirlo, me obliga a volver al trabajo porque quiere verme.

El beso que me acaba de dar, no ha sido simplemente juntar nuestros labios. El deseo brillaba en sus ojos ¿por qué no me dice que siente algo por mí? es tan sencillo, y yo estaría dispuesta a estar con él, a cuidarlo y devolverle esa sonrisa que perdió.

Aun siento el sabor de sus labios sobre los míos, todavía tengo el cosquilleo en la tripa al sentir sus manos explorando mi cuerpo y aunque todo esto haya terminado con una amenaza, me siento feliz. Es imposible quitarme la sonrisilla de la cara que parece grabada a fuego.

Por la mañana voy a trabajar como cualquier otro día, solo que hoy parece que los pájaros cantan más, el sol brilla en su máximo esplendor y yo conduzco con una musiquilla sonando en mi cabeza, que voy tarareando todo el camino. Y lo más importante, estoy segura de que Ian siente algo por mí.

Me siento en mi mesa justo a tiempo.

— Buenos días Señor Garret. — ladea la cabeza extrañado.

Esperaba encontrarse con una Emma enfadada o no esperaba verme directamente, pero no con esta alegría. Puede hacerse el indiferente todo lo

que quiera, puede intentar que crea que no le importo, pero todo eso es mentira y ahora ya lo sé.

— Toma. — me tiende un folleto. — los repartieron ayer. Es de obligatoria asistencia.

¿Por qué es tan frío? ¿Por qué le resulta tan fácil comportarse como si todo le fuera indiferente, como si todo le diera igual? Miro el papel que me ha tendido. Es una escapada de tres días al campo, dos jefes y diez empleados, según pone en llamativas letras amarillas es para estrechar relaciones y aprender a empatizar con los demás, mejorando así el rendimiento. Una tontería.

De obligatorio cumplimiento. Le gusta mandar, imponer sus normas y que se respete. Puede que la solución sea buscar otro trabajo, así no tendría que hacer lo que él quiere a menos que yo también quiera. Dejaría de verle y eso no es una opción, ya no.

Se acerca la hora de comer. Ya estoy salivando solo de pensar en la fabulosa ensaladilla rusa que hacen en el restaurante para empleados. Está tan buena que una vez le pedí la receta, pero al parecer tiene algo secreto que solo él sabe.

— ¿Perdone? — interrumpe mis pensamientos una chica al mismo estilo barby.

Antes de que diga cualquier cosa, ya sea a quien quiere ver y para qué. Intento mantener la pose de empleada, pero me resulta muy difícil contener los celos.

Imaginarlos en la misma mesa en la que estuvimos nosotros, quitándole la ropa como me la quitaba a mí.

— Dime. — clavo una inexperta mirada asesina que espero que capte.

— El Señor Garret me espera.

Te espera a ti y a un montón como tú. No te hagas muchas ilusiones, bonita. No creo que te vuelva a ver.

— Un momento.

Entro en el despacho de Ian sin llamar. Tengo que informarle siempre que venga alguien antes de dejar que pase.

— Una señorita quiere verlo. — no puedo evitar el tono acusador que se me escapa.

Es como intentar contener el aire entre las manos, imposible. ¿Para esto me ha hecho venir? Para que viera como se acuesta con otra. Espero mientras él mira por la cristalera.

— Hágala pasar.

Cobarde. Eso es lo que eres, un cobarde incapaz de admitir que tienes sentimientos. Hace unos días se disculpó por hacerme daño, y ahora trae esa chica aquí.

Salgo para encontrarme con la barby operada y hacerla pasar. Ian la recibe en la puerta, me echa una última mirada y corre las cortinas.

Bajo para comerme la ensaladilla rusa, que parece convertirse en arena cuando entra en mi boca. Apoyo la cabeza sobre una mano, mientras que con la otra me dedico a machacar la patata. Todo el buen humor se ha esfumado, y con él, mi hambre.

Cuando subo ya no está, la chica se ha ido. Y aunque ella haya desaparecido, se ha quedado el mal sabor de boca por saber lo que acaba de ocurrir.

Suena el teléfono de mi mesa.

— Necesito que lleves un documento a correos.

Cuelgo sin contestar. No tengo humor para comportarme como si nada hubiera ocurrido, como si nada me importara.

Siento una lágrima resbalar por mi mejilla, y la gran bola de mi estómago que asciende hasta la garganta para terminar con un suspiro.

Paso las manos por los ojos, quitándome cualquier rastro de dolor de la cara y entro en el despacho.

— Este es. — señala un tocho de papeles sin levantar la vista de unos documentos.

— Bien. — no ha debido sonar muy normal porque levanta la cabeza.

¿Esta es su forma de demostrarme que lo de ayer no fue importante? Pues si lo fue. Puedes acostarte con una, diez o mil. No podrás borrar que fuiste para verme y me has hecho volver al trabajo por lo mismo.

Hace el amago de levantarse de la silla, pero no me quedo a ver como continúa. Hora y media después, ya no puedo retrasarlo más. Entro y hago como di nada, aunque la triste realidad es que me ha afectado.

— ¿Puedes pasar? — levanta la voz desde su silla.

Se acerca a mí, demasiado cerca como para que quiera hablar algo sobre trabajo. Levanta la mano hasta acercar sus dedos a mi mejilla. Cuando comprendo sus intenciones, coloco una mano sobre su pecho, lo obligo a que pare, y lo alejo.

— No. — Suelto.

No le explico el motivo. Lo saber perfectamente. Me ha calado tan bien como yo a él. Esta película hoy no me interesa, en la que me pide perdón por haberme hecho daño.

Por la calle camino más despacio de lo necesario. Mientras más tarde en hacer el recado, menos tiempo tendré que estar en la oficina.

Capítulo 14

El resto de la tarde la paso ignorándolo deliberadamente. Será mi jefe y todo lo que él quiera, pero debería contener sus impulsos delante de mí. Tiene una casa enorme para llevarse a todas las mujeres que quiera y que yo no tenga que verlo.

Justo cuando el reloj marca la hora de marcharme, ya estoy con la chaqueta y el bolso en la mano. Dispuesta a salir corriendo con tal de no ver a Ian.

En el hotel preparo la maleta con algunos conjuntos deportivos para la escapada obligatoria que ha preparado la empresa, aunque eso de que es obligatorio no lo tengo muy claro.

Mientras tiro la ropa de malas maneras dentro de la maleta, mi mente divaga entre Ian y la muchacha que ha ido hoy. No la conozco de nada pero me cae muy mal, esto solo pueden ser celos.

Con Toni no tenía este tipo de problemas, jamás sentí celos o desconfianza con él. Tampoco me dio motivos nunca. Se pasaba el día en la casa jugando a videojuegos o con los amigos en el bar de la esquina tirando unos dardos.

Suena el despertador a las seis. Me siento tentada a apagarlo y seguir durmiendo, no ha salido ni el sol. ¿Tanto les habría supuesto quedar a las diez de la mañana en lugar de las siete?

Una gran casa de piedra se alza frente a mí. Es impresionante, totalmente rodeada de bosque, solo hay árboles por todos lados. Un pequeño claro rodea la edificación, al más puro estilo rústico. Las enredaderas ascienden por toda la fachada, la puerta de madera maciza sin pulir. Nada desentona aquí, parece formar parte del propio bosque.

Comienzan a llegar coches. De uno de ellos se bajan tres compañeras. Ana, Carmen y Eli. Camino hasta ellas para dejar de estar marginada, mirando hacia todas partes sin saber a dónde dirigirme.

— Hola chicas ¿Cómo os ha ido el camino?

— Llego a saber que Ana se mareó y no viene con nosotras. — dice enfadada Leti mirando con cara de asco el coche.

No quiero preguntar qué ha ocurrido, puedo imaginármelo. Solo puedo sonreírle a Ana con cara de lo siento mucho. La pobre tiene la cara surcada de pequeñas gotas de sudor y un tono amarillento que no le sienta nada bien.

Pocos minutos después la explanada de tierra se convierte en un improvisado parking lleno de coches.

Llega Oscar, uno de los jefes e Ian detrás de él. Hago como que no lo he visto aunque lo primero que hace al bajarse del coche es pasear su mirada entre todos los rostros hasta llegar al mío. Es la primera vez que lo veo vestido de sport y le queda tan bien como el mejor de los trajes.

— No te quita el ojo. — susurra Carmen.

¿Es qué todo el mundo está tan pendiente como yo? No puedo comprender porque llama tanto la atención.

— El típico tío que te echa un polvo y adiós muy buenas. — escupe Leti.

Sospecho que ella es una de las muchas chicas que están dolidas con Ian. Para algunas habrá significado un rollete, pero estoy segura que un buen número de ellas se han enamorado de él. Odio pertenecer a ese grupo.

— Pues en la fiesta de Jeison no le quitaba el ojo a Emma y seguro que ya os habíais acostado. — fantasea Carmen en voz alta. — fue tan romántico veros salir abrazados. — coloca las manos sobre su pecho.

— Nosotros no tenemos nada. — aclaro para que no haya malos entendidos ni rumores por la oficina

— Pues claro que no. — escupe Leti echando a andar hacia la casa.

— No le hagas caso, solo está celosa.

Claro que esta celosa. Puedo comprenderla mejor de lo que piensa. Yo misma pasé ayer por eso. A él, lo odias por quererlo y a ella, la odias por quitártelo. Es fácil.

Todos comenzamos a entrar a la casa. El recibidor llega hasta el tejado,

simulando un gran patio Andaluz. Entramos por una de las puertas para encontrarnos con un salón, siguiendo con el estilo rústico, paredes de piedra, muebles de madera, unos enormes sillones de cuero y una chimenea tan grande, que podría tumbarme en ella.

— Buenos días. Voy a ser vuestro Coach durante estos tres días. Las habitaciones son de dos personas. Elegid vuestro compañero y después comenzaremos con la primera sesión de confianza.

No tengo mucho trato con ninguno de los que estamos aquí, quizás con Torres, pero no voy a compartir ninguna habitación con él. Ian está completamente descartado.

— ¿Nos ponemos juntas? — La dulce Carmen se ha quedado tan sola como yo. Es una suerte tener veintiocho años y no quince, sino esto nos afectaría mucho más.

— Claro.

Mientras todos están conversando el Coach va colocando sillas formando un círculo. Once en total.

Se sienta en una de ellas y el resto lo imitamos. Me parece una pérdida de tiempo estos tres días que vamos a dedicar a fortalecer lazos.

— Muy bien. Ahora que ya estamos listos todos, vamos a ir por orden, cada uno va a contar algo doloroso que le haya ocurrido. — explica moviendo las manos como si no comprendiéramos lo que nos está diciendo. — Venga tú. — señala a una chica sentada a su lado.

— ¿Yo? Pues... no se — se golpea el labio con un dedo, pensando. — cuando murió mi perrita, tenía catorce años, era muy viejecita ya. Cada vez que me acuerdo se me saltan las lágrimas.

El siguiente es Ian. Estoy deseando escuchar algo doloroso. No porque le haya hecho daño, sino porque él admita que le ha dolido. Aunque puede pasar que se levante, mande al Coach a la mierda y salga del salón, no me lo imagino contando alguna intimidad.

— Mi peor momento fue mi divorcio.

Todos nos quedamos esperando algún tipo de explicación pero al parecer no

la va a dar. ¿Divorciado? ¿Cómo es que no sabía nada? ¿Tendrá hijos también?

No lo conozco nada en absoluto. A lo mejor se convirtió en este ser tan frío por el divorcio, o la chica lo dejó porque era así, porque no pudo cambiarlo.

Dos chicas más cuentan su peor momento y me parecen ridículos. Para una fue un día de pequeña que se perdió y todavía lo recuerda. Madura de una vez. Todos hemos sido niños y nos hemos extraviado. La otra explica con pelos y señales durante más de diez minutos como casi sufre un accidente de coche.

Y ahora me toca a mí. Obligada a contar delante de un montón de personas algo que me haya marcado.

— Cuando tenía trece años mis padres murieron en un accidente de coche. — algunas chicas se tapan la boca con la mano. — así que me llevaron a una casa de acogida hasta que cumplí dieciocho. — por el rabillo del ojo observo como Ian me mira atento y me pongo más nerviosa todavía. — hace unos días lo dejé con mi pareja y me tuve que ir de casa. Para poder pagar el hotel he tenido que empeñar lo único que me quedaba de ellos.

¿No querían drama? A ver quien supera el mío. Viviendo el día a día no es para tanto, quiero decir, perder a tus padres siempre es duro. Cuando es navidad o tu cumpleaños, lo echas mucho de menos, pero las cosas se superan y hay que saber continuar, es lo que creo que ellos habrían querido.

Ana tiene los ojos empañados en lágrimas y Carmen y... me fijo en los rostros de las chicas, casi todas lloran.

— Puedes venirte a mi casa Emma, de verdad. — Me ofrece Carmen.

— Mi casa es de solteros playboys, pero si no te importa. — ahora es Torres el que bromea.

Dos personas que conozco de poco me han abierto las puertas de sus casas. Eso si me emociona y no puedo evitar una lágrima de felicidad, agradecida con ellos.

— Muchísimas gracias chicos. — sonrío.

Capítulo 15

Me tiro sobre la cama de cualquier manera. El Coach este nos tiene molidos. Después de la reunión en la que debíamos contar algo doloroso, fuimos a las cocinas para preparar las comida divididos en dos grupos.

Los grupos los hizo él, según dijo, para que nos relacionemos entre nosotros y no nos juntemos solo con las personas con las que tenemos confianza, al más puro estilo sexto de primaria y el profesor obligándonos a hacer trabajos con personas a las que no hablas en todo el año.

Por la tarde, hemos estado reconociendo el terreno, memorizando los distintos caminos para el concurso de senderismo de mañana por la mañana. Normalmente voy hasta a comprar el pan en coche, así que hacer caminatas por el campo lleno de piedras y desniveles no es lo que más emoción me da.

He ignorado durante todo el día a Ian, es lo menos que se tiene merecido. La imagen de sus labios sobre los míos viene a mi mente, sus manos recorriendo mi cuerpo, ¿Por qué tiene que hacer este hombre todo tan difícil?

Me giro para quedar de lado en la cama y apoyo la cabeza sobre la mano.

— ¿Vas a bajar a tomar algo? Pregunto a Carmen cuando la veo caminar hacia la ducha con la toalla en la mano.

— Un rato nada más ¿Tu no?

— ¿Estás de broma? — dejo caer la cabeza sobre la almohada. — estoy molida y la caminata empieza con el canto del gallo, no creo que cante a las diez de la mañana ¿Verdad?

— Sobre las seis más bien. — escucho su risa baja mientras cierra la puerta del baño.

En el campo por la noche es como estar en alta mar, hace frío a no ser que sea pleno agosto. Me tapo con el edredón y la ropa todavía puesta, y aunque mi

intención no es dormirme, estoy tan cómoda en esta cama que parece un trozo de nube, que me duermo antes de que Carmen salga de la ducha.

El sonido del quiquiriquí retumba en mi cabeza, tan agudo e incómodo que me levanto de un salto para espabilarme y que deje de molestarme. Zarandeo a Carmen un par de veces.

— Mmmm

— Venga, ya es la hora. — susurro meneándola un poco más.

Se incorpora sobre la cama frotándose los ojos. Las ojeras que los adornan me dice que se acostó bastante tarde, pero ella se lo ha buscado. Hoy va a disfrutar de lo lindo la marcha de cinco horas.

Nos reunimos todos en el camino que accede al coche para recibir las instrucciones.

— ¡Venga chicos, esos ánimos! Os voy a dividir de dos en dos. — mira un papel en el que están nuestros nombres. — Ian y Leti. — que rabia. Habría podido estar cinco horas a solas con él. — Carmen y Oscar. Torres y Emma. Ana y Darío. — hace un redoble de tambor bromeando, todos sabemos cuál es la última pareja. — Belén y Clara.

Una mesa improvisada, dos tablones sobre un caballete, contiene diez pequeñas mochilas que tienen todo lo que vamos a necesitar.

— Que suerte. — dice Leti pasando delante de mi — quien sabe lo que puede pasar.

Siempre estos celos con este hombre, siempre alerta, intranquila. No porque ella se le vaya a tirar encima, que la veo muy capaz, si no porque sea él quien la busca como ha estado haciendo conmigo.

Voy junto a Torres, si hay alguien capaz de hacer que tu humor mejore, ese es él.

— Hola compañera. — pasa un brazo por encima de mi hombro. — no le importará a tu noviete que seamos compis ¿No?

—No tengo novio. — aclaro. — y no hables tan alto, a ver si te va a oír.

Sacamos de nuestras mochilas un mapa donde hay pintada una gran X, ese es

el lugar donde tenemos que buscar algo y traerlo de vuelta.

— Espero que tú sepas leer esto. — suelto dándole vueltas al mapa.

Ni siquiera sé cómo colocarlo o donde estoy. Habría sido más productivo que nos diera una clase sobre mapas antes de salir, miro al resto de parejas que no paran de señalar encima del papel y en el que yo solo veo líneas y zonas verdes y marrones.

Me despisto de las explicaciones de Torres al ver como Ian y Leti emprenden el camino. Él con un pantalón de chándal azul y una camiseta de manga larga blanca, Leti lleva unos tirantes de licra y unos leggins que no deja nada a la imaginación.

Vuelvo a las explicaciones sobre guiarnos con el mapa. No pueden caerme mal todas las chicas con las que se relacione.

Tres horas después, dos botellines de agua e innumerables ampollas en los pies, hemos llegado a la gran X. Ahora solo queda encontrar lo que sea que tenemos que buscar.

— No sé ni lo que tenemos que buscar. — resoplo apartando un matorral.

— Una tarjeta creo. — coloca las manos a modo de visera mirando por la parte alta de los árboles.

A los pies de un árbol hay un pequeño cartoncillo blanco. Escrito en negro pone:

Llévame contigo

— ¡Lo he encontrado! ¡Es esto!

— Muy bien. La chica urbanita sabe comportarse en el campo.

Ahora solo queda volver. Si estando descansados hemos tardado tres horas, cansados y con los pies destrozados no quiero ni pensarlo. Vamos a ser los últimos, seguro. ¿Habrán encontrado los demás sus tarjetas también?

No puedo evitar pensar en Ian, sobre una roca con Leti medio desnuda...

Al apartarme un poco del camino buscando el mensaje, no había visto la gran montaña que se alza casi a nuestros pies. Dos unos pasos hacia atrás para verla mejor. Esto es grandioso, las cosas tan bellas que puede hacer la

naturaleza sin la ayuda del hombre. Doy unos pocos pasos más sacando mi móvil para hacer una foto. Cuando voy a apoyar el pie, no hay nada bajo él.

— ¡EMMAAA! — grita Torres corriendo hacia mí.

Caigo rodando por una enorme pendiente. Me tapo la cara con las manos. Siento los golpes contra el suelo y las piedras sobre mi cuerpo hasta que con un sonoro PUM, dejo de rodar y quedo tumbada.

— ¿¡EMMAAA!?! — vuelve a grita Torres bajando por el terraplén.

Continúo tumbada boca abajo, no quiero moverme por si me he roto algo, espero que en cualquier momento me empiece a doler alguna parte de mi cuerpo. Noto escozor en la mejilla y por los brazos, pero ningún dolor insoportable.

Muevo las manos y después los brazos. Apoyo las palmas sobre la tierra para incorporarme.

— ¡Estoy bien! — Torres resopla bajando todo lo rápido que puede.

Llega hasta mí, se sienta a mi lado y me inspecciona para quedarse tranquilo. Está el más nervioso que yo. Desde aquí veo por donde he caído y ha sido todo un milagro que no haya ocurrido nada grave.

— ¿Puedes levantarte?

— Creo que sí. — me agarro a su brazo para ayudarme. Al apoyar el pie me duele, instintivamente lo levanto. — el pie me duele un poco.

— No parece que esté roto. — apoya las manos sobre el tobillo, que ya empieza a hincharse y lo mueve. — creo que solo te lo has torcido.

Podría haber sido mucho peor así que no puedo quejarme por un pie hinchado y unos rasguños en la cara y los brazos.

Torres saca su mapa. Se rasca la barbilla mientras entrecierra los ojos.

— ¿Qué ocurre?

— No podemos volver al camino marcado. Es imposible que puedas subir esa pendiente.

— ¿Qué vamos a hacer entonces?

Lo primero que he pensado ha sido llamar a alguien por el teléfono, pero no tengo ni una raya de cobertura.

— Tendremos que inventarnos otra ruta.

No me gusta como suena. Por algún motivo nos han marcado el camino que debemos seguir, no sabemos que podemos encontrar ni que animales viven aquí. Estoy segura de que vamos a terminar perdidos.

Capítulo 16

— Necesito descansar.

Llevamos horas andando sin dar con ningún camino, el pie cada vez me duele más de forzarlo tanto y la noche está a punto de caer sobre nosotros.

En estos momentos me arrepiento de todas las películas de terror en las que un grupo de amigos se perdían en el bosque y por la mañana todos aparecían muertos.

— Es mejor seguir por la mañana y preparar algo para pasar la noche. — propone frotándose la barbilla.

¿Pasar la noche en medio de un bosque en el que no sabemos ni que animales puede haber? Ni hablar.

— No, no. ¿Cómo vamos a dormir aquí? No podemos hacer ni fuego ¿Tu sabes hacerlo?

Me siento sobre una roca y escondo la cara entre las manos. Esto no puede estar pasando, vamos a morir. Comienzo a llorar, no el típico llanto peliculero, lloro desesperada, quiero salir de este laberinto ahora mismo.

— Eh, oye. No va a pasarnos nada. — me levanta la barbilla para que lo mire. — de chico fui boyscout.

— No tengo mi mochila, se quedó en el camino, no tenemos ni una manta. Vamos a estar completamente a oscuras. — Vuelvo a llorar.

Es increíble lo impotente que se puede sentir una persona cuando no puede hacer nada por cambiar una situación.

Venga Emma, siempre eres positiva. La parte buena es que no estoy sola. Torres está conmigo.

— Deja de preocuparte. Siéntate y deja que el profesional se encargue de todo. — bromea dándome unas palmaditas en la espalda.

¿Estará Ian preocupado por nosotros? Espero que estén buscándonos. Aun

tengo la esperanza de escuchar en cualquier momento las voces de nuestros compañeros.

Me quedo hipnotizada contemplando los últimos rayos del sol perderse por el horizonte. Me quito el zapato para comprobar el pie.

No está roto porque el dolor sería mucho peor, pero ha aumentado su tamaño al doble y la zona del tobillo se ha oscurecido. Subo la pierna a la piedra para tenerla en alto, dicen que es bueno para la inflamación.

— Ya está todo listo. — Torres camina hacia mí con una gran sonrisa pintada en la cara.

No sé cómo puede estar contento en estos momentos.

Me ayuda a levantarme. Llegamos a los pies de un árbol donde ha llenado el suelo de hojas, así por lo menos no estará tan frío ni tan duro.

— ¿...Y si viene algún animal?

Si pudiera pondría una valla electrificada alrededor del árbol, pero no creo que lleve en la mochila.

— Tú descansa y yo vigilo ¿Vale? — me quita unas pocas hojas del pelo.

Poco a poco anochece, no se ve absolutamente nada, pero se escuchan muchos sonidos que por el día pasan desapercibidos y que por la noche resultan aterradores. Crujidos de ramas, aleteo de algún animal por encima de nuestras cabezas, búhos haciendo de las suyas.

Dormir al raso se convierte en una misión imposible cuando llevas manga corta, pero quien iba a pensar que esto podía suceder.

— ¿Tienes frío? — pregunta Torres frotándome los brazos.

— Un poco la verdad, pero no he cogido ninguna chaqueta. ¿Tienes frío?

— Soy un hombre caliente. Jamás tengo frío.

¿Querrá que nos calentemos de alguna forma? Si también tengo que lidiar con un hombre "caliente" perdida en medio de un bosque, creo que me va a dar un ataque. Por precaución, me separo de él.

— No busco nada contigo. — aclara visiblemente dolido por mi desplante. —

Soy gay, para que te quedes tranquila.

— ¡Anda ya! Tú no eres gay.

Es la peor excusa para acercarse a una chica que he escuchado en mi vida. Siempre está tonteando con todas las de plata.

— ¿Qué no? Mira.

Saca su teléfono. Pincha en galería y delante de mi cara, comienza a pasar fotos. Él con un hombre en la playa, bastante acaramelados, dándose un piquito en una cafetería, cenando con una copa de vino en la mano.

— ¿Es tu novio?

— Es mi marido.

Creo que vuelvo a estar en shock. Su marido. Está casado y no lo ha llevado a ninguna cena de empresa ni cuando salen a tomar algo los compañeros.

— ¿Por qué lo escondes? — pregunto un poco triste.

— Porque no se la política de empresa y no puedo quedarme en el paro. — aclara triste también.

Apoyo la cabeza sobre su hombro y me pego un poco más a él mientras seguimos mirando las fotos.

— No deberías esconderte. Cuando volvamos, vamos a ir a cenar los tres. Quiero conocerlo y contarle lo valiente que has sido. — sonrío para intentar animarlo.

— Eso está hecho. Y dime... ¿Qué os traéis el Señor Garret y tú entre manos?

Lo primero que me sale es la respuesta corta de "absolutamente nada" pero él ha confiado en mí, me ha contado algo muy íntimo que nadie en la oficina sabe.

— No lo sé muy bien. Es tan reservado que nunca sé lo que piensa.

— ¿Me dejas que te de un consejo? — no espera a que acepte o lo rechace.

— llevo muchos años trabajando para él, y nunca le había visto mirar a nadie como te mira a ti.

Me cuesta bastante dormir, y más después de lo que me ha dicho Torres. Eso

solo consigue alimentar más mis ilusiones con Ian, pero por fin después de mirar la galería de imágenes de Torres al completo se me cierran los ojos.

De vez en cuando despierto sobresaltada, pero mi compañero de penas tal y como ha prometido está despierto y vuelvo a cerrar los ojos.

— Chica ¿Estás bien? — la voz de un hombre que no reconozco me despierta.

¡Nos han encontrado! Miro a Torres que también se había dormido, pero decido perdonarlo al momento porque por fin estamos a salvo.

— ¡Nos habéis encontrado! Menos mal. — me giro hacia mi amigo. — Nos han encontrado. — le abrazo fuerte para celebrarlo.

Hay tres hombres de salvamento. Me parece increíble que en esas grandes mochilas lleven también alguna que otra manta, me la pasan por encima de los hombros y emprendemos el camino de vuelta.

— Los hemos encontrado. Están bien. Si, vamos a necesitar un médico. — habla por un aparato que parece un móvil pero bastante más grande.

No puedo seguir caminando, lo único que hago es retrasarlos. Cada dos por tres tienen que parar por mi culpa. El chico más grande, tiene que medir dos metros por lo menos, se ofrece a llevarme en brazos. Me levanta como si fuera una pluma. Solo sus músculos deben pesar más que yo.

— ¿Cómo os habéis perdido? — pregunta músculos.

— Fue culpa mía. Me caí por la pendiente y ya no pudimos volver a subir.

Ahora sí que avanzamos deprisa. Estoy deseando llegar a la casita y darme una buena ducha. Dejamos atrás los árboles y llegamos a la gran explanada que ha hecho estos dos días de parking improvisado. Se me saltan las lágrimas, por fin ha terminado.

Todos los compañeros salen para ver como estamos. Hablan a la vez y no entiendo a ninguno.

— Dejad que respiren. — músculos se abre camino a través de ellos.

Me llevan a mi habitación directamente, sin hacer ninguna parada por el camino. Según me explica uno de mis salvadores un medico me va a mirar

aquí para descartar nada grave, pero después me van a llevar a un hospital para que hagan otro tipo de pruebas.

No he reconocido el rostro de Ian cuando se han acercado todos. ¿Es qué no le importo ni lo más mínimo?

Mientras estábamos perdidos he pensado en él. He supuesto que estaría preocupado, que sería capaz de mover cielo y tierra por encontrarme, pero ni siquiera ha sido capaz de salir a recibirnos.

Capítulo 17

Ian

Aparece por la puerta en brazos de uno de los hombres de salvamento. Tiene varios arañazos en la cara y el pelo revuelto. No logro encontrar ningún signo de que se haya hecho daño de verdad, y por primera vez desde que desapareció, respiro aliviado.

Cuando todas las parejas comenzaron a llegar no le di importancia, supuse que se habría entretenido buscando la tarjeta, pero a medida que pasaban las horas y no llegaba me iba poniendo cada vez más nervioso.

Aunque por dentro me esté muriendo de la angustia, he pasado demasiado tiempo tratando con indiferencia al resto de personas. Me molesta su parloteo continuo de asuntos insustanciales, la verborrea barata por no estar callado, pero con Emma todo es distinto desde el día que faltó y fui a buscarla a su casa.

Esta ha sido una de las noches más largas de mi vida. Ocho horas de angustiada espera, sin poder hacer nada, atado de pies y manos. Solo venían a mi mente imágenes que quería borrar al instante.

No entiendo qué diferencia hay con el resto de mujeres que nunca han significado nada para mí, cuando me vienen con historias de sentimientos no vuelvo a llamarlas ni les atiendo el teléfono. Las cosas siempre han sido claras desde el principio, aunque no lo suficiente para ellas.

El médico le quita el calcetín. Tiene el pie muy hinchado, de un color parecido al violeta y no estoy completamente seguro de que este hombre este cualificado para dar un buen diagnóstico. Al tocarle el pie, se estremece y se muerde el labio, disimulando un gesto de dolor. Tengo que controlarme para no gritarle que tenga cuidado.

— No parece que esté roto. — murmura levantándose las gafas. — ¿Cómo te lo has hecho?

— Pues... — me mira reojo para apartar la vista al instante — encontré la tarjeta y no vi el terraplén que tenía detrás de mí.

— ¿Te has golpeado en algún otro sitio?

La ayuda a sentarse en la cama y comienza un examen más exhaustivo comenzando por la cabeza, continúa por la espalda hasta terminar en las piernas.

— No me duele nada más, solo el pie.

Tiene unos grandes ojos verdes, bajo uno de ellos un pequeño lunar que nunca había visto. Me sorprende mirándola como un tonto. Perdido en su rostro y en su cuerpo, en esa forma de retorcerse los dedos cuando está nerviosa.

— Pues has tenido mucha suerte jovencita. Aquí ya he terminado. Lleve a su novia al hospital, necesita una radiografía. — Dice tendiéndome un papel.

Su novia. Esas dos palabras me han provocado un vuelco en el estómago. Una montaña rusa de emociones de la que no logro bajarme cuando tengo cerca a Emma.

Casi veinticuatro horas de angustiosa espera sin saber que le había ocurrido o si volvería a ver esos ojos acusándome cuando no opinan como yo, me han servido para darme cuenta de que la quiero en mi vida.

Esa caída podría haber terminado mal y mi último recuerdo sería una mirada dolida por haberme acostado con otra, por hacerla sufrir, y todo para convencerme de que no siento nada por ella.

En cuanto el médico sale por la puerta me dirijo al armario. Saco la maleta y tiro dentro toda la ropa que voy encontrando y que creo que es de ella.

— ¿Qué estás haciendo?

— Recojo tus cosas, ya has oído al médico, tenemos que ir al hospital.

— Estoy bien Ian. — intenta levantarse de la cama pero el pie le falla y justo antes de que toque el suelo consigo sujetarla por los hombros. — lo siento.

— Quédate ahí mientras lo preparo todo.

— Déjalo. Estoy segura de que Torres me llevará encantado o cualquier

compañera. No hace falta que te molestes. — vuelve a retorcerse los dedos, nerviosa.

— Nadie que no sea yo va a llevarte. — aclaro enfadado. — Emma... — este es el momento en el que me toca afrontar mis peores pesadillas, el momento en el que abro mi corazón por segunda vez en mi vida. — Se que estás enfadada. Déjame hacerlo bien. — Da un largo suspiro, indecisa. — Creía que te había ocurrido algo y que no volvería a verte. — continúo para terminar de convencerla. — por favor.

— Está bien.

Sigo las instrucciones que me va dando de las cosas que hay que meter en la maleta. No comprendo a las chicas. Hemos venido al campo, eso quiere decir que te traes dos chándales, unos tenis y unas sudaderas, pero ella no. Ella trae maquillaje, secador, vaqueros, camisetas de manga corta, de manga larga y de tirantes...

— Voy a llevarla al coche y vengo a ayudarte. No te muevas.

Asiente con la cabeza, una sonrisa pícara ilumina su cara. Está feliz y por extraño que parezca, eso me hace feliz a mí.

La agarro por la cintura mientras ella pasa un brazo por encima de mis hombros. Con cada salto que da, se le escapa una mueca de dolor. Sin pensarlo dos veces la cojo en brazos, si la mole de salvamento la ha llevado, yo no voy a ser menos.

— ¿Qué? — me mira fijamente con esos ojos que parecen esmeraldas.

— Nada, nada.

Ignoro todas las miradas indiscretas que nos lanzan los demás. Mañana seremos la comidilla de la oficina, así tienen algo de que hablar.

Con todo el cuidado que puedo la acomodo en el asiento, le pongo el cinturón, me siento a su lado y arranco.

— ¿Te duele? — le pregunto por romper el silencio. A mí no me molesta, pero a ella se la ve incómoda.

— No mucho.

— ¿Es cierto eso que contaste de las monedas?

No tenía ni idea de que su situación económica era tan precaria. Yo solo quería dejar de verla para dejar de sentir el revoloteo en mi pecho. En ningún momento pensé que tendría que hacer algo como eso.

— Ajam. — contesta mirando por la ventanilla. — pero cuando ahorre las voy a recuperar.

Cuando vuelvo a mirarla se ha dormido. Tiene la cabeza girada hacia mí, puedo disfrutar de este momento sin preocuparme de que me pille. El sonido de su respiración, lenta y acompasada me relaja.

— ¿Ian? — susurra dormida.

Casi me da un paro cardiaco al escucharla. Mi nombre en sus labios, dormida ¿Estará soñando conmigo? Se la ve tan frágil ahora mismo.

Comienza a anochecer cuando llegamos a mi casa. Max y Dorotea nos esperan dentro. Les avisé de que veníamos y lo que había ocurrido. Dorotea al momento dijo que nos esperaría por si teníamos hambre.

— ¿Nos habéis esperado? — pregunta Emma mientras sigo caminando hacia la habitación con ella en brazos.

— Ahora vuelvo, esperadme. — necesito hablar con Max lo antes posible, y ya que está aquí voy a aprovechar.

— ¿Tienes hambre? ¿Quieres que Dorotea te prepare algo para cenar? — La suelto con cuidado sobre la cama y coloco unos almohadones detrás de su espalda.

— Se ha pasado la hora de comer ¿Qué ocurre con las normas? — ahí está de vuelta su sonrisa, retándome a que admita que son una tontería.

— Has tenido un accidente y llevamos todo el día en el hospital. — explico cansado. — no creo que por saltárnosla un día ocurra nada.

— No quiero molestar a Dorotea, es muy tarde.

Seguro que no le importa cocinar algo, tiene debilidad con Emma desde que la conoció. Con las chicas que han venido a mi casa a pasar algunos ratos nunca ha hablado, sin embargo con Emma ha tenido algún tipo de conexión

desde el principio.

— Voy a hablar con Max. No tardo.

Salgo de la habitación para encontrarme con mis empleados. Me dirijo directamente a Dorotea.

— Emma tiene hambre pero no quiere molestarte, dice que es tarde. — explico frotándome la frente por esta situación tan ridícula en la que hago de intermediario.

— Voy ahora mismo para que me diga que quiere comer, no me importa cocinar lo que le apetezca.

— Gracias. Max, me ha dicho Emma que ha empeñado las monedas de su padre. Mañana a primera hora acércate a todas las casas de empeños cercanas al hotel donde se hospedaba.

— Por supuesto.

— Recupéralas como sea. — doy media vuelta para volver a la habitación. — Ah, y trae sus cosas de ese cuchitril.

Regreso junto a ella justo cuando Dorotea está saliendo. La ha convencido para prepararle una tortilla. Me gusta verla tumbada en mi cama, entre mis cosas ¿Podría hacer de esto mi día a día?

— Toma. — le tiendo unos pantalones y una camiseta para que duerma.

Comienza a incorporarse, apoya un pie en el suelo mientras mantiene el otro en alto y da un par de saltos acercándose a la puerta.

— ¿Dónde vas?

— A mi habitación. — sigue con los saltos.

Hay momentos en los que me pone nervioso. Su inocencia me presiona, me obliga a que admita cosas, a que las diga en voz alta sin darme oportunidad de engañarme a mí mismo.

-Esta es tu habitación ahora. — la sujeto del brazo acercándola de vuelta a la cama.

— Pero...

— Pero nada.

Capítulo 18

— Voy a darme una ducha. Todavía tengo hojas en la camiseta — pongo cara de asco. Ian muestra una pequeña sonrisa, minúscula. No sé porque le cuesta tanto ser agradable, las normas de cortesía no son tan difíciles. Alguien gasta una broma y tú sonrías educadamente. — bueno... ahora vuelvo.

Me ayuda a llegar a la puerta del baño sujetándome por el codo. Cierro la puerta a mi espalda y contemplo su baño privado. Es tan grande como lo era mi salón. Una enorme bañera con hidromasaje adorna la pared del fondo. También hay una ducha en la otra pared, tiene un asiento de madera y una cristalera para que no se salga el agua. Sin dudarlo, salto hasta la bañera.

De una estantería cojo una toalla. Me siento en el borde y comienzo a llenarla. Con la venda es imposible que me pueda dar una ducha, pero tumbarme aquí con el agua calentita y la pierna por fuera, eso es otra historia. Cuando se ha llenado por la mitad, me dejo resbalar para caer dentro. Cojo demasiado inercia por el jabón y golpeo los botes de champú, que me caen encima.

— ¿Qué ocurre? — pregunta Ian abriendo la puerta de golpe y entrando.

— Es difícil con la pierna así. — no quiero parecer una niña chica, pero pongo todas las pompas de jabón que voy encontrando sobre mi cuerpo.

Es una tontería, nos hemos acostado. La diferencia es que siempre ha sido con parte de la ropa puesta porque siempre ha sido demasiado fogoso. Creo que nunca he visto su cuerpo totalmente desnudo. Pasar del erotismo a esto, totalmente repantigada, con una pierna fuera y los pelos chorreando pegados a la cara raya lo ridículo.

— Espera.

Comienza a quitarse la ropa. ¿Qué está haciendo? De pronto el agua está demasiado caliente para mi gusto. Las mejillas me arden ¿cómo puede hacerlo con tanta naturalidad? Me sorprendo mirándolo fijamente. Tiene unos hombros anchos, el pecho marcado y unos abdominales en los que nunca me había fijado, pero que si quisiera, podría pasar la mano por encima y

comprobaría que son duros como el acero.

Camina completamente desnudo hasta la bañera. Se sienta detrás de mí. La respiración se me agita por este momento que me parece, solo me está alterando a mí.

— Pásame la esponja. — pide con una media sonrisa. Durante un instante no tenía ni idea de sus intenciones ¿me va a lavar? — No sabía que eras tímida.

— Te estás divirtiendo ¿verdad? — acuso abochornada.

— Bastante. — Pasea la esponja por mis brazos y por la espalda. — cualquiera diría que te avergüenza estar desnuda.

No le contesto. Bastante mal rato estoy pasando con que me haya tenido que duchar. Me cuesta mucho diferenciar a Ian del Señor Garret, aunque mi cuerpo me pide a gritos acercarme, sentirlo y dejarme llevar, mi mente me frena. Las cosas no son como antes.

Él está distinto, me trata de forma distinta, es más cercano y atento. Solo quiero disfrutar de este momento a su lado. Me inclino hacia atrás hasta que la espalda choca contra su pecho y me acomodo en él, apoyo la nuca sobre su hombro y cierro los ojos, soltando un largo suspiro.

Acerca su rostro a mi pelo y escucho como aspira por la nariz.

- Hueles a hierba.

- Es lo que tiene dormir sobre una cama improvisada de hojas.— contesto con los ojos cerrados y sin moverme ni un milímetro. Podría pasar toda la noche aquí.— No sabía que te habías divorciado. Bueno, en realidad no sabía ni que te habías casado.

- Si.— tensa su cuerpo bajo el mío.

-¿Hace mucho?

- Algún tiempo.— pone sus manos sobre mis hombros para que me incorpore mientras él se levanta y sale de la bañera. Que le habrá picado ahora.— Seguro que ya tienes la tortilla fría.

Se ata una pequeña toalla a la cintura que le da un aspecto de gladiador romano bastante erótico. Quito la vista y la clavo en sus ojos, que vuelven a

ser de ese azul fríos como el hielo. Algo le ha molestado y se ha convertido en el señor Garret intimidante. No tiene nada de malo haberse divorciado. Yo misma si hubiera estado casada con Toni, ahora mismo estaríamos en ese largo proceso.

Me tiende un albornoz que parece hecho de nubes, es gordo y esponjoso como nunca había visto antes. Me envuelvo en él y con la ayuda de Ian llegamos a la habitación.

La tortilla me espera en la mesita de noche. Tiene un olor que hace que me crujan las tripas al instante. Trabaja para Ian porque es la mejor. Una simple tortilla y sabe tan distinta a la que yo hago, que me prometo pedirle mañana la receta.

-Ahora vengo, ve cenando.

Cuando sale y cierra la puerta. Todo parece más amplio, más vacío, hasta yo me siento distinta cuando no está cerca de mí. Vuelvo la atención al plato del que todavía sale humo. Disfruto cada bocado, cada pequeña porción que meto en mi boca.

Me pongo la camiseta y el pantalón y me meto en la cama tapándome hasta la nariz. Quiero esperar a que vuelva y poder arreglar de alguna forma el estropicio que he formado pero los ojos se me cierran y dejo de luchar por mantenerlos abiertos. La noche en el campo ha sido una experiencia dura y agotadora. Todo mi cuerpo pide a gritos un descanso. Los músculos se me van destensando hasta que caigo en un profundo sueño.

Despierto temprano. Entre los pequeños agujeritos de la persiana se puede intuir el naranja que comienza a asomar, tímido y perezoso como yo, por el horizonte. Me estiro con un sonoro bostezo.

- Buenos días.- aparece Ian por la puerta con una bandeja entre las manos y otra actitud mucho más alegre que la noche anterior.-¿Has dormido bien?

- Esta cama es increíble, ni siquiera te escuché volver.

Se acerca hasta la cama. Espera pacientemente hasta que me siento y acomodo la pierna mala. Es tan raro verlo así que ando con la sospecha detrás de la oreja. Una media sonrisa pinta su cara, parece más joven, menos amargado.

- ¿Has hecho el desayuno?

Habría pagado por verlo en la cocina con un delantal luchando contra la tostadora.

-¿Estás de broma? Yo solo soy el mensajero.

Coloca la bandeja entre mis piernas. Ni me fijo en la comida que ha traído, me tiene hipnotizada. Delante de mí con su traje impecable que le queda como un guante. ¿Esperando que? Baja los ojos a la bandeja, sin querer le siguen los míos.

Dos cajas de madera es lo único que hay. Las reconozco al momento. Creo que he perdido la capacidad de hablar, me tapo la boca con las manos, emocionada. Las monedas de mi padre están a tan solo unos centímetros de mí. Tenía claro que las recuperaría, pero no tan pronto, no gracias a Ian.

Salto de la cama y le abrazo. Llora sobre su pecho como la niña pequeña que vuelvo a ser con su juguete favorito recuperado.

- Muchas gracias, Ian.— Da unas palmaditas en mi espalda.—Te juro que te lo voy a pagar.— Su única respuesta es corresponder a mi abrazo. Envolverme entre los suyos.

- He traído tu maleta también.— se aparta unos centímetros para mostrármela, apoyada contra la puerta del armario.

- ¿Por qué haces todo esto?

Las preguntas profundas, las que hacen que tenga que afrontar las situaciones, en cierto modo nos separan.

- ¿No te basta con que lo haga?

- Sí, claro que sí. Perdona.— susurro bajando la mirada.

Nunca le he visto con otras chicas. No sé cuál es su comportamiento no normal, a lo mejor es este. Las cuida, las mima y después cuando se cansa de ellas, les da la patada.

Yo prefiero pensar que solo es así conmigo porque por algún extraño motivo le intereso más que cualquier de las que hayan pasado por esta cama.

Levanto la vista hacia su rostro, ese capaz de convertirse en una fina línea

angulosa, capaz de provocarte escalofríos con tan solo una mirada, capaz de llevarte al paraíso con una sonrisa.

—Estoy en deuda contigo y para compensarte, un poco por lo menos. — Le planto un descarado beso en la mejilla mientras voy dando saltitos hasta la maleta. — hoy cocino yo.

- Si te sale igual de rico que el anterior... me muero de ganas.

Capítulo 19

Pongo sobre la encimera de la cocina los libros que Dorotea me ha prestado. Todos los platos son demasiado elaborados para mis pobres conocimientos culinarios.

Después de darle vueltas y más vueltas, los cierro, los aparto a un lado y me decido por el que más me gusta a mí. Prefiero cocinar algo que sé, a intentar hacer algo difícil y que sepa mal.

— ¿No te gusta ninguno?— pregunta quitándose las gafas.

— Son demasiado difíciles...había pensando en algo más fácil.

Coloco una olla sobre el fuego con agua para calentar mientras rebusco en la nevera un chorizo para picarlo. Los macarrones con tomate siempre me quedan muy ricos. Espero que ha Ian le gusten.

Pensar en él comiendo comida normal, como el resto de seres humanos, me hace gracia. Con su traje sentado en la mesa, pinchando un macarrón con tomate. Estoy deseando verlo.

— ¿Pico la cebolla?— pregunta Dorotea haciendo de pinche.

—Si, por favor.

Nunca tuve la oportunidad de cocinar con mi madre, supongo que lo que nosotras estamos haciendo se le parece mucho y es en estas pequeñas cosas cuando más los echo de menos. Llamar a mi madre para preguntar por una receta, tener una conversación de esas que te sacan los colores, sobre chicos con mi padre. Situaciones normales en una casa que yo nunca tuve.

— ¿Crees que le gustará a Ian?

Cuando he comenzado a cocinar estaba totalmente segura del plato, ahora no me parece tan buena idea. Si es una sorpresa para él, tendría que haber cocinado algo que fuera de su estilo.

—Creo que hagas lo que hagas le va a gustar. — dice son una pequeña sonrisa.

— ¿Por qué?

— ¿Todavía no te has dado cuenta? Se supone que no debería hablar... pero...
— empieza a susurrar mirando hacia la puerta— es muy distinto cuando está contigo.

— ¿A qué te refieres?— susurro imitándola.

—Vuelve a parecerse al Ian que era antes.

Podría preguntar que le ocurrió para que cambiara tanto, pero sé que no me lo diría. Mientras menos quieren contarme, más estrambóticas son las historias que me invento en la cabeza. Espero que pronto confíe en mí y se abra, se sincere y me lo cuente todo.

Le doy los últimos retoques a la mesa un par de minutos antes de las dos. No quiero comenzar una comida incumpliendo las normas, aunque sea la más estúpida que he escuchado en mi vida.

Como un reloj aparece por la puerta. Se quita la chaqueta con cuidado y se la tiende a Dorotea. Hasta un sábado va arreglado hasta las cejas.

— No mires — pido con un risa nerviosa — a lo mejor no te gusta —le tapo los ojos con las manos mientras le guío hacia la mesa.

— No veo — camina con los brazos extendidos delante suya. ¿Tan tonta cree que soy como para dejar que choque contra algo?

—De eso se trata — río mientras cojeo y lucho porque no haga trampas.

Se sienta en la silla. Coloca las manos sobre la mesa y espera a que dé el visto bueno.

— ¿Listo?

Asiente con la cabeza. Le destapo los ojos. Mira el plato de macarrones que tiene en frente. Yo le observo a él, analizando el más mínimo movimiento que delate que no le gusta.

— ¿Macarrones?— pregunta girando la cabeza para mirarme.

—He pensado que no sueles comerlos y que sería una buena idea. — Explico atropellándome yo sola. — ¿no te gustan? No te gustan, debería haberlo sabido.

—Emma, si me gustan los macarrones, tan solo que hacía mucho que no los comía.

En lugar de sentarme en frente, he colocado mi plato en la silla que está a su lado. En una mesa que debe medir por lo menos dos metros, sentarse cada uno en una esquina es una tontería y desde tan lejos no puedo saber bien si realmente está disfrutando de la comida.

Pincha el macarrón y se lo mete en la boca. Aunque parezca una maleducada espero sin quitarle ojo.

— Están increíbles — suelta el veredicto que estaba esperando.

— ¿Lo dices en serio?

— No tengo porque mentirte, están deliciosos y ahora come — señala mi plato con su tenedor.

Hago lo que me dice pero de vez en cuando le lanzo miraditas. Parece que de verdad le han gustado porque se come hasta el último que había en el plato. Me alegra muchísimo porque he cocino como agradecimiento a todo lo que ha hecho por mí, sino le hubiera gustado, habría parecido más un castigo. Si a mí para darme las gracias por algo me cocinas brócoli, te aseguro que me das el día.

El fin de semana pasa demasiado rápido para mi gusto. He podido disfrutar de la compañía de Ian, no del Señor Garret. Hay una gran diferencia cuando los conoces a los dos...

Al mediodía bajo al restaurante para comer algo del menú que cocinan. Hoy lunes tocan lentejas, no me entusiasman mucho pero dicen que hay que comer de todo. Con la bandeja entre las manos miro por las mesas buscando algún rostro conocido para no sentarme sola.

— ¡Emma, siéntate con nosotras!— grita Carmen desde la mesa más alejada.

— Hola, chicas ¿cómo habéis pasado el fin de?

— ¿Nosotras? ¿Cómo lo has pasado tú, pillina?— Ahora es Ana la que consigue avergonzarme.

Sin duda, la salida de Ian y mía del campo ha dado que hablar a todos los compañeros, pero pensaba que ninguno se atrevería a preguntar con eso de que es el jefe y demás. Yo no doy tanto miedo.

—Normal. El pie ya casi no me duele — me hago la tonta probando a ver si cuele y dejan el otro tema aparcado.

—Tendrías que haber visto como estaba la noche que no apareciste — suelta Carmen moviendo la mano rápidamente — no sé cómo consiguió que empezaran a buscaros por la noche, por eso os encontraron tan temprano.

— ¿Nos buscaron durante toda la noche?— no tenía ni idea. Pensaba que por las noches se suspendían las búsquedas por todo el tema de la visibilidad y tampoco puedo imaginarme a Ian como me lo describe Carmen.

—Toda la noche. Ian estaba en el sofá, pegado a la ventana sin quitar la vista del caminito que entra en el bosque. Lo tienes loquito, Emma.

Una pequeña sonrisa se me escapa al escuchar esa declaración. Lo pasó mal por mí, estaba preocupado. Eso solo puede significar que le importo por más frío y duro que intente ser, la realidad es que siente algo por mí.

Leti no dice nada, sigue comiendo sin levantar la vista de su plato. Sé que hace tiempo se acostó con él y está celosa. Lo mejor sería dejar este tipo de temas para cuando ella no esté delante. Es una compañera y lo último que quiero es que sufra por mi culpa.

— Yo no digo que no estuviera preocupado... pero en el bosque no pensó tanto en ti — suelta Leti con una sonrisa prepotente pintada en la cara. Levanta los ojos de las lentejas hasta clavarlos en los míos, eleva un ceja y chasquea los dientes.

— ¿Qué quieres decir? — lo pregunto con la esperanza de que cuenta alguna tontería, pero en el fondo se lo que es antes incluso de que lo suelte.

Se levanta de la mesa, recoge la bandeja y varias migas que caen por la mesa, acerca la silla mientras las tres la miramos. Lo está haciendo despacio a conciencia, quiere ponerme nerviosa porque sabe que lo que va a decirme me

va a doler y está disfrutando.

— Me lo tiré.

Capítulo 20

Escucho lo que en el fondo ya sé. Cuando nos repartieron por parejas me daba miedo que algo así pudiera pasar, más que miedo eran unos celos horribles, pero su "declaración" fue después de que nos encontraran los chicos de salvamento. Aunque me ha molestado, no puedo ir a su despacho y pedirle explicaciones.

— ¿Crees que me importa lo que haya hecho? —escupo.

— Debería importarte que se tire a otras mientras tus andas suspirando por él.

— puedo ver sus perfectos dientes. Con mucho gusto borraría de su cara esa sonrisa.

— ¿Suspirando? — Ríe con una sonora carcajada por su error — a ti te usa en medio de un bosque mientras yo duermo con él cada noche — su cara se vuelve de un rojo intenso — ¿no lo sabías? ahora vivimos juntos.

Sin darnos cuenta la conversación se ha ido calentando hasta que hemos terminado las dos de pie y el resto de mesas mirándonos. Es cuestión de horas que Ian se entere ¿se enfadará porque el resto de mujeres sepan que vive conmigo?

Leti tira la bandeja de malas maneras sobre la mesa, el plato y los cubiertos se vuelcan. Ella me mira fijamente con una rabia que no entiendo, no es mi culpa que Ian no sienta nada por ella, y se va.

Quería llevarlo en secreto porque todo el mundo anda como loco con cada paso que da Ian. Cada vez que demuestra que no es una especie de robot y que tiene sentimientos se vuelve la comidilla durante toda la semana.

— ¿En serio te pidió que te fueras a vivir con él? — Carmen está atónita.

— Sí.

Contesto secamente, dejo la cuchara sobre el plato y me voy del comedor. No soporto que todo el mundo me mire y murmure. Me encierro en el baño, necesito un poco de tranquilidad para poder pensar y aclarar las ideas. No puedo exigirle nada pero estoy enfadada, eso no puedo evitarlo. Mientras yo casi me parto el cuello y paso el miedo de mi vida toda la noche perdida en medio de un bosque, Ian se acostaba con esa guarra.

Respiro profundo unas cuantas veces antes de salir para volver al despacho y enfrentarme a Ian con la cara más neutral que sepa capaz de ponerme, aunque dudo seriamente poder contenerme toda la tarde.

A través de la cristalera de su despacho observo cómo se levanta de su elegante silla, busca la chaqueta y se la coloca para salir.

— Cambia la reunión de las seis. Tengo que salir.

Lo que en otro momento habría lamentado, ahora mismo lo agradezco. No lo voy a ver en toda la tarde, no voy a tener que fingir que no ocurre nada porque aunque estoy intentando engañarme, si que ocurre.

— Muy bien.

Miro el reloj del fondo de la pared, las ocho en punto y no ha llegado todavía ¿estará con alguna mujer? seguro que si porque todas sus reuniones las programo yo, y no tengo nada apuntado en mí agenda de seis a ocho.

Con el ánimo por los suelos salgo a la calle, no hace falta que busque el coche, Max me espera al lado de la puerta.

— ¿Qué tal el día?— pregunta intentando iniciar una conversación.

— Como siempre.

— ¿Te ocurre algo?

— Solo estoy cansada. — digo con una sonrisa para que no insista.

Todo el trayecto de vuelta a casa lo hago en silencio, pensando. Y aunque estoy cansada, no quiero tumbarme en su cama. Es territorio prohibido. ¿Y si estoy persiguiendo una quimera? ¿Y si no cambia? ¿Realmente quiero esto para mi vida? Un hombre incapaz de comprometerse, incapaz de coger el toro por los cuernos y afrontar sus miedos y debilidades.

Me siento en el sofá para ver un rato la tele.

—Emma, te has dormido. — la voz de Ian me despierta.

Miro el reloj de mi muñeca. Son las doce y media. Enfoco la vista en su ropa, trajeado y peinado como esta mañana, eso solo puede significar que acaba de llegar.

— ¿Has llegado ahora?—pregunto bostezando.

—Hace cinco minutos.

— ¿Dónde has estado?

Nunca me había atrevido a preguntárselo pero no puedo callarme por más tiempo. Seis horas fuera sin dar ninguna explicación ¿Es que no soy nada para él?

—Tenía un asunto que arreglar.

Se pone a la defensiva.

— ¿Un asunto como el de Leti en el bosque?

He intentando convencerme durante todo el día que no debía pedirle explicaciones, no soy su novia para que me tenga que rendir cuentas de lo que hace o deja de hacer, y aquí estoy, pidiéndoselas.

De forma casi imperceptible gira la cabeza por el descaro de atreverme a lo que con total seguridad ninguna mujer se había atrevido. Ahora no puedo mostrarle cuanto me intimida, me cruzo de brazos a la espera de una contestación.

—No tengo porque contestar a eso.

Esa respuesta me cae como una jarra de agua fría en la cabeza. Le importo, eso lo sé, pero no lo suficiente...

— Tienes razón. Solo quería saberlo para dejar claro lo bien que nos lo pasamos los dos con nuestras parejas.

No sé ni porque insinúo que me acosté con Torres. Tal vez para que no piense que soy como las otras, una llorona pidiéndole más, suspirando por las esquinas por él, queriendo que se enamore de mí y ser distinta a las otras

chicas, pero todas somos iguales.

— ¿Qué insinúas?— pregunta dando un paso hacia mí. Arrugando las cejas.

—No insinúo nada, además, no tengo porque contestar a eso ¿No crees?

Paso por su lado, esquivándolo y me encierro en la habitación que me asigno Dorotea la primera vez que vine a vivir aquí. Me dejo caer en la cama y grito contra la almohada.

¿Cómo he podido ser tan tonta? Torres va a tener un problemón por mi culpa, pero ahora no puedo bajar y decirle que le he mentado. Va a pensar que soy una cría.

Me doy la vuelta y clavo la mirada en el techo. El tema está claro y es fácil. Ian no quiere comprometerse ni tener nada serio con nadie, no quiere tener conversaciones demasiado profundas. Pues bien, tengo que dejar el corazón de lado, con él, no hay otra forma. Ensimismada en mis pensamientos pasan las horas sin que pueda dormir.

Tocan a la puerta. Solo puede ser él. Me giro sobre mi misma para ignorarlo, no quiero seguir discutiendo ni quiero chocar contra esa pared tan dura que tiene por corazón. Escucho girar el pomo y sin dudarlo cierro los ojos para hacerme la dormida aunque el corazón quiera salirse del pecho y ponerse a gritar.

— ¿Emma? — procuro respirar de forma tranquila y acompasada.

Sus pasos suenan cada vez más cerca de la cama. Mantengo la pantomima aunque cada vez estoy más nerviosa. Si cree que estoy dormida ¿por qué no se va? Siento su respiración, profunda y sosegada cerca de mi rostro. Su mano acaricia mi mejilla.

Este es el Ian que quiero a mi lado cada día, el que invoca a las mariposas de mi estómago, el hombre tierno que es capaz de decirlo todo con una caricia.

— Lo siento, pequeña.

Sigo haciéndome la dormida aunque lo que me apetece es saltar sobre sus brazos. Estoy totalmente segura de que se ha abierto de esta manera porque cree que duermo. La cama desciende un poco por el peso de él. Se tumba a mi lado y pasa el brazo por mi cintura, pega su frente a mí.

Esta ha sido la mejor declaración que podría haberme hecho. Me prometo no volver a dudar de lo que siente por mí, porque es real, aunque no sepa demostrarlo o no pueda.

Capítulo 21

Ian ya no está en la cama cuando despierto, pero su lado de la cama sigue calentito, se ha tenido que levantar hace muy poco.

Aunque lo que ha hecho es muy bonito, no se me va de la cabeza. Que ayer quedó con otra mujer y gracias a su fama y a que lo conozco, se con total seguridad que no quedó para charlar un rato, un rato de seis horas.

Todavía no puedo perdonarle aunque él crea que no tengo derecho alguno a estar enfadada.

Después de su reacción cuando insinué que me había acostado con Torres, creo que hoy voy a intentar darle celos, a ver si de esta manera se pone un poco en la piel de los demás.

Abro el armario en busca de algo, no sé exactamente el que. Al final, después de probarme varios conjuntos me decido por unos pantalones pitillo negro y unos botines con tacón a juego. Una blusa blanca que me remeto por dentro y una americana y a diferencia del resto de los días, me maquillo un poco.

Para terminar el broche final, me paso la plancha por el pelo y el flequillo. Debería hacer esto todos los días. Mirándome en el espejo se que sintiéndome guapa sería capaz de plantarle más cara a Ian, que con su porte, elegancia y seguridad hace que me sienta minúscula.

Me siento en mi silla, enciendo el ordenador y comienzo a mirar los correos con la información importante para traspasarla a la agenda de Ian.

—Bu...buenos días — saluda nervioso para recomponerle al momento.

—Buenos días. Aquí tienes la agenda preparada — saludo.

Lo trato como todos los días. No quiero que porque nuestra relación personal

sea un completo desastre, afecte a mi trabajo. Aunque hay momento en los que gritaría a los cuatro vientos y le plantaría mi dimisión delante de las narices.

— ¿Necesitas algo más?— pregunto al ver que no se mueve de su sitio.

—No, nada... — mete una mano en el bolsillo — estás muy guapa.

—Gracias — sonrío amablemente — es que después he quedado — suelto como si nada, toqueteando unos papeles que no sé ni para qué son.

Ahora tengo que buscarme un plan para después del trabajo y pasar todo el día con estos tacones que me están destrozando los pies. Pero todo queda compensando en cuanto veo su cara, solo durante unos segundos, pero lo suficiente para que se me grabe a fuego. Ha apretado la mandíbula y ha cerrado el puño. ¿Enfadado Señor Garret? Esto se llama karma y sabiendo que lo que haga te afecta, te vas a enterar.

Entra en su despacho, cierra la puerta y corre las cortinas. Ahora me es imposible ver lo que hace. Eso significa que él tampoco puede ver lo hago yo. Descuelgo el teléfono y marco la extensión de Torres.

— ¿Si?

—Soy yo, Emma — susurro colocando la mano sobre mi boca.

— ¡Hola! ¿Estás mejor ya?

—Si, si. Tengo que hablar contigo. ¿Podrías quedar después del trabajo?

—Claro. Ahora te mando mi dirección ¿Ocurre algo? — pregunta preocupado.

— No es nada importante — miento — después te cuento.

Cuelgo el teléfono y me pongo a darle vueltas. Tengo que buscar la forma de explicarle como lo he liado todo. He hecho que su jefe crea que nos hemos acostado... la has liado bien, Emma.

No sale en todo el día del despacho. En alguna ocasión me he plantado delante de la puerta, preocupada por si le ha pasado algo, pero me digo a mi misma que sigo enfadada y vuelvo a mi silla.

Conforme se acerca la hora de salir me voy poniendo más nerviosa. Torres se

puede tomar muy mal que le haya metido en mis historias. Me dijo que no podía perder el trabajo, aunque no creo que Ian sea capaz de despedirlo por eso.

Me planto delante del ascensor esperando que llegue a mi planta. La mayoría de los empleados ya han salido, así que voy sola hasta que se para en la planta quince, que para suerte mía, sube Leti.

No despego la vista del frente, ignorándola por completo. Me lanza una mirada asesina. Todo ocurre a cámara lenta, adivino sus intenciones justo antes de que lo haga. Pulsa el botón de stop y se para el ascensor.

— ¿Estás loca? Dale de nuevo. — digo poniéndome nerviosa.

— Quiero aclarar las cosas — suelta enfadada — me da igual si vive contigo o no. Cuando pueda y donde pueda, voy a acostarme con él.

Esta chica no tiene ni pizca de dignidad o amor propio, aunque lo mismo podría decir de mí...

—Me parece muy bien — levanto la voz — ahora pon el ascensor en marcha.

Como no le doy la oportunidad de contestarme, extiende de nuevo la mano hasta el botón, lo pulsa un par de veces pero no sirve de nada. No se mueve de su sitio.

— ¿Qué mierda le pasa?— gruñe Leti apretando con el dedo varias veces.

—Deja de darle y descuelga el teléfono para que venga alguien.

La mujer que nos atiende, nos informa que de quince a treinta minutos vendrá un técnico. Y aunque es poco tiempo, encerrada con esta lunática, puede parecer una eternidad.

—Te lo digo en serio. Voy a ir a por él. Sé que no soy como las otras — vuelve con el mismo tema.

— A ver si te enteras ¡Todas somos iguales! —Grito enfadada — si te apetece puedes intentar hechizarlo, a mi me da igual.

—No te lo crees ni tú. Eres tan guarra como todas.

Me quedo mirándola. Aparto la vista para volver a fijarla en las puertas metálicas. Tiene razón y no me había dado cuenta hasta ahora. Todas nos

creemos diferentes, todas pensamos que tenemos una oportunidad ¿Todas nos engañamos?

No vuelvo a hablar con ella hasta que el técnico consigue abrir las puertas. Nos ayuda a salir y una vez más, vuelvo a ser el centro de atención.

Unos cuantos empleados se han quedado por el puro morbo de ver que había ocurrido. Ian también está ahí, con la espalda apoyada en la gran puerta acristalada que da a la calle ¿Me esperaba a mi o a Leti? Me da igual. Le lanzo una mirada de desprecio, todos estos malos rollos son por su culpa, y salgo del edificio.

Le doy a Max la dirección de Torres, con todo el lío del ascensor ya voy tarde pero no puedo dejarlo para otro día. Es importante que deje este tema zanjado cuanto antes.

— Gracias por traerme — digo bajándome del coche — no hace falta que esperes. Vete a casa y descansa.

— ¿Estás segura? no me importa.

— Si, no te preocupes. — ya veré como vuelvo después pero no puedo hacer que me espere durante el tiempo que tarde la cena. Yo no soy su jefe.

Subo las escaleras hasta la cuarta planta, por hoy he tenido suficientes ascensores. Torres me recibe con una gran sonrisa y una copa de vino entre las manos, se aparta un poco para que entre y unos metros por detrás su novio me saluda con la misma alegría. ¿Seguirán siendo tan simpáticos cuando les cuente lo que he hecho? no sé cómo, pero lo voy a arreglar.

— Cari, esta es Emma, la chica de la que te hablé

Camino hasta su novio. Me parece increíble que sea gay. Nada en su aspecto, su pose o su forma de hablar muestra que le gusten los hombres. Debo dejar de pensar en ese cliché barato, no podría estar más equivocado.

— Encantada de conocerte por fin— sonrío a la vez le doy dos besos

— ¿De qué querías hablar?

— Primero vamos a comer algo, temo que cuando lo sepas me eches y tenga mucha hambre.

Cuando llevamos la mitad de los entrantes suena el timbre. Son casi las diez de la noche y por la cara que pone la parejita creo que no esperan a nadie más. Me reclino sobre la silla para poder ver la puerta y como Torres la abre.

Nos quedamos boquiabiertos al encontrar a Ian en el umbral. Ahora se va a enterar de mi mentira, del secreto de Torres y de cuanto odio que se entrometa en mis cosas cuando él no permite a nadie entrar en las suyas.

Capítulo 22

No puedo creer que haya sido capaz de plantarse aquí. No respeta mi intimidad, él, que es tan celoso de la suya.

Camino hasta la puerta. Me planto delante de él, lo agarro del brazo y lo saco al portal para poder hablar.

— Dadnos un momento, chicos. — cierro la puerta al salir.

— ¿Qué haces aquí? — pregunto seria como pocas veces volviendo la mirada hacia él.

—Quería hablar contigo.

—Espera, espera. A ver si te he entendido bien. Vivimos juntos, trabajamos juntos y me estás diciendo que lo que tienes que decirme es tan serio — levanto los brazos por lo absurdo que resulta todo — que no podía esperar un par de horas.

Torres rompe el momento asomando la cabeza, vacilante y dudoso.

—No quiero molestar — carraspea incómodo — pero dentro se escucha todo, lo digo por si queréis un poco de intimidad.

Ahora es Ian el que sujeta mi mano entre las suyas para bajar a la calle. Aunque yo pueda estar enfadada y creo que estoy mi derecho de pedirle explicaciones, no queda muy bien montar este tipo de escenas delante de otro de sus empleados.

Llegamos a la calle en la que por suerte, pasa muy poca gente, casi todo el mundo está cenando. Ian continúa con una pose impasible de aquí no pasa nada, en cambio yo, creo que me sale hasta humo por las orejas.

— ¿Qué querías decirme? — pregunto algo más tranquila.

— ¿Tenéis algo vosotros dos? — señala con la cabeza hacia el portal.

Ahora es el momento en el que termino de rizar el rizo o lo aclaro todo, aunque quede como una niñaata y una mentirosa.

— Quieres que te de las explicaciones que tu eres incapaz de dar— susurro— quieres que te de la tranquilidad que tu no me das — puedo sentir las lágrimas peleando por salir. — Torres es gay y no hicimos nada en el bosque, solo te mentí porque me dolió enterarme que mientras nosotros lo pasábamos mal, tú te divertías con Leti.

Espero a que diga algo mientras los ojos se me van llenando de lágrimas. Esto es lo que se siente cuando admites tus sentimientos, cuando admites que te has comportado como una tonta y de forma ridícula solo por dar celos, pero Ian continúa en su sitio, sin hacer ni decir nada, solo me mira como si me analizara.

— Bien — suelta

¿Bien? no tengo ni idea de lo que significa eso pero no voy a permitir que las cosas se queden así. Estamos en el punto. Ese sitio en el que no hay vuelta atrás, o se arregla o termina de romperse lo poco que tenemos.

— ¡¿Eso es lo único que piensas decir?! ¿Bien? — Sin poder evitarlo rompo a llorar — Ahora que el gran Ian Garret puede dormir tranquilo da igual como estén los demás ¿no? — me armo de valor y le acuso de todo lo que pienso. Me quito las lágrimas que resbalan por mis mejillas sin control.

—Estas montando una escena

— ¿Te avergüenza? Porque a mí me avergüenza que tus ligoteos me llamen guarra en la oficina. — doy un largo suspiro intentando calmarme otra vez. Es cierto, estoy montando una escena y las pocas personas que pasan por nuestro lado se giran para mirarnos.— si me dices ahora mismo que nunca voy a volver a ver esa sonrisa ni el brillo en tu ojos como el día que chocamos, me marcharé ahora mismo y jamás volveremos a tener nada.

—Esto es absurdo, Emma — suelta pasándose la mano por la nuca.

Ya no me apetece seguir hablando con él. Hemos puesto las cartas boca

arriba y he perdido. Doy media vuelta para irme. Antes de que pueda dar ni un solo paso, Ian me ha detenido sujetándome por la cintura.

— ¿Qué quieres? ¿Qué le pongamos nombre a lo que tenemos? — Pregunta enfadado — ¿Quieres que admita que siento algo por ti? ¿Quieres que te abra mi corazón para que lo destroces?

—Yo no voy a hacerte daño. — Suelta un largo suspiro y los brazos a ambos lados de su cuerpo, derrotado. Puedo sentir todo lo que le está costando tener esta discusión, pero no pienso ceder ni conformarme — ¿Con quién estuviste anoche?

—Te lo dije, Emma. Tenía asuntos que resolver. No he vuelto a estar con nadie desde lo que ocurrió en el bosque.

—Entonces solo tienes que decir en voz alta lo que tu corazón ya sabe — acaricio su mejilla.

La noche que llegó tarde no la pasó con ninguna mujer. Mi enfado se esfuma por completo. Ya ni recuerdo porque estoy tan enfadada con él, porque le estoy presionando de esta manera. Si no ha vuelto a estar con nadie, es porque siente algo, aunque no quiera ponerle nombre, está ahí.

—Supongo que podemos intentarlo. — Da un paso hacia donde yo estoy. Pasa el dedo bajo mi ojo, quitándome una lágrima. Un suspiro se me escapa y a él, una risa baja. Coloca una mano sobre mi nuca para atraerme. Siento el sabor de sus labios entre los míos, cálidos como un día de verano. Despacio se separa ¿por qué? — vamos a cenar con la pareja.

Entrelaza sus dedos entre los míos. No puedo creerme que esto esté ocurriendo, que haya ganado contra Ian, que por fin, haya admitido que siente algo por mí y aunque no sea capaz de decirlo en voz alta, que seamos novios.

— Espera, Torres no ha dicho nada porque piensa que lo vas a despedir. No lo vas a hacer ¿verdad?

—Yo no despido a nadie por su orientación sexual, Emma — contesta sin dar crédito a mi pregunta.

Toco al timbre para que nos abran. Ha sido una situación realmente violenta, pero espero que durante la cena, se calmen los ánimos y se normalice todo.

— Ya estamos de vuelta — digo cantarina

— Señor Garret, este es Cristian, mi pareja — casi se pueden ver las pequeñas gotas de sudor que le resbalan a Torres por las sienes.

— Llámame Ian. Encantado Cristian — saluda tendiendo la mano.

Todo el ambiente se ha relajado, disfrutamos de una cena y una amena. De vez en cuando lo miro de soslayo para comprobar que se lo está pasando bien. Comienza a parecer una sombra de lo que fue y eso me hace feliz.

—Pues si — Continúa Torres — aquí, nuestra gran amiga Emma, rompió a llorar cuando le dije que tendríamos que dormir en el bosque — todos ríen, incluido Ian. Los pequeños detalles no se los había contado, era un poco embarazoso pero mi compañero creo que tiene que ganar puntos y cuenta cada detalle escabroso de aquella noche. — no pude dormir para que se quedara tranquila.

— Oh venga, cállate ya — le tiro una miga de pan.

— A mi me interesa lo que está contando.

— Señor Garret — inclino la cabeza — va a pensar que soy una torpe.

— No pienso que seas torpe — acaricia uno de mis dedos — se que lo eres.

Capítulo 23

Ian

El trayecto de vuelta a casa es distinto a otras veces. Por regla general cuando estoy en algún sitio cerrado con Emma a mi lado, me gusta ver como se pone nerviosa, como le impone el silencio, que para ella es tenso e incómodo, como se dedica a retorcerse los dedos. El silencio que nos envuelve ahora es tranquilo, de felicidad. Lo único que enturbia mis pensamientos es el temor a que en cualquier momento me falle. Me lanza una mirada fugaz que pilló por el rabillo del ojo. Es tan insegura que me divierte.

— ¿Te lo has pasado bien? — pregunta.

— Son agradables. Tenía otro concepto de Torres.

Pensaba que era un mujeriego que no respeta a las mujeres... más o menos lo que piensan ellas de mí.

— ¿Ves? es bueno conocer a la gente — suelta con tono condescendiente. Como haría una madre enseñando a un hijo.

Le lanzo una mirada aburrida, levanto la ceja y suelto el aire por la nariz.

Dejo el coche en el parking. Me bajo con más ligereza de lo normal para abrirle la puerta a Emma, cuando quiero puedo ser todo un caballero.

Caminamos hasta el ascensor, antes de montarnos, da un largo suspiro.

— ¿Qué ocurre? — entrelazo sus dedos con los míos.

Me siento libre para poder actuar como me apetece en cada momento, con ella es todo más fácil. Si quiero coger su mano, no tengo que aguantarme. Entra vacilante dentro, puede que le de miedo quedarse encerrada de nuevo, o tal vez, está pensando en Leticia. No sé que habrán hablado durante la media hora que han estado juntas, pero no logro borrar de mi recuerdo la mirada de desprecio cuando salió.

— Nada.

Esta vez, camina directa hacia mi dormitorio, arrastrándome con ella. Se tumba sobre la cama, y yo a su lado, apoya la cabeza sobre mi hombro. Su pelo huele a fresas dulces. Toda ella es atracción, cada movimiento es el leve aleteo de una mariposa. No comprendo cómo no ve lo que ven mis ojos. Coloca una de sus manos sobre mi abdomen, y despacio, va desabrochando los botones de la camisa hasta dejar mi pecho descubierto.

— Emma, no — corto tajante. Sujeto su mano para que pare.

— ¿Por qué? — pregunta levantando la cabeza para mirarme.

Ella no lo entiende y no estoy seguro de que comprenda el motivo. Esta cama es el epicentro de mi dolor, aquí he poseído a tantas mujeres que no recuerdo ni el número, y no quiero que ella sea como todas las demás. La primera vez que lo hagamos como pareja tiene que ser distinto, porque desde mi divorcio, jamás había tenido un sentimiento de por medio.

— Aquí no, tú no eres como las otras — le acaricio la mejilla para que borre la duda de su rostro.

— ¿Con cuantas mujeres has estado?

— ¿Con cuántos hombres has estado tu? — contraataco a la defensiva.

— Con dos, y eso contándote a ti — Eso no es posible. Tiene que estar mintiéndome. Uno soy yo y el otro el indeseable de su ex—novio ¿solamente nosotros? Por cómo se comportó en mi despacho, habría jurado que era experimentada y que solía andar con hombres fuera de su relación. No se la veía cohibida ni tímida — ahora tu ¿con cuantas?

— No lo sé, muchas — corto incómodo.

No llevo la cuenta de mis conquistas, pero sin duda son muchas. Al principio de divorciarme volvía a casa cada día con una distinta y por la mañana ya no recordaba ni sus nombres. No estoy orgulloso de haber hecho eso, pero perdí toda la fe en las mujeres.

— Mmmm ¿cien? — Se aporrea el labio mientras continúa pensando números.

— Tal vez — contesto quitándole importancia.

— ¿Y nunca has sentido nada por ellas?

Creo ver hacia dónde va la conversación y como puede terminar. Es difícil explicarle a una mujer que solo servían para aliviar una necesidad y que si ellas comenzaban a sentir algo, les daba de lado.

— Lo cierto es que no. Voy a ducharme.

Mientras dejo que el agua caiga por todo mi cuerpo, una idea va tomando forma en mi mente. Creo haber encontrado la manera de que ella sea distinta y que lo sepa.

Por la mañana me levanto temprano, más que de costumbre. Preparo una pequeña maleta con un par de conjuntos de sport y meto también un par de cosas para Emma. Descubro en su armario un vestido de gasa por encima de las rodillas, decido que también vendrá con nosotros, tiene que estar irresistible con él puesto.

Observo cómo se despereza, tan natural, sin ninguna pose forzada.

—Buenos días.

—Tengo una sorpresa para ti — levanto delante de ella un pañuelo rojo.

— ¿Para qué es eso?

—Prepárate y lo sabrás. No hay pistas — le tiendo el vestido para que se lo ponga.

— ¿Esto quiere el señor Garret que me ponga? — me dedica una media sonrisa pícaro bastante graciosa.

Media hora después aparece en el salón. Estaba seguro de que le iba a quedar perfecto. Se amolda a su cuerpo a la perfección, remarca su silueta y las curvas que suele llevar escondidas entre enormes sweaters.

Da media vuelta delante de mí, a la espera de un veredicto.

—Estás preciosa.

Me acerco hasta ella con el pañuelo rojo entre los dedos, se lo muestro para que sepa lo que voy a hacer. Su respiración se vuelve agitada mientras le tapo los ojos con él.

La guío hasta el coche procurando que no tropiece con nada, le ato el cinturón y arranco.

— ¿Hoy no vamos a la oficina?— pregunta.

—Hoy tenemos el día libre.

No tardamos mucho en llegar, está relativamente cerca, pero si hay un sitio mágico aquí en Portland, sin duda es este.

La ayudo a bajarse del coche. Mientras espera a que desate el pañuelo se retuerce los dedos, es tan fácil saber cuando está nerviosa. Parpadea un par de veces, acostumbrando la vista a la claridad. Gira la cabeza para admirar el paisaje y descubrir el lago a su espalda.

— ¡Es el lago Oswego! Nunca había venido. Es precioso.

—En teoría es el tramo escondido del lago. Pocas personas saben llegar aquí
— aclaro orgulloso.

—Me encanta, Ian. Muchas gracias.

Nos alejamos del lago para adentrarnos entre los árboles que terminan en un pequeño claro dónde se esconde una casita.

Hacía cinco años que no venía, desde mi divorcio, pero estoy seguro que todo estará en perfectas condiciones, mis empleados vienen una vez a la semana para arreglarla.

— ¿Es tuya?

Asiento con la cabeza. Emma me adelanta unos pasos, al parecer le encanta. Sin esperarme sube las escaleras que dan al dormitorio, el alma de la casa. Tres de sus cuatro paredes son de cristal, tienes una vista panorámica de ciento ochenta grados del bosque y del lago.

Observo a Emma, como admira las vistas del lago a través de las cristaleras. Camino hasta ella para rodearla por la espalda, y beso su cuello. Se vuelve hacia mí, clavando sus grandes ojos verdes en los míos que parecen contener toda la belleza de la naturaleza. Paso un mechón de pelo detrás de su oreja sin apartar la mirada y sujeto su mano hasta acercarla a mis labios para dejar un profundo beso. Ella, deja escapar el aliento que contiene en los pulmones,

vibrando con cada roce que se produce entre su piel y la mía.

Tímida como solo ella puede ser, acerca sus labios a los míos y yo entierro mi mano en su pelo y la atraigo hacia mí.

Necesito de su cuerpo como el aire para respirar. La elevo sin separarla ni un centímetro, enrosca las piernas alrededor de mi cintura mientras la llevo hacia la cama. Nuestros besos, dulces al principio, se vuelven desesperados, de necesidad. Su lengua busca la mía mientras le bajo los tirantes del vestido, acariciando sus brazos como una suave brisa.

Con todo el peso en mis brazos, me coloco encima de ella, que gime al sentirme. Mis manos recorren su cuerpo como no lo habían hecho hasta ahora, sintiéndola y disfrutando de su piel, de las reacciones que provoco en ella, siento su vello erizarse bajo mis dedos.

Cuando nos convertimos en un todo, lo demás desaparece. No existe nada, solo ella y yo.

Capítulo 24

Ha sido increíble. Ni mejor ni peor que las otras veces, solo increíble. Este hombre no deja de sorprenderme, puede mimetizarse en el amante más pasional o convertirse en la dulzura personificada.

— ¿Qué tal? — pregunta mirándome fijamente.

Odio esa preguntita hasta cuando la escucho en las películas. Siento el calor ascender por mi cuello para quedarse en las mejillas.

—Eso no se pregunta — ríe. Sabe que estoy avergonzada.

—Claro que se pregunta. Te ha gustado cuand...

— ¡CALLA YA! —le tapo la boca para que no pueda seguir hablando.

No entiendo esta timidez repentina. Hemos hecho cosas más obscenas en sitios donde no se deberían hacer y aquí estoy, comportándome como una adolescente que acaba de perder la virginidad.

El momento romántico se rompe cuando mis tripas comienzan a crujir, esta mañana hemos salido temprano y no me ha dado tiempo a desayunar.

—Vamos a comer algo

Se levanta de la cama completamente desnudo. Camina hacia el armario y como está de espaldas a mí y no puede verme, me recreo en su cuerpo. Todos los músculos de la espalda se le marcan, nunca me había fijado en lo ancha que es. Los glúteos... no sé ni que decir de ellos que no suene a salidorra...

—Como sigas mirándome así voy a volver a la cama — amenaza mientras se pone un pantalón de chándal.

— ¿Así como?

Me tira una camiseta de manga corta que me queda ridículamente grande y unos pantalones.

Bajamos a la cocina. Hay una pequeña radio al lado de la vitro, la enciendo y busco alguna emisora en la que estén poniendo música. Ian está haciendo unos huevos revueltos, nunca he desayunado eso pero ahora mismo, si me pusieras un elefante, me lo comería también.

Después de desayunar me ha llevado a dar un paseo por los alrededores. Estar aquí le sienta bien, le brillan los ojos cuando habla sobre senderos ocultos y no sé que más cosas que no comprendo. Nuestra ruta termina a los pies del lago.

Deja el pantalón a un lado y camina hacia la orilla. El agua va subiendo hasta que le llega a los hombros, entonces, se para y se gira hacia mí, esperando que haga lo mismo.

Tragándome todo el pudor, me quito la ropa y la dejo en el mismo sitio que él. Intento caminar de formar natural pero por la media risa que pone Ian, creo que no lo estoy consiguiendo. El último tramo lo hago nadando, hace un rato que dejé de hacer pie.

Extiende los brazos para ayudarme a llegar hasta él y enrosco los brazos alrededor de su cuello. Siento su cuerpo pegado al mío, un pequeño escalofrío me recorre por completo.

— Gracias — susurro junto a su oído.

Gira la cabeza hasta pegar su frente contra la mía y tras un largo suspiro me besa. Y como no podía ser de otra manera, terminamos haciendo el amor. Este hombre es una caja de sorpresas de la que estoy segura, nunca me cansaré.

Los sentimientos que se describen en las películas de amor, hasta ahora solo eran un cuento para mí, pero cuando encuentras a la persona, la que te hace vibrar, la que con una mirada puede provocar que tu estómago salte, la que con un susurro te altera el corazón descompasándolo por completo, entonces es cuando comprendes el amor.

—Vamos a prepararnos. Se hace tarde — sugiere.

Salimos del lago, pero con el calor del momento no había notado la fresca brisa que movía las copas de los árboles. Nos damos una ducha caliente e iniciamos la vuelta a la civilización, a la rutina en la que la loca vida de Ian y

sus mujeres nos rodea por completo.

El móvil me vibra en el bolsillo. Es raro, mi vida social es prácticamente nula. Veo un mensaje de Helena.

«*Mi familia ya se ha ido ¿Quedamos y hablamos?*»

Con todas las cosas que han ocurrido últimamente, no me acordé de avisarla. Ahora prefiero quedarme con Ian.

«*Quedamos mañana al mediodía ¿Si? Hoy no puedo*»

Mañana cuando le cuente todo, va a flipar. En tan solo dos semanas han pasado tantas cosas.

— ¿Con quién hablas? — pregunta Ian mientras conduce.

— Es Helena, una amiga. Hemos quedado mañana para comer durante la hora que tengo libre.

—Puedes tomarte la tarde libre. Yo tengo el día lleno de reuniones.

— ¿De verdad? Me gustaría tanto contarle tod...

Me callo al momento. Se me ha escapado que la finalidad es contarle absolutamente todo de él.

— ¿Contarle qué? — levanta las cejas.

—Nada, nada.

Cuando llegamos me tiro en la cama. Pasar el día haciendo el amor es agotador, puede que mañana tenga hasta agujetas. La vida sexual de Toni y mía era casi nula, casi diez años con la misma persona llegó a convertirnos más en amigos que se caían mal que en pareja.

La mañana se me antoja eterna, completamente sola y sin nada que hacer. Un par de minutos antes de la hora del almuerzo ya estoy preparada en la puerta para salir pitando de allí.

— ¡Qué guapa estás!— sujeta un mechón de pelo entre los dedos.

Es cierto, ella no sabía nada del cambio de look, ni de mi nueva relación con Ian. Estoy segura de que se va a quedar boquiabierta en cuanto le cuente todo.

Dicho y hecho. Cuando la pongo al día no puede creerse que me haya cambiado tanto la vida en tan poco tiempo.

—Ahora que tienes a un hombre como ese a tu lado no querrás venirte conmigo ¿Verdad?

— ¡Ni loca! Me siento tan viva a su lado...

—Eso es amor, Emma — se tapa la boca, emocionada.

— Ayer nos los pasamos tan bien

— ¿Qué ocurre? — pregunta adivinando mis pensamientos.

— Dice que han pasado demasiadas mujeres por su cama como para acostarse conmigo — explico — me parece una tontería.

— ¿Eso es todo? Ven, vamos a solucionarlo ahora mismo.

Como he terminado pronto, la sorpresa de Ian nos ha costado muchísimo que estuviera lista y montada para hoy pero por suerte, lo hemos conseguido, y no quiero pasarme la tarde encerrada en la casa, vuelvo al despacho para trabajar. Ian tenía varias reuniones y no estará así que voy a revisar los correos y las reuniones de mañana.

Cuando llego me sorprende ver las cristaleras tapadas con la cortina. Pensaba que no estaba. Abro la puerta para encontrarme un panorama digno del cine.

Leti está en sujetador, con el cuerpo pegado a él, mientras Ian la sujeta por la muñeca. Me quedo plantada donde estoy, casi en shock.

Ahora mismo puedo hacer dos cosas. Irme de aquí y formarme una idea de lo que ha ocurrido o iba a ocurrir, o bien, esperar una explicación. Necesito de todo mi auto control para mantener la compostura, pero no me muevo de donde estoy.

— ¿Qué haces? Lárgate — grita Leti señalándome la puerta.

—Señorita Ortiz, esto podría considerarse acoso y me vería en la obligación de despedirla si vuelve a suceder — Ian la empuja hacia atrás para quitársela de encima.

Se pone la camiseta. Parece más avergonzada que enfadada y supongo que la amenaza de despido es suficiente para que a partir de hoy, tenga cuidado.

Camino hasta Ian, que se pasa las manos por el pelo, nervioso. Supongo que no esperaba que viera esto pero, confío plenamente en él. Si quiere acostarse con otras mujeres jamás me habría dicho que lo intentaríamos, no se habría negado a acostarse conmigo en su cama ni me habría vuelto a llevar a su casa. Tengo fe ciega en él.

—Emma, est...

—Shhhh — coloco un dedo sobre su labio. No necesito ninguna explicación.

Rodeo su nuca y le beso. Después de un momento de confusión, Ian me corresponde. Me separo de él.

— Tenía una sorpresa preparada para ti — saco del bolsillo del pantalón un pañuelo negro para taponarle los ojos.

—Deberíamos hablar de lo que ha ocurrido — vuelve a insistir.

- No ha ocurrido nada, Ian. Confío en ti y conozco a Leti.

- Está bien – contesta un poco más relajado – entonces enseñame la sorpresa.

Bajamos hasta el coche. A regañadientes consigo que me deje conducir a mí y le pongo el pañuelo negro sobre los ojos.

- ¿Dónde vamos?

- Señor Garret ¿Sabe usted porque se le llama sorpresa? – bromeo.

- Muy bien señorita Connor, esto es la guerra.

Cuando llegamos a la casa, lo guío durante todo el trayecto. Le hago un gesto a Dorotea para que no haga ruido con los cacharros de cocina que va cargando hasta la mesa. Ella nos mira como si fuéramos dos colegiales.

Llegamos a su cuarto. Cierro la puerta y le quito la venda.

- Es una cama – afirma.

- Una cama nueva en la que no has estado con ninguna mujer – se le iluminan los ojos al entender por donde voy.

-En ese caso, vamos a tener que inaugurarla.

Capítulo 25

Ian

Ocho años antes

Delante del altar, esperándola, surgen todos los miedos y las dudas que no he tenido en todos los años de relación. Y si se ha arrepentido, y si ha decidido que no soy suficiente para ella, y si no está preparada para casarse... tantos y si que conforme pasan los minutos, temo que no aparezca.

Corto la línea de pensamientos en cuanto la música comienza a sonar y la familia y amigos se vuelven hacia atrás para ver como se abren las puertas de la iglesia. Ahí está ella, el diamante más bello, la mujer de mi vida. Sarah.

Camina despacio hacia mí con la gracia y delicadeza que la caracteriza, al ritmo de la música. Clava sus ojos en los míos mientras se acerca, la emoción me controla, el amor que siento hacia esta mujer es infinito. No me imagino una vida sin ella, lo supe desde el mismo momento que la vi.

—Estás preciosa mi vida — susurro en su oído cuando llega a mi lado.

Cuando el cura dice la última frase y se convierte en mi mujer, puedo sentir como el pecho lucha para salirse de la alegría.

He intentado por todos los medios que Sarah tuviera la boda que siempre había soñado y creo que lo he conseguido. Desde nuestros asientos disfruto de la fiesta. Todos ríen y comen, charlan y bromean.

— ¿Te gusta como ha quedado todo? — pregunto a Sarah.

—Me encanta cariño, es increíble... es justo como quería.

Sujeto su mano para invitarla a bailar, pero no puedo evitar que la vista se clave en el anillo que lleva en su dedo. Es mi mujer, ahora es mía para siempre.

— ¿Me concede este baile? — me levanto y hago una reverencia a lo que ella contesta con una sonrisa tímida.

—Por supuesto.

Nos escondemos entre las demás parejas. Es un baile lento, íntimo, para amantes. Acaricio su cintura sintiéndome el hombre más afortunado de la tierra por haber podido encontrar a una mujer como ella.

— ¿Cuándo le toca al padrino?— mi hermano tiende la mano para que Sarah la acepte.

—Te presto un baile con mi mujer, Will. Os estoy observando — bromeo alejándome.

—No seas tonto, cariño. — suelta Sarah riendo.

Aprovecho para acercarme a los invitados y charlar con ellos. Encuentro a mis padres enfrascados en una conversación con los padres de Sarah.

Nuestras primeras navidades como marido y mujer tienen que ser especiales. Contrato un decorador para que adorne la casa como a ella le guste. Verla feliz me hace feliz a mí.

Invitamos a toda la familia para que cene con nosotros, queremos contarles que hemos decidido ir en busca de un bebé. Ya puedo imaginarnos, Sarah en una mecedora blanca con una pequeña niñita entre sus brazos y yo sentado a su lado, admirando el parecido que tienen las dos. De mayor será un bellezón rubio como su madre.

Abrimos botellas de champan para celebrar nuestra decisión y que con un poco de suerte, dentro de poco tiempo seremos uno más en la familia

Aunque hemos quedado directamente en el restaurante, en el último momento decido ir a buscarla a casa, nuestro primer aniversario se lo merece.

Nada más abrir la puerta me topo con una corbata tirada en el suelo ¿Qué hace esto aquí? La sujeto entre los dedos para fijarme bien. No es mía. Subo las escaleras con el corazón en un puño, la respiración agitada y aunque no he llegado todavía a la habitación, cruzo los dedos para que todo esto tenga una explicación razonable y pueda reírme más tarde por la locura de pensamiento que se me pasó por la cabeza.

Me paro frente a la puerta. Noto como pequeñas gotas de sudor me resbalan por la frente. Sin pensarlo, la abro de golpe.

Sarah está en la cama con otro hombre. Cuando he visto la corbata, me tendría que haber ido. Podría haberme hecho el tonto como si nada hubiera pasado, ahora tengo que ver esta escena que estoy seguro ni en un millón de años se me borrará de la mente.

— ¡Cariño! ¿Qué haces aquí? Esto no es lo que parece, puedo explicártelo.

No, no puedes. No hay ninguna explicación que aclare él porque estás en la cama con otro hombre.

Al escuchar la voz de Sarah, el desconocido sale del interior de las mantas. Will. Mi hermano.

—Ian...—susurra.

Temo perder los nervios en cualquier momento. Las palabras se me atropellan en la boca, quiero decirles muchas cosas y a la vez no quiero decirles nada.

Hacen el amago de salir de la cama mientras se envuelven con las sábanas y la colcha. Mi sábana y mi colcha... antes de que lleguen a mí, doy media vuelta y me voy.

Frente a mí, en esta enorme mesa está Sarah, con su abogado al lado, igual que yo. Ahora la veo tal y como es en realidad, un monstruo interesado.

— La casa es para mí Ian, recuerda que no firmaste ganancias — aprieta los labios conteniendo una sonrisa.

— Dale la casa — ordeno a mi abogado.

— Pero...

— ¡Dásela! — le grito.

— Mi clienta también quiere un treinta por ciento del dinero — comienza a pasar papeles buscando la cifra — eso hace un total de diecisiete millones.

Sin poder creerme lo que está ocurriendo clavo una mirada de incompreensión en ella. Me engañas con mi hermano, y encima quieres quedarte con lo que es mío...

No puedo soportar continuar aquí. Me levanto de la silla y camino hacia la puerta.

— Dale todo lo que pida.

Lo único que quiero es cerrar cuanto antes este capítulo de mi vida para convertirme en el hombre destrozado que soy ahora. Sarah no ha escatimado en pedir parte de mis bienes, según ella, son de pleno derecho suyos por ser mi mujer.

Ilusa... se podría haber quedado con todo mi dinero y todas las propiedades como ha hecho con mi corazón. Lo engañó, lo enamoró para pisotearlo y reírse de él.

En el fondo todas son iguales. Juro que ninguna mujer volverá a reírse de mí ni a engañarme jamás.

Capítulo 26

Las horas no han podido pasar más lentas. Leti, desde el rencor de lo que ocurrió ayer se ha confabulado con un par de víboras más, que por supuesto se han acostado con Ian y están celosas hasta la médula. Su nuevo entretenimiento es lanzarme miradas envenenadas y algún que otro "guarra" en voz baja cuando paso por su lado.

He llegado a la conclusión que lo mejor que puedo hacer es empezar a buscar un nuevo trabajo. Salir de ese círculo que lo único que puede conseguir es fastidiar lo que tenemos Ian y yo y por nada del mundo quiero que eso pase.

Cada vez que me cruzo con alguna de estas mujeres, me recuerda que han estado en la cama con él. No entiendo porque se ha comportado así, algún motivo tiene que haber. En cuanto tenga ocasión le voy a preguntar, quiero poder comprenderle.

—Tengo que ir a Vancouver, estaré fuera un par de días — explica Ian apilando un montón de papeles.

— ¿Por qué?

—Por el desarrollo de un software que no está saliendo como esperábamos. Tengo que revisar los servidores por un fallo de seguridad.

—Vaya, espero que podáis solucionarlo.

Odio que tenga que salir de viaje, pero su trabajo es así. Normalmente un par de veces al mes tiene que viajar para controlar las relaciones con las demás empresas y comprobar que se van cumpliendo los plazos marcados.

—Seguro que sí.

Como si fuera la cosa más natural del mundo se acerca hasta mí para dejar un dulce beso en mis labios. ¿Cuánto tiempo puede un hombre volverte loca de deseo por él?

Camina hacia la puerta para subir hasta la última planta y montarse en el helicóptero. Corro tras él

— ¡Ian, espera!

—Dime.

— ¿Puedes... puedes avisarme cuando hayas llegado? No me gustan nada esos trastos — miro hacia el techo visualizando el helicóptero.

— ¿Preocupada señorita Connor?

— ¿Por ti? Siempre — le abrazo pegando la cabeza sobre su pecho. Me calma escuchar su latido.

—No te preocupes. Te llamaré en cuanto tomemos tierra — pasea la mano por mi pelo cariñosamente.

Veo como se aleja y por primera vez, temo que pueda pasarle algo y no volver a verlo. Se me va a hacer muy larga la espera hasta que reciba su llamada pero así es su trabajo.

Salgo del edificio en busca de Max, que como siempre, me espera como un clavo a la misma hora.

—Hola Max ¿Qué tal tu día?

—Entretenido, como siempre.

Cuando está Ian delante se comporta de un modo más frío y profesional, igual que Dorotea. Cuando estamos a solas somos como dos amigas, pero para mí es la madre no tengo, a la que pido ayuda y consejo. Llego a casa cuando Dorotea está recogiendo sus cosas para irse. Tendría que haber llamado a Helena para que se quedara a dormir conmigo.

Me despierta la musiquilla del móvil.

— ¿Si?

—Ya he llegado ¿Estabas dormida?

— Teniendo en cuenta que son las tres de la mañana y que no tenía mejor plan señor Garret, estoy durmiendo.

— ¿Molesto, señorita Connor?

—Nunca. Siempre estoy dispuesta a atender sus peticiones — siento como el calor de su voz me embriaga a la vez que aleja de mi cada vez más el sopor del sueño y un leve rubor se aloja en mis mejillas.

—Ojala pudiera estar ahí para que vieras en persona lo que se deseo — dice con voz seductora — descansa pequeña, mañana te llamo.

Dejo el teléfono en la mesita de noche y me hago un ovillo en la cama, sin Ian en ella se me antoja demasiado grande para mi sola.

Al día siguiente antes de entrar a trabajar, una silueta frente a la puerta llama mi atención. Toni me mira fijamente esperando que llegue hasta él.

—Tenemos que hablar — suelta con cara de pocos amigos.

Miro hacia ambos lados, indecisa. Max no se ha movido ni un centímetro de donde está y se porque, todavía recuerdo su cara el primer día que lo conocí y su expresión cuando vio la marca que había dejado Toni en mi mejilla.

—Vamos.

No voy a ir a ninguna cafetería con él, el mejor sitio que se me ocurre es el restaurante del trabajo, donde conozco a todo el mundo y tenemos seguridad.

—De que quieres hablar — suelto cruzándome de brazos.

—Del piso. No puedo pagar la hipoteca.

Esto es increíble. Se comporta como si fuera una peonza, ahora sí, ahora no.

—Pero eso ya lo sabías cuando me echaste ¿Qué quieres hacer?

—Quédatelo tú y te encargas de la hipoteca. Juan me ha dicho que podemos compartir piso.

—Solamente me haré cargo si lo dejas tal y como está y si aun siguen mis cosas allí —antes de dar media vuelta y dejarlo plantado suelto — te quiero fuera en dos horas, si yo pude, tú puedes.

Me siento en mi mesa sin ningunas ganas de trabajar. No está Ian ni tengo que actualizar absolutamente nada en su agenda. Entro en su despacho para recoger los periódicos que dejan sobre su mesa cada mañana. Busco la sección de trabajos.

La mayoría no son para mí, pero casi cuando llego al final de la hoja encuentro un anuncio bastante interesante en el que piden un economista.

Llamo para concertar una entrevista aunque estoy segura de que a Ian no le va a gustar la idea, pero no hay otro camino. Cada día me molesta más el problema con el resto de chicas, es increíble que este hombre tan inteligente haya sido incapaz de mantener la bragueta cerrada, por lo menos en el trabajo.

Ya no estoy a gusto aquí. Estoy totalmente segura que si cambio de aires y trabajo en un sitio en el que cada cinco minutos no me cruce con una amante de Ian, nuestra relación puede ir bastante mejor.

Salgo de la entrevista satisfecha conmigo misma. El jefe en persona me ha atendido pero no me he sentido cohibida porque no lo sabía hasta que nos hemos despedido. Es muy simpático y se ha interesado mucho en los motivos por los que quiero dejar mi actual trabajo a lo que evidentemente, he mentado.

Si no recuerdo mal su nombre es William, no quiere que le digamos Señor, ha explicado muy amable. Ojala me llame para contratarme.

Espero en la casa alguna señal de vida de Ian. Dijo que me iba a llamar pero supongo que es un hombre tan ocupado y tan importante que le ha sido imposible escaquearse cinco minutos. Conforme pasa el tiempo, siento como voy enfadándome con él ¿Qué le cuesta llamar y decir: Hola Emma, sigo vivo?

Suena una llave en la cerradura. Dorotea se ha ido hace rato. Le he dicho que aproveche hoy que estoy sola y no voy a cenar, para dedicarle tiempo a su familia.

Ian aparece por la puerta. Me levanto de un salto para recibirlo. No esperaba verlo hasta mañana, me da muchísima alegría que haya adelantado la vuelta.

— ¿Cómo es que has venido hoy?

— ¿Hubieras preferido que viniera mañana?— espeta de malas maneras mirando por la habitación.

—No, claro no ¿Por qué dices eso?

Me paró en seco. No entiendo que le pasa ni porque se comporta así.

— ¿Qué hacías esta mañana con Toni?

¿Eso es lo que le pasa? ¿Está celoso? Me hace gracia ver al hombre de hielo con estos celos tontos.

— ¿Y tu como sabes eso?

—En cuanto te ha visto con él, Leticia me ha llamado.

No puedo creerme que esa guarra que no es su secretaria ni trabaja directamente para él, tenga su teléfono personal.

Por primera vez desde que lo conozco estoy enfadada de verdad y sé que la noche va a ser larga.

Capítulo 27

No puedo creer lo que acaba de decirme. Leti le ha llamado para contarle que me había visto con Toni ¿Se puede caer más bajo?

— ¿Qué tenéis vosotros dos?— exijo una explicación porque ayer mismo amenazó con despedirla.

— Ese no es el tema.

Se cree que puede llegar desconfiando y exigiendo explicaciones, pero él no tiene que dar ninguna de las cosas que hace. Lo siento señor Garret, pero una relación es cosa de dos y las explicaciones las vamos a tener que dar los dos.

—No hay ninguna tema más, Ian ¿Por qué tiene el número de tu móvil?

—Somos amigos ¿Es qué es un delito? — pregunta a la defensiva.

— Claro que no, solo me sorprende que te tires a tus amigas también — Sé que ha sido un golpe bajo pero no me importa. ¿Cómo puede ser tan tonto? Leti no es amiga suya. Un amigo te cuida y quiere lo mejor para ti y ella lo único que quiere es volver a meterse en la cama de Ian a cualquier precio — Leti no es tu amiga. Es tu espía.

—No me acuesto con ella, ya te lo he dicho —se acerca un poco a mí con menos decisión de la que llegó — estas siendo ridícula.

Este hombre llega a ser exasperante. Quiere que confíe ciegamente en él con la trayectoria que tiene, pero una llamada de esa guarra hace que vuelva corriendo. Acabo de enterarme de la relación tan estrecha que tienen los dos. ¿Sería ella antes como yo? ¿Habrían intentado tener algo más? mil preguntas me vienen a la mente.

— ¿Ahora soy ridícula? — me vuelvo hacia la ventana para hacer como si mirara algo, pero realmente lo único que quiero es evitar que note las lágrimas en mis ojos.

—Y cabezota — susurra a mi espalda.

Se le ha pasado toda la rabia que tenía cuando llegó, pero yo sigo enfadada o celosa, no lo sé. Estoy cansada de que todos los líos de Ian, salpiquen nuestra relación. Me quito la lágrima con la manga de la camisa.

— ¿Soy algo más? — me giro para encararlo.

—Celosa. — suelta con media sonrisa.

—Ni que hubiera cogido un helicóptero un día antes para pillarte con otra — ataco levantando una ceja.

—Tienes razón. Perdóname— se acerca y me rodea con los brazos.

—Ian, yo no puedo seguir así. Hoy he hecho una entrevista de trabajo.

Se lo digo tal y como lo siento. Hay momentos en los que pienso que si hay tantas trabas en esta relación es por algo, puede que sea porque no debamos estar juntos, no lo sé.

— ¿Por qué quieres irte? — pregunta sin comprender. Es tan cuadrulado.

No entiende que pueda afectarme estar todo el día rodeada de estas mujeres. Si él trabajara para mí y sus compañeros fueran hombres con los que me he acostado estoy segura de que estaría molesto. ¡Por el amor de Dios, si ha vuelto porque le han dicho que me vieron hablando con Toni!

— ¿Por qué? Te lo he explicado. Porque necesito alejarme de tu pasado.

Deshago su abrazo, su proximidad me hace perder fuerza en mi decisión

—Vamos a cenar.

No pienso ceder. Necesito mi espacio personal, un sitio tranquilo donde ir y desconectar. Recuerdo al principio cuando me imponía tanto miedo y respeto y ahora, solo somos una pareja teniendo una discusión tonta.

Preparo una ensalada y un risotto de setas. Ian me ayuda picando las setas como si fuera la primera vez que lo hace, aunque juraría que así es.

Hemos dejado el tema de Leti, de los celos y de la entrevista que he hecho. Está prohibido mencionar nada de eso esta noche.

— ¿Cómo te llevas con tu ex mujer?

Lo pregunto como si nada, por saber algo de él y en el fondo para enterarme si su matrimonio se terminó porque Ian la engañó con alguna "amiga". Eso es lo que sospecho, que su mujer se cansó de estar a la sombra.

—No tenemos contacto — escupe soltando el cuchillo sobre la tabla de cortar.

Me doy cuenta de que estoy estirando demasiado la cuerda. Normalmente, suele ser reservado con su intimidad pero este tema le afecta. Habrán pasado seis o siete años y aun así, sigue sin poder hablar de él.

— ¿Por qué te cuesta tanto hablar de ella? — le acaricio la cara.

Después de tanto tiempo sigue afectándole muchísimo todo lo referente a su divorcio. Debía ser una gran mujer si le ha dejado una huella tan profunda.

— No me cuesta, solo que no me gusta hablar del tema.

Entiendo que no le guste recordar esa parte de su vida, aunque en el fondo me dé un poco de rabia ¿Sentirá algo por ella todavía? ¿Pensará en esa mujer cuando está conmigo? Conforme más tiempo paso con Ian, más profundos son mis sentimientos hacia él y más ganas tengo de saber cosas de su vida.

Nos sentamos a cenar envueltos en un tenso silencio. Odio que estemos enfadados. Ha estado un día fuera y me ha servido para darme cuenta que lo echo muchísimo de menos y que soy más dependiente de él de lo que creía.

— Toni me ha dicho que no podía pagar la hipoteca y que dejaba el piso.

Le explico para que se calme su desconfianza. Espero que a Leti le haya salido el tiro por la culata, porque no ha pasado absolutamente nada y ha hecho que Ian se haya vuelto antes de tiempo por una tontería que podría haberle contado por teléfono cuando me llamara.

— ¿Y qué le has dicho?

— Pues... — se me escapa una risita recordando como lo encaró — que tenía dos horas para mudarse.

Me lanza una sonrisa orgullosa. Deja el tenedor sobre el plato y se levanta de la mesa, levantándose con él.

— Esa es mi chica.

Deja un dulce beso sobre mis labios al que yo correspondo. Es lo que llevo deseando toda la noche desde que apareció por la puerta. Dejo que me dominen los sentimientos, paseo mi mano por su duro pecho, siento su latido, fuerte y rítmico bajo mis dedos, desciendo hasta el estómago.

— Vamos a hacer las paces.

Me levanta del suelo entre sus brazos sin dejar de besarme. La noche ha comenzado bastante mal, pero no podía terminar de mejor manera. Llegamos hasta la habitación, me deja sobre la cama, y sin quitarme el ojo de encima, comienza a quitarse la ropa. La sensualidad lo envuelve por completo, cada movimiento que hace es simplemente perfecto.

Sé que siente algo por mí, pero también temo que algún día, un malentendido de estos, termine con nuestra relación y lo pierda para siempre.

Capítulo 28

Han pasado un par de días desde que hice la entrevista y aun no he recibido ninguna llamada. El señor William me avisó que esta semana estarían algo ocupados pero que intentarían contactar conmigo si al final era la seleccionada. Cada hora que pasa y no contactan conmigo, voy perdiendo la ilusión por este nuevo empleo, que era mi barco para alejarme un poco de tanto lío.

He quedado con Helena para ver cómo me ha dejado Toni el piso, me espero cualquier cosa de él. Puede haberlo dejado limpio impoluto o sucio hasta quedar irreconocible.

Introduzco la llave y abro la puerta. De momento todo parece estar en orden. Avanzamos hasta el salón. Sobre la mesa hay un cenicero lleno de colillas, toda la casa apesta a tabaco. La cocina es otro cantar, el fregadero está lleno de platos con comida reseca de no sé cuánto tiempo, pero comienza a aparecer un pelillo verde sobre todo lo que antes tenía comida.

—Espero que hayas decidido cambiar de vajilla — insinúa Helena con cara de asco.

Quitando los platos sucios, los cigarros, las latas de cerveza repartidas por toda la casa, y el cuarto, que parece que ha pasado un huracán por él, no está tan mal, me lo esperaba bastante peor y con lo vengativo que es Toni, temía venir a verlo.

—No he traído guantes — no pienso tocar nada sin unos guantes. Temo pillar cualquier cosa si me arriesgo.

—Ahh no, olvídalo. Sin guantes, no limpio — parece que en cualquier momento se va a poner a vomitar.

—A ver, no puede ser para tanto — levanto un montón de ropa y se escurren unos calzoncillos usados — ¡Los he tocado! Voy a por los guantes.

Dos horas más tarde, la casa se parece mucho más a una casa y no a un estercolero. Llamo a un cerrajero para que venga y cambie la cerradura. No me fío ni un pelo de Toni. El hombre me informa de que en media hora puede pasarse por aquí, y como es poco tiempo lo esperamos.

— ¿Cómo te va con tu amorcito? ¿Le gustó la cama?

Se me escapa una risilla juguetona al recordar el estreno que le dimos.

—Si, le gustó bastante — ese recuerdo queda eclipsado por otro desagradable, Leti — tiene una amiga...

—A su amiga le gusta ¿Verdad? — Esta mujer tiene poderes deductivos — no me mires así, es lógico. ¿A qué mujer en su sano juicio no le gustaría?

Es cierto, ella lo conoció el día de su cumpleaños, el mismo día que me pilló Toni con él y el mismo día que mi vida cambió. Hace unas cuantas semanas de aquello y a mí me parece una eternidad.

—Tienes razón pero... es insufrible. Parecemos dos niñas peleadas en el patio del colegio por la misma pelota.

—Ya, pero es que la pelota está de toma pan y moja. — la miro con mala cara. Si también tengo que soportar que mi amiga se haya pillado de Ian, voy a gritar —Emma, es un hombre atractivo, asúmelo y deja de tener celos de cualquier mujer que intente algo con él.

—Tienes razón, pero es tan difícil — resoplo tirándome hacia atrás en el sofá.

—Cuando te pongas celosa piensa que está contigo por algo.

Justo en ese momento tocan al timbre. Un hombre con un mono azul, gordo hasta casi no caber por la puerta aparece, el cerrajero. Estamos mirando un rato lo que hace hasta que me suena el móvil. Un número que no conozco de nada aparece en la pequeña pantallita. Ojala sea del nuevo trabajo, por favor.

— ¿Si?... sí, soy yo. ¿En serio? Muchísimas gracias. Si, si, no hay problema.

Salto de alegría y Helena se une a mí, mientras el hombre gordo nos mira como si estuviéramos locas.

— ¡Me lo han dado! ¡El trabajo es mío!

— ¡Qué bien! Te va a venir muy bien ya lo verás.

Estoy contenta por varios motivos. El primero es que no voy a tener que ver más la cara de seta de Leti y el segundo es que no voy a ser la secretaria de nadie, voy a trabajar de lo que me gusta, economía.

No sé qué es exactamente lo que tengo que hacer pero la muchacha que me ha llamado me ha dicho que empiezo la semana que viene el periodo de prueba de quince días.

Cuando Ian aparece en mi mente parte de la alegría se esfuma. Está claro que se lo tengo que contar y también se que no le va a gustar porque se suponía que era un tema aparcado.

—Ian no quería que me fuera, Helena — le cuento preocupada.

—Emma, eres su pareja. Si trabajar para él te hace daño, díselo. Y si realmente siente algo por ti, lo entenderá aunque no le guste.

Mi amiga siempre da en el clavo. Tiene toda la razón, está siendo egoísta e inmaduro. Me repito una y otra vez la frase de Helena, es tan buena que quiero decirla tal y como ella lo ha hecho.

Nos despedimos y quedamos para el siguiente sábado. Debimos a nuestros trabajos se nos hace imposible quedar un día de diario a no ser que sea una emergencia.

Entro por la puerta cruzando los dedos para que Ian no esté. Llego al salón y lo encuentro en el sofá con un periódico entre las manos. Dorotea lleva unos pinganillos mientras mueve los labios sin decir nada ¿Está escuchando música? Es increíble como una tontería como esa puede borrar de un plumazo parte de los nervios.

— ¿Qué tal la tarde?— pregunta Ian doblando el periódico y dejándolo sobre la mesa.

—Limpiando, han ido a cambiar la cerradura. Estoy agotada — miro de reojo para comprobar si está de humor para tener este tipo de conversación en este momento — me han llamado del trabajo ese al que fui a hacer la entrevista.

— ¿Y? Pensaba que habíamos decidido dejarlo aparcado por ahora.

—No. Tú lo decidiste. — Ataco enfadándome yo primera — además me han dado el empleo y lo he aceptado.

— ¿Por qué quieres alejarte de mí?—No hay enfado en su voz. Parece afligido.

—No quiero separarme de ti, por eso mismo lo he aceptado — y aunque parezca una incongruencia, así ha sido — me afecta mucho el tema de las mujeres con las que te has acostado, necesito alejarme y tú deberías comprenderme — esa es la única frase que he recordado de lo que dijo Helena — si es que sientes algo por mí, claro.

Cuando ella me lo explicó, sonaba tan bien que me convenció. Al escucharme a mi misma me he sentido algo ridícula.

— ¿Dudas que sienta algo por ti? — Arruga las cejas — y según tu, la forma de demostrártelo es que me da igual que dejes el trabajo donde puedo verte cada día.

Al escucharle parece que el también tiene razón. Si le dejaran podría convencer al mismísimo demonio de que es bueno, estoy totalmente segura.

—Hombre... que te de igual, tampoco. Lo que no quiero es que te enfades. Es bueno para los dos, ya lo verás.

—Está bien.

— ¿Si?— pregunto. Todavía no puedo creerme que haya sido tan fácil.

—Si.

Salto sobre él para abrazarlo. El hombre de las mil caras ha vuelto a sorprenderme. Le miro durante un segundo, justo antes de besarle para disimular el sentimiento que se ha alojado en mi pecho.

—Tengo que salir. No tardaré — lo primero que viene a mi cabeza es que ha quedado con alguna mujer, pero no digo nada, no quiero ser la típica celosa pidiendo explicaciones. — He quedado con Peter para unos negocios — aclara al ver mi expresión.

— Gracias — le susurro en el oído antes de besarle y ver como sale por la puerta.

Al cerrarla, mi atención vuelve a Dorotea. Sigue amasando algo mientras mueve los labios. Me acerco a ella y como se que no me escucha, le indico

mediante signos que se quite los pinganillos.

— No sabía que te gustaban los mp3 — me hace tanta gracia este tema que intento contener la risa.

— No me gustan, pero mi hijo me lo ha regalado por mi santo con la esperanza de quedárselo él. Así que pienso usarlo para que la próxima vez se lo piense dos veces.

Ahora sí que no puedo contenerme y estallo en unas sonoras carcajadas.
Dorotea ríe conmigo por el triunfo de su malévolos plan.

Capítulo 29

Hoy he decidido tomarme el día sabático. Ian había quedado para jugar al golf con unos posibles inversores así que como voy a estar sola casi todo el día ni me he quitado el pijama. Voy a ver la tele y a leer. Estoy decidida a que sea totalmente improductivo todo lo que haga hoy.

Mañana es lunes y tal y como quedé con William, empiezo mi periodo de prueba. Espero superarlo. Me gustaba trabajar para Ian hasta que todo empezó a descontrolarse, ahora lo mejor es cambiar de aires y que dejemos de ser jefe y empleada para convertirnos en pareja solamente.

Para terminar el día, lleno la bañera hasta los bordes, vierto sales y aromas y apago la luz, sustituyéndola por unas velas. Me relajó durante lo que parece cinco minutos pero que en realidad han sido dos horas. Al salir veo algo extraño en la habitación.

Sobre la cama hay una gran caja con una nota encima. La sujeto entre los dedos sospechando de quien es. Las mariposas de mi estómago vuelven a hacer de las suyas.

A las diez haremos de esta noche la más mágica.

Ian.

La noche más mágica.... no tengo ni idea de lo que significa. Abro la caja, envuelto en papel de seda hay un impresionante vestido rojo con cuello barco. Nunca en toda mi vida había tenido un vestido tan impresionante entre mis manos.

A las nueve y media estoy preparada, esperando. Max aparece por la puerta.

— Buenas noches. Estás muy guapa.

—Gracias, he quedado con Ian ¿Sabes dónde está?

— Soy su chofer esta noche. Mi trabajo es llevarte con él — sonrío.

Nos montamos en el coche. Miro por la ventana intentando adivinar a donde vamos, pero después de un rato sin ningún resultado apoyo la espalda y espero a que lleguemos.

Es un restaurante. Un restaurante impresionante con unos pórticos de cinco metros por lo menos, unas escaleras de mármol que le dan un aire solemne que impresiona. Ian está a los pies de las escaleras, esperándome.

El coche para a su lado y me abre la puerta.

—Buenas noches. Sabía que te quedaría perfecto — me ayuda a salir del coche y cuando estoy a su lado me da media vuelta.

— Es impresionante.

Subimos las escaleras hasta la entrada. Es increíble los que un buen restaurante y un vestido caro puede hacer con tu autoestima, me siento poderosa, sexy, capaz de cualquier cosa. Entramos dentro y si la fachada me había dejado boquiabierto, el restaurante por dentro es mil veces mejor. Lámparas de araña repartidas por toda la estancia, todos los hombres llevan trajes y las mujeres vestidos, la iluminación es bastante íntima, nada de luces amarillentas pegadas directamente en la cara.

Ian se para en seco delante de una mujer que no reconozco de nada.

—Ian, cariño. Qué alegría verte.

Apostaría todo mi dinero a que se trata de su madre. Es una mujer mayor aunque guarda una gran belleza de su juventud junto con unos increíbles ojos azules, igual que Ian.

—Hola, madre — suelta frío como el hielo.

— ¿Cómo te va todo, hijo? ¿Por qué no venís a cenar algún día a casa?— me regala una sonrisa sincera.

—Ya veremos. Tenemos que irnos.

Me despido con la mano. No tenía ni idea de que se llevaran mal, siempre es tan reacio a contar cualquier cosa de su vida que en el fondo creo que no lo conozco.

Nos sentamos en la mesa. Al momento aparece un joven con la carta de

vinos, Ian ni siquiera la mira.

—Un Cabernet Sauvignon, gracias.

Que ni me pregunte que vino prefiero me molesta, pero me parece mucho peor lo que ha ocurrido con su madre. Este hombre y sus misterios me van a volver loca.

— ¿Qué ha pasado hace un momento?

— ¿A qué te refieres?— pregunta haciéndose el tonto.

—Con tu madre, Ian. ¿Por qué te has comportado así?

—Por nada ¿Sabes ya lo que quieres comer?

Vuelve a dar por cerrado el tema. Cuando hablo de su divorcio hace lo mismo y ahora con su familia ¿Es qué no significo nada para él? Las parejas se cuentan las cosas, se desahogan entre ellas y se apoyan. No veo nada de eso en esta relación.

—Nunca quieres contarme nada de ti — le miro fijamente con la frente arrugada — no te voy a exigir que te abras cuando está claro que no cuento nada — cojo la servilleta de la mesa y me la coloco sobre las piernas — pero si te voy a dar un consejo porque me importas. El día que tus padres falten, te arrepentirás de haber perdido el tiempo con enfados tontos.

Mi intención no es darle la charla ni que se sienta incómodo, pero yo no tengo familia, no tengo a nadie a quien acudir si necesito algo y él, no valora lo que tiene.

— ¿Crees que no me importas? Emma, soy reservado. No puedo evitarlo.

En ese momento llega el camarero con el vino. Lo abre, le vierte un poco en la copa para que Ian dé el visto bueno, nos toma nota de lo que queremos comer y se marcha.

—Una cosa es ser reservado y otra es ser hermético.

Da un pequeño sorbo de la copa de vino, yo le imito. Lo que parecía que iba a ser una cena romántica, se ha convertido en una cena de reproches.

—Está bien. Hazme una pregunta. La que quieras y te contestaré.

Puedo preguntar cualquier cosa y él tiene que ser sincero. Podría preguntarle si tiene algo con Leti, aunque sería tirar una oportunidad valiosísima para conocerlo mejor. Quizás este es el momento para enterarme porque no se habla con su madre. Y aunque barajo muchas preguntas en mi mente, se desde el principio que es lo que realmente quiero saber.

— ¿Por qué te divorciaste?

—Me engañó con mi hermano.

Es lo último que esperaba escuchar. Ahora comprendo muchas cosas y puedo hilar otras tantas, me puedo hacer una idea más o menos clara de porque es así con su madre.

—Ian... Lo siento muchísimo — acerco mi mano a la suya para intentar consolarlo.

Aparece el camarero con los platos. Este hombre no puede ser más inoportuno, ya es la segunda vez que interrumpe un momento importante.

El resto de la cena la pasamos en silencio. Ian mira su plato, no levanta la vista de él. Comienzo a arrepentirme de haber sido tan pesada con el tema del divorcio. Está claro que le afecta. Odio que por mi culpa estemos así.

—Lo siento mucho. No debería haber insistido tanto.

—No importa. Lo único que quiero... es... que sepas... que eres muy importante para mí. — aunque al principio le ha costado, el resto de la frase la suelta del tirón.

Le regalo un beso en la mejilla. Espero que por el momento sea suficiente, después le compensaré de una forma mejor.

— ¿Dónde dijiste que estaba tu nuevo trabajo?— pregunta mientras arranca el coche.

—Está en la quinta avenida, el edificio que hace esquina.

De pronto comienza a acelerar. Miro por el retrovisor por si es por algún motivo pero no hay ningún coche más. Lo miro a él, tiene la mandíbula tensa y los dientes apretados, la punta de los dedos comienza a ponerse blanca por la fuerza que está ejerciendo en el volante.

— ¿Cómo se llama tu nuevo jefe?

— William — susurro.

Va cambiando de marchas hasta meter quinta. El velocímetro no hace más que aumentar. Como acto reflejo me agarro donde pillo, no sé qué está ocurriendo ni porque se pone así.

—William Garret — gruñe acelerando más.

Capítulo 30

Las calles pasan a nuestro lado como manchas borrosas. Ian está totalmente descontrolado, dudo que sea capaz siquiera de razonar, no quita la mirada de la carretera ni un momento.

—No corras tanto, por favor — me sujeto con más fuerza al salpicadero.

No me hace ni caso, es como si no existiera nada más que él y su rabia.

—Yo no sabía que era tu hermano — continúa a la misma velocidad. Temo que en cualquier momento nos salgamos de la carretera — ni siquiera sabía que tenías un hermano, ¡por el amor de Dios!

Antes de que pueda reaccionar hemos llegado al garaje y ha frenado en seco en mitad del llano. Como respuesta, mi cuerpo se pega al cinturón de seguridad con un golpe que me saca todo el aire de los pulmones.

—Bájate — ordena sin soltar el volante y sin apagar el motor.

—Vamos a hablarlo, por favor.

Hoy ha sido una noche de noticias. Hace tan solo unas horas no conocía absolutamente nada de la vida de Ian, y ahora comprendo la frialdad de su carácter, porque no quería tener una relación con ninguna mujer y porque le cuesta tanto confiar en los demás.

— ¡Te he dicho que te bajes! — golpea el volante.

Esta actitud me pilla desprevenida, me asusta. No es él, ahora mismo es un hombre desbordado por las emociones. Desabrocho el cinturón todo lo rápido que puedo y me bajo. Antes de cerrar la puerta lo observo, esperando algo, lo que sea. Estira el brazo hasta mi puerta y la cierra de un portazo sin mirarme. Me quedo plantada donde estoy observando cómo se aleja, dejando un desagradable olor a goma quemada y un chirrido agudo cuando las ruedas derrapan.

Espero unos pocos minutos por si se arrepiente y vuelve, por si se da cuenta de que toda esta actitud es infantil y exagerada, pero eso no va a ocurrir.

Subo en el ascensor para esperarlo en su piso. Me siento en el sofá mientras me retuerzo los dedos, no tengo ni idea de que hacer ¿Lo espero? ¿Salgo a buscarlo? ¿Me acuesto?

Así que su hermano, con el que le engañó su mujer va a ser mi nuevo jefe. Esto es peor que un culebrón. Pero todo esto es su culpa, si no hubiera sido tan cerrado, ahora quizás no estaría pasando nada de esto. Sabría que tiene un hermano, que tiene una empresa y todo lo que les ocurrió y no habría ido ni a hacer la entrevista.

Una parte de mi comprende que ha Ian le haya afectado tanto enterarse de esto, pero la otra parte no. Se supone que debe confiar en mí, que tenemos que ser un apoyo entre nosotros, tendríamos que ser capaces de hablar y solucionar las cosas y no salir huyendo a la primera de cambio cuando algo se tuerce un poco.

Voy a la cocina, vierto agua en un vaso y lo meto en el microondas. Rebusco por todos los armaritos buscando una tila, no sé dónde demonios guardan el té en esta casa, al final, tiro el vaso con el agua al fregadero.

Cojo el móvil del bolso y lo llamo. Un pitido, dos pitidos, tres pitidos, dejo que suene hasta que la llamada se corta sola. Conforme pasa el tiempo mi enfado va en aumento, podría descolgar aunque solo sea para decirme que lo deje en paz. Vuelvo a intentar contactar con Ian, si él puede hacer lo que le dé la gana, yo puedo ser pesada, a ver si así consigo que me atienda.

— ¡Qué!— grita a través del teléfono.

— ¿Ian?—pregunto. No esperaba que me atendiera y no tengo ni idea de lo que quiero decirle — por favor, vuelve. Vamos a hablarlo — suplico.

Me cuelga. ¿Qué culpa tengo yo? No he hecho nada como para que se comporte así. Tiro el teléfono sobre el sofá. Al momento me arrepiento y vuelvo a cogerlo. Marco su número una vez más, pero esta vez dispuesta a cantarle las cuarenta, a decirle que es un adulto y que se comporte como tal y que deje de hacer estas tonterías, debería darle vergüenza.

No suena ni un pitido cuando una voz femenina anuncia "El teléfono al que

llama está apagado o fuera de cobertura" estupendo, ahora apaga el móvil.

Ahora mismo estoy demasiado nerviosa como para hacer algo. Me siento en una silla de la cocina mientras me como un croissant, intentando buscar una solución que no sea que cuando vuelva le grite todo lo que estoy pensando y todo lo que me apetece.

El recuerdo de su cara viene a mí una y otra vez, recordándome que está sufriendo. Lo que le ocurrió le dejó tan marcado que lo ha cambiado por completo. ¿Lo que siento es tan fuerte como para poder soportar el duro camino que comienza? La respuesta es clara y sin lugar a dudas: SI.

Dos horas más tarde sigue sin dar señales de vida. Le he llamado seis o siete veces más, y aunque ya lo tiene encendido, no me atiende ¿Es qué no piensa volver?

No me doy cuenta de que estoy paseando de un lado a otro del salón, con el despampanante vestido rojo todavía puesto. Voy hacia la habitación para ponerme el pijama y de pronto suena la musiquilla de mi teléfono, literalmente corro hasta él con la esperanza de que sea Ian, aunque ¿Qué otra persona podría ser a estas horas?

No conozco el número. Puede que haya perdido el suyo y me esté llamando desde otro, algo en mi interior me dice que no es así.

— ¿Diga?— escucho como tiembla mi propia voz.

—Buenas noches ¿Es usted familiar del señor Ian Garrett?

— ¿Qué ha pasado?

En cuanto he visto ese número, mi interior me decía a gritos que había ocurrido algo grave. Ahora mis sospechas se corroboran y tengo que agarrarme al borde de la mesa para no caerme al suelo. No es posible que todo esto se vaya a terminar antes de que empecemos.

—Le llamo desde el hospital universitario ¿Podría venir?

— Dígame si está bien, por favor. — suplico con la esperanza de que me dé alguna información, lo que sea.

—Lo siento, señorita. El médico hablará con usted en cuanto llegue.

Por favor, por favor, que esté bien. Cojo las llaves de mi coche y sin cambiarme de ropa ni quitarme los tacones, echo a correr hacia el garaje.

Ya he perdido a toda mi familia, no puedo perderle a él también ¿Qué clase de broma macabra es esta? No puedo creerme que me merezca perder a todas las personas que me importan.

Mientras conduzco lloro como cuando tenía trece años y murieron mis padres, tengo la misma sensación que ese día. La sensación de que algo terrible ha sucedido.

Capítulo 31

Llego al hospital. No sé muy bien hacia donde ir ni con quien hablar. Al fondo veo un letrero de información. Camino decidida hasta él. Una mujer con cara de pocos amigos me mira por encima de sus gafas.

— ¿Qué ocurre?— pregunta con desgana.

— Hola, me acaban de llamar. Me han dicho que Ian Garret está aquí — explico atropellándome.

—Espere en esa sala — señala una pequeña habitación llena de más personas con la misma cara que yo — y el médico irá en cuanto pueda.

—Vale.

Camino hasta el redil donde dan las malas noticias. Me siento como un cerdo a punto de entrar en el matadero. Me paso todo el rato mirando hacia la puerta con la esperanza de que aparezca el médico. Cada minuto me parecen horas, si tarda un poco más, van a tener que reanimarme.

— ¿Familiares de Ian Garret?

Corro hasta él. Escuchar ese nombre de los labios de este desconocido se me antoja raro. Lo suelta como si no importara, como si lo hiciera cada día y estuviera insensibilizado a estos dramas.

— ¿Cómo está Doctor? — pregunto con el corazón en un puño.

—Milagrosamente está perfecto. No debería conducir si ha bebido.

—Él no suele beber — intento justificar — es solo que ha tenido un mal día.

Ahora que me ha dicho el médico que está bien y que no le ha pasado nada, siento como el enfado comienza a aflorar. Pienso decirle cuatro cosas en cuanto lo tenga delante.

— Está bien. Venga conmigo y pueden irse. Mañana tendrá un bonito dolor

de cabeza — sonrío — dele ibuprofeno.

Entramos en una sala repleta de camillas hasta los topes. En una de ellas está Ian con el pelo revuelto, la corbata a medio desabrochar y la camisa casi que es mejor tirarla directamente.

Llega una enfermera y entre las dos lo sentamos en una silla de ruedas. Es cierto, tiene una borrachera importante.

— Eres tannn... guapa — abraza mi vestido.

— Si, si. Guapísima.

No podía imaginar que los músculos pesaran tanto. Entre que tengo que montarlo casi como un pedo muerto en el coche y que no deja de decir tonterías, tardo casi media hora en acomodarlo y abrocharle el cinturón.

— ¿Estás bien? — pregunto antes de arrancar. Lo último que quiero es que me vomite por todo el coche.

Levanta el dedo pulgar como contestación y no sé por que motivo, creo que eso no es buena señal.

Intento conducir despacio y sin muchos cambios brusco. La cara de Ian cada vez está más amarilla. Creo que mi coche no se va a librar.

Aparco en el garaje. Me bajo y en el tiempo que tardo en rodear el coche para bajarlo a él, vomita por todo el salpicadero.

—Joder, Ian —susurro sacándolo a toda prisa.

—Bañana... te... comprarre... un coche... nuevo.

Casi a rastras llegamos al ascensor. Si aparto un momento mi enfado, resulta hasta gracioso escucharle decir estas tonterías sin la pose de hombre duro al que nada le afecta.

—...Muy.... guapa... — vuelve a repetir mirándome.

Lo suelto sobre la cama. Le quito la ropa y lo llevo hasta la ducha. Una ducha fresquita le va a venir muy bien para que se le pase un poco la borrachera.

—No... Tu... conmigo...— suelta colocando las manos en la mampara.

— ¿¡Así!?!— grito enfadada colocándome debajo del agua.

Da un paso y se pega a mí. El agua le chorrea por la cara y el cuerpo, empapándolo por completo, justo como a mí. Este momento sería sensual si no hubiera vomitado y tuviera esta borrachera.

Le coloco un albornoz y lo llevo de vuelta a la cama. Cuando está más o menos seco, lo meto dentro y lo tapo y así aprovecho y me quito el vestido que pesa horrores. Con un sonoro "Pum" cae sobre el suelo.

—Que... cuerpo...

— Ian, déjalo ya.

Me tumbo a su lado en la cama. Es cierto, estoy enfadada pero mi enfado no puede ser muy grande porque hace unas horas pensaba que podía haberlo perdido para siempre y aquí está, piropeándome sin descanso. Junto a mí, como tiene que ser.

—Perdóname — suelta apartándome un mechón.

— No creas que va a ser tan fácil, señor Garret.

Parece que se le traba menos la lengua y que la borrachera empieza a disminuir. Sus movimientos no son tan torpes y exagerados como al principio.

—Yo... creo... — duda— creo...

— ¿Qué crees?

— Creo... que te quiero.

Lo miro sin saber que decir. Varias veces me ha dicho que era importante para él, pero que me quiere nunca. Al escuchar esas palabras mi corazón da un vuelco con tres piruetas y un triple mortal.

Espero que el dicho popular sea cierto y que los niños y los borrachos nunca mientan.

— Yo también te quiero.

— ¿Si?

El Ian borracho es mucho más inseguro que el de negocios ¿Por qué duda que yo pueda quererle?

— Si, pero como vuelvas a darme un susto como el de hoy, te mato.

Ríe a carcajadas limpias. Me encanta verlo así. Sin preocuparse intentando comportarse de una determinada manera, poniéndose la máscara para que la gente lo vea como no es realmente.

Apoya la cabeza en mi hombro, escucho su lenta respiración que de pronto se convierte en un ronquidillo. Mañana pienso decirle que ronca, a ver como se lo toma el hombre perfecto y por supuesto pienso darle la charla que hoy no he podido, pero por el momento voy a disfrutar de ese te quiero y de él.

Por la mañana me levanto temprano. Preparo unas tostadas y un zumo de naranja, coloco un vaso de agua junto con un ibuprofeno para llevárselo a Ian que todavía duerme.

Dejo la bandeja sobre la mesita de noche, y sin ningún miramiento levanto la persiana haciendo todo el ruido que puedo. Ian pega un respingo y se tapa los ojos al momento con la almohada. Perfecto, le molesta.

— Arriba dormilón.

—Emma, por favor. Me va a explotar la cabeza — susurra debajo de la almohada.

—Eso está bien, quizás — doy un tirón a la almohada y se la quito — de ese modo — le quitón el edredón también — te lo pienses dos veces antes de volver a darme el susto que me diste.

— ¿Susto?

— ¿No te acuerdas? Me llamaron del hospital para decirme que habías tenido un accidente. Dile adiós a tu querido Bentley.

—Pero... estoy bien. No me duele nada — se palpa el cuerpo en busca de alguna herida.

—No te hiciste nada por suerte. Deberías estar avergonzado por todas las cosas que me dijiste ayer...

Su cara cambia. Está claro que pocas veces ha perdido el control de la situación y no recordar lo que dice o hace le agobia. Se frota la cabeza intentando recordar.

— ¿Qué te dije? — duda

— Solo hablaste de sentimientos y cosas por el estilo. Eres muy tierno — mi venganza favorita es que se sienta ridículo.

Cuando no tenga resaca ni dolor de cabeza hablaremos del otro tema que es el que realmente me interesa.

— Yo... no sé qué decir, Emma.

—Me voy a trabajar. Cuando vuelva vamos a hablar de lo de ayer — ordeno
— y no quiero ni una tontería más.

Capítulo 32

Antes de entrar dentro del imponente edificio me paro en la entrada, respiro hondo para calmar los nervios y adelanto un pie armándome de valor. Nunca es fácil llegar a un sitio nuevo.

En recepción una simpática chica me indica donde tengo que ir y me entrega una placa con mi nombre y un código de barras que debo pasar todos los días por los escáneres. Pues sí que tiene seguridad este sitio.

Cuando llego a mi planta me recibe una mujer mayor con unas gafas escandalosamente gruesas.

— Tú debes de ser Emma Connor.

—Si, soy yo.

Tiene un aire de superioridad profesional que con total seguridad se debe a sus muchos años de experiencia. Me dejo guiar por ella a través del pasillo hasta que se para delante de una puerta donde está escrito mi nombre. No puedo creérmelo, voy a tener mi propio despacho.

— Aquí trabajarás. Yo estoy en la puerta de al lado, para cualquier cosa que necesites.

—Muchas gracias.

— Ahora vendrán con todo el papeleo del que te tienes que encargar. —

Explica colocándose las gafas — al principio es algo engorroso pero ya verás cómo te acostumbras.

—Eso espero — se me escapa una risa nerviosa de la que me arrepiento al instante. Quiero parecer profesional no una niña en su primer día de colegio. Con todos los nervios se me ha olvidado preguntarle cómo se llama, aunque deduzco que tiene que ser algo parecido a mi jefa. Tal y como ella me dijo, en cuestión de quince minutos aparece un muchacho con un carrito lleno hasta los topes de papeles y carpetas. Solo espero no tener que leerme eso porque podría llevarme una vida.

— ¡Hola! ¿Eres Emma?

— Esa soy yo— río mirando de reojo el carrito.

— Estupendo. Estas son las cuentas de este trimestre. Tenemos que

organizarlas y cuadrarlas con los recibos.

Es peor de lo que me imaginaba. No tengo que leer todos esos papeles. Son cuentas que tengo que comprobar. Me acerco hasta el montón donde descubro una servilleta con un listado de gastos.

— Creo que esto no sirve — Meneo la servilleta en el aire.

—Algo podremos hacer, no te preocupes. Por cierto, mi nombre es Peter. Después de todo el día liada con cuentas y haciendo alguna que otra trampa para poder meter gastos a la empresa que no son gastos de empresa, cosa que me parece fatal pero siendo nueva no puedo ponerme exquisita, no hemos terminado ni la mitad de lo que ha traído Peter.

Este despacho lo comparto con él y aunque me gustaría estar un poco a mi aire se ve que es buena persona. Vive con su madre enferma para cuidarla, tiene dos hermanas que se fueron a vivir a no sé dónde y le gusta el fútbol. Habla más que una cotorra.

A las dos en punto me levanto de la silla para irme, creo que es lo mejor de este trabajo, salir tan pronto.

—A ver si mañana nos da tiempo a terminar.

—Hay muchos carros como este, Emma — ríe al ver mi expresión — nosotros nunca terminamos.

—Bueno... mejor mucho trabajo que sin trabajo ¿no?

— Exacto — chasquea la lengua mientras se levanta también.

Al salir por la puerta, justo en frente, está Ian esperándome con cara de pocos amigos. Camino hasta él con una seguridad renovada. Todavía no se me ha olvidado que ayer la lió y que nos queda una conversación pendiente.

— ¿Cómo te ha ido el día? — pregunta completamente serio.

—Entre papeles ¿Qué tal estás?

—Avergonzado — admite cambiando la expresión.

Me acerco hasta él para dejar un beso en la comisura de sus labios. Lo de anoche fue simplemente surrealista, pero en el fondo me gusta que no sea el hombre perfecto que creía que era.

—A ver como lo compensas.

—Puede que ya lo haya hecho.

Me acompaña hasta la puerta del copiloto para abrirme la puerta. Si que está arrepentido como para comportarse como un caballero. Se sube el también y arranca.

— ¿Qué has hecho? — pregunto. Aunque en el fondo no sé si quiero saberlo

porque este hombre solo sabe hacer las cosas a lo grande.

— Espera y verás.

Conduce hasta su garaje. Aparca donde siempre aunque todo el espacio disponible es para él y sus coches.

— ¿Qué te parece? — pregunta mientras nos bajamos.

— ¿Qué me parece el qué?

— Tu nuevo coche.

Un BMW serie 1 en negro me sorprende. Es increíble, jamás he tenido un coche como este, como mucho mi viejo Clío azul. ¿Ha comprado un coche con tal de no limpiar el estropicio que formó? Es desmesurado hasta para él.

— Yo ya tengo un coche.

Es cierto. Tengo un coche que no le llega a este ni a la suela de los zapatos y aunque quiero mantener mi cara de póker, por dentro soy una niña abriendo los regalos de navidad.

— No, tú tenías una tartana.

— Tenía... — me giro para mirarlo.

— Era viejo. Si hubiéramos tenido un accidente, la chapa se habría doblado como si fuera plastilina.

De repente soy consciente de lo que ocurre en realidad. No quiere que me pase nada. Da igual si me regala un coche o un globo aerostático. Le importo.

— Me encanta — pero no sé si voy a saber conducir esto tan grande.

— Luego podemos probarlo.

Abro la puerta para admirarlo por dentro, no tiene nada que ver con mi Clío. La tapicería es de cuero, todo el coche huele a ella. Tiene algo que Ian llama navegador y aparcamiento inteligente, cada vez me veo menos capaz de llevarlo yo sola.

— ¿Dónde está Max? Llevo unos cuantos días sin verlo.

— Se ha tomado el día libre.

Subimos hasta la casa. Me encanta haber terminado de trabajar y aun tener todo el día por delante. Dorotea tampoco está y una imagen de ellos dos cenando en un restaurante me viene a la cabeza, aunque no puede ser ¿No?

— Deberíamos hablar de lo que ocurrió anoche — propongo.

— ¿De qué exactamente quieres hablar, la parte en la que me comporté como un crío o la parte en la que te di un susto de muerte?

Se acerca hasta mí y me abraza. Suele dar tan pocas muestras de cariño que se me hace raro que peine mi pelo con sus dedos de una forma tan tierna.

— Quiero hablar sobre que tu hermano sea mi jefe. No tienes que preocuparte Ian, te lo dije anoche pero por si acaso, te lo vuelvo a decir, te quiero.

Separo la cabeza de su pecho para mirarlo. Me gusta ver sus reacciones cuando se le muestra cariño, casi podría decirse que es virgen.

Permanece impasible, con miedo a decir lo que siente. Decido ayudarlo a que se abra.

—...Y aunque no quieras admitirlo en voz alta, se que tu también me quieres.

—Me cuesta mucho decir...

—Shhhh lo sé. No pasa nada.

Capítulo 33

Tengo guardaespaldas nuevo. Ian me lleva al trabajo y me recoge y aunque en el fondo me molesta, porque el único motivo por el que lo hace es porque desconfía, hago como si no me importara. Si él necesita algo de seguridad, yo puedo dársela de este modo.

En la entrada se baja del coche y como si se tratara de una película romántica me deja un tierno beso como despedida. Cuando doy un paso para entrar por la puerta sujeta mi mano, lo miro sin comprender.

— ¿Qué pa....

Me callo al ver su rostro. Totalmente enfurecido y fuera de sí, tiene las cejas arrugadas y la mandíbula apretada. Sigo la trayectoria de su mirada para descubrir que es lo que ha provocado ese ataque de ira. William.

Nos observa para al momento apartar la mirada, agachar la cabeza y entrar al descomunal edificio. Entiendo que evite tener contacto con Ian y sé que lo que hizo fue horrible, pero son hermanos, por dios, alguna vez tendrán que arreglarlo.

Ian suelta mi mano, avanza un paso con los puños apretados y al instante adivino su intención.

—Por favor — tiro de él hacia mí.

—Déjame, Emma — gruñe.

Me coloco delante para frenarlo, coloco las manos sobre su pecho e intento empujarlo hacia atrás.

—Vete a casa — ordeno intentando parecer más valiente de lo que me siento.

Respira profundo un par de veces y cierra los ojos. Sin duda intentando calmarse. Me mira de una manera extraña que no comprendo, quizás pena, puede que impotencia. Da media vuelta y se monta en el coche.

Cuando lo veo alejarse respiro aliviada. Camino hasta el edificio y al traspasar la puerta el mismísimo William Garret está ahí, mirándome.

—Quiero hablar contigo. Sígueme.

Esto es peor de lo que pensaba. ¿Qué culpa tengo yo de que ellos estén peleados? ¿Qué culpa tengo de que William fuera incapaz de mantener la

bragueta subida y respetara a la mujer de su hermano?

Lo sigo hasta el ascensor en un incómodo silencio hasta que llegamos a su despacho. Se sienta en su caro sillón de alto ejecutivo y entrelaza los dedos.

— ¿Eres la mujer de mi hermano Ian?

—Soy su novia — aclaro. Aunque un extraño escalofrío me ha recorrido al escuchar su mujer — siento mucho lo que ha ocurrido.

—No te disculpes, esta situación es por mi culpa ¿Cómo está él?

—Bien, por momentos.

¿Cuánto tiempo llevarán sin hablarse? William es el hermano mayor, el que debería haber cuidado de Ian y no destrozarle la vida como lo hizo. Puede que se arrepienta de todo y esté preocupado o que no sepa cómo solucionar las cosas.

—Me gustaría hablar con él ¿Sabes si... tal vez...

—No creo que sea buena idea.

— Lo entiendo — dice bajando la mirada — tengo cosas que hacer.

Lo miro mientras se levanta y sale del despacho. Unos pocos segundos después lo sigo para irme a trabajar yo también.

Un nuevo montón de papeles me saludan desde la mesa. La economía de esta empresa es un desastre y un descontrol. Cada uno hace lo que quiere y después lo incluye en los gastos de empresa. Me pregunto si William sabe que está pagando los lujos y las extravagancias de sus empleados.

Peter no aparece. Ayer no me dijo que fuera a faltar hoy, pero lo agradezco enormemente. Tener toda la mañana su desagradable voz taladrándome los oídos me pone nerviosa. Hoy puedo trabajar a mi ritmo sin que me hablen de quien ganó ayer en golf o quien metió un súper triple. El deporte me interesa poco por no decir nada.

No me quito a Ian de la cabeza durante toda la mañana. ¿Estará bien? Espero que no haya hecho ninguna tontería. Cada rato saco el teléfono del bolso decidida a llamarlo, pero después me arrepiento, no solemos llamarnos como si fuéramos una pareja que no aguanta unas horas sin saber del otro.

La manecilla pequeña del reloj se coloca sobre el dos y la más larga sobre el doce. Preocupada por no saber el panorama que me voy a encontrar, recojo el bolso y salgo a la calle.

Ian espera sentado dentro con las manos en el volante. Casi habría preferido terminar de trabajar más tarde y ahorrarme la discusión que estamos a punto de tener.

Me siento a su lado. Arranca el coche y nos vamos.

— ¿Qué tal tu día? — pregunto para suavizar la situación.

—Tenemos que hablar — susurra con una triste voz que no le había escuchado nunca.

— ¿De qué quieres que hablemos? Hoy no ha pasado nada.

No contesta. Continúa conduciendo como cada día hasta que llegamos al garaje. Subimos hasta su piso. Se sienta en el sofá y entierra la cabeza entre las manos como un hombre derrotado.

Odio verlo así ¿Por qué le resulta tan difícil superar lo que ocurrió? ¿Por qué no puede aceptar simplemente que su mujer era una guarra y su hermano un hombre sin principios?

Me acerco hasta él, para quedar a su altura apoyo las rodillas sobre la alfombra y con cariño le aparto las manos.

—Ian, sabes que te quiero ¿Verdad?

—Yo también te quiero — levanta la mirada y clava sus ojos en los míos — necesito que dejes ese trabajo.

No puedo creer lo que escucho. Quiere que deje mi trabajo por sus inseguridades y por su desconfianza. Toda la pena y la empatía que me estaba esforzando por tener desaparecen al momento.

—No puedes pedirme eso. Tienes que confiar en mí.

—Lo he intentado, te juro que lo he intentado — se levanta y camina hasta el gran balcón — pero no puedo continuar así.

— ¿Qué quieres decir?

—Tienes que elegir. Tu trabajo o yo. Tengo que salir por negocios pero mañana estaré de vuelta — explica volviendo a ser el frío hombre de hielo.

—Se razonable ¿Cómo puedes ponerme entre la espada y la pared de esta forma?

Me acerco a él para intentar hacerle entrar en razón. No puede terminar con lo que tenemos solo porque sea inseguro. No puede decirme que elija y hacerme a mí la responsable de esa decisión.

—Mi intención no es esa. Lo he meditado mucho y no puedo estar cerca de William...no quiero que lo estés tu.

— ¡Vaya que me acueste con él! ¿Verdad?

—Tengo que irme — me aparta a un lado para recoger una pequeña maleta que no había visto.

Y sin mirar atrás sale por la puerta.

Un torbellino de emociones me recorren por completo. Estoy muy enfadada porque Ian sea incapaz de confiar en mí, y al mismo tiempo, triste. Tengo un día para decidir si prefiero estar con Ian, el hombre en el que pienso desde que chocamos en la calle o mi trabajo, el trabajo de mis sueños. Todo esto no es justo. Jamás le engañaría. Tengo que intentar que entre en razón y no me obligue a elegir, pero se ha comportado como un cobarde. Suelta la bomba y corre a esconderse detrás de la excusa de los negocios. Corro hasta el bolso en busca del móvil. Marco su número para pedirle que vuelva y lo hablemos todo tranquilamente, pero lo tiene apagado. Voy a la habitación y abro el armario. Veo toda mi ropa que cuelga en las perchas y mi maleta en una esquina ¿Qué hago?

Capítulo 34

Es increíble que esté sucediendo esto. Mi vida ha cambiado completamente y todo por él. Cada paso que he dado ha sido por acercarme más a él. He intentado comprenderle, darle la seguridad que necesitada, estar a su lado incluso cuando no lo merecía, cambié de trabajado por él... y aquí estoy, mirando mi ropa y la maleta.

Ha apagado el móvil y no tengo otra forma de contactar con Ian, me siento tan impotente y frustrada que sin querer, siento como las lágrimas desbordan mis ojos y piden a gritos salir. Esto no debería ser así.

¿Cómo es posible que queriéndonos los dos se vaya a terminar esto? No puedo darle lo que me pide. No porque no quiera o no pueda, sus inseguridades siempre van a estar ahí. Hoy es su trabajo y su hermano y mañana puede ser cualquier otra cosa pero siempre será una pesada piedra sobre nuestra relación.

Tenía la esperanza de que lo superara, que yo le ayudaría y le enseñaría que el verdadero amor existe y no hay que temerle, solo hay que disfrutarlo, pero supongo que hasta aquí hemos llegado.

No quiero que Dorotea ni Max me vean así que me quedo en la habitación hasta que anochece esperando que se vayan.

— Emma, cariño ¿Quieres cenar? — pregunta Dorotea golpeando la puerta.

— No tengo hambre pero muchas gracias.

— Hasta mañana entonces.

Si, hasta mañana... sé que les va a doler que me vaya sin avisar y sin despedirme pero no puedo afrontar esa situación. Es mejor así.

Cuando escucho la puerta de la calle termino de doblar mi ropa y la meto en la maleta. Aunque han pasado muchas horas desde que Ian se fue, todavía tengo la esperanza de que me llame y rectifique, que me diga que confía en mí y que no es necesario que tome ninguna decisión, pero lo conozco y sé que no lo va a hacer. Es una barra de hierro que antes de doblarse se parte.

Salgo de la habitación arrastrando la maleta a mi lado. Busco las llaves y las dejo sobre la encimera junto con las llaves del coche, supongo que no las voy a necesitar más y prefiero no tener nada que me recuerde a él.

Un nudo me oprime el pecho. Sé que este es el fin, Yo no lo buscaré a él para rectificar ni él a mí, cada uno seguirá un camino distinto. Me quito las lágrimas que empapan mis mejillas y continúo hasta la puerta.

Llego a mi piso totalmente desolada. No sé si voy a ser capaz de olvidarme alguna vez de Ian, jamás había sentido lo que siento por él, pero tengo que ser fuerte. Solo tengo que dejar que pasen las horas, los días, las semanas y poco a poco, espero que se convierta en un recuerdo de mi memoria.

Quiero estar enfadada y en el fondo es como debería estar. Enfadada y odiándolo con todas mis fuerzas, pero no puedo. Es imposible que en ningún lugar de mi corazón pueda sentir nada malo hacia él. Solo espero que algún día pueda superar sus miedos y se convierta en ese gran hombre que podría haber sido.

Dejo la maleta en cualquier lugar, camino hasta la cama y me tumbo en ella, cierro los ojos y susurro entre lágrimas.

— Te quiero.

La Pasión del Señor Garret

2

Capítulo 35

Ian

Al día siguiente llego a casa tal y como prometí. No veo a Emma por ningún lado, puede que haya ido a comprar algo o a dar una vuelta.

Voy hacia la habitación para ponerme una ropa más cómoda y cuando abro el armario descubro que no hay absolutamente nada de ella. Su maleta tampoco está.

Miro por cada rincón de la casa en busca de algo, una nota, una carta, lo que sea, pero lo único que encuentro es el juego de llaves de la casa y las del coche. Ha tomado su decisión.

Los siguientes días los paso maldiciéndome por haberla obligado a tomar esa decisión ¿Por qué no podía simplemente confiar en ella? echo de menos su compañía, su escandalosa risa, todo.

El segundo día no pude soportarlo más y como si fuera un delincuente conduje hasta su casa, aparque el coche una calle más abajo para que no lo viera y esperé, esperé hasta que apareció. Casi hubiera preferido que esa imagen de ella no se grabara en mi memoria. Desde donde yo estaba, podía ver las ojeras que surcaban su cara, caminaba con la cabeza gacha, mirando hacia el suelo y yo era el único responsable de que ella se sintiera así.

Volví a mi oficina aunque lo que realmente me apetecía era correr hasta ella y abrazarla, quitarle el sufrimiento que había provocado, pero no lo hice porque soy un cobarde.

— Me han dicho que Emma y tu ya no estáis juntos — una sonrisa de placer asoma en la comisura de los labios de Leticia y aunque antes no me caía ni bien ni mal, ahora me repugna — he pensado que podríamos vernos esta noche.

— Ni esta noche ni ninguna otra ¿te queda claro? vuelve a tu trabajo que para eso te pago.

No soy un hombre que se deje llevar por las emociones pero uno de los motivos por el que Emma terminó trabajando en la empresa de William era Leticia, así que para mí, tiene su parte de culpa.

Durante el tercer día sin ella, su ausencia envuelve toda la casa. Ni Max ni Dorotea preguntan por ella, pero sus miradas delatan lo que sienten, tristeza.

Preparo una pequeña caja y meto dentro las llaves del coche, lo compré para ella y aunque no estemos juntos, es suyo.

Al cuarto día ya no puedo más, estoy totalmente desesperado. He sido un estúpido, tengo que arreglar esto como sea. Tenía la esperanza de que cuando viera la llave... viniera a mí pero ahora me doy cuenta de que he estado equivocado todo el tiempo. Ha sido mi culpa y yo tengo que arreglarlo, solo espero que me perdone y vuelva conmigo. Ella le da luz a mis días y estrellas a mis noches, por ella late mi corazón, por ella y solo por ella volveré a confiar.

Capítulo 36

Caigo por un abismo en el que me hundo y me hundo, oscuro y frío, sintiéndome tan desprotegida y sola, tan abandonada, que ya todo da lo mismo..., si te estrellas en el fondo o si no paras de caer, si sale el sol por la mañana o la noche se hace eterna, y de pronto despierto empapada en sudor. Mi mirada vuela al otro lado de la cama, está vacía ¿Cómo pude tomar esta decisión de una forma tan fácil?

Nada calma el desasosiego que siento. Necesito a Ian a mi lado como necesito el corazón para vivir. Desde que me marché es como si mirara todo con un filtro distinto, un filtro triste.

Sigo una rutina como si de un mantra se tratara. Voy a trabajar, vuelvo a casa, voy a trabajar y vuelvo a casa.

— ¡Hombre! — grita Helena delante del portal cuando me ve — pero si sigues viva.

— ¿Qué haces aquí?

—Llevo días llamándote, estaba preocupada — arruga la frente — ¿Qué te pasa?

¿Tan transparente soy? Diez segundos delante de ella y ya se ha dado cuenta de que algo no anda bien.

—Nada. Ian y yo lo hemos dejado.

—Ven, vamos dentro y me cuentas.

No creo que lo mejor sea hablar del tema. Solo decir su nombre en voz alta es un hechizo que llama a las lágrimas, y estas obedientes, aparecen como un torbellino.

— ¿Qué ha ocurrido?

—Lo hemos dejado, pero no quiero hablar de eso —limpio las lágrimas de mis mejillas.

—Está bien, no te preocupes.

Helena suele ser una mujer analítica. Un problema, una solución, ese es su lema. Para una ruptura amorosa poco se puede hacer, tan solo pasar el luto y tener la esperanza de que este dolor desaparezca algún día.

Propone ver una película y a no ser que sea alguna de asesinatos en la que salga cero amores, cosa poco probable porque siempre hay algún chico súper guapo que salva a la protagonista, o de guerra, me niego a verla. Mi corazón no está preparado todavía para ver finales felices de otras parejas.

—Pues si no quieres hacer nada, vámonos de compras.

—No me apetece mucho — digo poniendo mala cara.

—Deja de comportarte como una cría. Lo habéis dejado ¿y qué? hay miles de hombres solteros ahí fuera — señala la puerta de la calle — no es el fin del mundo Emma.

Supongo que tiene razón. Negándome a hacer cualquier cosa solo voy a alargar este calvario. Pasamos la tarde entrando y saliendo de tiendas y aunque intento colocarme una máscara con una sonrisa de todo va bien, en el fondo lo único que quiero es volver a casa, ponerme el pijama y meterme en la cama.

— Gracias por la tarde que hemos pasado.

— No seas tonta. Las dos sabemos que no has desconectado ni un momento.

— Lo siento, de verdad que lo intento.

— Lo sé — me da un gran abrazo y sale por la puerta — mañana te llamo.

En la cama, intento esforzarme por dormir, por notar algún tipo de mejoría, cualquier cosa que signifique que estoy superando lo de Ian, pero como las cuatro noches anteriores, la paso en vela.

Por la mañana, antes de salir, observo las llaves del BMW en la mesita de la entrada. Me lo regaló unos días antes de que lo dejáramos, en el fondo no creo que me pertenezca y por eso sigo usando el autobús para ir a trabajar. No sé que voy a hacer con el tema del coche. Podría ir a su despacho y dárselas yo misma, y en realidad sería la excusa perfecta para volver a verlo.

Al llegar al trabajo estoy totalmente convencida, cuando salga al mediodía se las voy a llevar. Me siento como un drogadicto que necesita su dosis de metadona y saber que dentro de unas horas voy a verle, me insufla ese optimismo que hacía días no sentía. También sé que cuando pase el momento, el bajón será peor, mucho peor, pero no me importa.

—Buenos días, Peter — saludo al entrar en el despacho que compartimos.

— Buenos días. William ha venido hacer unos minutos, decía que quería hablar contigo.

— ¿Qué quería? — pregunto preocupada.

—No lo sé, no me ha dicho para qué quería verte.

Coloco los nudillos sobre la puerta, antes de golpearla leo la placa metálica que hay pegada en ella.

William Garret

Director Ejecutivo

No espero que de permiso para que entre, abro la puerta y camino directa hasta la mesa.

—Me ha dicho Peter que querías verme.

—Es cierto. Necesito que me ayudes. Me urge hablar con Ian.

Otra vez con el mismo tema. Si es un cobarde que no ha contactado con él en todos estos años no es mi problema. Si antes ya tenía claro que no iba a intervenir de ningún modo, ahora que no estamos juntos menos.

—Preferiría que no me metierais en vuestros temas. Ian es muy reacio a cualquier asunto que tenga que ver con usted.

—Lo sé y lo entiendo. Solo te pido que si ves la oportunidad, le digas que es importante, por favor.

—Está bien.

Cuando accedo, se relaja un poco sobre el sillón. Lo que él no sabe es que nunca voy a encontrar la oportunidad para ayudarlo.

Vuelvo con Peter. No tiene papeles entre las manos, sino una caja de madera que admira con un aire bobalicón.

— ¿Qué haces? —pregunto acercándome.

—Son mis monedas. Solo me falta una para terminar esta colección — dice con tristeza — pero es tan rara que no la encuentro.

— Yo también tengo algunas, mi padre las coleccionaba.

— ¿En serio? — Pregunta incrédulo — normalmente la gente te mira como si fueras un bicho raro cuando le hablas de esto.

— ¿Si? No les hagas ni caso. Mañana me traigo las mías para que las veas.

A las dos en punto dejo todos los papeles y facturas sobre la mesa para irme. Mañana continuaré metiendo gastos que no deberían estar y cuadrando cuentas claramente infladas.

—Emma.

Reconozco esa voz al instante, lentamente me giro, se con quien me voy a encontrar. Ian está delante de su coche con las manos metidas en los bolsillos,

apoyado contra la puerta.

— ¿Qué haces aquí?

—Quería verte — claro y directo. Como es él — ¿Quieres que tomemos algo?

—Claro.

Ian me abre la puerta. Las mariposas del estómago casi no me dejan ni respirar. Conduce hasta su casa apartando la mirada de vez en cuando de la carretera y de reojo me observa.

— ¿Qué ocurre?— pregunto.

— ¿Cómo estás?

Aparca el coche y saca las llaves del contacto.

—Supongo que bien — jamás admitiré que estoy como si mi primer novio me hubiera dejado.

—Te echo de menos.

Estira su brazo para rozar suavemente con sus dedos mi muñeca. Su contacto es simplemente electrizante, atrayente, único. Todo el vello de la piel se me eriza y un escalofrío me recorre.

—Yo también — admito.

Deja escapar una sonrisa. Se baja del coche y cuando salgo, ya está esperándome al lado de la puerta. Tira de mi muñeca hacia él y me rodea, apretándome fuertemente. Dejo escapar un largo suspiro y cierro los ojos para disfrutar de su abrazo.

Nos montamos en el ascensor. Ninguno dice nada ¿Hemos vuelto? ¿Sigue manteniendo la condición que puso? Ian como siempre, parece mucho más cómodo que yo rodeado de silencio.

— ¿Quieres algo de beber?—pregunta dirigiéndose a la cocina.

— No gracias.

Abre una botella de vino y vierte un poco en una copa.

—No debí pedirte que dejaras tu trabajo.

El gran adoquín que llevo sobre la espalda cae y de pronto puedo respirar mejor. Creía que no viviría para escuchar a Ian admitir que se había equivocado.

Da un sorbo a su copa, esperando alguna reacción por mi parte.

—No debiste. Pero yo tampoco debí irme como lo hice. Lo siento.

Rodea la mesa hasta quedar justo frente a mí.

—Creo que puedo intentar confiar en ti.

—Me gustaría que lo hicieras — digo bajando la mirada — jamás te engañaría, Ian. Lo que siento por ti es... nunca antes lo había sentido, no sé como explicártelo.

—No hace falta — coloca un dedo bajo mi barbilla para obligarme a mirarlo — a mi me ocurre lo mismo.

Capítulo 37

Algo me hace cosquillas en la mejilla, abro los ojos. Ian está tumbado de lado con un dedo rozándome, me mira con un brillo extraño en los ojos.

— ¿Por qué me miras?

—Eres preciosa ¿Lo sabías?

Le regalo un tímido beso como respuesta. Nunca se me ha dado bien contestar a los piropos. Creo que Toni pocas veces me dijo que era preciosa o simplemente que estaba guapa.

—Tú sí que eres precioso — suelto en broma.

La cara que pone Ian basta para que rompa a reír a carcajadas. Siempre es muy meticuloso con las expresiones, sería el jugador de póker perfecto, pero no espera mi piropo y arruga las cejas abriendo mucho los ojos.

— ¿Precioso? Podrías haber dicho... no se... enigmático, atractivo, sexy...

La cosa mejora por momentos. No puedo parar de reír. Escuchar de los labios de él que se considera sexy ha sido la gota que ha colmado el vaso. Quito la almohada de debajo de mi cabeza y la estrello contra su cara.

— Muy sexy, sobre todo cuando vomitas por todo mi coche.

—Señorita Connor ¿acaba de pegarme con la almohada?— pregunta sujetándola de forma amenazante.

Se planta a horcajadas encima de mí, levanta la almohada por encima de la cabeza y la estrella contra mí una y otra vez. Tiro del edredón para protegerme, pero con el peso de Ian es imposible moverlo ni un milímetro, así que me hago una bola y me tapo la cabeza.

— ¡Lo siento! ¡Lo siento!— carcajeo como una adolescente.

—Más te vale —Me da una palmada en el trasero y se quita de encima mía— venga, a trabajar que al final llegarás tarde.

Saco la cabeza de la protección del edredón para mirar el despertador. ¡Es tardísimo! Solo tengo media hora para arreglarme, desayunar y llegar al trabajo.

Salto de la cama y corro a vestirme. No tengo nada de ropa aquí y no me da tiempo ir a mi casa a por otra, hoy tendré que pasar vergüenza si alguien se da cuenta de que estoy repitiendo modelito.

Ian se cruza de brazos mirándome con expresión divertida mientras correteo como una gallina sin cabeza.

Más o menos lista, voy a la cocina a buscar un par de galletas. Cuatro días casi sin comer nada sólido me está pasando factura, ahora que vuelvo a ser feliz podría pasarme la mañana devorando la nevera, pero no me da tiempo.

—Que alegría volver a verte — saluda Max emocionado — yo te llevo al trabajo.

—Gracias — le doy un abrazo.

Este hombre es realmente entrañable y atento, siempre dispuesto a ayudar. Nos montamos en el coche. Max conduce como si fuera un rallye, adelantando y cambiando de carril constantemente.

—Si llego un poco tarde no pasa nada — digo abrochándome el cinturón.

— Llegarás a tu hora.

— Con llegar me basta — digo medio en broma medio en serio.

Max se lo toma a broma y me sonrío a través del espejo retrovisor.

Como ha predicho, llego dos minutos antes de la hora a la que debería entrar.

—Muchas gracias, me has salvado.

Salgo corriendo hacia el edificio. En el último momento recuerdo que le prometí a Peter enseñarle las monedas, me giro con la esperanza de que Max no se haya ido aun. Lo veo aparcado exactamente donde me ha dejado hace un momento.

— ¡Max!— me acerco hasta él— ¿Puedes hacerme un último favor? Prometí a un compañero que le enseñaría las monedas de mi padre.

—Claro ¿Dónde las tienes?

—Están en el altillo del armario. Muchísimas gracias de verdad y perdona que te esté molestando tanto hoy.

Rebusco en el bolso el llave y saco la de mi casa para que pueda entrar.

—No es molestia mujer.

Ahora sí que corro hasta el despacho. Abro la puerta y resollando suelto el bolso.

—Creía... que... no llegaba...

— ¿Estás bien? Se te han pegado las sábanas ¿Eh?

—No me ha sonado el despertador — explico ruborizándome.

Conforme pasan los días comienzo a darme cuenta de que tal vez debería informar a William de los gastos que no deberían estar. Por el simple hecho de rebuscar para incluirlos me siento como una estafadora yo también.

—Peter... esto no son gastos de empresa — le tiendo un papel que está firmado con su nombre — es una factura de un spa.

—No pasa nada, todo el mundo lo hace — me quita el papel de las manos para encargarse él de incluirlos en el próximo trimestre — al jefe le sobra el dinero.

Puede que sí, puede que le sobre, pero es SU dinero.

La primera impresión de Peter fue buena. Un chaval tímido y apocado dispuesto a enseñarse con una sonrisa y con una simpatía que rozaba lo raro, ahora me da mala espina.

Casi al mediodía tocan a la puerta y una chica joven entra con mi caja entre las manos.

—Un señor me ha entregado esto para ti, Emma.

—Si, si. Las estaba esperando, gracias — me giro hacia Peter para que él también las vea — estas son las monedas de las que te hablé ayer.

Bordea el escritorio y me quita la caja con una extraña emoción marcada en la cara. La abre, sus ojos danzan de una a otra sin decir ni una sola palabra.

Se para en una en concreto. No sé cual es porque desde donde estoy todas me parecen iguales. Se relame los labios con nerviosismo. Algo no anda bien.

— ¿Estás bien? — pregunto. Espero unos segundos pero parece que ni me ha escuchado — ¿Peter?— acaricia con su dedo índice la moneda a la que no le quita ojo — ¡Oye! ¿Estás bien?— camino hasta él y lo zarandeo por el hombro.

— ¿Qué? Si... son muy bonitas tus monedas.

—Tú tienes muchas más y seguro que mejores que las mías.

Tiendo la mano para que me las devuelva. Un poco reacio, cierra la caja y me la da y por algún motivo, respiro aliviada al volver a tenerlas conmigo.

—Bueno, yo llevo muchos años coleccionándolas — sonrío nervioso — este sábado tenemos inventario, podríamos volver a traerlas los dos y te enseño un poco.

—Vale...

En el fondo quiero decirle que no, que no quiero que vuelva a tocarlas ni a estar cerca de ellas pero no quiero ser cortante, así que acepto.

La palabra inventario me ataca los nervios. Eso son horas y horas de revisiones de facturas y mercancías, no sabía que en este tipo de empresas también se hacía.

— ¿Cuántos inventarios hacéis al año?

— Dos. Cada seis meses, así los errores son menores — explica con voz prepotente — aunque nosotros somos más listos y nunca encontramos ningún fallo.

Al terminar de hablar me guiña un ojo. ¿Es una amenaza velada? ¿Me está diciendo que los inventarios son una pantomima?

Lo que está insinuando es que no tengo que hacer mi trabajo, tengo que contribuir a que sigan estafando.

Después cuando quede con Ian se lo voy a contar todo, necesito su opinión y su consejo y aunque odie a su hermano con todas sus fuerzas estoy totalmente segura de que me dará el consejo adecuado.

Capítulo 38

Al salir del trabajo, Max me recoge, le pido que me lleve a mi piso. Aunque hayamos vuelto a salir Ian y yo, ahora cada uno tiene su casa y quizás esta sea la mejor forma de que nuestra relación avance poco a poco, sin agobios.

— ¿No quieres que te lleve a la casa del señor Garret? — pregunto Max extrañado.

—No, no. Lo llamaré más tarde para que quedemos.

Llegamos a mi portal. Le doy las gracias a Max por traerme y me bajo con la llave preparada en la mano. Aunque es primavera hoy hace un día que parece de pleno invierno.

Subo las escaleras hasta llegar a mi planta. En el último escalón hay una mujer sentada. Desentona con todo lo que la rodea, es pura elegancia y delicadeza.

Un cabello rubio que parece de algodón cae sobre sus hombros, lleva un vestido negro ceñido hasta las rodillas a juego con unos tacones de infarto.

— ¿Eres Emma? — pregunta con una voz tan angelical como su apariencia.

—Si, soy yo ¿Puedo ayudarla en algo?

—Tenemos que hablar.

Se levanta y pasa las manos por el vestido, alisándolo, intentando eliminar algún arruga imaginaria.

Abro la puerta y me hago a un lado para que pase ella primero ¿Cómo es posible que esa mujer haga que me sienta como un bichito minúsculo?

Camina con tanta seguridad que debe ser alguien importante, pero ¿Qué persona importante vendría a verme mí?

—Usted dirá.

—Mi nombre es Sarah — hace una larga pausa con una media sonrisa, como si debiera conocer su nombre — ¿Sabes quién soy?

—Lo siento, pero no tengo ni idea de quién es usted. Si me explicara un poco mejor... —Aprieta los labios molesta y suelta el aire despacio. Camina a mí alrededor, analizándome. Me mira de arriba abajo. Estoy a punto de mandar a esta mujer y su prepotencia a la mierda — tengo un poco de prisa... si no le importa.

—Soy la ex mujer de Ian.

Todo el color de mis mejillas desaparece por completo. Me la había imaginado muchas veces, pero siempre como una mujer normal y corriente, como yo. No como una diosa griega de perfectas curvas.

Sarah, la del rostro angelical no es más que un lobo disfrazado de cordero que no tuvo ningún tipo de reparos en engañar y utilizar a Ian.

— ¿Qué quieres? — escupo con menos simpatía que antes. Su pelo y su ropa ya no me impresionan tanto.

—Veo que ahora si sabes quién soy.

—Solo se lo que hiciste, por eso vuelvo a preguntarte ¿Qué quieres?

—A Ian.

Rompo a carcajadas. Él la odia con todas sus fuerzas, jamás he visto ni un solo sentimiento bueno hacia ella. No tiene ninguna posibilidad. Lo dejó tan tocado que ha sido incapaz en todo este tiempo de volver a tener una relación con ninguna mujer.

—Quieres decir su dinero. Las dos sabemos que el que te gusta es su

hermano.

—Eso a ti no te importa. He venido a decirte que te apartes.

La habitación ha aumentado varios grados, junto con la tensión entre nosotras. Sarah señalándome con el dedo, ordenándome que deje a Ian y yo plantada delante de ella con la mirada más fría que soy capaz de poner.

—Bien, ya lo has dicho. Ahora, lárgate de mi casa — camino hasta la puerta y la abro, invitándola a irse.

— No es tan sencillo pequeña insulsa, del amor al odio hay un paso y viceversa. Hace unos días nos vimos, y sinceramente bonita, tres son multitud en una relación — susurra a pocos centímetros de mi cara antes de salir por la puerta pegando un portazo.

Los días que Ian y yo lo dejamos se vio con esta arpía ¿Por qué no me lo ha contado? Siempre tiene que haber alguna mujer metida en nuestra relación, pero esta no es una mujer cualquiera. Es la que le arruinó la vida, la que le rompió el corazón, la que se quedó con su dinero y la que lo engañó con su hermano.

Sarah tiene razón, del amor al odio hay un paso y del odio al amor también. Tengo que admitir que me ha asustado. Esta mujer es capaz de hacer cualquier cosa por dinero ¿Ya se ha gastado todo lo que le quitó? ¿Por qué no busca a William? Tiene que tener mucho dinero también, por lo menos la empresa da ganancias como para poder vivir sin trabajar, tú, tus hijos y tus nietos.

Me siento en el sofá con el corazón acelerado, apoyo la cabeza en el cojín y vuelvo a revivir la conversación. Tendría que haberle soltado cuatro frescas y haber sido más agresiva y no haberme dejado intimidar por ella. Debería haberle preguntado que para que quedaron, estoy segura que no habría omitido ningún detalle.

Media hora después suena el timbre. Ian ha venido a verme. Me gustan este tipo de detalles. Sin necesidad de decir nada deja claro que me echaba de

menos. Pero ahora que está aquí me va a tener que dar muchas explicaciones, empezando por Sarah.

— ¿Qué tal el trabajo? — Deja caer como si nada pero se le nota la tensión cada vez que de alguna manera hablamos de algo relacionado con William — ¿Has cambiado de perfume?

El olor del perfume de Sarah inunda todo el salón. Es tan dulce y empalagoso que tardará días en irse por completo. Y él sabe que es el que usa ella...

—No ¿Por qué?

—Por nada — suelta haciéndose el tonto aunque los dos sabemos que está mintiendo.

—Tu ex mujer me ha hecho una visita — explico sin miramientos.

— ¿Para qué?

—Pues, me ha dicho que me aparte de tu lado y que se lo pasó muy bien contigo hace unos días.

Me cruzo de brazos esperando la explicación que le dé sentido a toda esta historia. La explicación en la que Ian no sea un mentiroso.

—Es cierto, nos vimos — admite.

Extiende los brazos hacia mí, invitándome a acercarme, pero mi contestación es totalmente distinta, doy un paso hacia atrás, alejándome de él.

No puedo creerme que no me lo contara, que no me dijera que habían quedado, que me ocultara algo tan importante.

— ¿Por qué? — pregunto con los ojos llenos de lágrimas.

Sé que no estábamos juntos y que esos días lo habíamos dejado pero aun así, siento como si me hubiera traicionado.

—Emma, por favor. No es lo que piensas.

— ¡Si no es lo que pienso porque me lo has ocultado, porque no me has dicho nada si estoy equivocada! — Grito — vete, Ian. No quiero hablar contigo.

—No pienso irme hasta que hablemos y lo aclaremos.

—Entonces hazlo, explícamelo.

Se acerca a la mesa y se sienta en una de las sillas.

—Tocaba revisión de la pensión que le paso. Todos los años se revisa y... tan solo hablamos unos minutos — mira hacia el infinito recordando ese momento. No puedo evitar la cara de asco — me pidió perdón por lo que me hizo y se ofreció a devolverme parte de mis propiedades y mi dinero. Eso es todo.

— ¿Y porqué parece que fue más?

Puede que eso pasara pero las intenciones de Sarah no son nobles y honestas. No se ha dado cuenta de pronto que no necesita todo lo material que si necesitaba hace unos años, creo que lo que realmente quiere es la gallina de los huevos de oro. Espero que Ian no sea tan tonto como para creer que ha cambiado.

—Yo no lo sé, Emma. Por mi parte, eso es todo.

Capítulo 39

Tengo que confiar en él, pero la confianza es algo que se gana y en su vida han pasado tantas mujeres antes de conocerme y después que me cuesta. También es cierto que nunca me ha mentado, siempre me ha dicho las cosas tal y como son cuando se las he preguntado, me fueran a hacer daño o no.

Saca el teléfono de su bolsillo, marca un número y se lo coloca en la oreja.

— ¿Sarah? ¡Para qué coño has venido a ver a Emma! — Grita a través del auricular — no te metas — hace una pausa en la que ella le está dando alguna explicación pero no logro entender lo que dice — tu y yo jamás vamos a volver a tener nada, grábatelo.

Cuelga el teléfono. Siento una extraña alegría al escucharle decir las cosas tan claritas. Ahora mismo tiene que estar que se sube por las paredes, seguro que ya no es tan prepotente como hace un rato.

—Nadie va a estropear lo que tenemos, Emma — roza sus labios con los míos — ni Sarah, ni William— vuelve a besarme — nadie.

—Nadie...— susurro entrelazando los brazos alrededor de su cuello.

Ha antepuesto lo que tenemos y que yo esté bien, a su ex mujer. Mis sentimientos hacia él acaban de duplicarse, junto con el deseo.

Nuestras respiraciones están agitadas, su pecho sube y baja mientras observo como desanuda la corbata, despacio, recreándose.

Ahora soy yo la que necesito de sus labios, le beso con una lengua anhelante, despiadada, hambrienta. Ian deja escapar un gruñido excitado y muerde mi labio. Desabrocho los botones de su camisa de forma desesperada, necesitando su cuerpo, reclamando que es mío y solo mío, apoyo las manos sobre su pecho descontrolado y deslizo la camisa sobre sus hombros, dejando

que caiga al suelo.

— Eres tan deseable – gime

De golpe, me agarra por las caderas y me arrastra hacia él, me empuja contra la pared aprisionándome contra su cuerpo. Me los pulgares en mis pantalones y me los quita con desesperación.

— Por favor...

Atendiendo a mi petición me eleva en el aire y yo, deseándolo más que nunca, separo las piernas para rodear su cintura, se hunde en mi interior. Cierro los ojos deleitándome en las sensaciones que me provoca. Arqueo mi espalda contra la pared. Los gemidos se me escapan con el aire. El placer inunda todos mis sentidos. Ian aumenta el ritmo y creo que voy a desfallecer cuando estallo de un torbellino de placer y él me sigue.

Ian me sujeta entre sus brazos, me eleva en el aire como la muñeca de trapo que soy en estos momentos, apoyo la cabeza sobre su hombro, recreándome en las sensaciones que me provoca este hombre tan magnífico.

Me lleva hasta la cama y nos tumbamos, dándonos tiempo para que nuestras respiraciones se calmen y el corazón vuelva a su ritmo normal.

—Eres increíble — coge un mechón de mi pelo y lo pasa por detrás de la oreja.

Apoyo la cabeza sobre su pecho.

—Me gusta escuchar tu corazón — cierro los ojos acompasando mis respiración con su latido que poco a poco se va calmando.

—Tengo que volver al trabajo ¿Nos vemos esta noche?

—Claro.

Se levanta de la cama, va a buscar la ropa y vuelve.

— ¿Sabes? Cuando venía hacia aquí te iba a traer unas flores y me he dado cuenta de que no se cual te gusta.

Se me escapa una sonrisa tímida.

— ¿Me ibas a traer flores?

—Estoy probando mi nueva faceta tierna— bromea abrochándose la camisa.

—Entonces... adivina cual me gusta ¿qué hay más romántico que eso? a ver... que pista puedo darte — digo tapándome con la sábana — es una especie tropical...de color violeta...creo que se encuentra en México también.

—Señorita Connor, lo ha puesto muy difícil — me da un beso — Cuando termine de trabajar te llamo.

—Vale.

Cuando escucho el sonido de la puerta de la calle me tumbo mirando el techo ¿se puede ser más feliz? ha ocurrido lo que jamás creí posible, Ian y yo juntos.

Se está esforzando para que funcione lo nuestro, puede que eso sea lo que tiene valor realmente, el interés que le está poniendo.

Me levanto de la cama remoloneando un poco y me meto en la ducha. Dejo que el agua caliente descienda por todo mi cuerpo mientras imagino que son las manos de Ian...

La música de mi móvil suena. Cierro el grifo y me envuelvo en una toalla, corro descalza hasta la habitación procurando no resbalar con los pies mojados.

— ¡Hola Helena! — saludo al descolgar.

—Ui, ui, que voz más alegre.

Estoy poniendo el suelo perdido de agua, mientras intento seguir el hilo de la

conversación me quito la toalla y la coloco bajo mis pies.

—Si — sonrío aunque ella no puede verme.

—Me alegra escucharte mejor. En media hora en tu portal y me cuentas ¿Vale?

—Estupendo. Nos vemos.

Termino de secarme y de vestirme. Me pongo lo primero que encuentro en el armario y que tiene un grosor de más de un centímetro, hace un frío que pela. Busco la chaqueta que guardé porque creía que ya no iba a necesitar y después de echarle un vistazo a la casa y ver el desorden que hay, prometo que cuando vuelva me voy a poner en serio a limpiar. Odio que todo esté por medio pero también odio tener que ordenar, soy todo un caso.

Bajo al portal a esperar a Helena.

— ¡El bolso! — bromea clavándome un dedo en la espalda.

Doy un respingo mientras aprieto el bolso contra mi pecho. Es un acto reflejo porque si de verdad me atracaran les daría el bolso, la cartera y hasta los zapatos, el concepto de héroe no es para mí.

— ¡Qué susto me has dado! — Resoplo colocando una mano sobre el corazón — vamos a tomar algo.

Cerca de mi casa hay una cafetería con unas mesas en la calle, pero lo mejor de todo es que está repleta de grandes estufas así que da igual que haga frío o no, siempre estás calentita. Nos sentamos en una de ellas y esperamos a que venga el camarero a tomarnos nota.

—Buenas tardes, decidme — dice el camarero sacando una libretita y un bolígrafo.

—Dos vinos blanco — suelta Helena antes de que me dé tiempo pedir.

El camarero apunta nuestro pedido y se va hacia la barra para prepararlo.

Miro a mi amiga con cara extrañada, ella no suele ser así.

—No me mires con esa cara, si tengo que sacarte información es más fácil con un vino en las manos.

Tengo que reírme por la ocurrencia que ha tenido. Tiene razón, el otro día no logro sacarme absolutamente nada de lo que había pasado con Ian, pero en mi favor tengo que decir que estaba muy triste y afectada, hoy puedo darle todo lujo de detalles sobre lo bien que nos va.

— Mientras solo quieras emborracharme para que te cuente y no sea para llevarme a la cama... — bromeo.

Helena hace una bola con una servilleta y me la tira a la cara.

—Serás cochina.

Antes de que pueda empezar a contarte todo con pelos y señales, veo a lo lejos a Peter que camina hacia nuestra dirección aunque juraría que no nos ha visto. Le digo a mi amiga que espere y voy hacia él para saludarlo.

— ¡Hola!

— ¿Qué haces por aquí? — pregunta.

—Estoy tomando algo con una amiga ¿quieres unirme?

—No, lo siento, tengo prisa — comienza a caminar — recuerda que pasado mañana tenemos inventario — dice con una sonrisa que me provoca un escalofrío — no olvides las monedas.

—Claro, no te preocupes.

Vuelvo a la mesa con la sensación de que algo no anda bien con Peter, es tan extraño... Helena sigue mirando cómo se aleja.

— ¿Qué ocurre? — si a ella también le ha dado mala espina voy a empezar a preocuparme en serio.

—No lo sé, tiene algo que no me gusta.

Capítulo 40

Hemos pasado dos días viéndonos a todas horas. Las horas al lado de Ian se me antojan demasiado cortas y eso que nos turnamos para dormir en su casa o en la mía. Sigue empeñado en adivinar cuál es la única flor que me gusta, pero como este juego me encanta, no suelto prenda. Si quiere saberlo tendrá que adivinarlo.

— ¿Le digo a Max que te recoja cuando termines? — pregunta pasándome la chaqueta.

—Hoy tengo inventario, terminaré tarde. Puedo conducir yo misma — propongo — no me gusta que por mi culpa Max no descansa.

—Ese es su trabajo Emma, además, no quiero que conduzcas sola por la noche.

—Ya... pero aun así... — su trabajo es llevar y recoger a Ian, no a mí y si fuera por el día no me importaría tanto, pero obligarlo a que permanezca despierto...es demasiado.

—Está bien. Avísame cuando salgas y yo iré.

Salir de trabajar y encontrarme con Ian sentado en el coche esperándome, me encanta.

Salgo de la habitación para desayunar algo antes de irme, no sé si hoy podremos hacer algún descanso cuando comencemos con el inventario. Dorotea está. En la cocina, moviéndose como pez en el agua.

No la había visto desde antes de que Ian y yo lo dejáramos así que la alegría de volver a verla me planta una amplia sonrisa en la cara. Me lanzo sobre ella y la abrazo de corazón. Es la madre que no tengo y mi confidente.

—Que alegría volver a verte — susurro emocionada.

—Yo sí que estoy contenta de que hayas vuelto — pasea la mano por mi espalda — el señor estaba inaguantable desde que te fuiste.

—Inaguantable ¿Eh? — dice Ian apareciendo por la puerta, sorprendiéndonos a las dos.

Dorotea se aparta de mí rápidamente con el semblante serio, pero yo lo conozco lo suficiente como para saber que no le ha molestado, está bromeando.

— ¿Me has echado de menos? — pregunto con tono infantil agarrándolo por la barbilla.

—Mucho.

Le beso. Yo no lo he echado de menos, ha sido mucho peor. Sin él me sentía vacía, sin vida. Estos cuatro días alejada del torbellino de su vida me han servido para darme cuenta que lo necesito.

Ya me había acostumbrado a trabajar solo hasta las dos, así que hoy que no tengo ni idea de la hora a la que terminaré, se me está haciendo eterno. Desde que conocí a Peter, tengo que decir que me caía muy bien, parecía un muchacho simpático y dispuesto para ayudar en todo lo que hiciera falta, pero ahora, cada vez está peor, no sé que le ocurre. Su carácter es más huraño y cortante y solo sonrío cuando habla sobre algún tema relacionado con las monedas, está obsesionado. Físicamente también ha pegado un cambio en los últimos días. Tiene una barba despeinada y nada cuidada, los pelos enmarañados y grasientos, pero lo peor de todo son las ojeras que deslucen su cara.

— ¿Las has traído? — pregunta en cuanto me ve entrar por la puerta.

—Si, aquí las tengo.

— Perfecto — sonrío con la boca tan abierta que temo que se le desencaje la mandíbula — ahora hay mucha gente y nos podría regañar, pero cuando nos quedemos a sola te puedo contar anécdotas sobre las monedas.

— Bien.

Sé que estoy siendo un poco cortante y que no comparto la euforia que siente Peter, pero creo que su obsesión por las monedas comienza a rozar el nivel enfermizo.

No hablamos nada más en todo el día. Peter se dedica a trabajar mientras lanza miradas fugaces al reloj de la pared con un extraño brillo en los ojos. Yo en cambio, lanzo las mismas miradas al reloj pero temiendo la hora en la que me quede a solas con él. Llevo poco tiempo trabajando aquí pero el lunes a primera hora voy a pedir un cambio de compañero que no creo que me den...

Cuando dan las nueve de la noche y ya solo quedamos en el edificio Peter, yo y el guarda de seguridad quince plantas más abajo, cierra los libros de cuentas y se acerca a mi mesa.

— Enséñamelas — ordena.

Saco la caja del bolso con temor.

— Esta es la mejor — sujeta una vieja moneda entre las manos. Si yo hubiera tenido que elegir habría dicho que es la que menos vale. Es la más oxidada — y es la que me falta.

La admira cogiéndola con dos dedos por el canto. Solo le faltaba una y la tengo yo...

—Deberíamos trabajar un poco, devuélvemela.

Sin moverse, ladea la cabeza hasta clavar sus ojos en los míos. Algo terrible va a suceder, me lo dice su mirada y la siniestra sonrisa que me lanza. Cierro el puño guardando la moneda en su interior y se la mete en el bolsillo.

Es de mi padre, maldita sea, no puedo permitir que me quite algo tanpreciado para mí. Salto de la silla y sin que se lo espere meto la mano en su bolsillo y se la quito.

—No vuelvas a hacer eso. Esta y todas las de la caja son mías — tengo que mantenerme firme, quizá este farol de valentía sea suficiente para que él no se atreva a ir más allá, pero da un paso hacia mí. Tiro la moneda dentro de la caja y la cierro.

—Peter... ¿qué haces?

— ¿¡Qué hago!?! — dame la moneda, Emma.

— ¡Nooooo! — Aprieto la caja contra mi pecho con todas mis fuerzas — es mía.

Conforme él se va acercando a mí, yo voy dando pequeños pasos hacia atrás, el temblor de las piernas y el miedo que siento no me dejan pensar con claridad. Choco contra la mesa y la bordeo, interponiéndola entre los dos como si de esta manera pudiera protegerme.

—No quiero hacerte daño, te lo digo de verdad... pero haré lo que haga falta para que me la des — golpea la mesa con los dos puños. Doy un respingo pegándome contra la pared.

—No puedo dártela, era de mi padre. Peter por favor...

Su cara cambia cuando me escucha. Está muy enfadado y no entiendo porque. Vuelve a golpear la mesa a la vez que gruñe con todas sus fuerzas.

— ¿Por qué lo has tenido que complicar...?

Se tira sobre mí, cierra los puños sobre mi chaqueta y sin ningún esfuerzo me levanta y me tira contra la mesa. Se sienta a horcajadas encima de mí y coloca sus manos alrededor de mi cuello, apretando cada vez más. Cuando comprendo lo que está haciendo entro en pánico. ¿Quiere matarme por una estúpida moneda? Está loco

—Pe...ter... por... fa..vor — intento vocalizar con el poco oxígeno que entra en mis pulmones.

Tiro la caja y lucho para que me suelte. Primero agarro sus manos para

alejarnos de mi cuello, pero es demasiado fuerte como para que yo pueda con él, después, le pego y le tiro del pelo intentando hacer que vuelque.

— ¡Esa moneda vale millones hija de puta!

—Pet....er...

Se me comienza a nublar la vista y siento como las fuerzas abandonan mi cuerpo poco a poco, en un último y desesperado intento palpo la mesa en busca de cualquier cosa para golpearle. Toco algo metálico y alargado, no tengo ni idea de lo que es y sin pensarlo dos veces lo estrello con él.

Continúa apretándome el cuello. Solo es una mancha borrosa sobre mí, sé que he perdido, que no he podido hacer nada y mi último pensamiento es para Ian. Sé que lo va a pasar mal, sé que le va a doler perderme, pero no puedo hacer nada, Ya no le basta con buscar la caja que danza en el suelo, ahora quiere eliminar las pruebas o que yo le reclame. Si yo no estoy en la partida, no tiene porque preocuparse de que con el tiempo haga algún movimiento contra él. Dejo caer mis brazos sobre la mesa, rindiéndome.

— ¡Qué está pasan...! — escucho justo antes de cerrar los ojos y dejarme llevar.

Capítulo 41

William

Desde mi despacho, al fondo del pasillo, podía escuchar los gritos. No tenía ni idea de lo que estaba sucediendo pero una cosa tenía clara, no era nada bueno. Me levanto y camino a paso ligero siguiente el sonido, intento adivinar lo más rápido posible que puerta es, después de intentar abrir varias y comprobar que están cerradas con llave me planto delante de una. El ruido proviene del despacho de Emma

La escena que me he encontrado es infinitamente peor de lo que podría haberme imaginado; Emma está tumbada sobre la mesa con Peter sentado sobre ella y las manos alrededor de su cuello, intenta asfixiarla.

No sé qué ocurre ni como han llegado a esta situación pero tengo que pararlo cuanto antes porque no se el tiempo que le quedará a ella pero por como cuelgan sus brazos por el borde de la mesa deduzco que no mucho.

En dos grandes zancadas llego hasta la mesa, agarro a Peter por los brazos y tiro de él. Cae al suelo de lado y al momento un chorro de sangre comienza a brotar de su cuello.

Tengo que elegir a quien atender primero y aunque Peter se retuerce en el suelo tapándose el cuello y la sangre sale a borbotones, lo ignoro y me centro en Emma. Coloco la cabeza sobre su pecho, ahí está el latido, cuando lo escucho, rítmica y acompasadamente por fin respiro un poco aliviado.

No la conozco mucho pero sé que es importante para mi hermano. Ya la cagué una vez y no pienso permitir que algo así vuelva a suceder.

Coloco la mano bajo su nariz, también respira. Me quito el sudor de la frente con la manga de la camisa. Es increíble que haya sucedido algo así en mi

empresa. Parece que solo ha perdido el conocimiento, espero que reaccione pronto y pueda explicarme lo que ha ocurrido porque todo esto es de locos.

Ahora centro mi atención en Peter, me giro para comprobar su estado, en cuestión de segundos se ha formado un enorme charco de sangre alrededor de su cabeza. Creo que el cuerpo humano tiene unos cinco o seis litros y si tuviera que apostar, los de Peter están esparcidos por el suelo.

El corazón me va a mil, tan solo espero que siga con vida. Titubeando, me acerca hasta él y coloco dos dedos sobre su cuello, no noto su pulso. Le arremango la camiseta con la esperanza de que lo haya tomado mal, tampoco lo encuentro.

Respiro de forma entrecortada, esto no es posible. Estas cosas suceden en las putas películas, joder, no en la vida real ¿qué cojones ha pasado aquí esta noche? Hay una línea muy fina entre la defensa personal y el asesinato y aunque dudo que esto haya sido culpa de ella, no pienso llamar a la policía hasta tener claro todo.

Un profundo suspiro llama mi atención. Parece que Emma está volviendo en sí. Estoy tan nervioso que al levantarme resbalo con la sangre y me lleno por completo.

—Emma ¿Qué ha ocurrido?

—La... mo...ne...da...

Debe estar delirando ¿qué moneda? No tengo ni idea de a que se refiere. Tiene la voz ronca y con cada sílaba que dice arruga la frente. Me centro en el cuello y en los posibles daños que le haya podido provocar Peter, quitando el futuro moretón que va a tener y la inflamación que ya comienza a aparecer, no hay ningún signo más.

—Emma, no sé de qué estás hablando ¿qué ha pasado?

— La... mo...ne...da...

Solo puedo hacer una cosa. Llamo a Ian. Saco el teléfono del bolsillo y marco su número, espero hasta que la llamada se cuelga sola. Tenía muy claro que no me iba a atender, como siempre ha hecho, ignora mis llamadas. Vuelvo a intentarlo mientras ayudo a Emma a incorporarse, al momento se va hacia un lado, mareada.

— Ven, siéntate en el suelo.

La ayudo a sentarse con la espalda pegada a la pared. Tiene la frente perlada de pequeñas gotas de sudor en las que se le pega el flequillo, pasea las manos continuamente por el cuello y carraspea para quitarse la molestia pero no habla, no dice nada. Estoy empezando a preocuparme, puede que esté en shock.

—Emma, déjame tu teléfono, por favor.

Tengo que contactar con Ian como sea. Levanta el brazo y señala el perchero. Sus ojos se desvían hacia Peter, al que no había visto hasta ese momento. Se tapa la boca con las manos y al momento rompe a llorar. Joder, esto cada vez se está complicando más.

Saco su móvil y llamo a Ian. Al primer tono descuelga y no sé porque, me cabrea.

— ¿Paso ya a buscarte?

— ¡Me cago en la puta! ¡Ven cagando leches!

— ¿Por qué tienes el teléfono de Emma? — pregunta enfadado. Estoy salvándole el culo a su novia y encima me habla así.

— Por qué ella no puede hablar ¿estás sordo? Ha ocurrido algo... Ian... ven rápido — explico intentando calmarme.

Cuelga sin decir nada y estoy totalmente seguro de que ya se está saltando todos los semáforos. No tengo ni idea de que hacer así que me siento en el suelo, apoyo los codos en las rodillas y entierro la cabeza, como si de algún

modo así desapareciera toda esta escena dantesca.

Quince minutos más tarde suena el móvil.

— ¿Dónde estáis? — respira agitado.

—Planta quince. Última puerta de la izquierda.

Me levanto y tras comprobar que Emma sigue sollozando y con la mirada perdida en la sangre, me asomo a la puerta. Aparece al fondo, corriendo. Hacia tanto tiempo que no nos veíamos... odio que sea en una situación como esta.

Antes de que pueda preguntarme cualquier cosa, abro la puerta por completo para que pase y lo vea él con sus propios ojos. Al entrar, lo primero con lo que se encuentra es con Peter, se queda petrificado donde está.

— ¡¿Qué le has hecho a ella?! — me agarra de la chaqueta y me estrella contra la pared ¿de verdad cree que me he vuelto loco y que los he matado?

— ¡Suéltame! — Le golpeo en los brazos y me deshago de su agarre — está dentro.

Corre dentro buscando por toda la habitación hasta que la ve en una esquina, agazapada como un animal herido.

— ¡Emma! ¿Estás bien? — La abraza y no puedo evitar una punzada de celos por que se preocupe de ese modo por ella — ¿qué ha pasado?

No puede parar de llorar. Sin que nos explique lo que ha ocurrido no podemos saber quien ha sido el culpable... y no pienso llamar a la policía. Por la mirada que me lanza Ian se que está pensando lo mismo.

— Creo que está en shock — le explico antes de que pierda los nervios.

— ¿Qué hacemos William?

Lo pregunta con miedo, miedo por ella y lo que va a suceder a partir de ahora

y yo como su hermano mayor que siempre debería haber cuidado de él en lugar de arruinarle la vida, decido tomar las riendas de la situación y protegerlos.

— Vete con ella. Yo me encargo.

— ¿Qué... quieres decir...?

—Iros. Cuando termine voy a tu casa. Que no os vea el guarda de seguridad salir.

No espera que le aclare nada más, si me conoce lo suficiente y creo que sí, sabrá que lo que voy a hacer no es muy legal y que mientras menos sepan, mejor.

Sujeta a Emma, la levanta casi a peso y salen del despacho. Cierro la puerta en cuanto salen.

Ahora empieza lo difícil. Eliminar el cadáver y las pruebas.

Capítulo 42

Todo lo que ha pasado... Peter está muerto... ha intentado matarme... y ha faltado tan poco...

Por primera vez me fijo donde estoy, veo el salpicadero del coche de Ian frente a mí, y él está a mi lado.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde... desde lo sucedido en el despacho, pero allí creía que no volvería a verlo y tenerlo a mi lado es un regalo. Bajo la vista hasta su mano, la que está en la palanca de cambio de marchas y aunque quiero entrelazar mis dedos con los suyos y sentir su tacto y su calor, soy incapaz de moverme, es como si mis músculos ignoraran mis órdenes, como si no me hicieran caso. Solo puedo observarle mientras conduce a toda velocidad, con el ceño fruncido y las manos temblorosas.

Espero en el asiento a que se baje del coche y venga a buscarme, soy incapaz de tomar ninguna decisión por muy trivial que sea. Con cada parpadeo veo el cuerpo de Peter tirado en el suelo y el horrible charco de sangre que salía desde su cuello. También viene a mi memoria sus rasgos cuando intentaba asfixiarme, esa mirada totalmente ida.

He matado a una persona. Este momento me perseguirá durante el resto de mi vida. Cuando William se sentó a mi lado mientras esperaba a Ian, me fijé en algo extraño que sobresalía de un lado de su cuello, era el abrecartas de mi mesa... durante el forcejeo es lo único que encontré para golpearle pero se lo clavé y ahora está muerto.

¿Cómo voy a seguir adelante con esta culpabilidad? ¡Su madre! Vivía con su madre enferma. Pensar que esa pobre mujer ha perdido a su hijo y su única ayuda forma un nudo en mi estómago desgarrador. Las lágrimas me salen a borbotones y no hago nada para ocultarlas, no tiene sentido que lo haga, sería algún tipo de bestia sin corazón si toda esta situación no me afectara.

Ian rompe mis pensamientos abriendo la puerta de sopetón y tirando de mí para rodearme entre sus brazos, y por extraño que parezca, sentir el calor de su cuerpo y la suave voz me calma.

— Vamos a solucionarlo — susurra — no te preocupes pequeña, yo estoy contigo.

— Lo...lo... he matado — balbuceo entre lágrimas — está... muer...muerto... Ian.

—Shhhh Vamos a casa — con su cuerpo aun pegado al mío comienza a caminar, obligándome a seguirle el paso — no vuelvas a decir eso, nadie puede saberlo.

Asiento con la cabeza aunque en el fondo creo que la pobre anciana enferma a la que cuidaba se merece un culpable, alguien que pague por su pérdida y ese alguien soy yo.

Llegamos a la casa y me alegra que no haya nadie a la que explicar el lamentable estado en el que me encuentro y el porqué. Me lleva hasta el sofá, me siento en él a la espera de la siguiente orden. Tengo la mente colapsada, el cerebro abotargado y solo puedo aceptar lo que Ian me va diciendo que haga.

— Espera aquí un momento, voy a hacer una llamada — ¿En serio? ¿Ahora?

Se aleja unos pasos y se coloca el teléfono en la oreja, esperando que alguien descuelgue.

—Doctor Johnson, soy Ian Garret... si.... buenas noche a usted también — resopla impaciente — es importante doctor ¿Podría venir a mi casa ahora?— me mira de reojo y sale de la habitación. Da igual que se vaya, se lo que le va a explicar y los nervios vuelven a invadirme. — Aquí le espero — dice entrando por la puerta — se lo agradezco.

Se acerca hasta mí con una mirada preocupada o eso creo, nunca le había visto esa expresión.

— Vamos a darnos una ducha antes de que venga el médico.

—No... No hace falta... de verdad.

— ¿Te has escuchado? Casi no puedes ni hablar. Así que si, si hace falta.

Punto y final del señor Garret. No acepta un no por respuesta, pero en el fondo tiene razón. Ahora que lo ha dicho presto atención a mi voz, es un ronco sonido que logro articular haciendo un soberano esfuerzo. La garganta me duele muchísimo.

Con cuidado me desviste, abre el grifo del agua caliente y en cuestión de minutos todo el baño se llena de vapor.

Se fija en las marcas de mi cuello. Yo aun no las he mirado, ni quiero hacerlo. Me niego a ser un cervatillo asustado, no soy la víctima, no tengo derecho a auto compadecerme. Yo soy el verdugo, la asesina, la culpable...

Cuando pasea los dedos por lo que imagino que son señales que me ha dejado Peter en la garganta, le retiro la mano con cuidado.

—Emma... ¿Qué ha pasado?

—Por favor — no quiero explicarlo, no quiero hablar de ello ni recordarlo, al menos por ahora.

—Está bien — acepta derrotado — pero mañana, sin falta, me lo vas a contar.

— Vale.

Dejo que me duche y que me lave la cabeza. Todo ha ido bien hasta que me ha enjuagado el pelo. El agua descendía por mi cuerpo con un color rojizo, la sangre de Peter. Es demasiado para mí.

Salgo de la ducha trastrabillando con mis propios pies mientras paso la toalla por mi cuerpo de forma frenética. Sé que Ian está a mi lado porque se interpone en mi campo de visión pero apenas le escucho más que un sonido sordo y lejano.

Pasa un brazo por debajo de mis piernas y al momento dejo de sentir el suelo bajo mis pies, me lleva hasta la cama y me tumba todavía envuelta en la toalla.

No sé en qué momento ha aparecido un hombre mayor a su lado con un maletín, lo abre y saca una jeringuilla. Se acerca hasta mí con una mirada paternalista en los ojos. Eso es porque no sabe lo que he hecho...

—Con esto vas a descansar unas cuantas horas — explica antes de pasar por mi brazo un algodón mojado y frío.

—No voy a moverme de tu lado ¿Vale?— Ian coge mi mano y deja un reguero de besos en la punta de los dedos — descansa mi amor.

Un instante veo su hermoso rostro pegado al mío y al siguiente todo comienza a volverse negro, los párpados me pesan y aunque lucho por no cerrarlos, una fuerza invisible tira de ellos sin compasión.

No merezco dormir ni descansar, no merezco el amor de Ian ni que William apareciera para salvarme, no merezco que venga un médico a atenderme después de lo que he hecho ¿Por qué nadie me ve como el monstruo que soy?

Estoy sentada en mi silla con unos papeles entre las manos. Peter está a mi lado, mirando facturas también.

Me levanto con un cuchillo entre las manos que ha aparecido de la nada, y camino hacia él. No quiero hacer esto, no quiero levantar el cuchillo, pero aun así lo hago.

— ¡Peter! ¡Vete, no puedo parar!— mi cuerpo se mueve solo sin que yo pueda hacer nada.

— ¿Por qué quieres hacerme daño? — no se mueve, se queda quieto en su asiento.

Sigo acercándome hasta que estoy delante con el cuchillo en alto. Por dentro

estoy desesperada no puedo hacer nada para parar.

— ¡No lo hagas, por favor! — llora.

Me abalanzo sobre él y clavo mi arma en su corazón.

— ¡NOOOOOO! — grito incorporándome de golpe en la cama.

Mi pecho sube y baja sin control, el corazón es un corcel al galope que me golpea las costillas.

—Es una pesadilla, tranquila, solo es un sueño — Ian está en una silla a los pies de la cama.

—No... No es solo una pesadilla.

Capítulo 43

Ian

Siempre ha sido una persona fuerte. Cuando se perdió en el bosque era la primera que quiso quitarle importancia incluso cuando Torres nos contó durante la cena lo mal que lo había pasado en ese momento. El día que fui a su casa después de que faltara al trabajo y vi el hematoma en su cara que le había provocado su pareja, la persona que se supone que te quiere y te cuida... también le quitó importancia aunque lo que realmente yo quería era matarlo por atreverse a tocarla. Te han engañado ¿y qué? te jodes y lo asumes o no.

Verla en la cama en ese estado de nervios me parte el alma. Si pudiera cambiarme por ella lo haría sin dudarlo ni un segundo pero no puedo, solo puedo intentar apoyarla y darle fuerzas pero para eso tengo que saber que ha ocurrido.

—Con esto vas a descansar unas cuantas horas — explica el doctor acercándose a ella.

—No voy a moverme de tu lado ¿Vale?— sujeto su mano y voy besando la yema de sus dedos uno a uno.

Poco después de que el doctor le ponga la inyección cae en un profundo sueño. Se acerca hasta ella y se centra en las marcas de la garganta. Le dejo hacer su trabajo y me siento en la silla, abatido por tantas emociones en tan poco tiempo.

—No parece que tenga daños internos — explica — las cuerdas vocales están inflamadas por la presión pero en unos días se le pasará — saca un recetario mientras escribe algo en él — que se tome ibuprofeno cada seis u ocho horas, y si se pone muy nerviosa dele esto.

— Muchas gracias, me quedo más tranquilo.

Siento lo que le ha ocurrido a ese chico, pero entre Emma y él por mi puede morirse cien veces que no me importa.

—Si acepta un consejo — con dos dedos se aparta un poco las gafas de los ojos — debería ir a la policía. No puede permitir que su ex pareja haga estas cosas.

No sabía cómo explicar lo que había sucedido así que me inventé que su pareja le había pegado. Tampoco es que pudiera dar muchas explicaciones. Llegué a su despacho y su compañero estaba en el suelo, muerto.

— Se lo diré. Muchas gracias por venir tan rápido.

Lo acompaño hasta la puerta y lo despido. Vuelvo a la habitación, aunque Emma no se va a despertar en unas cuantas horas, no quiero separarme de ella.

Parece que fue ayer cuando aprendí a no mostrar mis emociones y en pocos días Emma consiguió que volviera a sentir, a vivir y que volviera a preocuparme por alguien sin contarme a mí mismo.

¿Dónde estará Will? ¿Qué estará haciendo? Hacía muchos años que no veía a mi hermano mayor. Si me ayuda con todo este estropicio le deberé una, como odio tener que agradecerle algo.

Si piensa que todo esto cambia en algo nuestra relación está muy equivocado, no pienso perdonarle ni en cien años, para mí hasta hoy estaba muerto y cuando pase todo, volverá a ser igual, sigo odiándolo igual que el primer día.

— ¡NOOOO! — grita levantándose de golpe.

Salto de la silla.

—Tranquila, solo ha sido un mal sueño — le acaricio el pelo en un vano intento de calmarla. Estas cosas siempre se me han dado mal.

—No...No ha sido solo una pesadilla — susurra con la mirada perdida en sus pensamientos. Odio no poder hacer nada para que vuelva a ser mi Emma.

—Por favor ¿Qué ha pasado?

—Supongo que tienes derecho a saberlo — ha llegado el momento. Respira profundamente y espera unos segundos hasta que vuelve a soltar el aire — todo ha sido por las monedas de mi padre. Hay una que dice...decía... que vale mucho dinero... que llevaba mucho tiempo buscando y que no había podido encontrarla — ahora todo encaja. Él quería la de Emma y la mejor manera de conseguirla era matándola — quería que se la diera ¡La mía! La de mi padre, Ian... no podía hacerlo.

—Claro que no cariño — la consuelo y la mezo entre mis brazos.

Ese hijo de puta tiene lo que se merece. Emma es una buena persona y por eso está así, pero si no lo hubiera matado, ahora mismo estaría mucho más preocupado por su seguridad. De haber estado allí, yo lo habría matado con mis propias manos sin dudarlo ni por un momento.

—Entonces me tiró sobre la mesa... quería ahogarme — las lágrimas bajan por sus mejillas y al momento se las voy quitando. Ese enfermo no merece ni una lágrima de ella — no tenía fuerza para quitármelo de encima y lo único que encontré en la mesa fue el abrecartas...

—Es posible que este no sea el mejor momento, pero aun así te lo voy a decir — debería callarme y dejar que ella se desahogue pero no soy el tipo de hombre que se calla y no lo voy a ser ahora — ese hijo de puta merecía morir. No vuelvas a llorar por él, porque solo pensar que esta noche podría haberte perdido para siempre —aprieto la mandíbula intentando calmarme — me dan ganas de ir y rematarlo.

— No digas eso, por favor — me rodea con sus brazos y ese gesto tan normal me provoca un nudo en el estómago. Ella es más importante para mí de lo que pensaba.

— Hablo en serio. Por su madre no te preocupes — voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que se sienta mejor pero si por mi fuera, a esa mujer le daban — no le faltará de nada.

— ¿De verdad? ¡Muchísimas gracias! — la minúscula sonrisa que me ha regalado me da la vida. Solo por volver a verla le daría una vida de ensueño a esa mujer.

Suena mi móvil rompiendo el momento, es Will. Voy hasta la puerta de la entrada y abro. Tiene la ropa arrugada y desaliñada, la cara colorada y llena de sudor.

— ¡Joder, como cuesta deshacerse de un puto cadáver! — dice levantando la voz.

— ¡Cierra tu maldita boca! No quiero que Emma se entere de nada de esto.

Ya está bastante afectada como para que se entere de la parte escabrosa. El tema para ella ha empezado y terminado esta noche.

— ¿De qué no quieres que me entere? — aparece por el pasillo cerrándose mi bata.

—De nada. Vuelve a la cama, por favor. Yo iré en un minuto.

A regañadientes vuelve sobre sus pasos. Sabe de lo que vamos a hablar y deduzco que ella tampoco quiere enterarse.

—Bueno — dice Will — ya está todo hecho.

— ¿Qué es todo?

— El cadáver, las cintas de las cámaras de seguridad, hasta me he encontrado por casualidad — levanta las manos haciendo comillas con los dedos— y le he dicho que ya se había ido todo el mundo.

—No me acordaba de lo bien que se te da mentir.

— Le estoy salvando el culo a tu novia así que no vayas por ahí — amenaza enfadado.

Tiene razón, está protegiendo a Emma, pero las ganas de darle una paliza no

me las quita nadie.

—Esto no cambia nada. Lo sabes ¿Verdad? — suelto dando un paso hacia él, esperando la excusa perfecta para borrar esa cara de suficiencia.

—No esperaba menos de ti — camina hasta la puerta — Que Emma no venga en unos días a trabajar, creo que es lo mejor para ella. Diré que tiene gripe

—Muy bien.

Abre la puerta dando un paso para irse.

— La partida solo acaba de empezar Ian, vendrá la policía a hacerle preguntas y lo más probable es que la investiguen igual que a mí. No puedes protegerla de todo.

Cierra la puerta. No había pensado en las consecuencias, en la policía, en la investigación, en las cámaras de la ciudad que me observaba conduciendo como un loco en plena noche.

Una vez más mi hermano me ha ganado, ha mirado más lejos de lo que yo he sido capaz y ha acertado.

Capítulo 44

Me vuelvo a la habitación porque en el fondo no quiero saber lo que está pasando. Seguro que se cuerpo ahora mismo descansa en el fondo del lago, con los peces... o en un agujero en medio del campo para convertirse en alimento de los animales... cualquiera de las opciones me parece terrible y aunque me afecta y siento la respiración agitada, por algún extraño motivo estoy tranquila. Mi corazón late a un ritmo normal y tengo tal cansancio que creo que lo de Peter puede esperar a mañana. La cama parece realmente cómoda.

— ¿Cómo estás? — pregunta Ian acercándose a mí.

— No se... supongo que bien — me encojo de hombros porque no lo entiendo — estoy tranquila.

— Eso es por lo que te ha dado el médico — me sonrío con ternura. Una faceta suya que no conocía y que me encanta — ven, tumbate conmigo.

Se sienta en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, levanta un brazo y mi cabeza se amolda a la perfección en su pecho.

— ¿Qué va a pasar ahora?

— No lo sé, pero no te preocupes. Yo voy a cuidar de ti — me da un beso en la coronilla.

Siento el cansancio apoderar de todos los músculos de mi cuerpo y como los párpados se me van cerrando como si unos hilos invisibles tiraran de ellos.

Por la mañana, despierto sobresaltada cuando los rayos del sol me dan directamente en la cara ¿Pero qué hora es? Sujeto el despertador delante de la cara, entrecerrando los ojos. Salto literalmente fuera de la cama, me he quedado dormida, mierda.

— ¿Puedo saber que estás haciendo? — pregunta Ian saliendo del baño. Todavía lleva el pijama puesto. Es demasiada coincidencia, él nunca se duerme.

—Nos hemos dormido ¿Qué haces en pijama todavía?

—No, te han dado dos días de vacaciones forzosas así que vuelve a la cama porque se supone que tienes gripe — me lleva hasta la cama y cuando me tumbo, comienza a taparme como si fuera una niña pequeña — voy a por el desayuno.

—Espera, espera ¿Qué voy a hacer dos días aquí dentro?— empiezo a notar como el pánico se apodera de mí. En la cama metida sin nada que hacer, voy a darle demasiadas vueltas a la cabeza — ¿No puedo estar ni por la casa?

—Había pensado descansar yo también. No sé, podríamos hacer muchas cosas — capta mi atención al momento.

De repente la idea ya no me parece tan mala, dos días con él solo para mí.

— ¿Qué tipo de cosas?

— Podemos bañarnos, ver alguna película ñoña de esas que te gustan... hay un abanico de posibilidades para aprovechar el tiempo — me guiña un ojo — ahora voy a por el desayuno, tu espera aquí.

Ahora que no está Ian haciendo que mi mente divague, vuelvo a ser consciente del dolor de garganta, de la voz rasposa y de lo más importante; Peter, como en unos malos minutos he acabado con su vida. Un horrible calor por mi cuello hasta terminar en mi cara, la respiración se me agita y siento como las palmas de mis manos comienzan a humedecerse por el sudor. Aunque cada vez respiro más rápido, sigue faltándome el aire. Siento unas terribles nauseas que no puedo contener, quiero volver a sentir la calma de anoche, quiero dejar esta culpabilidad y seguir con mi vida aunque se como soy y eso no va a ocurrir. Corro hacia el baño y corro el pestillo de la puerta, no quiero ni que Ian me vea así ni que se preocupe más por mí. Nada más subir la tapa del retrete, vomito todo lo que había en mi estómago. Me siento

tan impotente. Desearía volver atrás y cambiar lo que he hecho.

— ¿Emma? — pregunta llamando a la puerta.

—Ya, ya salgo — balbuceo mientras intento respirar.

— ¿Estás bien? — Ahora suena más fuerte — ¿Quieres que entre?

Vuelvo a escucharle como un sonido sordo y lejano. Esto es lo que llaman crisis de ansiedad. No puedo contestarle en un tono que parezca normal porque ahora mismo estoy histérica así que decido hacer como que no le he escuchado.

Un golpe en la puerta me sobresalta, me pego contra la pared por el susto. La puerta cae hacia un lado colgando de la única bisagra que queda unida a la pared. Ian aparece tras ella y corre hacia mí.

— ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? — pregunta con la respiración agitada.

No puedo contestar. Solo me centro en respirar e intentar que entre el oxígeno que necesito.

—No...No puedo... respirar — explico colocando las manos sobre el pecho.

Dorotea y Max aparecen también en la puerta por todo el ruido que estamos haciendo.

—Trae una bolsa de papel ¡rápido!

Dorotea echa a correr sin comprender que es lo que está ocurriendo. Ni yo misma lo entiendo, hace un rato estaba perfectamente y ahora creo que voy a morir asfixiada.

— ¿Puedo ayudar en algo? — pregunta Max y al momento Ian niega con la cabeza sin volverse a mirarlo.

—Ya está pequeña — susurra en mi oído — respira por la nariz y suelta el aire por la boca, vamos — pasea su mano por mi brazo intentando calmarme.

Dorotea llega con la bolsa y se la tiende. Al momento la coloca sobre mi boca y nariz y aunque al principio es incómodo, noto como me voy relajando y no me cuesta tanto respirar. Apoyo la cabeza sobre su hombro y cierro los ojos mientras me voy calmando.

— Mejor ¿verdad? — asiento con la cabeza.

Cuando creo que tengo la situación bajo control, retiro la bolsa de mi cara. Todos siguen donde estaban. He dado el espectáculo del día. Me levanto con Ian sujetándome de forma ridícula, como si fuera a caerme al suelo y eso no hace más que hacer que me sienta más avergonzada todavía.

— Lo siento mucho — digo bajando la cabeza — siento el susto que os he dado.

— ¿No tenéis trabajo? — Ian se planta delante de ellos.

Al momento, salen de la habitación sin decir ni una palabra. Ahora tengo que sumar también a la culpabilidad, el sentirme mal por haberlos preocupado y porque les haya hablado así. Les lanzo una mirada de disculpa antes de que se vayan.

Me siento encima de la cama ¿volveré algún día a ser como era antes? En el fondo de mi corazón siento que no. Las personas están marcadas por experiencias de la vida, por estigmas que son los que moldean tu personalidad ¿Esta va a ser mi nueva personalidad? ¿Pesimista, llorona y una carga para el que esté a mi lado?

—Emma — rompe el hilo de mis pensamientos su grave voz. Parece enfadado — tienes que reaccionar. Has matado a alguien que te quería matar, eso es defensa propia. Deja de culparte de una vez.

—Dime una cosa. Si es defensa propia ¿por qué hemos ocultado el cadáver? ¿Por qué tengo que faltar al trabajo y decir que estoy con gripe? — es muy simple, porque soy culpable.

—Porque no nos explicaste lo que había pasado y no sabíamos nada. Si

hubieras hablado habríamos llamado a la policía.

¿La culpa es mía por haberme impresionado? no todo el mundo puede ser tan perfecto como tu ni tan frío, eso es lo que me apetece decirle pero me contengo. Las batallas de una en una y la que tengo abierta ahora mismo me está superando.

—Siento haberme quedado paralizada por que intentaran matarme — respondo con tono irónico — y por matar a una persona.

Me levanto dispuesta a dejarlo solo en la habitación. Mi primer instinto ha sido encerrarme en el baño pero como no tiene puerta, sería una tontería. Antes de salir, me coge del brazo y me acerca a su pecho.

— Lo siento. Estoy enfadado — explica apenado — odio verte así. Quiero que seas feliz y que dejes de culparte — coloca sus manos a ambos lados de mis mejillas — tu solo te estabas defendiendo pero ya es tarde para ir a la policía así que vamos a tener que ir hasta el final.

Capítulo 45

Los dos días han pasado demasiado rápido. Hemos visto una infinidad de películas que estoy segura que a él no le gustan pero las ha aguantado muy bien. La primera por la que me decidí fue Lo que el viento se llevó, ese amor imposible entre Scarlett y Reth... es tan romántico que podría verla y disfrutarla casa día. Nos hemos dado baños con sales aromáticas y velas y lo mejor de todo, Ian no se ha separado de mi en ningún momento ¿Llegaré algún día a cansarme de él? No lo creo.

Hoy vuelvo al trabajo y aunque tengo ganas de volver a la rutina, me da un miedo atroz encerrarme en el despacho donde sucedió todo, no tengo ni idea de cómo puedo reaccionar cuando esté allí, pero espero que no sea como un ataque de nervios.

—Te he preparado un sándwich para que repongas fuerzas — Dorotea siempre tan atenta y desde el susto que les di, más todavía.

—Gracias, eres un cielo.

Lo guardo en el bolso. Espero a que Ian también salga del baño. Se ha empeñado en llevarme él mismo al trabajo, en realidad quería llevarme de la mano hasta la puerta pero después de un rato explicándole que no hacía falta, ha cedido a llevarme y si cuando esté allí no me siento preparada, nos vamos.

— ¿Estás segura? — Pregunta antes de arrancar el coche — no tienes porque ir.

—Si tengo que ir, no te preocupes voy a estar bien — aprieta los labios no muy de acuerdo.

El camino se me hace sorprendentemente corto. Hace un momento estábamos montándonos en el coche y ahora hemos llegado.

Doy un suspiro disimulando lo nerviosa que estoy. Le dio un beso rápido y

antes de que pueda volver a preguntarme si estoy preparada y dé media vuelta y me largue, me bajo y ando a paso ligero.

Me planto delante de la puerta. No estoy preparada, lo sé. Apoyo las manos en el pomo solo para ver cómo me tiemblan.

—Emma ¿Puedes venir un momento? — Uff salvada por lo menos durante un rato.

Doy unos pasos hacia atrás para alejarme, como si quemara. William me llama desde el fondo del pasillo.

—Dime.

—Pasa. Tenemos que hablar.

Espero a que entre detrás de mí y cierre la puerta.

—Quería agradecerte lo que has hecho por mí — suelto nerviosa — no tenías porque involucrarte — bajo la voz hasta convertirla en un susurro — ni encubrirme y un así lo has hecho. Gracias.

—No tienes que dármelas ¿Cómo estás? El otro día te vi algo afectada — pregunta metiéndose las manos en los bolsillos.

— Algo mejor aunque no sé, no me siento yo misma después de lo que he hecho — al admitirlo delante de William se me humedecen los ojos — está siendo duro, la verdad.

—Siéntate por favor.

No se dé que más quiere hablar, pero hago lo que me dice. Por una parte es mi jefe y por otra, la persona que me ha ayudado así que me siento quitándome las lágrimas con la palma de la mano.

—Emma, es duro pero puedes superarlo. Si has aguantado el carácter de mi hermano puedes con todo — su broma hace que se me escape una pequeña carcajada nerviosa —hablo en serio, no le des más vueltas.

Es fácil decir que no le dé más vueltas cuando no has arrebatado la vida a otra persona. Si estuviera en mi lugar seguro que pensaría de otra forma.

—Espero algún día volver a ser yo otra vez — creo que hablar de esto no me hace ningún bien.

Comienzo a notar cómo se me acelera el corazón de nuevo y como las manos vuelven a humedecerse. No por favor, ahora no. William también se da cuenta y se coloca de rodillas a mi lado.

—Emma, tu no lo mataste, fui yo — frota sus manos contra las mías pero esa frase me ha sacado del inicio de ataque de ansiedad. Ahora tiene toda mi atención.

— ¿De qué estás hablando?

—Cuando llegué, Peter seguía encima tuya y yo lo tiré al suelo — no se ha donde quiere llegar — al caer se le clavó el abrecartas. Fue un accidente.

Levanto la vista. Tiene la mirada triste. A él también le está afectando pero no va por ahí como una niña llorona.

— ¿Lo dices en serio? ¿No lo maté yo?

—No fuiste tú ¿te sientes mejor ahora? —

—Gracias, gracias de verdad por decírmelo — sin darme cuenta le estoy abrazando mientras lloro sobre su hombro.

Coloca una mano sobre mi cadera y la otra en mi cabeza. Cuando se me pasa el berrinche y la situación se vuelve incómoda me separo.

— Creo... creo que no deberías decirle a Ian que en realidad fuiste tú — se que haría cualquier cosa por mi pero por William, no estoy tan segura.

— Lo sé — dice entendiendo al instante a lo que me refiero.

Alguien llama a la puerta. Termino de quitarme las lágrimas de la cara pero

los ojos rojos es imposible de disimular. Aparece un hombre de mediana edad, el pelo engominado hacia atrás y un traje que se ve a la legua que es muy viejo por las bolillas que tiene en las coderas.

—Buenos días ¿Es usted William Garret? — pregunta pasando sin esperar a que le inviten.

—Ese soy yo ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy el agente Piterson. Estamos investigando la desaparición de Peter More.

¡Joder! Sabía que esto iba a pasar aunque estos días he tenido los dedos tan cruzados para que no ocurriera que casi me los parto.

Mantengo cara de póker para no delatarme, ni siquiera me giro para ver la reacción de William. Y aunque el corazón me va a mil, controlo el ritmo de como sube y baja mi pecho.

— ¿Ha desaparecido? ¿Cuándo?—William se hace el loco realmente bien.

—Hace un par de noches. Su madre nos ha dicho que tenía inventario pero nunca volvió a casa — entrecierra los ojos intercalándonos miradas de sospecha.

—Veo que esto es un tema serio — me muerdo el labio — así que voy a volver a mi trabajo — doy un paso hacia delante dispuesta a salir de esta situación tan violenta.

— ¿Y usted es...? — pregunta el agente apoyando una mano sobre mi hombro.

Al volverme, William nos observa con la cara seria. Estoy tan nerviosa que me planteo simular un desmallo, pero las preguntas vendrán antes o después.

—Emma Connor.

—Emma, Emma, Emma — repite una y otra vez mientras saca una libretilla

del interior del bolsillo de la chaqueta — usted es su compañera de despacho
¿Verdad?

—Si — en las películas es tan fácil disimular y poner cara de sorpresa, pero
ahora mismo me imagino en mi frente un letrero de neón en el que pone
CULPABLE.

—Estupendo. Necesito hacerle algunas preguntas — mira a William de reojo
— a solas.

—La señorita Connor ya llega tarde a su trabajo —William al rescate de
nuevo.

—Estoy seguro de que no le importará — muestra una falsa sonrisa que deja
entrever unos dientes amarillentos fruto del tabaco y del café.

Me sujeta del brazo y salimos del despacho. Tengo que disimular que no
estoy de los nervios pero ¿Cómo? Es todo un reto. Si me delato, cosa que
llevo pensando estos días, no solo me culparía a mí, sino a William y a Ian y
eso no lo voy a permitir. Nada más que por ellos tengo que hacer la mejor
actuación de mi vida.

Capítulo 46

Camina a mi lado guiándome hacia mi despacho.

—Comencemos señorita Connor — saca una pequeña grabadora y la coloca encima de la mesa después de pulsar el botón donde pone REC — Peter vino a trabajar la noche de su desaparición ¿Verdad?

—Si.

— ¿Hasta qué hora estuvisteis juntos?

—Pues, hasta las dos más o menos. Yo me empecé encontrar mal y me fui— primera mentira.

No parece un simple agente de policía investigando una desaparición. Su actitud, sus gestos y hasta su forma de mirar me dicen que desconfía de mí.

—Así que a las dos te fuiste porque te encontrabas mal, entonces ¿Por qué hay grabaciones de tu novio conduciendo a cien por la ciudad? Su trayecto termina justo aquí — acerca un poco la grabadora a mí, casi como si quisiera grabar bien una confesión.

—Le llamé — joder, este tío me está haciendo pasar un mal rato — se preocupa demasiado ¿Sabe? — río como si hubiera soltado una broma.

—Ajam.

No dice nada. El silencio es tan incómodo que tengo la necesidad de romperlo y seguir hablando. Esta técnica solo la había visto en las películas, es para que el culpable se ponga nervioso y hable y siempre me reía cuando funcionaba pero ahora no tiene ni pizca de gracia.

—Le da demasiada importancia a las cosas, era una simple gripe — asiente con la cabeza como si comprendiera de lo que le estoy hablando — y... bueno... ya está, eso es todo.

—Tengo una duda, espero que tú puedas aclarármela. Todo el mundo vio a Peter venir a trabajar pero nadie salir. Las cámaras de seguridad no funcionaban esa noche y justo tu novio conduce como un loco ¿Tu que pensarías? — se golpea un diente con el bolígrafo una y otra vez.

¿Qué pensarías? Pues que somos culpables. Está claro. Pero no tiene ni una sola prueba contra nosotros, lo tiene difícil si cree que lo voy a admitir.

—No lo sé, señor. Nunca he sido buena deduciendo por eso estudié letras.

—Entonces te voy a contar mi teoría, quizás te refresque algo la memoria. Algo pasó y entre tu, tu novio y tu jefe os deshicisteis del cadáver.

Sherlock Holmes es un novato a su lado. Ha dado en el clavo y a la primera.

Busco en el bolso una gomilla para el pelo y me hago una cola. Siento un sudor frío en la espalda y el agente no me quita el ojo de encima. Nos ha pillado. Lo sabe y por algún motivo para él parece algo personal.

En un acto de valentía que ni yo comprendo estiro el brazo hacia la grabadora y la apago.

—Eso que ha dicho es una acusación muy grave agente Piterson, y más sin tener ni una sola prueba — me siento recta y digna con la barbilla ligeramente levantada— si no tiene más preguntas yo también tengo que trabajar.

— Es usted una leona señorita Connor — se inclina un poco hacia delante como si fuera a decirme algún secreto — y mi trabajo es precisamente cazar a gente como tú.

— No se ha que se re...

—Según la ley puedo retenerla hasta setenta y dos horas si tengo sospecha de que tiene algún tipo de información. Se viene conmigo a comisaria.

— ¿Qué? No puede hacer eso

La chulería me ha salido cara. Podría haberme hecho la tonta, mostrar algo menos de carácter o disimular mejor, pero no.

—Yo puedo hacer lo que me plazca. Yo soy la ley, soy Dios señorita Connor y usted va a cantar como un pajarito.

Este hombre da miedo. Parece un capo de la mafia y puede que lo sea, puede que Peter también lo fuera y la hemos liado más de lo que pensábamos. Oh dios mío ¿Dónde nos hemos metido?

Me sujeta del antebrazo escaleras abajo. Todo el mundo nos mira, incluido William. No puedo decirle que no diga nada, que el agente Piterson no sabe absolutamente nada de nada pero le hago un pequeño movimiento de cabeza negando, espero que con eso sea suficiente.

Llegamos a la comisaria sin decir ni una palabra. Lo primero que tengo que hacer es pedir que me dejen hacer la llamada y lo segundo un abogado. En unos minutos estoy en una habitación con una mesa y una silla y la pared del fondo es un espejo, deduzco que falso, por el que me está mirando.

— ¿Helena? estoy en comisaría. Necesito que vengas

— ¿Qué ha ocurrido?

Aunque no ejerza es abogada y por lo que la conozco, sé que es buena.

— Es un mal entendido. Mi compañero ha desaparecido — miento a mi amiga — y creen que he sido yo.

—Voy para allá. No digas nada hasta que llegue — Ahí está ese tono profesional suyo. La abogada implacable.

Cuelga y sé que no tardará en llegar. Piterson entra por la puerta con un café entre las manos y un cigarrillo encendido. Que sorpresa ¿Nadie le ha dicho que es malísimo para sus dientes? Tener delante a una persona como él ha hecho que pase de la angustia y la tristeza a querer dejarle a la altura del betún, que se trague sus palabras.

— ¿Ha reflexionado señorita Connor?

— ¿Sobre qué exactamente?

—Sobre su participación en la desaparición de su compañero, por supuesto.

¿En serio piensa que haciendo esa pregunta tan directa iba a derrumbarme y a cantar todo? Me acomodo un poco en la silla, apoyo la espalda en el respaldo y suspiro, cansada de esta situación.

—Agente Piterson. No sé donde está Peter, no sé si le ha ocurrido algo o no, está buscando en el sitio equivocado porque si ha visto las grabaciones de la ciudad también habrá visto que mi pareja y yo íbamos solos y no llevaba ninguna alfombra con ningún cadáver.

—Lo he visto pero mi instinto nunca falla — suelta el humo sin quitarme el ojo de encima — voy a demostrarlo.

—Lo siento pero mi abogada me ha dicho que no hable — simulo que cierro una cremallera sobre los labios y tiro la llave bien lejos.

Si sigo hablando puede que en algún momento diga o haga algo que le dé la excusa perfecta para encerrarme. Ni una palabra más hasta que ella llegue.

Quince minutos después entra en la habitación dando un portazo. Le hace una señal al agente Piterson para que salga con ella fuera. Ahora si que me pongo nerviosa ¿De qué va todo esto? Espero y espero y espero por lo que me parecen horas, aquí no hay reloj y mi móvil me lo han quitado, solo puedo intuir por el ruido de mi estómago que es muy tarde.

Cuando creo que me voy a poner a aporrear el espejito de las narices la puerta se abre.

—Señorita Connor — entra el agente visiblemente enfadado — puede irse.

— ¿y eso?

— ¡Váyase! No puede salir del país y la quiero localizable.

Antes de que se arrepienta ya he salido por la puerta. Espero delante de un mostrador a que me den todas mis cosas. Al fondo del pasillo veo a William, Ian y Helena esperando a que salga. Tengo que ponerlos al tanto de todo por si quieren hacerles preguntas a ellos, estoy segura de que todavía no les han interrogado porque si no, habrían visto que tenemos historias diferentes y en lugar de la habitación con espejo, estaría en una celda con barrotes.

Capítulo 47

Vamos todos directamente para casa de Ian, es la única manera de que podamos hablar sin miradas indiscretas de por medio.

—Tenemos que buscar un buen abogado — dice Ian pasándose los dedos entre el pelo.

—Vaya, gracias — Helena se molesta y con motivo. Podría haber pasado setenta y dos horas en comisaría pero gracias a ella me han dejado salir — por el momento no lo he hecho tan mal ¿No crees?

—No te ofendas. Mi hermano no tiene filtro, todo lo que piensa lo suelta.

Me levanto del sofá y voy hacia la cocina. Necesito una copa de vino. Descorcho una cualquiera de entre el gran montón que tiene Ian y vierto un poco en una copa.

— ¿Queréis una? Yo lo necesito.

Todos asienten. Les cuento todo lo que he hablado con el agente Piterson aunque omito los detalles más escabrosos sobre lo seguro que está que hemos sido nosotros ¿De qué serviría preocuparlos?

—Nuestro padre conoce un abogado ¿Verdad Ian? Dicen que es el mejor, aunque vive lejos.

—Si. Su mujer pasó por algo parecido —Explica.

Si se convierte en algo personal para ese abogado, tal vez se involucre y tengamos una oportunidad.

— ¿...Y quién es si puede saberse? — pregunta Helena molesta.

Le lanzo una mirada triste. Sé que es buena abogada y que haría cualquier cosa por mí, pero no pienso contradecirles en lo que ellos decidan.

—No recuerdo su nombre — William le sonrío — te llevo a casa, es tarde.

¿Qué me he perdido durante el interrogatorio? Miraditas, atenciones, sonrisas tontas... ¿Qué está pasando entre estos dos? y sé que ocurre algo porque Ian ha puesto los ojos en blanco después de que William se ofreciera a llevarla.

—Hablamos mañana ¿Vale? — me da un beso en la mejilla antes de irse.

—Gracias por ayudarme hoy. Eres la mejor.

Nos quedamos solos por fin. No es que me moleste, pero ya me apetecía descansar un rato a solas con Ian porque no lo he visto en todo el día.

— ¿Cómo estás? — le dedico una media sonrisa.

—Preocupado Emma, preocupado.

Estos días que he estado mal... o fatal ha estado ayudándome y apoyándome en todo momento. No se ha separado ni un segundo de mi lado. Ahora me toca a mí.

— ¿Por qué? No hay pruebas, no hay nada. Ese hombre solo tiene humo entre las manos— le doy un beso, tierno y despacio, recreándome en el sabor de sus labios, en la suavidad que los envuelve — deja de preocuparte.

— ¿Y tu porque estás tan positiva de repente? — entrecierra los ojos como si me analizara.

Porque no he matado a nadie como creía, pero eso no se lo puedo decir porque estoy totalmente segura de que vendería a su hermano para salvarme a mí. Quizás no se arrepienta hoy, mañana o dentro de un año, pero se arrepentirá.

—Me encuentro mejor, nada más. Dime — cambio de tema para que no siga preguntándome — ¿mañana vais a llamar a ese abogado tan bueno?

— Si, vamos a tener que ir a casa de mis padres — vuelve a peinarse el pelo hacia atrás ¿Será este su tic cuando está nervioso?

Mañana voy a conocer a los padres de Ian. Me había imaginado este

momento un par de veces pero en mi cabeza era muy distinto. Nos invitaban a cenar y pasábamos una velada entre risas y complicidad, no para que nos ayudara porque quieren acusarnos de asesinato.

Le acaricio la mejilla. Me acerco despacio al lóbulo de su oreja y después de darle un mordisquito, se lo beso.

—Estoy cansado. Me voy a la cama — con cuidado me quita de encima — buenas noches.

Me quedo en el sofá con cara de tonta. Me ha dejado plantada el hombre que se ha tirado a media oficina. ¿Y si ya no le atraigo? ¿Y si se ha dado cuenta de que una pareja solo trae problemas y preocupaciones y quiere volver a su vida de antes? Para ya Emma, está agobiado por visitar mañana a sus padres, deja de pensar tonterías. En el restaurante me di cuenta que la relación con su madre era bastante mala pero quizás esta sea la ocasión para iniciar un acercamiento. Estoy segura de que en el fondo volver a unirse con su familia le haría bien.

Me levanto, voy hacia la habitación pero antes de abrir la puerta vuelvo al sofá. Si quisiera que me acostara con él me habría dicho que nos fuéramos para la cama y como no estoy segura de que mi compañía esta noche le haga bien, me tumbo y en cuestión de segundos me quedo dormida, agotada después del largo día que hemos pasado.

—Despierta — siento la mano de Ian sobre mi brazo, meneándome suavemente — ¿Has dormido aquí?

—No quería molestarte — me desperezco. El sofá puede ser caro pero es muy incómodo. Me duelen todos los músculos.

— Tú nunca me molestas. — me acaricia la mejilla. Ese gesto tan tonto consigue que un escalofrío recorra todo mi cuerpo —Arréglate, Will viene en quince minutos.

Como un clavo quince minutos después tocan al timbre. El trayecto en coche puede ser un buen momento para que vuelvan a unir lazos pero cuando

bajamos, cada uno se monta en su coche. Es increíble que dos hermanos no hagan nada para reconciliarse.

Llegamos a un recinto casi amurallado con guarda de seguridad en las dos únicas entradas que tiene. Ian quita la mano del volante varias veces para pasársela por la frente. Está consiguiendo pegarme sus nervios. Por el amor de dios, que familia más desestructurada, todo por la arpía de Sarah.

— ¿Estás bien?— pregunto cuándo nos bajamos del coche y nos acercamos a la puerta.

—Creo que si.

Coloca el dedo sobre el timbre pero no lo presiona. Acercó mi mano a la suya y antes de que Will nos alcance aprieto sobre su dedo y podemos escuchar desde aquí el Ding—Dong que resuena por toda la casa.

Unos tacones resuenan, acercándose.

— ¿Hijo? ¿Ha pasado algo? — Se preocupa su madre al instante — ¿Will? Por dios, decidme que ocurre.

—Nada mamá — la tranquiliza Will — hemos venido a ver a papá ¿Está en casa?

—Si, si, en su despacho, pero ¿Ocurre algo?

—No pasa nada — le sonrío antes de besar su mejilla.

—Emma — Ian suelta mi mano — quédate con mi madre mientras hablamos.

—Pero... — tengo que saber de lo que van a hablar, pero si soy la primera afectada.

—Por favor.

—Vente querida conmigo. Vamos a tomar un té.

No me queda otra que ceder o montar una escena delante de la familia que acabo de conocer y como no quiero causar mala impresión, aprieto los dientes y me voy con la madre de Ian.

Me lleva hasta una cocina enorme, tiene dos grandes puertas correderas que dan a un patio donde hay una mesa y un sofá de mimbre. Es precioso, te transmite calma y tranquilidad.

—Perdona que sea tan directa — comienza a decir visiblemente apurada —
¿Eres la novia de Ian?

—Si... Estamos juntos

— ¡Qué bien! — se acerca hasta mí y me abraza, emocionada — y dime ¿a qué te dedicas? — vierte té en una taza y me la tiende.

— Trabajo en la empresa de William, soy economista.

Despacio separa la taza de sus labios y la apoya sobre la mesa ¿He dicho algo malo?

—... ¿Y a Ian le parece bien?

— Si claro, ¿por qué no iba a...

Entiendo a lo que se refiere justo antes de terminar de hablar. Su novia trabajando para su hermano con el que tiene contacto a diario y con el que no se habla. Es su madre y tiene que conocerlo perfectamente.

—Al principio no — rio por lo bajo — pero lo ha aceptado y lo lleva bien.

— Ohh ¡Qué bien! no sabes la alegría que me acabas de dar ¿Sabes para qué querían hablar con su padre? es tan raro que hayan venido... y juntos... que me preocupo.

No puedo decirle la verdad a esta adorable mujer. Así que le suelto una pequeña mentirijilla.

—Creo que necesitaban el teléfono de un abogado para no sé qué tema de la empresa — muevo la mano quitándole importancia — nada serio pero y los conoces, querían al mejor.

— Entonces seguro que hablas de Hugo Moreno.

Capítulo 48

Ian

He estado sin hablar con mis padres desde hace casi ocho años y ahora vengo para pedirles un favor. Si fuera para mí preferiría ir la cárcel sin dudarlo pero por Emma, iría al mismísimo infierno si hiciera falta.

—Padre — saludo guardando las manos en los bolsillos.

—Chicos, que alegría veros ¿Qué hacéis aquí?

Will se acerca hasta él y lo abraza con cariño. Normal, cuando sucedió todo lo de Sarah se pusieron de su parte...

—Necesitamos el teléfono de ese abogado amigo tuyo.

— ¿Hugo? ¿Ocurre algo?

— Siéntate, por favor.

Will le cuenta todo lo que ha pasado. No la versión edulcorada para menores. Le cuenta como se deshizo del cadáver, como ayudó a Emma y como intentó que el rastro de la desaparición de Peter no fuera hasta la oficina. Me quedo sorprendido al escucharle. Mientras yo calmaba a una chica histérica, él se ocupaba de todo.

La cara de mi padre va cambiando conforme entiende la gravedad de lo que está sucediendo. Podemos ir los tres a la cárcel con una facilidad increíble.

— No vamos a decirle nada a tu madre, ya sabéis que no está muy bien del corazón — se pasa las manos por la cara y acto seguido se levanta de la silla — Id bajando mientras yo llamo a Hugo. Ian, ven un momento.

Mi hermano sale del despacho. Al volverme, me siento como cuando era niño

y esperaba una regañina de mi padre por algo que había hecho. Ya no soy un niño. Me esfuerzo por quitarme esa sensación de encima.

—Dime.

—Ian... hijo... haz un esfuerzo, por favor — veo sus ojos tristes a través de las gafas.

No quiero decirle que no, ni tampoco que si. Le miro durante lo que parece una eternidad pero no se qué decir. Salgo, cierro la puerta a mi espalda con un extraño sentimiento nuevo. Me siento mal por no poder ser ese hijo amoroso, por no poder ser más como Will. No me sale.

Bajo en busca de Emma para irnos rápido. No veo a nadie por ningún lado. Qué extraño. Salgo por la cocina al jardín ¿En qué momento han organizado una fiesta? están mis primos con sus mujeres y sus hijos. Paseo la mirada entre todos ellos, buscándola. Está sentada sobre la hierba charlando con mi prima.

Conforme voy acercándome, me doy cuenta de que tiene algo entre los brazos. Un bebé duerme tranquilo mientras ella lo mece.

Cuando Sarah me engañó juré no volver a ser el mismo, no confiaría en nadie nunca más, no tendría familia ni compartiría tiernos momentos con nadie, y al llegar junto a Emma veo nuestro retrato de familia. Me sorprende echando de menos algo que nunca he conocido.

—Ya hemos terminado — digo — Hola prima ¿Cómo estás?

—Ya me ves — bromea señalando al bebé — no me da ni un respiro, ahora que lo tiene Emma voy a aprovechar y comer algo — le guiño un ojo.

—Claro que si, mujer. Yo te lo cuido, no te preocupes.

Lo mira con adoración ¿Habría pensado ella también en algún momento en formar una familia con Toni? ¿...Y conmigo?

Sé que no soy el típico hombre en el que una mujer se fijaría para tener una

relación o tener un hijo, no me acerco tanto a ellas como para que se lo planteen, pero con Emma es distinto.

—Que chiquito es — me tiende la mano para que me acerque a ella — tu familia es encantadora.

—Supongo que si — contesto cortante con la esperanza de que no siga por ese camino.

— ¿Supones? Tu familia te adora, Ian. No lo ves, pero es así — me sonrío en son de paz.

— Ya, bueno. Hemos hablado con el abogado, nos ha dicho que iba a salir de inmediato — según me han dicho nunca ha perdido ningún juicio. Respiro algo más tranquilo que hace unas horas.

La observo mientras le hace carantoñas al bebé. Sería una madraza sin duda. Aprieta los labios y suelta una pedorreta, escucho la risa del niño y todo desaparece de mi mente. Se convierte en un folio en blanco, absorbiendo cada detalle de este momento.

—Es precioso ¿Verdad? — pregunta Emma con los ojos vidriosos.

—Si, lo es.

No sé como ha ocurrido pero al final me ha convencido para que nos quedáramos a comer. Hasta he charlado un rato con mi madre sin esa tensión que nos rodeaba siempre que nos veíamos.

— ¿Por qué no os quedáis a dormir? — mi padre se dirige directamente a Emma.

Siempre ha sido un hombre listo. Sabe que si ella dice que si yo me quedaré aunque no quiera. Emma me mira, preguntándome antes de responder, pero quiere quedarse.

Está disfrutando de mi familia como si fuera la suya. No sé de qué fiestas familiares habrá disfrutado, pero desde que comencé a sentir algo por ella me

niego a hacer nada que pueda provocarle sufrimiento. He vuelto a ser el hombre débil que era, solo espero no tener que arrepentirme de mi decisión.

— Está bien. Ese tal Hugo llega por la mañana ¿no?

—Si, dijo que a primera hora — pasa un brazo por encima de mi hombro y me sonrío — gracias hijo, a tu madre le va a encantar que os quedéis.

Sale disparado hacia la cocina, para contarle a mi madre que nos quedamos. A través de los ventanales veo a mi hermano al lado del lago. Está separado de todos y aunque debería darme igual, al momento pienso que le ocurre algo. Camino con paso decidido hacia él.

— ¿Qué te ocurre? — pregunto quitándole importancia.

—Nada. Pensaba que está bien eso de pasarlo bien como si fuéramos una familia de verdad ¿no crees? — sigue dándome la espalda. No puedo saber si habla en serio o se ríe de mí.

—Tú te encargaste de romper esta — acuso.

Me arrepiento en el último momento pero ya es tarde, lo he dicho.

— ¿Cuántas veces más me lo vas a decir? han pasados ochos jodidos años, asúmelo de una puta vez.

—Chicos, dejadlo por favor. No es el momento — Emma se coloca al lado de ambos.

—Siempre que haga falta te lo recordaré — la situación se está complicando y aunque quiero callarme, me es imposible no contestarle algo hiriente.

—Te comportas como una niña llorona, en realidad siempre lo has hecho. Puede que Sarah te dejara por eso...

Me parece un golpe bajo. Me nubla la vista y no me deja pensar. Me tiro hacia él dispuesto a partirle la cara. Cierro el puño y con todas mis fuerzas lo estampo contra su cara, disfruto del hilo de sangre que sale de su labio, pero

su contestación no se hace esperar. Enrosca su brazo alrededor de mi cuello y me inclina hacia delante. Me jode no poder humillarle, siempre detrás de él, siempre a su zaga...

— ¡Por favor, parad! — Grita Emma — ¡Estáis siendo ridículos!

Le pega en el hombro a William para que me suelte pero justo en ese momento consigo quitar su brazo de mi cuello y lo empujo con todas mis fuerzas. Cuando me doy cuenta de lo que he hecho ya es demasiado tarde.

Will se ha apartado y he empujado a Emma, cae al lago de espaldas.

— ¿Para qué te metes? — recrimino enfadado

— ¿Qué? — se levanta ignorando la mano que le ofrezco para ayudarla — estoy empapada hasta los huesos. ¡Sois dos críos inmaduros!

—No deberías haberte acercado. Creo que hay ropa en la casa.

— ¡Déjame en paz! — Coloca las manos sobre mi pecho y me empuja — ya estoy cansada de vosotros dos. Tu — señala a Will — te acostaste con su mujer, no sé cómo puedes ir de sobrado después de engañar a tu propio hermano. Y tu — ahora me toca a mí — tu mujer te engañó ¿y qué? si la echas tanto de menos puedes ir a buscarla. Ella misma me dijo que quería volver contigo.

No espera a que le digamos nada. Escurre la melena entre las manos y sale del agua con toda la dignidad que puede. Sale directamente hacia la verja que da a la salida ¿se va? no puede irse ¿es qué me está dejando?

—Ve a buscarla — me empuja mi hermano.

Salgo corriendo tras ella, la pierdo de vista pero sigo corriendo. Está pegada a la verja, inmóvil.

—No te vayas. Tienes razón, perdóname.

— ¿En qué tiene razón señorita Connor? — pregunta el agente Piterson.

Capítulo 49

Es imposible. Piterson ha venido a casa de los padres de Ian en plena noche, sin avisar y sin ningún tipo de documento que le permita atosigarnos como lo está haciendo.

La música que sale de la casa llama mi atención. Todo el mundo está dentro ¿Qué dirán si se enteran de que este hombre nos está acusando de asesinato? No pueden saberlo nunca.

— Que está haciendo aquí — acusa Ian a mi espalda.

— Tengo que hacerle unas preguntas. Puedo hacérselas aquí o podemos ir a comisaría, como usted prefiera.

—Emma, ve a cambiarte antes de que te resfríes, yo me encargo — ordena.

Siento mi ropa empapada por primera vez y el leve castaño de los dientes. No debería irme, pero se cuando no hay que discutir con Ian. Doy media vuelta y emprendo el camino hacia la casa.

Will se acerca. Ha visto al comisario al otro lado de la verja. Ahora lo miro con otros ojos. Es su hermano y quiere acercarse, nos está ayudando, pero debería aprender a controlar su genio. Pensar un poco antes de soltar lo primero que le viene a la mente no le vendría nada mal.

— ¿Qué hace ese aquí? — pregunta cuando nos cruzamos.

—No lo sé. Quiere hablar con Ian — antes de que se vaya le agarro del brazo — se que no soy nadie para meterme... pero... dale un respiro.

Asiente con la cabeza y continúa directo hacia los dos hombres. Vamos a tener problemas y no quiero ni pensar si se entera el resto de la familia ¡Y su madre!

Entro en la habitación de Ian, tan fría y elegante como él. Me doy una ducha

rápida con la esperanza de que desaparezca el olor del agua de mi pelo, después, rebusco entre los cajones. Tiene que tener un pijama o un chándal por algún sitio.

Una camiseta que me llega por los codos y un pantalón que cubre completamente mis pies. Estoy ridícula, pero no hay nada mejor.

Suena la puerta. No tengo ni idea de quién puede ser. La abro un poco sacando la cabeza para que no sea ve mi look tan estiloso. Ian está tras ella.

— ¿Por qué llamas? — Pregunto — Es tu habitación.

—Estás enfadada.

Ni me acordaba de que estaba enfadada y aun así, doy media vuelta y lo ignoro para que piense lo que quiera. Escucho sus pisadas detrás de mí, entrando en la habitación.

— ¿Dónde está el agente imparable?

—Mi padre nos ha visto desde la ventana y le ha dicho que si no traía ninguna orden judicial ya podía irse por donde había venido — no puedo evitar sonreír — Cuando estaba en quinto de primaria — recuerda mirando hacia ningún sitio — un abusón me quitaba todos los días la comida, un día se lo conté a mi padre, cansado de no poder hacer nada, era más alto y más fuerte que yo — explica intentando justificar que el gran Ian Garret fuera menos que otro chico — No le dio ninguna importancia. Yo me sentí decepcionado porque creía que me daría la fórmula mágica para vencerle — sonrío por lo inocente que era y yo le correspondo. Se me hace raro que esté compartiendo algo tan íntimo — Al día siguiente me llevó él al colegio y me preguntó que quien era ese niño que me atormentaba. Se acercó hasta él mientras yo me mordía las uñas, creía que las represalias de mi chivatazo serían terribles. No volvió a molestarme, no tengo ni idea de lo que le dijo pero funcionó. Es extraño que justo hoy lo haya recordado.

Esa máscara que lleva tantos años llevando se la está quitando poco a poco. Cada vez lo veo menos intimidante y más como un hombre herido en lo más

profundo, que no ha permitido cicatrizar las heridas del pasado.

—Lo has recordado justo hoy — me acerco a él y entrelazo mis dedos con los suyos —porque esta noche tu padre ha vuelto a hacer lo mismo — abre la boca para decir algo — déjame terminar, por favor —pido colocando un dedo sobre sus labios — tu padre te quiere... os quiere a los dos aunque cometáis errores, no puedes pedirle que dé de lado a uno de sus hijos; yo no lo haría.

Camina hasta la ventana. Mira a través de ella la negrura de la noche, pensando.

— Me cuesta mucho perdonarles — susurra.

Es ahora o nunca. Está reflexionando y planteándose dar un cambio y arreglar la situación con su familia.

Me acerco a su espalda y le abrazo. Quiero que sienta mi apoyo, quiero transmitirle mis fuerzas para que haga lo correcto de una vez por todas.

—... Y aun así, ha llegado el momento.

Justo en ese instante llaman a la puerta. Camino hasta ella dejando a Ian con sus pensamientos. Al abrirla, me sorprende Will. Una idea toma forma en mi cabeza, no sé si es buena o mala, pero me lanzo a por todas.

—Justo a la persona que quería ver, pasa — se queda a cuadros cuando lo invito a entrar con una gran sonrisa en la cara.

— ¿Qué ocurre?

Ian se gira con cara de pocos amigos y eso me anima a seguir, como él bien ha dicho, estoy enfadada.

—A ver... me habéis tirado a un lago, os habéis peleado como dos vulgares camorristas — enumero mientras voy hasta la cama y quito el edredón — los tres tenemos que ser una piña ahora mismo y vuestras diferencias nos debilitan — saco la almohada de debajo de la sábana — así que esta noche seréis compañeros de cuarto y vais a solucionar vuestras diferencias —le

tiendo a Ian todo lo que he ido recogiendo.

— Estás de broma. No voy a compartir habitación con él — salta a la defensiva.

— El agua fría te ha afectado al cerebro por lo que veo —bromea Will.

Ninguno quiere cooperar aunque los dos quieren arreglarlo. Estoy harta del orgullo de los hombres.

— Podéis dormir, hablar y solucionar vuestros problemas o liaros a puñetazos, me da igual.

Sujeto a Ian del brazo y lo arrastro hasta la puerta. Tiene los ojos como platos y estoy totalmente segura de que es porque no conocía mi faceta mandona. De camino hacia la puerta, sujeto a Will y lo arrastro también.

—Buenas noches chicos, que descanséis — dicen algo que no logro escuchar porque cierro la puerta todo lo rápido que puedo.

Espero que de verdad decidan hablar esta noche y todos los problemas queden en el pasado, que es donde deberían haberse quedado hace mucho tiempo.

Me meto en la cama que me parece enorme sin Ian en ella. Es increíble cómo me he acostumbrado a dormir con él. Me acurruco en un lado de la cama y cierro los ojos.

Por la mañana me tomo más tiempo de lo normal en arreglarme y adecantarme. No sé que puedo encontrarme cuando baje a desayunar. Quizás dos hombres que vuelven a ser hermanos o tal vez dos hombres que jamás arreglarán sus diferencias.

Si lo de anoche no ha funcionado ya no se qué más puedo hacer. Ian es un hombre adulto que toma sus propias decisiones pero parece un niño pequeño empeñado en que el resto del mundo le ha hecho un daño irreparable

Capítulo 50

Ian

Me siento como un calzonazos aunque sé que lo ha hecho con buena intención. Caminando detrás de Will. Cargado con el edredón y la almohada me planteo seriamente volver a imponerme como lo hacía antes, era más fácil todo cuando se hacía lo que yo quería.

—Ella tiene razón, así que no te enfades — suelta sin mirarme.

Entramos en su habitación. Por suerte hay una cama pequeña al otro lado.

— ¿Tiene razón? — Pregunto mordaz — ¿seguro? entonces explícame porque te acostaste con mi mujer, explícame porque me traicionaste.

El color de su cara va cambiando hasta desaparecer por completo. Ha llegado el momento de saber la verdad, esa verdad que llevo tanto tiempo dando de lado.

— Por amor — contesta sin más.

Suelta el aire de los pulmones. Se le ve cansado.

— ¿Por amor?

— ¡Si, maldita sea! — Grita cerrando la puerta — yo la amaba desde el mismo momento en que la vi — se sienta sobre la cama y se tapa la cara con las manos. Disfruto de su dolor como si fuera el mejor y más caro licor — me dijo que os estabais separando porque te había confesado lo que sentía por mi — se levanta y camina hasta mi con la máscara de un loco pintada en la cara — ¿Sabes lo que eso significaba? ¡Ella me quería! ¡Sentía lo mismo que yo! Lo hice mal y he tenido que vivir con ello todos los días — levanta un dedo delante de mí. No tengo palabras. Esperaba una historia distinta, menos sentimental — todos y cada uno de los días sabiendo que yo era el culpable

de romper la familia.

—No quiero saber más.

Comienzo a comprender que tal vez no he sido todo lo justo que debería haber sido. Ni con mi hermano, ni con mis padres, ni con todas las mujeres a las que he utilizado desde el engaño de Sarah. La verdad duele ¿Cómo no iba a ser así?

— ¡Deja de huir, Ian! Querías que te lo contara y eso estoy haciendo. Esa fue la primera y última vez que me acosté con ella. Cuando te vi en la puerta — se frota los ojos. Me impacta demasiado ver a mi hermano mayor llorando — tu cara era la de la traición... ahí lo comprendí... no puedo cambiar el pasado Ian, pero ¿Puedes perdonarme?

No lo sé. Ahora que se lo que ocurrió. No fueron meses de engaño como creía. Una única vez porque esa guarra lo engañó... como a mí. La mente ve a mil, es demasiada información para asimilar.

—Hablaemos mañana. Déjame pensar esta noche.

— Supongo que es justo — espero unos segundos sin saber que hacer o decir, después, me dirijo a mi cama — ¿Ian? espero que me perdones, piénsalo bien, por favor.

¿Por qué tiene que ser Emma tan testaruda? si hubiera dormido con ella la noche sería muy diferente y divertida. Recordar nuestros encuentros siempre consigue sacarme una sonrisa, pero no, tengo que dormir en una cama de ochenta en el cuarto de mi hermano con el que no me hablo desde hace muchísimo tiempo ¿En qué momento se volvieron las mujeres tan mandonas?

El sol comienza a despuntar por el horizonte y todavía no he podido dormir. Le he dado muchas vueltas al asunto. Demasiado tiempo guardando rencor como para hacer que desaparezca de un plumazo, pero volver a tener una familia...

—Buenos días — saluda Will estirándose.

—Buenos días — contesto — he estado pensando.

—... ¿Y? — pregunta levantándose de la cama.

—Creo que puedo perdonarte, Pero ten clara una cosa, como sospeche que miras más de la cuenta a Emma, que te acercas demasiado a ella o que eres demasiado atento, vas a tener serios problemas conmigo.

Salgo de la habitación porque su cara de alegría me molesta. Aunque es pronto para compartir una relación de hermanos, por lo menos es un comienzo.

Estoy decidido a iniciar una proximidad hacia mi familia, pero todo a su tiempo.

Entro en mi habitación, la misma de la que me echaron anoche, subo las persianas y descorro las cortinas. Al momento Emma se tapa la cabeza con el cojín mientras refunfuña algo que no entiendo.

— Señorita Connor, se ha portado usted muy mal — acuso en broma.

— Yo creo que he sido muy buena — se defiende bajo el cojín.

— Sabes que vas a tener que compensarme por privarme de tu compañía ¿Verdad?

Consigo llamar su atención. Se destapa la cabeza y me mira con un gesto pícaro que es ya tan típico en ella ¿Por qué eres tan distinta a las demás?

—Tu castigo era obligarte a estar con tu hermano, tenía la esperanza de que arreglarais un poco las cosas — admite — pero también me gusta que hayas sufrido por no dormir conmigo.

— ¿Te gusta? — me acerco a ella hasta que nuestros labios quedan separados por unos milímetros. Cierra los ojos acortando la distancia — prepárate para bajar a desayunar, es la hora — susurro.

Salgo de la habitación con la sensación de que por lo menos me he vengado un poco.

Mi madre espera en la cocina tostando pan y exprimiendo unos zumos. Ella ha sufrido mucho todo este tiempo y es la primera persona con la que quiero iniciar el cambio.

—Buenos días... mamá.

Deja de exprimir las naranjas. Abre los ojos mientras me analiza. Solo he cambiado un madre por un mamá, no creo que sea para tanto, por dios.

— ¿Estás bien hijo?

—Si ¿Por qué lo dices?

—No se... estás... estás cambiado.

Meto las manos en los bolsillos y vuelvo a sacarlas. Hablar de sentimientos no es lo mío. Me pone nervioso.

—Supongo que lo que quiero decir es que lo siento. Siento haberos culpado, no fui justo.

Mi madre romper a llorar, se tapa la cara con las manos, le tiemblan demasiado. La enfermedad de su corazón me viene a la cabeza y corro hacia ella preocupado porque pueda ponerse peor.

— ¡Mamá! Por favor, cálmate.

La abrazo, la acuno contra mi pecho como ella hacía cuando era pequeño.

— ¡Soy tan feliz mi vida! Te quiero tanto — dice mientras llora sin control — tú y tu hermano sois todo para mí.

—Lo sé mamá. Lo siento.

Durante estos ocho años jamás me había parado a pensar en mi madre. Nunca

creí que sufriría tanto por mi hermano y por mí, pero ahora que lo veo con mis propios ojos me siento como una mierda. Una mierda egoísta que solo ha pensado en si mismo y en su sufrimiento.

—No pasa nada cariño, no llores.

¿Estoy llorando? Paso los dedos por mis ojos y están húmedos. La losa que cargaba sobre mi espalda empieza a desaparecer gracias a Emma.

— Te quiero mucho.

La ayudo a levantarse y le doy un último abrazo. Esta vez sintiéndolo de verdad. Escucho un ruido en la puerta. Nos giramos. Mi padre está apoyado en el marco con lágrimas en los ojos.

—No quería interrumpir — se excusa carraspeando para disimular la emoción.

No voy a cometer más errores por orgullo. Voy hasta él y lo abrazo también. Mi madre nos sigue y nos rodea con sus brazos a los dos. Terminamos en una escena bastante ridícula, pero que echaba de menos.

—Lo siento papá.

—Lo pasado, pasado es. Vamos al despacho hijo. Ha llegado Hugo.

Mi mente deja esta escena de lado. El policía, la muerte del compañero de Emma. Esa es mi prioridad ahora.

Un hombre de más o menos mi edad espera dentro. Emma y Will están con él pero ninguno dice nada.

—Gracias por venir tan rápido — agradece mi padre.

—No te preocupes, no ha sido nada. Contadme ¿Qué ocurre?

—Mi compañero de trabajo ha... desaparecido y un policía, el agente Piterson me acusa de ello — explica Emma.

—Espero que no os lo toméis a mal. Ya sabéis que soy muy bueno, pero para poder serlo tengo que saber la verdad. ¿Le hiciste algo a tu compañero?

Puede que esté equivocado pero de momento tengo unas ganas terribles de partirle la cara a este tío. Se ha acercado a Emma y le ha cogido las manos mientras le preguntaba, le ha puesto un tono, que si pudiera lo haría una bola y le obligaría a tragárselo.

Todos miramos expectantes. No tenemos ni idea de cuál será su contestación. Después de pensarlo durante unos minutos interminables en los que Hugo no le ha soltado las manos, contesta.

—Si, lo maté.

Capítulo 51

Que hombre tan extraño. Me sujeta las manos mientras las acaricia ¿Será el mejor abogado o sólo un loco? Creía que estaba casado.

— Haga el favor de soltarle las manos a mi novia — Ian está muy cabreado y se lo hace saber.

Entiendo que pueda tener miedo al engaño y más con la experiencia de su ex mujer, pero no puede tratar a todos los hombres que tengan un miramiento hacia mí como si fueran criminales.

Pegó un respingo cuando Hugo rompe a reír, no para hasta que simula que se quita una lágrima imaginaria de los ojos. Decidido, está chalado.

—Estoy casado señor Garret, felizmente casado si quiere que le aclare mis intenciones — explica de forma simpática — y tengo dos hijos a los que adoro.

— Aún así — corta Tajante — se lo agradecería.

—Venga chicos. Tenemos un tema más serio del que ocuparnos —Will intenta calmar el ambiente.

Yo cada vez estoy más nerviosa. Este hombre es nuestra única salvación e Ian como siempre se dedica a hacer amigos...

—Le sujeto las manos — explica amable — porque creo que lo necesita — vuelve a centrar su atención en mi — Has dicho que lo mataste ¿qué ocurrió? por las marcas de tu cuello veo que nada agradable.

—Quería unas monedas antiguas, dijo que valían mucho dinero, pero no se las di... así que intentó...

Estos días en la casa de los padres de Ian me habían sacado de la burbuja en

la que me encontraba. Aunque literalmente no lo matara yo, le clavé el abre cartas. Puede que no apretara el gatillo pero le puse el arma en la boca. Soy tan culpable como Will.

No puedo continuar hablando cuando recuerdo como me tiró sobre la mesa, cuando se puso a horcajadas sobre mí y cuando intentó asfixiarme. Se me quiebra la voz.

—Fue una suerte que Will siguiera en la oficina a esas horas, sino hubiera sido por él...

— ¿Cuál fue su participación, Will?

—Estaba en mi despacho y escuche ruidos, golpes más bien. El sonido me llevó hasta su despacho – me señala con la cabeza— y cuando abrí la puerta... bueno, Peter estaba encima de Emma intentando ahogarla así que lo aparté — me mira con la disculpa reflejada en los ojos.

—Entiendo, mi mujer pasó un infierno con un hijo de puta como ese — sin darse cuenta aprieta los puños mientras sujeta mis manos ¿qué le habrá pasado? — ¿Dónde están esas monedas?

— Las tengo yo, en mi casa — Al momento me siento mal ¿Cómo he podido olvidar las monedas de mi padre?

—Debería guardarlas en un sitio... menos evidente. Si quiere yo puedo hacerme cargo — Hugo se ofrece para esconder pruebas —Bueno, ya se lo fundamental así que os defenderé. Hoy mismo iré a hablar con el policía que lleva el caso.

—Es el agente Piterson — explica Ian algo más simpático — anoche vino para hacerme algunas preguntas, pero mi padre lo echó.

—Está convencido de que hemos sido nosotros y va a por todas — le digo bajando la voz — No nos deja ni respirar.

Un escalofrío recorre mi cuerpo con una mala sensación. Desde el mismo

momento que vi a ese policía, me dio mala espina. Todo esto no va a terminar bien.

—No os preocupéis, yo me encargo — Hugo nos calma con esas simples palabras. Podemos dejar que sea él quien arregle nuestra cagada — Si tuviera pruebas ya habría hecho algo, quedaros tranquilos.

—Déjame que te invite a una copa como agradecimiento por haber venido tan rápido — el padre de Ian le pasa un brazo por encima del hombro, como camaradas que son.

Salimos todos del despacho. Dentro de un rato Hugo irá a ver al policía, le pondrá las cosas claras y tendrá que dejarnos en paz.

Camino detrás de ellos sin prestar mucha atención, pero una frase hace que agudice el oído.

—Hugo, mi mujer está delicada del corazón. Este año ha tenido dos anginas de pecho.

— ¿Cómo se encuentra ahora? — pregunta preocupado.

—Está bien, pero no me gustaría que se preocupara con este tema — El padre de Ian se limpia las gafas.

Aunque la impresión que me da es que ya están limpias y que solo es una manera de ocultar su preocupación ¿Todos los Garret son iguales?

— ¿Qué tema? Yo sólo he venido a visitar a unos amigos — le tranquiliza dándole unas palmaditas en las espaldas.

La madre de Ian está el corazón delicado. Me duele que no me lo haya contado, pero es peor que le hablara en el restaurante como lo hizo sabiendo lo de la angina de pecho.

Will y él van detrás de mí hablando de algo. Quizás que les obligara a compartir habitación ha funcionado y al final han conseguido arreglar sus diferencias sin ningún herido.

Piterson

Me termino el cigarro delante del portal, a mi hermana nunca le ha gustado el olor del humo. El único motivo por el que me gusta complacerla es por su enfermedad. Doy unas últimas caladas, lo tiro al suelo y lo piso con el zapato hasta que está completamente apagado.

Toco al porterillo, pasados unos segundos abre directamente sin preguntar quién es. No sé cuantas malditas veces tengo que decirle que se asegure de a quien deja entrar. Llego hasta la puerta después de subir cinco plantas andando porque no hay ascensor, lo mejor para una mujer con cáncer de pulmón. Puta economía. Si no tienes dinero al resto del mundo le importa una mierda lo que te ocurra.

— ¿Cómo te encuentras hoy?

—Ahí voy... ¿Sabes algo de Peter? — rompe a toser. Está peor de lo que pensaba.

—Estoy seguro de que han sido ellos, pero no tengo pruebas — pego un puñetazo sobre la mesa. Mi sobrino, mi único sobrino está muerto, de eso no tengo dudas — aunque eso me importa poco. Por la ley o a escondidas de ella, pagarán por lo que han hecho.

—Júramelo. Aunque yo ya no esté aquí, júrame que vengarás a mi Peter.

— Dios no perdonó a los Ángeles cuando pecaron, sino que los arrojó al infierno y los dejó en las tinieblas, Pedro 2:4.

—Conozco ese pasaje — saca un pañuelo del bolsillo y tose en él. Una mancha roja lo ensucia — quiero que mates al culpable y quiero que me lo jures por tu vida.

— Te lo juro. Averiguare quien ha sido — prometo acercándome a ella — y se arrepentirá. Tengo que irme, voy a hacer una visita a ver si encuentro algo.

—Vale, ten cuidado hermano.

Ahora tengo que decidir en cuál de las tres casas me cuelo para encontrar alguna prueba. Si encuentro algo no serviría para el juicio, pero si para mí y con eso me basta. A estos cabrones come mierda hay que darles donde les duele. Se creen que por tener dinero y trajes de diseño pueden ir por la vida haciendo lo que les salga de los cojones. Señores Garret, señora Connor, han encontrado a la horma de su zapato.

Saco la pequeña libreta que siempre llevo guardada en la guantera del coche patrulla. La libreta de las decisiones, la que siempre me ayuda a decidir. Arranco tres hojas y en cada una de ellas escribo el nombre de mis tres sospechosos.

Ian, William y Emma. Hago tres bolas con los nombres y los remuevo entre mis manos.

—Pito pito gorgorito... te ha tocado ha tocado... a... ti.

Capítulo 52

Lo hemos pasado en grande estos dos días con la familia de Ian, pero ha llegado el momento de volver a la realidad, a nuestra rutina.

Hugo ha decidido hospedarse en un hotel cercano a la casa. Todavía no tengo claro si está loco perdido o solamente tiene un ego hasta la luna, pero mientras nos defienda y gane me da igual todo lo demás.

—Tengo que ir a mi casa a buscar algunas cosas — informo a Ian.

Hemos decidido que de momento y hasta que se aclare todo, me voy a ir a su casa con él. En realidad el lo propuso y lo decidió, creo que tiene miedo de que me de otro ataque de ansiedad.

—Vale, te llevo.

Pocos minutos después llegamos a mi calle. Encontrar aparcamiento es una tarea difícil si tenemos en cuenta la cantidad de bloques que hay en una sola calle. Deja el coche en doble fila con los intermitentes puestos.

— ¿Necesitas que te ayude?

—No, solo tardaré unos minutos. Ahora nos vemos — le beso y salgo disparada hacia el portal.

Abro la puerta de mi casa. Tantos años viviendo aquí con Toni y ahora me siento una extraña, supongo que paso más tiempo en la casa de Ian que en la mía y por eso me siento así.

Saco una pequeña maleta de debajo de la cama, la abro y meto el neceser con lo imprescindible y algo de ropa. Si necesito algo más puedo volver mañana.

Escucho un ruido. Contengo la respiración prestando la máxima atención para saber de dónde proviene. No tengo ni idea pero el corazón me va a mil y aunque intento razonar y convencerme de que ya soy una adulta y que no

debo temer tonterías, doy un repaso por toda la casa.

Me fijo en todos los pequeños detalles. No hay nada extraño, nada que haya sido movido o esté donde no debería estar. Para terminar, voy hacia el baño y descorro la cortina de la ducha.

Doy varios pasos hacia atrás hasta que choco con el espejo. Piterson está escondido dentro con un arma en la mano. Corro para salir de mi piso. No sé si viene detrás de mí o no, solo escucho un zumbido profundo en los oídos y el corazón, que me late con tanta fuerza que creo que va a explotar.

Resbalo con la sabana y caigo al suelo. Trastrabilleo con las piernas y los brazos, quiero correr más de lo que me permite mi cuerpo ¿Qué hace este hombre aquí? ¿Esto no es ilegal?

Me arrastro mientras me levanto, pero Piterson me agarra del tobillo y tira hacia él. Sin ninguna dificultad me coloca boca arriba.

— ¡SOCORROOO! ¡QUÉ ALGUIEN ME AYUDE!—grito con todas mis fuerzas pataleando para soltarme.

Salta sobre mí y me tapa la boca.

— ¡Cállate! Tu no deberías estar aquí — escupe enfadado.

Tiene la cara colorada y los ojos vidriosos. Me quedo quieta, esperando algo, no sé bien que.

—Como le digas a alguien que estaba aquí te mato y después me cargo a tu novio ¿Vale? — Asiento con la cabeza — ¿Me has entendido? — Vuelvo a asentir — ¿Estás segura? — Asiento de nuevo — voy a soltarte. Vas a coger tu maleta y te vas a ir ¿Estamos de acuerdo? — asiento como una automática.

No logro hacer ningún movimiento ni decir nada. El miedo me tiene completamente paralizada.

Me destapa la boca y con la mano que le ha quedado libre me sujeta los brazos.

— ¿Quién mató a Peter?

Joder con la preguntita. Si le digo que he sido yo no estoy segura de que suelte el arma, me de unas palmaditas en la espalda y me deje ir. Tengo la boca seca y las manos me tiemblan bajo las de él.

—No sé nada de Peter. He intentado explicárselo un montón de veces. Por favor, deje que me vaya — la angustia se apodera de mi y comienzo a llorar — no me... no me haga daño... por favor.

—Puedes llorar y hacerte la inocente — gruñe acercándose a mi cara — pero los dos sabemos que uno de vosotros es el culpable... y pagará, créeme que pagará. ¡Ahora largo!

En cuanto se quita de encima mía me arrastro para alejarme todo lo posible. Cojo la maleta y salgo corriendo escaleras abajo. Antes de salir a la calle me paro unos segundos para calmarme. Miro a mi espalda por si se ha arrepentido de su decisión y viene a matarme, pero no escucho ningún ruido que delate que alguien se acerca

Salgo a la calle. Ian sigue esperando dentro del coche. Respiro profundo un par de veces antes de simular una sonrisa. Ian me mira con sus gafas de sol puestas así que intento parecer normal. Piterson tiene un serio problema en la cabeza, puede que sea un sociópata y lo veo capaz de cumplir sus amenazas. No debe enterarse de lo que acaba de ocurrir. Si le pasara algo por mi culpa no me lo perdonaría nunca.

— ¿Estás bien? — pregunta.

Baja la mirada hasta mis manos, yo la bajo también. Me tiemblan y los dedos los tengo fríos como el hielo. Las meto en el bolsillo para disimular. No debes decírselo Emma, no lo digas. Me repito una y otra vez mentalmente. Si lo haces, le pondrás en peligro.

—Me he puesto nerviosa... sola en la casa quiero decir. Ya estoy mejor.

—Voy a llamar al médico para que venga a verte.

Me quita la maleta y la guarda dentro del coche. Sus movimientos son rápidos y torpes, seguramente cree que en cualquier momento me voy a poner a gritar o algo así.

—Estoy bien, ya estoy bien. No hace falta llamar a ningún médico.

Se queda quieto delante de mí. Observando. Pasea la mirada por mi cara, por las manos mientras entrecierra los ojos. Ganar una batalla con Ian es totalmente ridículo, lo sé.

—Aun así me quedo más tranquilo. Vamos.

Cuando llegamos a su casa lo primero que hace es sacar el teléfono del bolsillo y llamar al doctor. No puedo evitar poner los ojos en blanco. Que hombre más cabezota y dominante. Dejo que se salga con la suya, total que venga un médico y me vea tampoco es nada grave como para pelearme.

Poco rato después llega el médico y me examina. Nos dice lo que ya sabía. Un ataque de pánico y la tensión disparada. Como para no tenerla disparada después de encontrarme a un policía que se supone que tiene que acatar la ley, escondido dentro de mi bañera con una pistola en la mano. Si me hubiera dado un ataque al corazón habría sido de lo más normal.

A Ian y a Will no puedo decirles nada, pero quizás si hablo con Hugo él pueda hacer algo sin que parezca que me he ido de la lengua. No sé que puedo hacer para proteger a las dos únicas personas que ahora mismo son mi familia. Quedarme con las manos atadas no es una opción.

Capítulo 53

Ha sido relativamente fácil inventarme una excusa para poder hablar con Hugo. Se supone que Helena y yo vamos a pasar la tarde mirando escaparates y después vamos a tomarnos un café. Podría hacer eso si no hubiera un psicópata entrando a escondidas en nuestra casa, obsesionado con pillarnos.

Antes de salir he mirando el número de Hugo en el teléfono de Ian. Le he escrito para avisarle de que iba porque no quiero aparecer por sorpresa en su hotel.

Toco a la puerta mientras que espero con los nervios por las nubes. Piterson me dijo que no le contara nada a nadie pero esto es demasiado serio, tengo que hacer algo o me volveré loca.

—Pasa — me invita a entrar — ¿De qué querías hablar?

—Gracias — cierro la puerta por si hubiera alguna mirada indiscreta — esta mañana pasé por mi piso para recoger algunas cosas — me siento en una silla de madera frente a la cama — cuando estaba terminando escuché un ruido y después de mirar toda la casa descubrí a Piterson, el policía que lleva el caso, escondido en la bañera — se me humedecen los ojos sin que pueda hacer nada por evitarlo — no sabía qué hacer.

Hugo escucha atento hasta que termino. Cuando me callo, me fijo en que se ha puesto tenso. Se agacha para quedar a mi altura y la mirada que pocos segundos antes rezumaban veneno, ahora se vuelve dulce y tierna.

—Creo que nunca te he contado lo que le pasó a mi mujer. Un mal nacido la violó una noche. Cuando confió lo suficiente en mí me lo contó todo, ese hombre era un amigo mío desde la infancia. Fuimos juntos al colegio y a la universidad — recuerda atento a cada movimiento que hago — cuando me enteré por poco lo mato, en realidad es lo que debería haber hecho. Al final fui a la policía — sus labios se curvan hasta formar una media sonrisa que me

dice que ha terminado.

No quiero ni imaginar por el suplicio que pasó su mujer. Cuando ocurre algo así tienes dos opciones: o te encargas tú mismo o confías en la justicia.

—Siento mucho lo de tu mujer, pero yo no puedo ir a la policía, él es la policía.

Me quito las lágrimas con rabia ¿Qué quiere decirme? ¿Qué no podemos hacer nada? ¿Qué estamos atados de pies y manos?

—Exacto.

Asiente de forma casi imperceptible. No entiendo que significa. ¿Exacto qué?

—No puedo denunciarlo, no puedo hacer nada Hugo. Dijo que si se lo contaba a alguien nos mataría.

Sin pensarlo demasiado me tiro a sus brazos y lloro sobre su hombro. Él me consuela dándome palmaditas en la espalda y apretándome contra su cuerpo. Es reconfortante.

— Está bien. Deja que yo me encargue — susurra intentando calmarme — todo va a salir bien. Lo sé.

—No puedes decirle nada a Ian, por favor —pido hipando —no quiero ponerle en peligro.

—Nadie va a saber que me lo has contado — coloca las manos sobre mis hombros y me separa de él— te diría que te invito a un café, pero creo que es mejor una tila — bromea — y después te llevo con tu amorcito.

Esa forma de hablar me saca una sincera sonrisa. Lo juzgué mal al principio. Ni está loco ni tiene ninguna intención oscura escondida. Es atento y se preocupa, puede que por lo que le pasó a su mujer.

Pasamos un par de horas charlando de trivialidades, cosas sin importancia. La forma que tiene de hablar de su familia deja claro lo enamorado que está de

su mujer y lo que quiere a sus hijos. No puedo evitar sentir envidia de su familia.

Lo que tenemos Ian y yo es muy bonito pero no deja de ser un noviazgo, algo que puede terminar en cualquier momento. Sería la chica con la que salió alguna vez, nada más.

—Déjame aquí, por favor. Le he dicho a Ian que había quedado con una amiga. Si me viera contigo...

— Está bien. Si vuelves a saber algo de ese policía no dudes en llamarme otra vez — dice parando el coche un par de calles antes — no me cuentes nada, solo dime de quedar para hablar. Ese hijo de puta es capaz de pincharos el teléfono.

Ni se me había pasado por la cabeza. Dios mío, tiene toda la razón. Tiene todas las armas al alcance de su mano para espiarnos cuando quiera y como quiera.

—Vale. Muchas gracias por todo.

Me bajo del coche mirando en todas direcciones. No hay nadie en la calle que pueda reconocerme. Camino con normalidad hacia el ático con la esperanza de que no me haga muchas preguntas.

Al entrar por la puerta está sentado en el sofá con las piernas cruzadas y los dedos entrelazados encima de ellas. Me mira con su antigua cara de póker, esa que hacía tanto tiempo había desaparecido.

— ¿Dónde has estado? — pregunta con frialdad.

Sabe algo pero no sé hasta qué punto. Decido tantear el terreno antes de admitir nada. Admitirlo sería ponerlo en peligro.

— ¿Por qué lo dices?

— Por qué Helena está con mi hermano así que te lo preguntaré una vez más ¿Dónde has estado?

—Ian... es...es complicado — balbuceo sin saber que decir.

— ¿Me engañas con alguien?

— ¿Qué? ¡NO! ¡Claro que no! — camino hasta él y le obligo a mirarme.

Una cosa es mentirle para protegerle y otra que piense que me acuesto con otro hombre.

— ¿Cómo quieres que te crea si me mientes? Si no has estado con otro dime donde has pasado la tarde.

Es tan frío y distante, muestra tan poca emoción en estos momentos que me agobio. No puedo darle la medicina que necesita para que se calme.

—Ian... por favor, tienes que confiar en mi... por favor — su cara es una estatua pincelada en mármol. Nada — mírame — pido — Te lo contaré ¿Vale? Pero ni aquí ni ahora.

—Es tarde. Me voy a la cama.

Da media vuelta para desaparecer. Cierra la puerta dando un portazo. Joder, la he cagado a base de bien.

Ojala pudiera ir ahora mismo a la habitación y contárselo todo pero ¿Y si hay micrófonos en la casa? ¿Y si está Piterson escuchando ahora mismo nuestra conversación? Estoy segura de que forzar una cerradura y entrar aquí con su arma para él sería coser y cantar.

El sonido de un teléfono vibrar me saca de mis pensamientos que cada vez son más absurdos. El sonido viene de la chaqueta de Ian. Rebusco entre los bolsillos para llevárselo. Aunque esté enfadado la llamada puede ser por motivos de trabajo o por su familia.

Al meter la mano en el bolsillo interior encuentro una pequeña caja. Tiene la marca de una joyería. Despacio la saco y aunque no debería, me puede la intriga. Un anillo de compromiso de oro blanco coronado con un diamante aparece frente a mí.

— ¿Pero qué es esto? — Se me escapa levantando la voz sin querer.

¿Tenía pensado pedirme matrimonio? Me he quedado sin palabras. Un huracán de emociones me recorren ahora mismo. Se toma lo nuestro en serio y quiere hacer nuestra relación más seria todavía. Da igual que Sarah haya vuelto intentando recuperar su relación. Me ha elegido a mí.

Mi culpabilidad aumenta hasta un punto máximo. El queriendo dar un paso más y yo ocultándole las cosas.

Dejo el anillo donde estaba y voy hacia la habitación. Me tumbo a su lado aunque él me ignora.

—Jamás te engañaría, nunca.

—Está bien — suelta ignorándome.

Tengo que hacer algo ahora mismo. Salgo de la cama y busco una libreta y un bolígrafo. Voy a intentar contárselo por escrito. No creo que ese policía loco haya puesto cámaras por la casa.

Para disimular por los posibles micrófonos inicio una conversación completamente distinta.

—Mira, si no quieres creerme es tu problema.

Mientras escribo.

"No digas nada, puede haber micros".

—Nunca te he mentado así que no sé porque tienes que desconfiar de mí.

"En mi piso estaba Piterson esta mañana. Me amenazó con hacerte daño si te lo decía"

El color de la cara le desaparece. Puedo ver como su enfado se ha esfumado por completo para dar paso a la preocupación y al enfado.

— ¿Y cómo hasta ahora nunca me has mentido se supone que tengo que tener fe ciega en ti el resto de mi vida?! — grita siguiéndome el juego.

"He estado con Hugo, contándole lo que ha pasado. Estoy muy asustada, no quiero que te haga nada"

—Vamos a dormir, no pienso discutir por unos estúpidos celos.

Me abraza de forma posesiva. Puede que en estos momentos él lo necesite más que yo.

Me quita el bolígrafo y la libreta una vez más y escribe:

"Te quiero"

Capítulo 54

Han pasado varios días desde que fui a ver a Hugo y todavía no sé nada de él. Estoy que me subo por las paredes ¿Ha ido a hablar con Piterson? Pero lo que más nerviosa me tiene es pensar si él sabe que me he ido de la lengua.

Ian sabe que estoy nerviosa pero no quiero que hablemos nada del tema. No sabemos si hay micrófonos o cámaras y no quiero arriesgarme más de lo que lo he hecho ya.

—Voy a llamar a Hugo para tomar un café — digo dando un bocado a la tostada.

Deja el periódico sobre la mesa y me mira con esos ojos azules capaz de traspasarme. Sabe que hay un trasfondo detrás del café aunque tampoco hay que ser un lince para suponerlo.

—Bien, a mí también me apetece verle.

Traduciendo esa frase a palabras reales sería algo parecido a " Yo voy quieras o no"

—Estupendo —celebro sin una chispa de entusiasmo.

A los pocos minutos de escribirle me contesta. Viene de camino. Es tan cortante que hace que me preocupe. Lo conozco muy poco pero esta actitud en él no es normal.

—Vas a poder invitarle tú al café. Está llegando — digo enseñándole la pantalla del móvil.

—Ahora vuelvo.

¿Qué tendrá pensado hacer? Me quedo sentada. El estómago se me ha cerrado por completo y el hambre se ha esfumado ¿Se terminara este suplicio

en algún momento?

— Les he dado el día libre a Dorothea y Max. No quiero que por casualidad...
— se calla al ver que ha estado a punto de meter la pata hasta el fondo.

— Vale, supongo que es lo mejor.

Cuando suena el timbre ya estamos esperándolo, ansiosos por las noticias que pueda traer.

Aparece por la puerta junto con tres hombres más. No tengo ni idea de quienes son, jamás los había visto.

— ¿Puedo hablar contigo Ian? — preguntado cogiéndolo del brazo y apartándolo de mi.

Su actitud me molesta ¿Esto qué es? ¿Los hombres haciendo trabajos de hombres y dejando de lado a la pobre mujer? Pues esta mujer sabe defenderse y afrontar todo lo que venga, siempre lo he hecho así que camino decidida hasta la esquina donde están dispuesta a presentar batalla si es necesario.

Dejan de hablar para mirarme los dos con cara de tonto. Hombres...

— ¿Qué? — pregunto a la defensiva.

No dicen nada. Vuelven a la conversación. Creo que ha quedado claro que no me voy a ir ningún sitio.

— He venido con unos amigos a tomar café, espero que no os importe.

— Tus amigos son bien recibidos. Vamos a la cocina y me cuentas como van tus proyectos — sugiere Ian.

Los dos hombres extraños tienen un aparato en la mano que van pasando por cada rincón de la casa. Son tan minuciosos que creo que buscan algo. Vuelvo a prestar atención a la conversación. Hablan de juicios que ha ganado y de casos raros que ha tenido que defender. Me siento en la silla esperando la verdadera razón de su visita, con un café en las manos y enfurruñada.

—Ya está —me sobresaltan los hombres a mi espalda — si nos dejáis vuestros móviles habremos terminado.

Se los damos tal y como han pedido, sin tener ni idea de lo que está ocurriendo. Teclean unos códigos y después le quitan la carcasa y la batería. Los inspeccionan a fondo. Vuelven a dejarlos como estaban aunque yo tenía mis dudas de que fueran capaces de volver a recomponerlos.

— ¿Habéis encontrado algo? — pregunta Hugo yendo directo algo grano.

Por fin llegamos a donde yo quería.

—Había un micrófono en la habitación principal y otro en el salón — explica — bastante mal escondidos, por cierto. Los teléfonos están limpios.

—Muchísimas gracias chicos — despide Hugo.

— Por ti lo que sea, ya lo sabes.

Los hombres recogen sus cosas y se van igual que vinieron. Sin dar ninguna explicación.

—Ese desgraciado os estaba espiando. Aunque era de esperar.

— ¿Qué hacemos? ¿Contrato seguridad?— Ian está agobiado. Un desconocido ha entrado en su casa y ha escondido micros. Es para estarlo.

—Si amenaza a Emma y se supone que no puede decirnos nada... y al día siguiente tenéis un ejército detrás de vosotros... ¿Qué pensarías si fueras tú?
— razona Hugo como si hablara con un niño pequeño.

—Que lo ha contado — murmura — pero hacer nada no es una opción.

—Podemos hacer algo mejor. Déjame a mí — Parece que Hugo ha encontrado una solución.

—Chicos, vosotros no lo visteis. Ese hombre está loco. Es capaz de cualquier cosa — me levanto de la silla. Camino de un lado a otro — Ha entrado aquí y

ha puesto micros. Lo sabe y nada que diga o haga lo va a cambiar.

—Emma, vamos a dejar que Hugo trabaje en su idea — propone Ian acercándose a mí.

— Está bien.

No está bien. Ellos no tienen ni idea de cómo es este tipo. No saben a lo que se enfrenta ni de lo que es capaz.

—Hay una cosa más — Hugo se rasca la barbilla — Piterson es el tío de Peter, por eso se está comportando de este modo.

Me tapo la boca con las manos. Ahora sí que lo tenemos todo perdido. No va a dejarlo correr y mucho menos cuando es un tema tan personal para él.

—Dios mío, dios mío — repito agobiada — esto es mucho peor.

—Respira, vamos respira — Ian vuelve a tratarme como si fuera cristal.

—Emma, cálmate — Hugo se interpone preocupado — Ya te he dicho que tengo un plan — sonrío con prepotencia.

Un par de hora después pienso con más claridad. Solo hay una cosa de la que estoy totalmente segura. Piterson va a hacer todo lo que pueda para hacernos pagar y nosotros para eludirle.

Ian me ha convencido para salir a cenar aunque las ganas que tengo podría resumirlo con un gran cero. El esfuerzo que está haciendo para que tenga la cabeza en otra cosa me obliga a poner una falsa cara de entusiasmo y aceptar.

—Me han llamado de la oficina. Hay un problema y tengo que ir ¿Quedamos allí directamente? Que te lleve Max.

— ¿Es grave? — Pregunto preocupada — si quieres podemos dejarlo para otro día.

—No te preocupes, en un par de horas espero que esté solucionado. No

vemos allí — enreda sus dedos entre los mechones de mi pelo y me atrae hacia él, recreándose en el beso.

Últimamente hemos tenido poca intimidad. Es normal con la cantidad de cosas que están pasando estos días, pero algo me dice que esta noche va a ser distinta.

Pasar la tarde sola en casa se hace largo y aburrido. No sé como entretenerme. Si Ian no le hubiera dado el día libre a Dorothea podríamos charlar y hacerme reír contándome anécdotas de su ingeniosa forma de educar a su hijo.

Llaman al timbre. Durante un momento pienso en Piterson, pero él no lo haría así, aparecería por la noche después de forzar la cerradura y con una pistola en la mano.

— ¿Qué haces aquí Will? — pregunto cuándo abro la puerta.

—Hola Emma ¿Está Ian?

—Ha tenido que ir a la oficina por no sé qué problema ¿Ocurre algo? ¿Quieres que le llame?

Se comporta de manera extraña, está nervios ¿Habría tenido un encuentro con Piterson él también?

—No, no. Mejor así. A ver... ya sabes que Helena y yo estamos viéndonos...

—Algo me olía, si — río por lo bajo.

— Vuestra casa es la única libre de micrófonos — se rasca la coronilla — he quedado con ella aquí... si no os importa.

La casa de Ian se acaba de convertir en un picadero. Estoy segura de que no le va a gustar, pero ¿Si no se entera? Hemos quedado en el restaurante directamente así que si les dejo la casa un par de horas no tiene porque pasar nada.

—A tu hermano no le gustaría pero... hemos quedado para salir a cenar.

—Muchas gracias. Te debo una — bromea dándome un golpecito en el brazo.

— Un par de horas. No quiero volver para arreglarme y pillaros... bueno... ya sabes cómo.

— Con el culo al aire, te entiendo — rompo a reír. La imagen del culo de Will se me viene a la cabeza. Qué horror.

Ahora tengo que dar vueltas en la calle durante un par de horas. Estaba cansada de estar sola en la casa, supongo que un poco de aire fresco nunca viene mal.

Me siento en una terraza para tomar un café que alargo más de la cuenta, después paso por una tienda de lencería y me compro un picardías. Tengo ganas de sorprender a Ian con algo nuevo. Mientras paseo tengo la sensación de que alguien me observa, puede que sea solo una sensación sin ningún fundamento, pero no paro de mirar hacia atrás esperando en cualquier momento encontrar a alguien.

Miro el reloj de mi muñeca. Al ver que casi es la hora me monto en un taxi para que me lleve a casa de Ian. No quiero llegar tarde al restaurante ni pillar a Will en plena faena. Tampoco quiero seguir caminando sola ahora que está anocheciendo.

Metó la llave en la cerradura. Nada más abrir la puerta escucho ruido dentro. Alguien está gritando.

Me pongo muy nerviosa ¿Y si Piterson ha decidido que hasta aquí ha llegado su paciencia y ha venido a terminarlo todo?

Corro escaleras arriba. Me tiemblan las manos solo de pensar lo que puedo encontrarme.

Ian está dentro de la habitación que yo ocupaba al principio. Will y Helena se

están levantando de la cama mientras se pone la ropa a toda velocidad. Hay un jarrón roto en el suelo e Ian respira entrecortadamente. Encontrarse a su hermano acostándose con una mujer en su casa puede ser desagradable pero creo que se ha pasado.

—Ian, cálmate — voy hasta él, preocupada.

—Lo... lo siento... — agacha la cabeza avergonzado — os dejo para que os vistáis.

Sale de la habitación. Se pasa las manos por el pelo una y otra vez. Algo me estoy perdiendo.

— ¿Qué ocurre? ¿Por qué te has puesto así?

—Llegué y escuche ruidos. Pensaba que había entrado alguien pero... — se calla. Camina rápido por el salón y al acercarse a la mesa le da una patada.

— ¿Pero qué? me estas asustando.

—Oí gemidos. ¡Pensaba que eras tú la de la habitación! ¡Abrí la puerta dispuesto a pillarte como a Sarah! — grita.

Se esfuma la preocupación que sentía. Ha dado por sentado que soy igual que Sarah, que sería capaz de acostarme con otro hombre ¡y en su propia casa!

Hace poco tiempo me obligó a tomar una decisión y ahora le toca a él. No estoy dispuesta a aguantar más celos ni desconfianza por su parte.

—Ya está, hasta aquí he llegado — murmuro sintiendo las lágrimas asomar
— Siempre piensas lo peor de mi — voy hacia la puerta.

— Emma...

— ¡No! — Grito enfadada — Tienes una decisión que tomar.

Doy un portado y salgo corriendo. Necesito pensar y quiero darle tiempo a Ian para que él también piense y recapacite.

Capítulo 55

Camino sin rumbo fijo. Con el enfado y las prisas me he olvidado el bolso. No tengo dinero ni llaves para ir a mi piso, el teléfono también me lo he olvidado. Menuda mierda.

¿Cómo ha podido pensar que me acostaría con su hermano? Mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados por él.

Comienza a refrescar. Sigo teniendo la sensación de que alguien me sigue. Noto los ojos de algún desconocido clavados en mi nuca. El miedo puede más que el orgullo.

Empiezo a caminar a paso ligero, cada vez más rápido hasta que termino corriendo. Solo paro de correr cuando llego a la casa de Ian, abro la puerta y la cierro tras de mí. Ahora me siento segura. El pecho sube y baja sin control. Debería hacer más ejercicio.

— ¿Ves? Tiene un metro de margen de error — la voz de Hugo resuena en el salón.

Estoy segura de que la explicación a esa frase no me va a gustar y aun así pregunto.

— ¿Qué tiene un metro de margen de error?

— El dispositivo de rastreo que instale en vuestros teléfonos.

Es increíble. Ha llamado a Hugo para que le dijera dónde estaba. Me espiaban a través del móvil. No sé si es por Piterson o estos dos.

— ¡Oh qué bien! Ahora tengo espía las 24 horas del día.

—No es para eso Emma, es para protegernos — explica Ian cansado.

—Pues no me gusta.

—Yo... tengo que irme — Dice Hugo abochornado — hablamos mañana.

Espero donde estoy hasta que escucho cerrarse la puerta de la calle.

— Lo siento — simple y conciso se disculpa.

Sé que lo siente. Todas y cada una de las veces que ha desconfiado lo ha sentido y llegados a este punto ya no sirve.

—Siempre lo sientes.

—Emma — suelta repentinamente frío — lo estoy intentando con todas mis fuerzas, por ti.

Lo está intentando, ya lo sé. Pero con eso no basta. Quiero que confíe en mí, quiero que seamos una pareja normal sin esos demonios que lo acompañan a todas horas, quiero más de lo que él puede darme.

El anillo de compromiso que encontré en su chaqueta viene a mi memoria. Estaba segura de que hoy me lo daría y me pediría que me casara con él, yo me lanzaba a sus brazos entre lágrimas llorando un rotundo si, pero ahora ya no estoy tan segura de cuál sería mi respuesta.

—No es suficiente — lamento derrotista. Dejo caer los hombros sin fuerzas para seguir discutiendo — necesito que confíes en mi.

—Tengo una idea — camina hasta casi pegar su rostro al mío —
¿Empezamos de cero?

— ¿Qué quieres decir con empezar de cero?

Me dedica una de esas extrañas sonrisas que me desarman, la que le nace del fondo del alma y le ilumina los ojos. Este es el Ian que quiero en mi vida. Alegre y feliz.

—Borrón y cuenta nueva. A partir de hoy confiaré plenamente en ti. Palabra

de boyscout.

Aunque no quiero reírme porque estoy enfadada, se escapa una carcajada. Sabe cómo tratarme y como hacer que caiga rendida a sus pies.

—Está bien. Acepto el trato.

—Entonces vamos a cenar.

Saca del bolsillo del pantalón el pañuelo rojo con el que jugábamos y nos dábamos sorpresas. Sin duda eran tiempo mejores pero puede que volvamos a ellos si consigo tener un poco de paciencia.

Me giro y le doy la espalda. Coloca el pañuelo sobre mis ojos, ahora ya no veo nada pero siento su respiración sobre mi oído y sobre mi cuello. Da igual que esté enfadada. Ian provoca sobre mi cuerpo un efecto de acción reacción. Su tacto, su respiración o el más leve susurro sobre mi oído me excita.

Nos montamos en el coche. ¿Me pedirá matrimonio hoy después de la discusión y de haber desconfiado de mí? Si es así, no está siendo muy inteligente porque ni yo misma se lo que contestaría.

—La gente me va a mirar raro si entro con esto en la cara — toco el pañuelo con la intención de quitármelo.

— Déjate. Nadie te va a mirar raro, ya lo verás.

Para el coche y espero a que se baje para que me ayude. Usa una llave y abre una puerta. El sonido es familiar pero no consigo relacionarlo con nada. Nos montamos en el ascensor ¿Qué restaurante tiene ascensor para llegar al comedor? Ninguno que yo conozca.

De pronto, el frescor de la noche me rodea. Esto no es un restaurante ni hay gente comiendo, no se escuchan ruidos de platos o camareros yendo y viniendo.

— ¿Dónde estamos?

—Espera aquí. No te muevas — ordena soltándome la mano.

Espero a que regrese. Estoy muy nerviosa pero también emocionada porque las sorpresas de Ian siempre me gustan.

—Ya puedes quitártelo —susurra en mi oído.

Toco de forma torpe el nudo del pañuelo y lo voy deshaciendo poco a poco. Lo deslizo por encima de la nariz y dejo que caiga al suelo.

—Tu flor — vuelve a susurrar.

No tengo palabras. Estamos en la azotea del edificio donde una vez fui su secretaria. En el centro hay una mesa con velas, todo está lleno de farolillos que iluminan con una luz tenue pero lo mejor de todo es el camino de pequeños pétalos morados hasta la mesa. Todo está lleno de mis flor favorita.

— ¿Cómo lo has adivinado que era la jacaranda? Estaba segura de que se te había olvidado.

Hace mucho tiempo que le di las pistas sobre las flores que me gustaban y como no hemos vuelto a hablar sobre eso... estoy sin palabras.

—Nada de lo que tú me dices se me olvida — tira de mi mano acercándome a uno de los farolillos — a veces no lo demuestro pero eres lo más importante de mi vida.

Oh por Dios. Ian Garret diciendo palabras románticas y abriendo su corazón. Empiezo a pensar que de verdad está haciendo un esfuerzo por mí. No sé que tengo de especial, en realidad soy del montón tirando a normalita. He visto sus conquistas de top models salidas de revistas de moda y no me parezco en nada a ellas.

— No sé qué decir — musito emocionada.

—Puedes decir Si.

— ¿Si? ¿Qué quieres de...

Inca una rodilla en el suelo. No sabía cómo iba a reaccionar pero mi corazón imita el vuelo del colibrí, mi ojos se inundan de lágrimas emocionadas.

Saca una cajita del bolsillo y la abre frente a mí. El anillo.

—Emma Connor ¿Quieres casarte conmigo?

Esta misma tarde habría jurado que le diría que no, pero aquí y ahora, sin lugar a dudas es el día más feliz de mi vida.

—Si, si quiero.

Me lanzo a sus brazos llorando como una magdalena.

— ¿Ahora?

— ¿Cómo que ahora? ¿Estás loco?

—Nunca he estado más cuerdo en toda mi vida — sonrío — quiero pasar el resto de mi vida contigo. No necesito una celebración por todo lo alto con un montón de gente que no conozco. Dime Emma ¿Quieres ser mi mujer ahora?

Siempre había soñado con casarme aunque si tengo que ser sincera en mi imaginación no entraba en detalles sobre los adornos o la gente que iba a estar.

—Quiero ser tu mujer ahora.

Capítulo 56

Saca el teléfono de su bolsillo y escribe algo en él. Levanto la mirada incrédula ¿En serio este es un buen momento para hablar con quien quiera que esté hablando?

— Has dicho que querías que nos casáramos ahora — suelto un poco molesta — bien ¿Qué hacemos?

—Está llegando.

Entrecierro los ojos. No sé a qué se refiere.

— ¿Quién está llegando?

—Emma, me estoy dejando llevar Estoy disfrutando de lo que realmente quiero y me hace feliz ¿Por qué no haces tú lo mismo?

Parece un niño con un juguete nuevo. Una sonrisa radiante desentona en su rostro normalmente serio.

Abre una botella de vino y me sirve un poco en una de las copas. Tiene razón. No tengo ni idea de lo que tiene preparado pero voy a disfrutar y a relajarme. Si lo ha preparado con tanto esmero estoy segura de que me va a encantar.

Se abre la puerta. Incrédula me giro hacia ella. A partir de aquí puede ocurrir cualquier cosa. Ian tiene una gran sonrisa escarparate que contagia.

Sus padres aparecen arreglados hasta el último pelo y contentos. Cada vez estoy más segura. Mi peinado, maquillaje y ropa no es para una boda, lo mires como lo mires desentono.

—Estás preciosa —susurra acercándome a él — y más que lo vas a estar.

— ¿Qué...?

—Shhhh — me manda a callar — s
Sorpresa.

Si antes daba pasos de ciego ahora estoy totalmente perdida.

Tiene una habilidad para adivinarme los pensamientos que siempre me sorprende.

—No puedo creérmelo — llora la madre de Ian — vais a ser muy felices.
Estoy segura.

—Gracias. Me alegra mucho que hayáis venido.

El padre traga saliva y se acerca.

—Cuando nos llamaste para decirnos lo que tenías planeado... estoy feliz por ti, hijo.

Un hombre que bien podría ser mi abuelo rompe este momento tan emotivo, pero me alegro porque me siento como una intrusa en medio de un momento familiar que debería ser íntimo.

Aparece más gente, pero no conozco a nadie. Tres mujeres que caminan hacia nosotros mientras Ian camina hacia ellas dejándome de nuevo apartada.

Intercambian unas palabras y se acercan.

— ¿Eres tú la novia? Muy guapa, vas a quedar perfecta.

Espero que el dicho sea cierto y la cara sea el espejo del alma. No entiendo nada.

—Ven con nosotras. Vamos a prepararte.

Doy un paso tras otro sintiéndome como si flotara en una nube. Es tan surrealista que mientras camino detrás de esas mujeres me pellizco en el brazo. Si aprieto lo suficiente me despertaré en mi piso junto a Toni, sintiéndome desgraciada como lo era hasta que conocí a Ian.

Pero nada ha cambiado. Sigue siendo el día de mi boda. Llegamos hasta una habitación en la que solo hay una silla y un montón de maletines. Ni un espejo ¡Ni uno!

Tengo que dejar que tres desconocidas me preparen para mi boda sin elegir peinado, vestido o el maquillaje que más me guste.

— ¿Qué hago? — pregunto.

—Siéntate ahí guapa y déjanos trabajar. No te vas a arrepentir — la mujer más mayor se jacta de su trabajo.

Durante todo el proceso mantengo mi mente ocupada. Algo en mi interior me dice que me estoy equivocando, que estoy corriendo demasiado, pero ¿Cómo voy a pararlo todo después de haber dicho que sí?

—Es normal que estés nerviosa — ríe la más jovencita.

Pasa un pañuelo por mi frente para quitar las pequeñas gotas de sudor que han aparecido.

Para esto Emma no estás preparada, me repite mi cabeza una y otra vez.

—Ya estás lista.

No me han dejado ni ver el vestido ¿Y si no me gusta? Antes de ponérmelo me han puesto un pañuelo sobre los ojos. Me han hecho cambiar de habitación escuchando sus risitas que tanto me desagradan.

Me quitan el pañuelo. Poco a poco abro los ojos. Un gran espejo de cuerpo entero espera delante de mí. Es imposible. No puedo ser yo la mujer que veo en él.

—Esto es... es... — soy incapaz de expresar lo que siento — madre mía...

—Ni se te ocurra llorar o lo estropearás — me regaña la anciana — ahora eres la novia perfecta.

El vestido es un palabra de honor. Todo el corpiño está adornado con pedrería. La tela de raso cae hasta el suelo con una cola increíble.

—Soy la novia — susurro en shock.

Me agarran del brazo para obligarme a andar. Subimos las escaleras y se sin necesidad de que nadie me lo diga a donde voy. Voy a encontrarme con mi destino, con la decisión más importante de mi vida.

Escucho música. La que marca que debo abrir la puerta y dar un paso tras otro hasta llegar a Ian para dar el Si quiero...

Hay un camino y a ambos lados han colocado unas pocas sillas. Reconozco casi todos los rostros. Casi la familia al completo de Ian está aquí. Me alegra que haya arreglado las cosas lo suficiente como para invitarlos a este día. ¡Helena! Mi amiga mueve enérgicamente la mano para llamar mi atención. Busco a su lado a Will, pero no está.

Esa mirada, esa sonrisa que me cautivó hace tantos años me espera a unos metros. Cuando llego hasta él me sujeta las manos. La acerca hasta sus labios y deja un beso en ellas.

—Estás espectacular ¿Te gusta?

—Mucho — contesto nerviosa.

— Buenas noches. Estamos aquí reunidos para unir en matrimonio a Ian Garret y Emma Connor — comienza un hombre mayor a hablar. Mis nervios se disparan y me tiemblan las manos — Comienza un viaje lleno de sorpresas: una vida entera. En el que encontrareis de todo. Eso es el matrimonio. Desde la gran felicidad hasta momentos que podría poner a prueba vuestras fuerzas— se baja las gafas por la nariz mirándonos como si nos analizara. Mantengo mi cara de póker porque creo que este hombre es capaz de ver mis dudas.

Lanzo a Ian miradas fugaces. No me quita la vista de encima. Su sonrisa, pletórica hace unos minutos se va esfumando poco a poco. Ha adivinado que

tengo dudas. Joder.

— Ian, ¿quieres recibir a Emma como esposa, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así, amarla y respetarla todos los días de tu vida?

—Si, quiero — contesta traspasándome con la mirada. Sin un ápice de duda.

— Emma, ¿quieres recibir a Ian como esposo, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así, amarle y respetarle todos los días de tu vida?

Si, quiero. Si, quiero ¡Dilo! pero mi boca permanece cerrada. No puedo dar este paso tan importante, algo que quiero que sea definitivo y para toda la vida. Si tengo dudas o preguntas que hacerle, no puedo casarme.

Capítulo 57

—No...No puedo —Susurro.

Al fondo suena un Ohh colectivo que hace que me sienta peor de la que ya me siento.

— ¿Qué quieres decir? — pregunta Ian.

— ¿Podemos hablar... sin todo el mundo mirándonos por favor?

Me sujeta por el brazo y me saca casi a rastras. Cierra la puerta dando un portazo. Me encara, triste y enfadado. No puedo recriminarle nada porque le entiendo. Si tenía dudas se lo debería haber dicho antes de que viniera todo el mundo y él quedara en ridículo.

—Explícate — ordena — ¿No me quieres?

— ¡Si, por dios! No es eso... es...

— ¿Entonces qué es? No lo entiendo Emma ¿Es por lo que ha pasado con mi hermano? Te he prometido que iba a cambiar, te he...

— Para, para —me rompe el corazón verlo tan perdido. Él no es así —no es por nada de eso. Quiero decir... no se... ¿No debería firmar uno de esos papeles que ponen tu fortuna a salvo? Quizás... ¡No se Ian! ¿Alguna clausula? ¡Algo! — me tapo la cara con las manos. La situación me está superando.

—No necesito ningún contrato prematrimonial Emma. Solo quiero saber una cosa — se acerca tanto a mí que puedo sentir su respiración acelerándose — ¿Quieres ser mi mujer? no pienses en nada más.

Si fuera un hombre normal con un trabajo normal... si no me sintiera como un parásito que le va a chupar la sangre... me casaría con él.

—Si — contesto segura — pero quiero que prepares esos papeles.

Pasa la mano por mi nuca y me acerca hasta que sus labios rozan los míos, suaves, tiernos y cálidos. Su lengua empuja cada vez con más desesperación. Sus dedos se enredan en mi pelo deshaciendo el perfecto peinado y unas pocas horquillas tintinean en el suelo.

Agarro con desesperación la cinturilla de los pantalones y lo acerco a mí. Esto es lo que necesito. A él. Ni lujos, ni dinero, solo a él haciéndome vibrar cada vez que sus dedos recorren mi cuerpo.

A tientas intenta subirme el vestido. Supongo que esto debería venir después del si quiero, pero total, ya lo estamos haciendo todo al revés así que una cosa más poco importa.

Me levanta a peso aprisionando mi cuerpo entre la puerta y él. Este momento es idéntico al día en el que Toni nos pilló en el baño, pero hoy voy vestida de novia y en breve seré su mujer.

Sentirlo dentro otra vez después de tantos días de tensión. Notar en mi cuello su respiración acelerada... clavo mis uñas sobre su camisa como señal. La señal de que este hombre me vuelve loca.

Varios segundos después gruñe y me dejo llevar, disfruto de los espasmos de su cuerpo. Pega su cabeza a la mía. Esperamos hasta que nuestras respiraciones se calman y vuelven a un ritmo normal.

—Te quiero — susurra antes de separarse de mi — no lo olvides nunca.

Recoge las horquillas del suelo y con cuidado las coloca sobre los mechones que caen por mi cara.

Todo el mundo debe estar preguntándose que ocurre. No había otro momento para tener sexo, tenía que ser este. Qué vergüenza.

—Te espero en la azotea — enarca una ceja a la espera de una respuesta.

— Vale.

Espero unos minutos para que sea Ian el que de las explicaciones de porque hemos tardado.

Abro la puerta. Todos se giran para mirarme y por sus caras deduzco que Ian les ha dicho que ya está todo solucionado. Camino a paso ligero hasta el altar improvisado.

El hombre que oficiaba la ceremonia nos mira.

— ¿Continuamos? — pregunta irritado.

—Si, si. Podemos continuar.

— Bien. Emma, ¿quieres recibir a Ian como esposo, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así, amarle y respetarle todos los días de tu vida?

—Si, quiero.

Le pongo en el dedo el anillo que traía. Muy de su estilo; dorado y simple. Y me besa con una radiante sonrisa y el brillo de las estrellas iluminada en los ojos.

Todos se acercan para felicitarnos y darnos la enhorabuena. Siempre me imaginé este momento de otra manera, la realidad es que me siento en una pompa, una pompa que todavía no termino de crearme. Emma Garret, me gusta.

Helena se acerca con el teléfono en la mano. Tiene el ceño fruncido mientras lo mira.

— ¿Qué te pasa? — pregunto cuando llego hasta ella.

—Había quedado con Will pero no ha venido a buscarme. Estoy preocupada.

—Seguro que le ha surgido algo, ya verás cómo te llama.

Ian y Will han arreglado sus problemas hace muy poco, no faltaría el día de

su boda. Por algún extraño motivo el nombre de Piterson me viene a la cabeza. Ha comenzado su juego, su caza particular.

—Emma, tengo que... solucionar un asunto ¿Puedes llevarla a casa? — pregunta dirigiéndose a Helena.

¿Un asunto el día de nuestra boda? Mi primer instinto es enfadarme, gritarle si se le ha ido la cabeza, pero me contengo. Si ha decidido irse justo hoy debe ser algo muy importante o muy grave.

— ¿Ocurre algo?

—Nada que deba preocuparte.

—Ian por favor, dime lo que es — suplico. Sé que hay más de lo que me está contando.

—Son unos documentos que necesita una de las compañías que nos financian. Me había olvidado y no puede esperar a mañana.

Hago como que me creo la historia que me acaba de contar. Es el jefe, puede pedirle a cualquiera que busque esos papeles y los mande, pero insistiendo no voy a conseguir que me cuente nada.

—No tardes.

Busco el teléfono de Hugo en mi móvil y sin que nadie me vea le escribo un mensaje.

«Ven a casa de Ian, algo está pasando»

Me siento en el sofá esperando a que llegue Hugo. El trayecto con Helena nunca había sido tan lejano. Ella preocupada por Will y yo por Ian así que hemos estado calladas durante todo el camino y nos hemos despedido con un escueto hasta mañana.

Escucho el timbre sonar. Corro hasta la puerta. En cuanto aparece la cierro y todos los nervios que estaba conteniendo estallan.

—Will no aparece. Ian me miente y se va ¡El día de nuestra boda! — Levanto el dedo enseñándole el anillo — necesito que rastrees sus teléfonos y me digas donde están.

— Pero no es posible que les haya ocurrido nada. Tenéis seguridad las veinticuatro horas.

— ¿Seguridad?—Ahora entiendo la sensación de que alguien me seguía. Podría habérmelo dicho para no estar tan asustada cada vez que salía a la calle.

— Unos hombres para protegeros. Van vestidos normal y una distancia prudencial para que Piterson no se dé cuenta.

—Bueno, pues todo eso ya da igual. Dime donde están.

Abre el ordenador. Pincha en una aplicación que parece tardar una eternidad en abrirse. Un mapa de la ciudad aparece en la pantalla. Hay tres puntos rojos. Uno de ellos está quieto sobre la casa de Ian, ese es el mío evidentemente. Los otros dos están juntos pero no reconozco la zona.

— ¿Qué parte de la ciudad es esa?

—Es el polígono. Las afueras —Contesta Hugo. Tiene la frente arrugada. Se pasa las manos por el pelo.

— ¿A qué estamos esperando? ¡Vamos!

— ¿Tu? Tú te quedas aquí.

Se levanta para irse, pero está loco si cree que me voy a quedar al margen.

—Yo voy a ir. Puedo ir contigo o sola pero mi marido y su hermano pueden estar en peligro y si has pensado por un momento que me voy a sentar en el sofá a esperar es que no me conoces.

No voy a darle la oportunidad de que me conteste intentando convencerme. Cojo mi chaqueta y salgo por la puerta.

Capítulo 58

Algo malo está pasando. Mientras Hugo conduce y llama a los hombres que tenía contratados para la seguridad de todos nosotros, me lanza comentarios que me paso por el forro.

—Esperas en el coche a que llegue la policía — ordena.

No contesto a ningún comentario que hace. Ian es mi familia, mi única familia en realidad y haré lo que tenga que hacer.

Siento como el corazón se me sale del pecho casi literalmente, las manos me sudan y me tiemblan. Solo espero que no sea tarde...

— ¿No puedes conducir más rápido?

—Si quieres que lleguemos vivos no. Emma, la policía está avisada y ya va de camino. No te preocupes.

— ¿Qué no me preocupe? — Y no sé porque motivo rompo en un ataque de ira por ese comentario — ¿Dejaste tu de preocuparte cuando el animal que violó a tu mujer la raptó? La policía la estaba buscando ¿Verdad?

Espero a que conteste dispuesta a discutir y descargar todo el miedo que siento ¿Por qué no hemos llegado todavía?

—Lo siento Hugo — suspiro apretándome el puente de la nariz — estoy muy nerviosa, perdóname.

—No pasa nada. Ya hemos llegado.

Antes de entrar en el polígono apaga las luces del coche y conduce a oscuras. Si pensaba que estaba nerviosa y asustada hace un momento, no es nada en comparación a como me siento ahora.

—Voy a echar un vistazo mientras llega la policía. No te muevas del coche.

—Pero...

— ¡Pero nada! — Grita enfadado — tú te quedas aquí y no hay más que hablar.

Aprieto los dientes molesta ¿Quién se ha creído que es para hablarme así?

Sale del coche y cierra la puerta con cuidado para no hacer ruido. Pegas un grito en mitad de la noche pero ahora cierras la puerta despacito. Eres todo un lumbreras.

Me pego al asiento a la vez que me dejo resbalar un poco. Aunque estoy totalmente a oscuras tengo la sensación de que sobre el coche hay un gran letrero de neón.

Pasan los minutos y Hugo no regresa ¿Dónde demonios se ha metido? Miro el reloj de mi muñeca, si no aparece en dos minutos salgo a buscarlo, se puede poner como quiera.

Por el retrovisor veo una figura acercarse al coche. El corazón me late a mil esperando las noticias que me tenga que dar. La policía ya debería estar aquí ¿No? ¿Por qué no ha llegado aun?

Se coloca delante de mi ventanilla. En el momento que veo la silueta sé que no es él. Salto sobre el asiento del conductor para arrancar el coche y salir disparada de ahí, pero Peterson abre la puerta y me agarra del vestido. Tira de mí hasta que caigo al suelo.

—Te estaba esperando — levanta algo sobre mi cabeza mientras me cubro con el brazo — que alegría que rastrearas el teléfono de tu amorcito.

Siento un fuerte golpe sobre la cabeza. El suelo se difumina delante de mis ojos hasta que me dejo caer sobre él.

Lo primero que siento es el fuerte dolor de cabeza. Algo húmedo resbala por mi frente justo donde más me duele, después abro los ojos pero solo veo

manchas borrosas. Aprieto los ojos y parpadeo una y otra vez hasta que todo se vuelve más nítido.

— ¿Emma? ¡Emma! — grita Ian desde el otro extremo de la habitación.

Respiro aliviada al saber que está bien.

—Hola — susurro algo mareada — ¿Estás bien?

— ¡Saétala hijo de puta!

—Ian cálmate — Will intenta tranquilizarle — seguro que la policía está a punto de llegar. Emma, has llamado a la policía ¿Verdad?

— ¿Qué? Si, si.

Me cuesta seguir la conversación. Escucho las voces como si hablaran a través de un embudo. Los tres estamos encadenados en la habitación.

—Me alegra volver a veros — bromea Piterson.

—Eres un enfermo hijo de puta. Suéltala ¡ella no tiene nada que ver!

— ¿Eso es un vestido de novia señorita Connor? ¡Perdón! Señorita Garret — está tan cerca de mí que puedo oler el whisky de su aliento.

Coge un mechón de mi pelo, se lo pega a la nariz y aspira. Siento tanto asco que creo que voy a vomitar en cualquier momento. Quiero apartarme de él y lo intento pero las cadenas no me dejan alejarme lo suficiente.

—Eres muy guapa — susurra con asco en la voz — quiero saber quién mató a mi sobrino. Puedo mataros a los tres y no me importaría, pero preferiría matar solo al asesino.

Puedo intentar engañarle, hacerme la tonta que no sabe de lo que está hablando, pero si se ha tomado tantas molestias para cazarnos a los tres es porque sabe que hemos sido nosotros. Algo me dice que llorar y suplicar no va a servir de nada con este hombre.

— ¿Qué esconde ese vestido tan elegante y tan caro señorita Garret?

Rodea mi tobillo con sus dedos, sus asquerosos dedos. Intenta que sea sensual. Los desliza hacia arriba y hacia abajo. No puedo moverme para apartarme, quiero hacerlo y rezo para tener el valor de hacerlo, pero me quedo quieta donde estoy escuchando mi propia respiración, concentrada en el subir y bajar de mi pecho.

—Ni se te ocurra — gruñe Ian.

Le lanzo una mirada de pánico. Quiero que pare esto. Quiero irme a casa y celebrar nuestra noche de bodas.

— ¿Qué ni se me ocurra qué? ¿Esto?— desliza su mano por mi pierna hasta llegar al muslo.

—Yo lo maté — admite Will.

Piterson se gira hacia él sin quitarme la mano de encima.

—Eso pensé cuando encontré las monedas en su casa, pero ¿Por qué iba a hacer usted algo así? Las monedas son de ella...— levanta el dedo índice y se golpea la nariz — usted está descartado.

— ¡Yo lo maté! — Grita Ian desesperado — ahora saétala cabrón.

—Vamos a sincerarnos ¿Vale? Yo creo que fue ella. Convéncame.

Vuelve a subir la mano un poco más hasta enredar dos dedos en la costura de mis bragas. Se me escapa un grito y rompo a llorar.

— ¡ESTÁ BIEN! ¡ESTÁ BIEN, PERO PARA! Fui a recogerla después de la auditoría y él quería robar sus monedas. Cogí el abrecartas y se lo clavé.

Piterson no se mueve. Aun no se cree la historia.

—Sangraba muchísimo —continúa recreándose en los detalles ¿Está loco? Lo va a matar —vi como se ahogaba en su propio charco de sangre y tengo

que decir que disfruté. Maté a tu querido sobrino — ahora sonrío al ver que ha captado su atención.

— ¡TU!

Clava las uñas en mi muslo y se levanta. Camina hacia Ian con rabia mientras saca la pistola que tenía escondida en la cinturilla del pantalón.

— ¡NO, POR FAVOR! — grito aterrada por lo que está a punto de hacer.

Alguien golpe la puerta que salta a varios metros. Escondo la cabeza en el hombro porque comienzan a sonar una serie de disparos.

La habitación se llena de gente que grita y dice cosas que no escucho. En mis oídos resuena un pitido que no me deja entender nada.

Busco con la mirada a Will para comprobar que sigue sentado en la misma postura. Está bien. Me inclino hacia todas direcciones para ver a Ian. Todo el mundo está en medio y no logro encontrarlo.

Se apartan para dejar a varias personas con trajes de médicos que traen una camilla. Ian está tumbado.

Se me para el corazón y dejo de respirar. Miro su pecho ignorando a los dos hombres que se me han acercado y que me hablan mientras rompen las cadenas.

No hace ningún movimiento. No tiene el vaivén característico. No respira. Mi mundo, mi vida, mi todo se ha terminado. Todo empieza a darme vueltas. No lucho porque ¿Para qué quiero seguir consciente? Me dejo llevar a un sitio más tranquilo, a una parte donde no hay sufrimiento ni dolor y cierro los ojos.

Capítulo 59

Me levanto de la camilla. Necesito ver a Ian, esté donde esté. No sé qué ha pasado con él, ni con Piterson pero por mi puede morir que me da igual.

Camino por los pasillos como gallina sin cabeza hasta que en una pequeña salita me encuentro con Will. Está sentado en una de esas sillas de plástico con la cabeza casi entre las piernas. Eso no es buena señal.

— ¿Will? — Murmuro temblando de pies a cabeza — Donde...donde está Ian.

— ¿Qué haces levantada? Deberías estar descansando.

— ¿Está bien?

—No lo sé — admite. Tiene los ojos rojos de llorar y le tiembla la voz — se lo llevaron en parada y todavía no me han dicho nada. Eso es bueno... supongo...

En parada... la última vez que lo vi no respiraba. No sé donde le disparó Piterson y me da miedo preguntar... al final me armo de valor y me quito las lágrimas de los ojos.

— ¿Dónde le disparó?

—En la cabeza — contesta sin levantar la mirada del suelo.

He visto las suficientes películas como para saber que depende de la zona donde te alcance la bala es peor, pero... es malo, muy malo.

— ¿Has avisado a tus padres?

—Aun no. No quiero a mi madre dando vuelta, muerta de la preocupación

con el corazón como lo tiene.

Tiene razón, no es buena idea.

Las agujas del reloj que adorna la pared parece no avanzar ¿Es esto algún tipo de tortura para los familiares? No viene nadie ha decirnos nada.

No puedo soportar por más tiempo tanta angustia así que me levanto. Si tengo que pegar a alguien para que me dé información lo voy a hacer.

Al momento de incorporarme siento mis piernas débiles, gelatina incapaz de sostener el peso de mi cuerpo. Me dejo llevar hasta que termino sentada en el suelo. Will corre hacia mí, preocupado.

— ¿Estás bien? Voy a llamar a un médico.

—No me dejes. No puedo perder a Ian, no puedo.

Apoyo la cabeza sobre su hombro y dejo que me consuele. No puedo evitar las lágrimas, no quiero evitarlas. Se ha sacrificado por mí, por salvarme. Ha mentido sabiendo que Piterson iba a querer matarlo... Ahora todos los enfados porque desconfiara de mi me parecen una estupidez lejana que no tiene ninguna importancia.

—No le va a pasar nada. ¿Conoces a alguien con más carácter y más testarudo que él? Se va a recuperar y lo tendrás a tu lado diciéndote frases de alto ejecutivo.

Una risa amarga se me escapa.

—Gracias Will.

—Chicos — Hugo aparece por la puerta — traigo noticias.

— ¿Cómo está?

—Ahora mismo están operándolo y parece que dentro de la gravedad va bien.

Es un hombre fuerte, saldrá de esta. Esa frase es mi mantra, mi rezo. Lo único que hace que saque fuerzas de flaqueza en estos momentos.

Las horas pasan tan lentas, se hace tan larga la espera que me bebo una tila tras otra de la máquina.

— ¿¿Dónde está?! ¿¿Qué ha ocurrido?!

Antes de mirar hacia la puerta ya sé quién es la que habla. El olor de su asqueroso perfume vuelve a rodearme como el día que vino a mi casa.

— ¿Qué haces tú aquí?

—Soy su mujer y estoy en la lista de preferentes para llamar en caso de que ocurra algo. Me han llamado y me han dicho que está grave.

Esa mujer no pinta nada. Ian no le importa en absoluto. Su presencia aquí es un insulto hacia todos nosotros.

—No te he preguntado quien te ha llamado — lo digo tan bajito y tan despacito que temo saltarle a la yugular como la leona que soy en este momento — te he preguntado qué haces aquí ¿Acaso eres tonta? ¿Es qué crees que él quiere verte? — Le clavo el dedo en su asquerosa chaqueta de cachemire — lárgate.

Hugo y Will observan desde la barrera. No se entrometen aunque Will por lo menos debería hacerlo por su hermano.

—Dios no lo quiera — suelta con un falso tono de pena — pero si a Ian le pasara algo a mi me afectaría. Este es mi lugar no el de una novia cualquiera.

Lo que realmente quiere decir es que si Ian muriera ella sería su viuda y tendría derecho a algo de su fortuna. No sé si reírme ahora o después, pero la alegría de romperle los sueños de arpía no me los va a quitar nadie.

—Perdona que me ría — digo con una triste sonrisa — pero si a Ian le pasara algo todo lo suyo sería para su familia y su actual mujer — levanto el dedo delante de su cara.

Ver cómo cambia su semblante de prepotencia hasta convertirse en un rojo intenso lleno de ira me da fuerzas.

— No es cierto...

— Tengo mi vestido en una bolsa por si quieres verlo.

Toda esta discusión estúpida pierde el sentido en cuanto un médico entra en la sala y pregunta por los familiares de Ian Garret. Aparto a Sarah de un empujón. Todos corremos hasta el hombre que nos tiene que dar las noticias sobre su estado.

— Está bien, tranquilizaros chicos — nos dice el médico antes de que podamos preguntarle — ahora mismo está estable. La bala no tocó nada vital por suerte aunque es posible que tenga alguna secuela.

— ¿Secuela? — pregunta Will.

— Puede que motora o tal vez no tenga ninguna. Tenemos que esperar a que despierte para evaluar los daños.

No sé si es una buena noticia o mala. Me siento en una de las sillas, abatida aunque debería estar contenta porque esté vivo sea cual sea la secuela que se le quede.

El médico nos guía hasta la habitación donde está.

Se me cae el alma a los pies cuando lo veo. Está rodeado de tubos y cables. Parece tan frágil. Toda la fachada de hombre duro y sin sentimientos es algo del pasado. Mi Ian, cariñoso y dulce, el que me salvó de Toni y mi desgraciada vida.

Pasan las horas. Los cuatro seguimos esperando a que despierte. Realmente no se qué narices hace Sarah aquí ¿Le importará de verdad lo que le ocurra? Preguntarme esto casi me da la risa. Claro que no, ella solo busca la forma de beneficiarse de alguna manera, pero ahora estoy yo aquí y no pienso permitirlo.

Un gruñido. ¡Ian! Comienza a despertar. Corro hasta el botón para llamar a las enfermeras. Todos rodeamos la cama mientras esperamos.

—Soy yo mi vida. Soy Emma — susurro cerca de su oído — también está Will.

Las enfermeras nos apartan mientras lo preparan.

Abrazo a Hugo. Estoy tan feliz de que haya sobrevivido y ahora de que haya despertado, eso es lo importante. Las secuelas que pueda tener me dan igual.

— Podéis entrar — dice una huraña mujer cuando sale de la habitación — no lo atosiguéis, no lo pongáis nervioso ni le deis información de nada hasta que venga el médico y lo evalúe.

— ¿Sarah? — pregunta Ian con la voz rasposa.

Sabía que debería haberle dado una patada en el culo y hacer que se fuera. Me adelanto unos pasos.

— Ya se va mi vida ¿Cómo te encuentras?

Frunce el ceño mientras me mira.

—Sarah cariño ¿Quién es esta mujer?

Capítulo 60

Espero que en cualquier momento salgan las cámaras y me canten la canción del inocente, inocente. No puede estar ocurriendo esto. No sé qué decir ni que hacer, no sé cómo actuar.

—No es nadie mi amor — canturrea Sarah.

Camina dando saltitos como la gilipollas que es y se sienta a un lado de la cama mientras le acaricia la mano.

Parezco una esta estatua. Todos nos hemos quedado petrificados menos Sarah que parece disfrutar. Siento las lágrimas antes incluso de que lleguen a mis ojos. Las siento desde el pecho, por la garganta, pero no voy a darle el gusto, no lo voy a hacer aunque lo que más quiera en este momento sea encerrarme en el baño a llorar. Con total probabilidad es el matrimonio más corto de toda la historia.

Me salgo fuera porque presenciar esta escena tan íntima me duele.

El médico entra y cierra la puerta y aunque no tengo ni idea de lo que está sucediendo dentro no me importa. Ian no me recuerda ¿Qué más da todo lo demás?

Demasiado tiempo después sale el médico y yo continúo sentada. No tengo ánimos para preguntar.

—Emma — dice Will agachándose a mi lado — ha dicho el médico que es normal pero que puede que recupere la memoria en las próximas horas.

— ¿De verdad?— pregunto pasándome el puño por los ojos — duele tanto... hemos pasado tanto para que esto terminé así... como una desconocida Will, no soy nadie.

—Eres su mujer aunque no lo recuerde todavía. Lo que le ha pasado ha sido

por salvarte — intenta animarme y se lo agradezco, pero lo único que consigue es que recuerde todo lo que estoy perdiendo — porque te quiere más que a su propia vida y lo recordará. Estoy seguro.

— ¿Ha dicho el médico cuánto tiempo puede pasar?

—No, pero ha recalcado que no le agobiamos con información y recuerdos.

—Vamos, que esa sinvergüenza tiene que seguir haciéndose pasar por su mujer.

No me fío ni un pelo de ella. Me da pavor que pueda hacerle algo a Ian. Es tan rastrera y tiene tan pocos escrúpulos que la veo capaz de hacer cualquier cosa.

En una fracción de segundo tomo la decisión más importante de mi vida con total probabilidad. No pienso moverme de su lado, haga lo que haga no pienso dejarlo con ella. Si me tengo que hacer pasar por asistenta y limpiar su ropa apesosa de perfume lo haré.

Dejo a Will inclinado hacia mí y entro en la habitación. Sarah le toca el pelo cariñosamente y contengo el primer instinto que es apartarle la mano de un manotazo y ya de paso sacarla por los pelos de la habitación.

— ¿Cómo se encuentra? — pregunto acercándome a Ian.

—Me encuentro mejor. Perdona ¿Quién has dicho que eras?

Sarah abre la boca para decir algo pero me adelanto.

—Soy interina en su casa. Estábamos preocupados por usted y por eso he venido para ver como se encontraba.

Jódete puta. Me vas a tener que soportar el careto en la misma casa. A ver qué ficha mueves tú ahora.

—Es cierto cariño, pero estabas planteándote despedirla.

Me echo a sudar. Si me despide no tendré ninguna manera de controlar lo que hace esta mujer.

—Bueno, no quiero tomar ninguna decisión hasta que recuerde algo.

—En realidad — se entromete Hugo — querías despedirla si volvía hacer una comida tan rica. Todo era una broma ¿Verdad Sarah? — se ríe por la ocurrencia mientras se pasa una mano por el pelo y guiña un ojo.

Respiro aliviada y sonrío yo también aunque es lo último que me apetece.

—Tendré probar alguno de tus platos entonces porque estoy seguro de que la comida del hospital es una porquería.

—Claro, cuando quiera.

Ver la cara de rabia de Sarah no tiene precio. Tú tendrás sus recuerdos pero yo tengo el apoyo de toda la familia.

Los días han pasado sin ningún cambio. Ian todavía no recuerda nada, pero si tengo que decir algo positivo es que cuando su madre se entero de todo se plantó en el hospital con una maleta y es la que se está quedando a dormir con él.

Llegó muy a lo zorro y saco a Sarah de la habitación. Le dejó bien claro que no iba a permitir que se quedara ni un minuto a solas con su hijo y que ya se podía ir a casa porque del hospital no la movía ni un juez.

Gracias a la madre de Ian mi ánimo ha mejorado. Ella con sus anginas de pecho y el sufrimiento por ver a su hijo como se encuentra es la que me da fuerzas para que siga luchando y continúe a su lado.

Entro en la habitación en uno de los pocos momentos en los que se encuentra solo. Siempre que lo veo tengo la esperanza de que me recuerde y siempre me llevo el mismo palo. No recuerda nada de mí.

— ¿Cómo te encuentras hoy?

—Mejor. Con un poco de suerte me dan el alta. Sé que hemos hablado poco, pero —duda unos segundos antes de continuar — ¿Sabes porque mi madre no quiere que Sarah se quedé a dormir? Es tan raro en ella comportarse de ese modo.

Claro que lo sé. La tentación de contárselo todo cada vez es mayor, pero siempre recuerdo el comentario del médico diciéndonos que no debemos acelerar el proceso de recuperación.

—Yo... a ver... — quizás un poco de información no haga daño — usted decidió divorciarse de ella... y claro...su madre no entiende lo que está ocurriendo.

— ¿Me separé de Sarah?

—Si.

—Pero eso es imposible. Sarah es el amor de mi vida ¿Ocurrió algo?

El amor de su vida es Sarah. Acabo de sentir como una espada atraviesa mi corazón para romperlo en mil pedazos.

—No lo se... señor — susurro.

Salgo rápido de la habitación. Al abrir la puerta choco contra Sarah. Rompo a llorar una vez más como tantas otras veces en estos últimos días. Aprieto los puños con rabia.

—Sarah ¿Estamos divorciados?

— ¿Por qué lo preguntas cariño?

— ¡¿Lo estamos o no?!;Deja de mentirme!

Las dos pegamos un respingo. Mantengo la mirada con Sarah. Las dos nos lanzamos ondas cósmicas con todo el desprecio que podemos.

—Si cariño pero lo estábamos arreglando. Tu y yo nos queremos — se

atropella intentando convencerle — recuerda todos los buenos momentos, recuerda el día de nuestra boda, recuerda la habitación que habíamos preparado para el bebé —pasa las manos por su pelo y su cara.

Ian se lleva las manos a la cabeza. Hace un gesto de dolor y cierra los ojos.

Esta imbécil lo ha atosigado demasiado aunque en el fondo estoy segura de que la imbécil soy yo. No debería haberle dicho que se había divorciado. He actuado desde el egoísmo y no pensando en Ian.

— ¡Un médico por favor! — grito saliendo al pasillo.

Nos habían avisado. Debían volver su recuerdos de forma natural, poco a poco y no agobiarlo como acabamos de hacer.

Capítulo 61

Por suerte el doctor vino corriendo y tras ver que todo estaba bien sentenció que era normal. El dolor se había producido por un aumento de la presión.

Por mi parte, no pienso volver a estresar a Ian. Si tiene que olvidarme y ser feliz o infeliz seguramente junto a Sarah que así sea. Prefiero que viva engañado a que le pase algo por mi comportamiento.

—Emma, lleva mis cosas a la habitación — ordena Ian.

Agacho la cabeza y cojo todo lo que me ha pedido. Están sus padres, Will y Hugo pero la única que disfruta de mi humillación es Sarah.

— Cariño — titubea su madre — yo puedo colocar tus cosas.

— ¿Por qué? A ella le pago para que haga su trabajo. Que trabaje.

Desde que le dio ese dolor de cabeza tan grande su actitud hacia mí ha cambiado, ha dado un giro de ciento ochenta grados y ahora me trata con la punta del pie.

Era doloroso que no me recordara, pero es aun peor que me trate como si fuera inferior a él. Este es el tipo de persona que era junto a Sarah. No me gusta.

—Ya está todo ¿Necesita algo más?

—Un café. Gracias.

Hugo me acompaña a la cocina. La situación es tan violenta que Will y su padre se excusan con tener que salir a hacer un recado.

— Siento que tengas que pasar por esto. No te lo mereces.

—No pasa nada — quiero tranquilizar a Hugo o tal vez quitarle importancia a

lo poco persona que me siento gracias a Ian.

— ¡¿Dónde está el café?! — grita desde el salón.

—Oye, que sea tu empleada no te da derecho a atosigarla de esta manera.

Hugo salta a la defensiva visiblemente enfadado.

— ¿Voy yo a tu casa a decirte como tienes que llevarla? No ¿Verdad? — se encara.

Están demasiado cerca y los dos están demasiado enfadados ¿Por qué ha cambiado tanto desde el dolor de cabeza? Es inexplicable. Él jamás ha sido así, déspota, cortante y mal educado con ninguno de sus empleados.

—El médico te ha dicho que estés tranquilo cariño. No merece la pena pelearse mi amor —la muy puta vuelve a rodearlo entre sus brazos.

— Tienes razón mi vida.

Me acerco hasta ellos y dejo el café sobre la mesa. Vuelvo a la cocina para hacer como que hago algo aunque en realidad lo que quiero es enterarme de todo lo que hablen.

—Sarah — Ian abre un cajón y saca un fajo de folios grapados cuidadosamente — he estado pensando en nuestro divorcio. No sé lo que ocurrió y no quiero saberlo — prestamos la máxima atención. No sabemos por donde va a salir pero de lo que estoy segura es que no me va a gustar — pero no podemos seguir así, separados o divorciados. Nos queremos y tenemos que regularizar nuestra situación lo antes posible.

La madre de Ian se retuerce los dedos nerviosa. Abre y cierra la boca un par de veces antes de decidirse a hablar.

—Ian cariño ¿No crees que deberías esperas a estar un poco mejor?

—No, claro que no. Yo la quiero y ella me quiere a mí.

Joder ¿Tiene pensado casarse con ella? No sé si llorar o saltar de alegría. Si se quiere casar con ella se va a tener que divorciar de mi. Van a ser muchas preguntas y repuestas ¿Y si de este modo vuelve a recordarlo todo?

— Estos papeles son para inhabilitar nuestro divorcio — los tiende hacia Sarah junto con un bolígrafo —si quieres volver a ser mi mujer solo tienes que firmar.

Sarah se muerde el labio. La poligamia es delito y lo sabe y este nuevo matrimonio sería nulo.

— ¿Estaríamos casándonos otra vez?

—No. No quiero volver a casarme contigo, inutilizaría nuestro divorcio como si nunca nos hubiéramos divorciado.

¿Qué? No sabía que se podía hacer eso. El matrimonio nulo sería el nuestro. Bajo la mirada hasta mi dedo, justo donde se encuentra el anillo que me regaló hace unos días.

Miro a Hugo desesperada por que haga algo pero no consigo descifrar su cara. Tiene una media sonrisa que intenta disimular. Permanece callado ¿Por qué? ¡Haz algo! ¡Eres abogado!

—Como si nunca nos hubiéramos separado —murmura mirando los papeles como si fueran oro.

Coge el bolígrafo decidida y va firmando uno tras otro hasta que llega a la última página.

Hasta aquí ha llegado mi lucha. Su matrimonio vuelve a estar vigente y el nuestro nulo. Me rindo, no voy a seguir luchando por él. Antes de que todo el mundo me vea llorar y vean como me derrumbo una vez más doy media vuelta para hacer mi maleta e irme para siempre de esta casa que ya empezaba a considerar mía también.

— ¿Dónde vas? — Ian ha caminado hasta mí y me sujeta del brazo.

—Voy a hacer las maletas. Nuestro contrato se termina aquí y ahora —
contesto enfadada.

Enfadada por ser tan débil, por no acordarse de mí, por no luchar por sus recuerdos y porque todo le dé igual menos ese amor tan extremo que siente hacia Sarah.

—Espera un momento — se gira hacia Sarah sin soltarme el brazo — no sabes lo feliz que soy de que hayas firmado esos papeles.

—Yo también mi amor.

Pego un tirón y me suelto de su agarre ¿Aparte de amnesia es tonto? ¿Para qué quiere que presencie esto? ¿Para que siga humillándome?

—No lo creo — me paro en seco — acabas de firmar una renuncia a la manutención que te pasaba y a las propiedades mías que tan a la ligera me quitaste.

— ¿Qué estás diciendo mi vida?

Se tira como una hiena a por los papeles pero Ian es más rápido y los coge antes. Va hasta Hugo, se los da con una sonrisa pícaro dibujada en la cara. Mi sonrisa.

—Ponlos a buen recaudo.

—Estaré encantando de llevárselos al juez hoy mismo.

La madre de Ian se ha sentado en una silla con los ojos anegados en lágrimas, me siento a su lado y le doy la mano. Por nada del mundo quiero que nos dé un susto en este momento tan feliz.

—Ian ¡¿Me has engañado?! — grita Sarah.

—No, solo te he pagado con tu misma moneda. Mentira por mentira y ahora fuera de mi puta casa.

La coge del antebrazo. La lleva casi a rastras hasta la puerta de la calle.

—No quiero volver a ver tu cara nunca más.

Capítulo 62

Entra con una cara de felicidad que en nada se parece al hombre huraño que llegó hace unas horas.

—Tío, que grande eres — carcajea Hugo.

Su madre y yo intercambiamos miradas. Debemos tener cara de tontas porque en algún momento nos hemos perdido algo. Hace un momento le prometía amor eterno y al siguiente la mandaba a tomar viento fresco.

—No se merecía otra cosa — su semblante cambia de pronto serio al verme — siento haberte tratado así. Ella tenía que pensar que te despreciaba para que firmara los papeles.

— ¿Me recuerdas? — pregunto incrédula.

— ¿Cuánto tiempo crees que podía olvidar al amor de mi vida?

— ¿Desde cuándo?

—Desde el dolor de cabeza en el hospital. Me sentí tan estúpido. Esa mujer no tenía bastante con todo lo que había hecho, quería más y yo tenía que vengarme.

Por la puerta aparece Will y su padre. Si se fueron con mala cara vuelven con una peor.

— ¿Qué le pasa a Sarah? Iba gritando por la calle — dice Will — y cuando le hemos preguntado nos ha mandado a tomar por culo literalmente.

—Que la jugada le ha salido mal — Hugo ríe — no sabéis lo que os habéis perdido por cobardes.

Ahora rompen todos a reír. Hasta la madre de Ian ríe entre lágrima y lágrima. Yo debo de seguir en shock porque solo me apetece pegar a Ian hasta que descargue toda la rabia por haberme dejado pensar tantos días que lo había perdido para siempre.

—Emma, lo siento de verdad.

—Venga Emmita no te hagas de rogar — Will ayuda a su hermano ¿Cómo no iba a ser así? — nos ha engañado tan bien el condenado que deberías perdonarle.

—Ian... yo... quiero el divorcio.

— ¡¿Qué?! Debería habértelo dicho pero tenía que parecer creíble — baja la voz hasta convertirla en un susurro — Emma por favor.

Mantengo mi cara de no te voy a perdonar en la vida y estoy súper dolida.

Una día bromeando con Helena me dijo que era vengativa y de broma le contesté que no era cierto, que solo hacía pagar a la gente por lo que me hacía. Evidentemente era broma toda la conversación.

— ¡JA! —Grito rompiendo a reír — donde las dan las toman.

En el momento que todos entienden que era broma se destensa el ambiente y un uhhhh colectivo inunda el salón.

—Pero serás malvada...

Me rodea entre sus brazos y me besa como hacía tantos días, casi una eternidad que no hacía.

—...Y ahora ¿Qué vamos a hacer? — pregunto sin saber si Sarah se va a querer vengar, si la madre de Peter tomará represalias por su hijo y su hermano muerto.

— ¿Ahora? Que venga lo que quiera pero será contigo a mi lado. Siempre.

Capítulo 63

Ian

Aunque hemos quedado directamente en el restaurante, en el último momento decido ir a buscarla a casa, nuestro primer aniversario se lo merece.

Nada más abrir la puerta me topo con una corbata tirada en el suelo ¿Qué hace esto aquí? La sujeto entre los dedos para fijarme bien. No es mía. Subo las escaleras con el corazón en un puño, la respiración agitada y aunque no he llegado todavía a la habitación, cruzo los dedos para que todo esto tenga una explicación razonable y pueda reírme más tarde por la locura de pensamiento que se me pasó por la cabeza.

Me paro frente a la puerta. Noto como pequeñas gotas de sudor me resbalan por la frente. Sin pensarlo, la abro de golpe.

Sarah está en la cama con otro hombre. Cuando he visto la corbata, me tendría que haber ido. Podría haberme hecho el tonto como si nada hubiera pasado, ahora tengo que ver esta escena que estoy seguro ni en un millón de años se me borrará de la mente.

—¡Cariño! ¿Qué haces aquí? Esto no es lo que parece, puedo explicártelo.

No, no puedes. No hay ninguna explicación que aclare el porque estás en la cama con otro hombre.

Al escuchar la voz de Sarah, el desconocido sale del interior de las mantas. Will. Mi hermano.

—Ian...—susurra.

Temo perder los nervios en cualquier momento. Las palabras se me

atropellan en la boca, quiero decirles muchas cosas y a la vez no quiero decirles nada.

Hacen el amago de salir de la cama mientras se envuelven con las sábanas y la colcha. Mi sábana y mi colcha... antes de que lleguen a mí, doy media vuelta y me voy.

Aprieto tanto los puños que me crujen los dedos pero sigo haciendo fuerza. Cierro la puerta de un portazo, me monto en el coche y conduzco a ninguna parte o al menos eso creo.

La aguja del velocímetro está casi al máximo de su capacidad, el motor ruge de una forma que me dice que no aguantará mucho más a este ritmo.

Todas son iguales. Las mujeres buenas esas de las historias que te contaban cuando eras pequeño no es más que una invención, una utopía en la que puedes vivir si eres un ignorante. A mí no van a volverme a engañar.

Finalmente paro el coche. Levanto la vista y delante de mí un gran letrero de neón con luces rojas que distorsiona mi cara desquiciada.

—Esto es lo que necesito — digo en voz alta a nadie.

Me salgo del coche y entro sin vacilar. Una mujer mayor pintada hasta las cejas me recibe con una falsa sonrisa. En otro momento me habría esforzado por corresponderla. Mis problemas son míos y solo míos, pero que le den a todos. Que le den a esta antigua prostituta venida menos que solo sirve para ser madame.

—Muy buenas señor ¿Busca algo en concreto? —pregunta directa al grano.

Perfecto. No estoy para protocolos ni mierdas de esas.

—Rubia — como la guarra de mi mujer.

—Tenemos varias chicas rubias muy guapas ¿Algo más?

—¿Le he pedido yo algo más? Traiga a las chicas rubias.

Su ineptitud me saca de quicio.

Como si de una marcha militar se tratara todas van entrando y colocándose en fila frente a mi. Todas rubias y preciosas, pero ninguna es lo que estoy buscando.

—Perdón, perdón.

Entra una chica corriendo. Se coloca en la fila como las demás y mira hacia el infinito.

Rubia natural, mirada inteligente pero tiene un lunar junto al ombligo que al momento me recuerda el lunar que tiene Sarah en ese mismo sitio.

—Tu.

Tiro un fajo de billetes sobre la mesa y me levanto. La vieja repintada corre a cogerlos. Disimuladamente los cuenta mientras camina hasta la habitación que vamos a ocupar.

Una vez solos, la chica se me acerca. Pasea las manos por mis brazos en un acto que intenta parecer erótico, pero que solo me da asco.

—Mi nombre es...

—Sarah, esta noche te vas a llamar Sarah ¿Entendido? Quítate la ropa.

Hace lo que le digo. Toda la alegría del principio se esfuma. Su cara es una mueca asustada que intenta disimular con una sonrisa.

—Colócate sobre la cama — se tumba sin rechistar — de espaldas a mi.

No quiero verte la cara.

—¿Así?

Ni sus dudas ni su temor hacia mi me acobardan. Eso es lo que quiero.

—Perfecto. Dime una cosa — desabrocho la corbata y la dejo con cuidado sobre la silla — ¿Te gusta el sexo duro?

Abro los ojos sobresaltados. El sol me da directamente en los ojos. Giro la cabeza mientras hago visera con la mano y me encuentro con la mujer más perfecta a mi lado.

—Te vas a quemar cariño — cojo el bote de crema y me vierto un poco sobre la mano.

—Venir a la playa y no broncearte es un poco estúpido ¿No crees?

Me recreo con el tacto de su piel. Si por mi fuera ni el aire la tocaría.

—Emma, pareces un salmonete — bromeo.

—Bueno, podré decir que en mi luna de miel en Cocoa me quemé tomando el sol. Suena un poco a chiste ¿Verdad? — sonrío tan natural que no se como he podido sobrevivir tanto tiempo sin despertarme cada día con ella a mi lado.

— ¿Chiste? Pues la broma va a ser larga, aun nos quedan tres destinos más.

Capítulo 64

Un total de treinta y tres suites flotan sobre las cálidas aguas del mar Índico. Bañarte en esta playa es como meterte en la bañera.

Estar tan tranquila y relajada tiene que ser pecado. Pero me ha costado acostumbrarme como diez segundos, el tiempo de ponerme el bikini y acomodarme en la tumbona.

—Ian — pregunto sabiendo que no le va a hacer ninguna gracia.

— Dime.

— ¿Qué opinas sobre hacer topless?

Se levanta las gafas de sol hasta taparse la frente a lo que yo respondo con una amplia sonrisa.

—Opino que puedes hacerlos si es lo que quieres — me quedo de piedra. Solo quería que se pusiera celoso no enseñar las tetas por toda la isla — pero como te atrevas nos montamos en el helicóptero y te llevo a Alaska si hace falta para que te pongas un cuello alto.

Ahí está mi celoso y dominante que me encanta.

—Ni loca. Me da frío solo de pensarlo.

—Entonces hazle un doble nudo a tu bañador — bromea el también.

Por la tarde hacen cursos de buceo exclusivos donde te enseñan los anillos de coral que según nos han comentado, no olvidas su belleza en la vida. Aquí Emma Garret no tiene pensado bucear ni nadar más hondo de lo que cubra su cabeza.

—Estaré yo y el profesor y antes de bucear nos dan un cursillo.

Quiere convencerme a toda costa pero no tiene nada que hacer. Yo le espero en el chiringuito con un mojito entre mis manos.

—No me gusta bucear además...

Cierro la boca. Es humillante con casi treinta años tener que admitir que me da miedo.

— ¿Además qué?

—Nada, déjalo.

—Señora Garret ¿Qué me está ocultando?

Se me acerca tanto... y huele tan bien... me rodea con sus brazos, me muerde el lóbulo de la oreja. Solo él es capaz de provocar que mi cuerpo se altere con solo tocarme.

—Me da miedo.

Admito avergonzada.

— ¿En serio? No hay riesgo Emma, es totalmente seguro.

— ¿Qué pasa con los tiburones? ¿Y los peces venenosos? ¿Y si hay algún tipo de coral que te mata con un simple arañazo? ¿Y si falla la bombona de oxígeno?

—Coral asesino — repite intentando contener la risa — son miedos muy razonables.

— Yo te espero en el bar. No pienso bucear.

Puede intentar convencerme, pero como no lo hagan en una piscina y no en mar abierto no tiene ninguna posibilidad de que vaya con él.

Dos horas después y tres mojitos lo echo mucho de menos. Estoy tan

acostumbrada a que estemos siempre juntos que cuando volvamos a nuestras rutinas de trabajo no sé que voy a hacer.

Aunque llevo dos días tomando el sol, mi cuerpo no se ha bronceado, pero en cambio tengo un bonito rojo cangrejo que pide a gritos after sun así que me he decidido por un bikini rojo. Jamás había tenido tantos. Toda una maleta para bañadores y pareos de todos los colores y formas. Una estupidez a mi parecer, pero Ian es tan cabezón a veces y le preocupa tan poco gastar dinero que cuando me vio en la tienda mirando los precios de las etiquetas fue directamente a la dependiente y le pidió uno de cada modelo y color.

—No me suena tu cara — un hombre que no conozco de nada se sienta a mi lado.

— Solo llevo dos días aquí y los he pasado en la playa tomando el sol — extendiendo los brazos para que vea mi no moreno.

— ¿Has venido sola?

—No, es mi luna de miel.

Parece muy simpático y es realmente atractivo. Rubio con los ojos verdes. Si su mujer no está con él a lo mejor está buceando con Ian.

— ¿Y dónde está tu marido? No debería dejar a un bombón como tú suelto en esta pequeña isla.

¿Me está tirando los tejos? No tenía ni idea de que el rojo quemado atrajera a los hombres y aunque me había parecido simpático, me incomoda que me piropee.

—Muy gracioso — sonrío procurando ser amable — está buceando. Ya no puede tardar mucho más ¿Y tu mujer?

—Yo estoy aquí para celebrar mi divorcio.

Levanta un dedo delante de mí en el que solo hay una marca blanca donde

tiempo atrás estaba el anillo.

—Vaya, lo siento.

—No lo sientas. Soy un pícaro de playa, un temerario aventurero. La vida tranquila no es para mí. Te invito a una copa.

¿Pícaro de playa? ¿Temerario aventurero? Es una forma de decir que es infantil y gilipollas. Todo lo que tiene de guapo le falta de seso. Madre mía, el primer amigo que hago y resulta que es un elemento de los buenos.

— ¿A qué la vas a invitar?

Ian aparece justo delante de nosotros. Ese bañador que le queda a la perfección, las pequeñas gotas de agua sobre su pecho y el pelo peinado hacia atrás. Este es mi hombre.

—Hola amigo — saluda incómodo — iba a invitarla a una copa mientras te esperaba.

—Pues ya he llegado. Ahora si nos disculpas.

Me tiende la mano y nos vamos de allí.

—Y esa carita ¿A qué se debe? — bromeo.

— No vuelvo a dejarte sola. Menudo cretino.

— ¿Estás celoso?

Rompo a reír a carcajadas limpia. Llevo dos días queriendo darle celos con tonterías y lo único que tenía que hacer era charlar con un desconocido. Son tan predecibles los hombres a veces.

— ¿Tiene gracia?

—Mucha.

—Explícamelo y así nos reímos los dos — me agarra con la otra mano por la cintura hasta quedar pegada a él. El frío del agua de su cuerpo me traspasa pero solo consigue calentarme, hacer que mi sangre hierva — Exactamente ¿Qué parte te hace gracia?

—La parte en la que te celas porque un desconocido me hable — paseo mi dedo por su pecho recreándome en cada gota de agua — cuando yo lo único que quiero es que me hagas el amor.

— ¿Si? —Pregunta levantando una ceja — ¿Y cómo quieres que lo haga?

La conversación ha subido de tomo y la temperatura de mi cuerpo debe rozar los quinientos Fahrenheit por lo menos. Los mojitos hacen su efecto y desinhiben la timidez innata en mi.

—Lento, rápido, en la suite o aquí mismo ¿Qué más da? —susurro en su oído.

— ¿Aquí? Señorita Garret ¿Qué ha estado bebiendo? — pregunta con la voz entrecortada.

No espera que le conteste. Me levanta y me lleva entre sus brazos hasta la suite dando grandes zancadas.

Cierra la puerta con la pierna. Me lleva hasta la cama y me suelta con cuidado.

—Me encanta como te queda ese bikini.

Me mira de arriba a abajo desde los pies de la cama.

—Entonces no querrás que me lo quite.

—Aunque me guste, no va a sobrevivir a esta noche. Puedes despedirte de él.

Capítulo 65

Ver amanecer desde la suite flotante es una pasada. No hemos pegado ojo en toda la noche. Ian puede resultar muy apasionante. Los recuerdos de todo lo que hemos hecho me colorean las mejillas y me saca una sonrisa de boba.

Sentada en la cama con la sábana enroscada alrededor de mi cuerpo espero a que traiga el desayuno. No puedo creer la suerte que he tenido. Jamás había sentido nada parecido por Toni y aun así estuvimos juntos diez años en una relación en la que creía que había amor.

— ¿En qué piensas? — pregunta entrando por la puerta con una bandeja entre las manos.

— Nada, tonterías.

No creo que le haga gracia que le admita que pensaba en Toni y en lo que sería de su vida en estos momentos.

— Toma, zumo de naranja.

Me paso la sábana por debajo de los brazos y la ato fuerte para que no se caiga. Camino con el zumo hasta la ventana. Una brisa fresca mueve mi pelo al mismo ritmo que las hojas de los árboles.

— Esta noche viene el helicóptero a buscarnos ¿Tienes intriga por saber dónde vamos a ir?

— Mucha, pero sé que no me vas a decir nada así que no pienso darte el gusto de preguntar — le saco la lengua en un momento de madurez.

— Tienes razón, no pienso decirte nada. El viaje va a ser un poco más largo. Deberías descansar.

— ¿Cómo de largo?

Me arrepiento al momento de la pregunta.

— ¿No decías que no ibas a preguntar? — rie con suficiencia — ¿Quieres dormir un poco?

—Tienes que estar de broma. Estoy en el paraíso y tengo pensado seguir trabajando en mi moreno.

Sé que es una batalla perdida. Mi piel jamás tendrá ese tono anaranjado tan bonito que lucen algunas mujeres después de un día de playa, pero aun así voy a intentarlo.

— Lo único que conseguirás es quemarte. Ponte crema.

Dejo el vaso de zumo sobre la mesa y voy hasta la maleta donde están todos los bikinis. Ya que tengo tantos es una pena que se vayan a quedar con la etiqueta puesta.

Al final me decido por uno verde sin tirantes y que tiene unos volantitos muy graciosos. Al fondo de la maleta veo una cajetilla. El corazón me da un vuelco, me sube un calor por el cuello que llega hasta mi cara.

La sujeto entre los dedos sin ser capaz de abrirla. Se lo que hay dentro y lo que falta. Con todo el lío de la preparación del viaje se me ha olvidado y una vez aquí estaba tan impresionada que ni me acordé.

— ¿Has decidido cuál te vas a poner hoy? — pregunta Ian sin tener ni idea de lo que está ocurriendo.

—El verde — contesto en un tono monocorde. Lo único que tengo en la cabeza son las cuatro pastillas que no me he tomado.

— ¿Qué ocurre? —Se preocupa al momento — ¿Qué es eso? — me quita la caja de las manos.

Ian mira mi cajetilla de pastillas anticonceptivas. No hay que ser Einstein para leer las pegatinas con los días de la semana y ver cuantas me faltan.

— ¿Se te ha olvidado tomarlas?

Pregunta en un tono normal pero no estoy totalmente segura de que no esté enfadado. Yo lo estaría, si confías en una persona y te falla hasta este punto ¿Y si estoy embarazada? ¡Y yo tomando el sol sin ningún miramiento!

—Han sido tantas emociones en tan poco tiempo. Se me ha ido de la cabeza. Lo siento de verdad, soy una irresponsable.

—Emma, para — intenta tranquilizarme — deja de pegarte con el látigo. Estamos casados y nos queremos ¿Qué tendría de malo?

— ¿Qué?— no entiendo nada.

—Sexo sin protección ¿Qué crees que puede pasar?

En un acto reflejo coloco las manos sobre mi vientre enrojecido por el sol.

— ¿Tú crees...

—Es posible — sentencia.

Camino hasta la mesa donde dejé el zumo de naranja y apoyo las manos sobre ella. Inspiro profundamente, mantengo el aire unos segundos y después lo expulso despacito. Puede que en estos momentos esté creciendo una vida en mi interior. Oh Dios mío.

— ¿Tanto te desagrada? ¿Tan mal padre crees que sería? — pregunta Ian con un tono glacial.

—No, no es eso. Es solo... que... no se... la impresión.

Da media vuelta y se va, no si antes cerrar la puerta dando un portazo que hace que retumbe la ventana. Está enfadado. Hasta yo en mi estado de nervios me he dado cuenta, pero ¿Por qué? ¿Es qué quiere ser padre?

Todos mis sueños infantiles junto a Ian eran eso, sueños, pero nunca nos he

imaginado con niños a nuestro alrededor. A mí me encantan, pero Ian jugando con un niño ¿En serio? Es algo que no veo.

No podía estar más equivocada. Mi primera impresión ha sido agobiarme y la de él alegrarse. Tengo que buscarlo y pedirle perdón.

Corriendo todo lo que puedo me pongo el bikini verde, vierto un montón de crema en mi mano y la voy extendiendo por la tripa. No quiero que nada le pase a este pequeñín. Cojo el pareo y salgo disparada de la suite.

Si tienes que buscar a una persona enfadada lo mejor es hacerlo en esta minúscula isla. No puede estar en muchos sitios. Comienzo por el bar. Solo hay una persona que resulta que es el tío pesado de ayer, antes de que me vea doy media vuelta y emprendo el camino hasta la playa.

Después de más de dos horas buscándolo vuelvo a la habitación ¿Dónde está? He mirado en todos los sitios así que solo queda la posibilidad de que se haya ido nadando.

Me tumbo sobre la cama a esperar que vuelva y aunque estoy muy preocupada, la noche sin dormir de sexo salvaje me pasa factura y me duermo.

—Toma — me despierta la voz de Ian.

¿Cuánto he dormido? Apenas se ve el sol a través de las cortinas. Tira sobre la cama un predíctor que cojo al momento.

Quiero decirle muchas cosas pero sigue con el mismo tono y la misma actitud distante que me recuerda al Ian frío y distante que era antes.

Me levanto de la cama con unas mariposas en el estómago que no comprendo. Entro en el baño y después de hacer pipí en el palito lo miro durante unos segundos. Salgo, lo coloco sobre la mesa para que Ian también lo vea.

Los minutos parecen horas, el tiempo no pasa. Podría ser un momento muy

bonito de pareja, un momento feliz para recordar toda la vida, pero Ian sigue en la misma postura que lo dejé mirando el palito fijamente.

—Enhorabuena — dice serio — es negativo.

—Ian... yo...

—Recoge tus cosas. El helicóptero está a punto de llegar.

Capítulo 66

Cuando termino de empaquetar todo me dirijo a la parte habilitada para los helicópteros. Ian espera allí con su maleta apoyada en un lateral. Camino hasta él, vamos a hablar quiera o no. La época en la que me intimidaba y me comportaba como un cordero asustado tiene que terminar de una vez. Somos marido y mujer, las parejas se pelean y lo arreglan, es así.

— No pienso que puedas ser un mal padre.

— Entonces ¿Por qué estabas tan disgustada? — pregunta sin dignarse a mirarme.

— Ha sido algo repentino, algo que no esperaba. No he sabido reaccionar mejor.

—Bien. En nuestro próximo destino te espera un médico para decirte como debes tomarte el nuevo tratamiento. Así evitamos sustos repentinos.

No me ha perdonado ¿Por qué demonios le ha molestado tanto? ¿Quería que saltara de alegría y cruzara los dedos con la esperanza de estar embarazada después de tan poco tiempo casados?

Tengo que admitir que al principio me he acojonado pero... no se... cuando ha salido negativo me ha dado pena. Una familia, un bebe correteando por la casa, algo que sería de Ian y mío...

El helicóptero empieza a descender levantando mucho aire y como soy una mujer previsora que terminó con el pelo enredado la última vez, me he hecho una coleta aunque nadie libra a mi flequillo.

Muy bien, si quiere que estemos enfadados en nuestra luna de miel, lo estaremos.

En cuanto el helicóptero toca tierra dejo a Ian atrás y camino decidida hasta él

aunque las hélices aun no han parado y me cuesta respirar, mantengo el ritmo. Puede más mi orgullo que la tierra que vuela hasta mi pelo y mi cara y me hacen andar casi con los ojos cerrados.

Me subo y me ato el cinturón. Miro por la ventanilla aunque no hay nada nuevo que ver pero he decidido ignorarlo todo el trayecto.

Un par de horas más tarde estaría más cómoda en la boca de un tiburón que encerrada aquí con Ian. La situación es realmente triste. Algo como lo que ha pasado hoy debería unirnos, hacer que hablemos y tomar una decisión, no ignorarnos.

Algo humedece mis mejillas. Al darme cuenta de que son mis lágrimas giro la cabeza para que no las vea. La pobrecita Emma que llora cuando su marido se enfada con ella, ni hablar.

—Emma... — susurra en mi oído.

—Estoy bien — ni disimular se...

Enrosca sus dedos entre los míos y aprieta en lo que intenta parecer un abrazo.

Una gran mansión me llama la atención. Descendemos sobre ella, es enorme. Hay dos piscinas iluminadas que dejaría las olímpicas a la altura del suelo.

Al tocar tierra un hombre con traje nos recibe y después de lo que parece un escueto bienvenido sujeta nuestras maletas y camina hasta la mansión.

Ian se baja sin ninguna dificultad, pero esta vez me espera al final de la escalerilla para ayudarme. Una vez sobre el suelo intento mantener mi pose de paso de ti pero no me permite que me separe y lo agradezco. Me encanta cuando me rodea entre sus brazos, sentir el calor de su piel calentando la mía, me encanta sentir que le importo.

—Ni una pelea más, te quiero demasiado — ahí están otra vez las mariposas que aparecen con cada te quiero.

—Quizás deberíamos hablar del tema.

—No en nuestra luna de miel. Si no estás preparada no lo estás, da igual lo que yo quiera.

Quiero contestarle y abro la boca para hacerlo pero el hombre que se llevó nuestras maletas se planta delante de nosotros y creo que es un tema íntimo que no le importa a nadie más.

—Buenas noches y bienvenidos a la isla de Calivigny. Voy a ser vuestro mayordomo este fin de semana junto con el resto de los veintinueve empleados. Estamos a vuestra disposición.

— Gracias. Nos gustaría cenar algo antes de acostarnos.

No tengo ni idea de la hora que es, pero sé que es muy tarde y a Ian no parece importarle que estas personas tengan que ponerse a cocinar para nosotros.

—Si me indica donde está la cocina yo misma puedo prepararme algo.

—No podría permitir algo así señora — contesta el mayordomo — nuestro trabajo es que disfruten plenamente — se gira hacia Ian dando por terminado el tema — pueden cenar en uno de los salones en el interior o en los jardines — explica — aunque si está cansados puedo pedir al servicio que se lo lleve a sus dependencias.

— ¿Dónde prefieres cenar Emma?

— ¿En los jardines?

—Donde tú quieras cariño — espera pacientemente a que me decida.

— Pues en los jardines.

Hay una gran mesa de madera. Todo el jardín está iluminado por pequeñas luces que se mimetizan entre los árboles y arbustos. Este lugar es único, en realidad los dos sitios que me ha llevado son únicos.

Un chico separa mi silla de la mesa unos centímetros. Podría explotar en carcajadas ahora mismo. Tantas atenciones hacia mí, y yo con estos pantalones cortos de rastrillo.

— ¿Te gusta lo que has visto? — pregunta Ian acomodándose a mi lado.

—Es increíble. Es demasiado de verdad. Seguro que todo esto es carísimo Ian.

—Solo quiero que disfrutes. Mañana cuanto nos levantemos te enseñaré la isla.

Se me escapa un bostezo que intento esconder entre las manos.

Ian levanta la mano para llamar al camarero. Espero que no les pida nada más. Seguro que estas pobres personas quieren acostarse también.

— Al final vamos a cenar en la habitación.

—Muy bien señor — asiente con la cabeza y se va.

— Solo he bostezado, creo que podré aguantar un poco de sueño.

¿Por qué no me pregunta? Odio que tome decisiones sin preguntarme, aunque tengo que admitir que es un detallazo

— Pero no es necesario que lo hagas, hemos venido a disfrutar no a hacer esfuerzos innecesarios como pedir que te dejen cocinar.

—Es tarde y querrán acostarse y nosotros hemos llegado a las tantas de la noche pidiendo la cena — explico como si fuera obvio.

— ¿Crees que les importa? Este sitio cuesta más de cien mil dólares el fin de semana. Por ese precio puedo pedir la cena de madrugada y el desayuno a las seis de la tarde.

¿Cuánto ha dicho que cuesta? Debería cerrar la boca y disimular lo

impresionada que estoy. Si es capaz de gastarse ese dinero en tan solo tres días ¿Hasta qué punto es rico?

—Os acompañaré a vuestra habitación — el joven aparece detrás de mí.

—Yo iré ahora mismo cariño.

Sigo al muchacho entre un laberinto de pasillos hasta pararse delante de una puerta doble de madera con unos grabados impresionantes.

—Buenas noches.

—Buenas noches — contesto viendo como se aleja.

Dentro hay varias puertas y aunque tengo muchísima intriga por inspeccionar este lugar, estoy realmente cansada. Me tiro sobre la cama sin quitarme ni los zapatos. Si en lugar de un cama me dijera que estoy tumbada sobre un trozo de nube me lo creería, es tan cómoda que se amolda a la perfección a mi cuerpo y de un momento a otro me duermo.

Capítulo 67

Siento un peso sobre mi cuerpo. Justo encima del trasero.

— Señora Garret, es usted muy aburrida.

— Y usted muy fogoso — digo sin levantar la cabeza del edredón.

Hace el amago de levantarse. Comprender las bromas todavía le cuesta a veces. Giro sobre mi misma y le agarro por las rodillas. Ya que me ha despertado que merezca la pena.

— No estarás pensando en haberme despertado para nada ¿Verdad?

— Definitivamente me he adelantado al llamarte aburrida.

Me muerdo el labio con las ansias y el deseo reflejado en los ojos. Desliza sus manos por mi vientre, arrugando la camiseta conforme sube.

— Esos pantaloncitos me vuelven loco — gime en mi oído.

Se me escapa un suspiro cuando su mano rodea uno de mis pechos. Rodeo mis piernas alrededor de su cintura. Saca las manos de debajo de la camiseta y mientras me roza con la yema de los dedos los brazos, asciende hasta mis manos.

El aquí te pillo aquí te mato tiene su encanto y su morbo, pero esto está a otro nivel. Las sensaciones que experimenta mi cuerpo son increíbles.

Coloca mis manos por encima de la cabeza y escucho un clic metálico. Al intentar bajar los brazos para ver que es algo me lo impide mientras Ian me mira con una sonrisa juguetona que pocas veces he visto.

— ¿Quieres jugar?

Estiro el cuello y descubro unas esposas enganchadas al cabecero de la cama.

— Eres más malo de lo que creía... y me encanta.

Se sienta sobre mis piernas. Desabrocha el botón de los pantalones cortos y los va bajando despacio, recreándose.

Ahora juguetea con mi camiseta. Pega sus labios a mi estómago y deja un beso, sube un poco más. Su lengua hace un camino ascendente que me altera la respiración y hace que me encorve.

Me quita la camiseta hasta aprisionar mis brazos con ella también. Dejarse llevar y confiar plenamente en alguien es difícil, pero con Ian es fácil disfrutar, rendirse a sus atenciones y al movimiento de sus manos por todo mi cuerpo.

—Tienes la piel de gallina — afirma. Pasea su lengua por mi cuello. Desciende hasta mis pechos y creo que voy a perder el sentido.

—Ian...

—Shhh.

Odio tener las manos atadas. Quiero clavar mis uñas en su espalda. Quiero que seamos uno. Quiero sentirlo. Quiero que me haga el amor.

Muevo los brazos con la esperanza de poder soltarme. Agarra fuerte la cadena con una mano y la otra la coloca sobre mi muslo.

—Por... favor — gimo.

Vuelvo a escuchar el clic metálico. Directamente mis manos aprisionan su espalda contra mí. Se coloca entre mis piernas y durante los pocos segundos que soy capaz de aguantar toco el cielo con las manos.

Da igual que vayamos al sitio más caro del planeta. Lo único, lo ideal, lo perfecto y que me hace feliz es este hombre.

Ian respira entrecortadamente entre los mechones de mi pelo. Con unos últimos espasmos se derrumba sobre mí.

Por la mañana el servicio de la mansión nos despierta con un desayuno por todo lo alto. Fruta, tostadas, beicon, huevos revueltos, café, zumos, de todo. Es una lástima que hayan preparado tanta comida cuando la mayoría va a terminar en la basura.

— ¿Has dormido bien? — pregunta colocándose el bañador. Jamás me cansaré de admirar su cuerpo.

— Me encanta esta cama. Si pudiera la metería en el bolso y me la llevaría.

— No creo que quepa — ríe por lo bajo — ¿Nos vemos en la playa?

— Si me esperas cinco minutos voy contigo.

Que raro es que no vayamos juntos. Estamos de vacaciones ¿Por qué no me espera?

— El médico vendrá pronto para informarte. Lo que te dije iba en serio, si para ti no es el momento debes tomar el tratamiento adecuado.

— ¿Hablas en serio? — pregunto arrugando las cejas.

Lo que menos me apetece es contarle a ningún doctor que olvidé tomarme las pastillas y ver su cara de "existen alarmas en los móviles" eso ya lo sé.

— Totalmente en serio — coge una toalla del armario y sale por la puerta.

Me ducho y me visto lo más rápido posible. En cuanto me siento en la silla a esperar llaman a la puerta y mis nervios se disparan.

— ¡Adelante! — grito desde donde estoy.

Puede que se corte un poco si piensa que soy una ricachona ocupada jugando al twist y en asociaciones para pobres.

—Buenos días señora Garret. Mi nombre es Henry. Me ha comentado su marido que necesita un tratamiento nuevo.

Por lo menos le ha explicado un poco por encima lo que ha ocurrido.

— Si. Justo eso.

— ¿Puedo saber el motivo? — mierda.

—Bueno, con la preparación de la luna de miel... los nervios y demás olvide... olvidé tomar las pastillas.

Se coloca sus gafas de media luna y saca una libreta y un bolígrafo.

— ¿Cuántas olvidó? — pregunta en un tono profesional. No sentirme juzgada me relaja un poco.

— Cuatro.

— ¿Las ha vuelto a retomar?

—No..

Tanta preguntita me está empezando a poner de los nervios. No levanta la vista de la hoja en la que no para de escribir.

— ¿Habéis tomado precauciones?

—No... pero me hice un test de embarazo y fue negativo — aclaro para que sepa que soy responsable como para hacerme una prueba pero no para usar preservativo. A cada pregunta me siento más tonta.

— Esos test buscan la presencia en la orina de la hormona gonadotropina coriónica. Al principio de la gestación puede ser muy baja y en ese caso podría dar negativo aunque fuera positivo.

— Entiendo — digo calmada.

¿Pero qué está diciendo este viejo? ¿Qué puedo estar embarazada aunque haya salido negativo? Entonces esos palitos solo sirven si ha pasado algún tiempo...

—Bien, orina en este tarro — me lo tiende levantando la vista por primera vez — te avisaré cuando tenga los resultados.

—Pero nosotros nos vamos mañana ¿Estarán los resultados para antes de nos vayamos?

—Haré todo lo que pueda, aunque no le prometo nada. De todos modos la llamaré.

Cuando el doctor se va me pongo un bikini cualquiera y salgo a buscar a Ian. No puedo creerme que esté sucediendo esto. Hasta que me llame Henry y me dé los resultados voy a intentar comportarme normal aunque lo veo difícil.

Salgo a la playa. Hago visera con la mano sin saber cómo voy a reconocer a Ian entre toda la gente que debe estar disfrutando de este día.

Solo una figura recorta el horizonte. No hay nadie más. Es una playa desierta. Bajo la vista hacia la arena en la que solo hay un par de huellas, las de Ian.

Llego hasta él y lo abrazo por la espalda. Necesito un abrazo. Necesito sentir su respiración calmada y que ayude a mi corazón a bajar el ritmo. Necesito saber que nada va a cambiar lo que tenemos ahora mismo.

— ¿Cómo ha ido?

—Bien — contesto sin querer dar demasiadas explicaciones.

— ¿Qué te ha dicho? ¿Te ha dicho como comenzar el nuevo tratamiento? — me agarra por la cintura y me pega a él. Escucho como aspira el olor de mi pelo.

No puedo decírselo. No voy a hacer que se vuelva a ilusionar para que después se lleve otro chasco.

—Si, me lo ha explicado todo. Esta vez lo haré bien, lo prometo.

Pero la verdad es que no ha querido mandarme ningún tratamiento hasta estar seguro de que no estoy embarazada.

Capítulo 68

Ian se huele que algo pasa. Si algo le caracteriza es que es muy agudo para captar cuando miento. No he querido tomar el sol ni un momento, ni beber nada que tenga algo de alcohol, incluso me he negado a tomar una aspirina cuando me ha dolido la cabeza. Puede que haya sido demasiado descarada.

No sé nada de embarazos y mucho menos de niños así que si al final estoy embarazada voy a tener que comprar algún libro o algo.

— ¿No vas a decirme que te pasa?

—No me pasa nada. Eres un poco pesadito eh — bromeo para quitarle importancia.

— A ver... ayer querías ponerte morena y hoy no quieres que te roce el sol — levanta un dedo insinuando que ahí no termina la cosa — no has querido ni una copa de vino con la comida ¿Y dices que no pasa nada?

— El sol provoca cáncer ¿Es malo que me haya vuelto previsora?

Joder, parezco una repipi dando tumbos por defender una mentira a toda costa.

—Como quieras, pero no pienses que me he tragado ni una sola de tus palabras.

Sale de la habitación mientras aprovecho para terminar de recoger las pocas cosas que he traído. Ir de vacaciones a mini islas es lo que tiene, te pasas todo el día en bikini o pantalones cortos.

Espero que el próximo destino y último no sea más playa. Adoro ir a la playa si no fuera por las dudas del posible embarazo lo habría disfrutado mucho más.

Estamos a punto de irnos y el médico ni ha venido ni se ha puesto en contacto conmigo. Si un palito que compras en la farmacia tarda unos pocos minutos en darte el resultado ¿Por qué demonios este hombre tarda más de un día?

Salgo al jardín con todo preparado. El helicóptero está a punto de llegar. Los nervios por saber dónde voy esta vez queda eclipsado por el miedo y las dudas del posible embarazo. Es lo único que ocupa mi mente día y noche.

"Si es niña creo que se llamará Clara" pienso. Pero al momento me obligo a parar esa línea de pensamientos. Al no estar segura me da mucho miedo ilusionarme...

—Ahí está — señala Ian el cielo — ¿Preparada para el tramo final?

— A ver que tiene preparado esta vez Señor Garret.

—Muchas cosas cariño, muchas cosas.

El helicóptero toca tierra y nos montamos igual que las veces anteriores. Empiezo a ser toda una experta.

Conforme pasa el tiempo, el ambiente se va volviendo más frío. Seguro que son cosas más y estoy resfriándome. Descendemos sobre una pista de aterrizaje en la que espera un avión al final del todo.

— ¿Hemos llegado?

—No. El helicóptero no tiene combustible suficiente. Cambiamos a ese avión.

— ¿Tan lejos vamos? — ahora si que tengo intriga de verdad.

—Ni una pista — se vuelve hacia atrás y descorre una cremallera. De la maleta saca un par de chaquetones que no sabía que traía — póntelo. Va a refrescar.

Arrugo las cejas analizándolo.

— ¿Un sitio frío Señor Garret?

— Esta pista es necesaria si queremos evitar que pilles una pulmonía — bromea ayudándome a colocarme el gran chaquetón — pero ni una más.

Nos montamos en el avión que tan pequeño parecía desde fuera, pero ahora que lo veo desde dentro parece inmenso o tal vez sea yo que no estoy acostumbrada a montarme en aviones de súper lujo.

En cuanto nos sentamos y nos abrochamos el cinturón saco el teléfono del bolsillo. Maldita sea ¿Por qué no llama? Malditas dudas, maldito médico, maldito todo. Guardo el teléfono otra vez en el bolsillo.

— ¿Esperas alguna llamada?

Mierda.

—No, que va — vuelvo a mentir. Cada vez me siento peor por estar ocultándole algo que le incumbe tanto como a mí.

— No sé qué está pasando, pero en cuanto lleguemos nos vamos a sentar y me lo vas a contar todo.

—No está pasando nada — intento una falsa sonrisa — déjalo ya anda.

—Hablo en serio — y hasta aquí mi intento de engañarle — piensa como me vas a decir lo que tienes en esa cabecita, pero de hoy no pasa.

—Vale — musito derrotada.

Cuando tenía nervios por saber donde iba a ir, el viaje se me antojaba eterno. Creía que jamás iba a llegar. Ahora que se que absolutamente nada puede parar la tenacidad de Ian y que quiero tardar lo máximo posible en llegar, llegamos antes incluso de que haya ordenado las ideas en mi cabeza y tenga una forma de decírselo en la que no se pueda emocionar demasiado hasta que tengamos más noticias.

—Tienes que cambiarte antes de bajar del avión si no quieres ser un precioso cubito de hielo — Ian me tiende una bolsa de cuero en la que deduzco que dentro hay ropa.

— ¿Nieve?

—En cinco minutos podrás verlo tú misma — pone los ojos en blanco y me da una cachetada en el culo mientras camino hacia el baño para cambiarme.

Me encierro en el baño y abro la maleta. Dentro hay un jersey de lana de cuello alto. Unos pantalones que tienen piel de borrego dentro y unas botas que tienen todo el interior forrado de un suave pelito. No sé donde estoy, pero una cosa tengo clara. Hace un frío de narices si voy a necesitar todo esto.

Salgo sintiéndome el muñeco de Michelin con tantas capas de ropa. Ian también se ha cambiado y va abrigado hasta las cejas.

El traje que se pone para ir a trabajar le queda de escándalo. El bañador con una camiseta informal resalta sus abdominales, pero este conjunto tan normal con esa sonrisa innata que por tanto tiempo desapareció, parece un hombre corriente, sin fantasmas del pasado, sin miedos ni inquietudes.

Una azafata espera delante de la puerta de desembarque. En cuanto la abre lanzo rápidas miradas al exterior intentando ver algo. Todo es blanco, todo resplandece. Salgo fuera donde tengo unas vistas espectaculares.

— ¡Dios mío! ¿Dónde estamos?

—En Austria. Esto es el glacial de Tux. Uno de los pocos lugares donde hay nieve todo el año.

—Impresionante. No esperaba algo así — susurro admirando tanta belleza.

— Espero que estés sorprendida para bien — me mira fijamente.

—Sin duda alguna.

El teléfono que guardé en el bolsillo del pantalón comienza a vibrar. Con dedos torpes y temblorosos lo saco del bolsillo. No conozco el número que se refleja en la pantalla así que tiene que ser el médico.

Mi corazón bombea tan fuerte que siento el latido en la nuca.

— Dame un momento por favor — suplico porque acepte.

Se mantiene impasible sin contestarme. Voy a tener que darle muchas explicaciones en cuanto cuelgue el teléfono.

— ¿Si?

— Señora Garret, soy Henry.

— Si, si. Estaba esperando su llamada ¿Tiene ya los resultados?

Voy caminando sin ningún rumbo fijo. Solo presto atención a la voz del anciano mientras intento alejarme todo lo posible del avión y de Ian.

— Si, por eso la llamo.

Hace una pausa. Si pudiera llegar hasta él y zarandearlo por darle tanta intriga lo haría. No se tarda más de tres segundos en decir "Estás embarazada" o "No estás embarazada"

— ¿Y bien?

— He tardado tanto porque quería estar completamente seguro antes de llamarla.

Me va a dar algo en cualquier momento si no me lo dice de una vez.

— Lo entiendo ¿Cuál es el resultado doctor?

— Está embarazada. Mi enhorabuena Señora Garret.

Me paro en seco donde estoy ¿Ha dicho lo que creo que he escuchado? Una cosita pequeña hay dentro de mí. Me alegro de haber tenido cuidado este último día.

— ¡Emma! — grita Ian desde lejos.

Levanto el dedo pidiéndole un momento.

— ¿Está seguro doctor?

— Totalmente.

— ¡Emma! — suena la voz de Ian más cerca que antes.

Cuelgo la llamada sin despedirme si quiera ¿Tanto le cuesta respetar una llamada de teléfono?

— ¿¡Qué?! — grito enfadada por no dejar que saboree este momento.

— ¡No te muevas! — solo nos separan cinco o seis metros — estas sobre un lago a medio congelar.

De pronto, soy consciente del ruido del hielo que se va resquebrajando bajo mis pies.

Capítulo 69

Mantengo el oxígeno dentro de los pulmones. El más mínimo movimiento podría hacer que el hielo se rompiera y... no quiero ni pensar que le podría pasar a este pequeñín con ese golpe de frío.

—No te muevas — sigue dándome instrucciones Ian — han ido a buscar una cuerda y unos tablones de madera para llegar hasta a ti.

No es el mejor momento, lo sé pero... tengo la necesidad de sincerarme.

— Ian... me ha llamado Henry...

— ¿Quién es Henry?

Comienzo a agacharme. Si consigo ponerme a cuatro patas disminuiré la presión que ejercen mis pies.

— ¡Deja de moverte! ¿Tanto te cuesta hacer caso?

— ¿Sabes quién era Pascal? — consigo apoyar las palmas de las manos sobre el frío hielo.

— ¿Henry? ¿Pascal? ¿Quieres hacer el favor de quedarte quieta de una puta vez y dejar de desvariar? — con cada pequeño movimiento que hago se pone más nervioso.

— Henry es el médico que trajiste a la isla. El que me ha llamado ahora mismo y... bueno... que... vas a ser padre.

Baja los brazos que terminan colgando como si fuera un pelele. Pues si que se ha quedado más en shock que yo. Como no dice nada continúo hablando.

— ... Y Pascal era un físico que determinó que a mayor superficie, menor presión — adelanto una rodilla deslizándola despacio y avanzo unos

centímetros — no es lo mismo subir un elefante sobre una alfiler que sobre un... no se... tablón de madera.

De pronto enfoca la vista en mis ojos. Ni un pestañeo interrumpe nuestras miradas. Se agacha e imita mi postura. Avanza sobre el hielo hacia mí y yo hacia él.

Cuando llega hasta donde estoy, se quita el gorro que se había puesto mientras hablaba y me lo coloca en la cabeza. Se quita los guantes y con sumo cuidado me los pone.

No sé si me cuida a mí o a nuestro pequeñín, pero esta faceta protectora es tan tierna que tengo que resistir las ganas de llorar.

— Si tu caes, yo caigo — dice pegando la frente en mi mejilla.

— Nadie va a caer hoy mi vida.

A lo lejos corren dos hombres con un gran tablón de madera. Lo colocan sobre el hielo y lo deslizan hacia nosotros. Nos agarramos a él y es entonces cuando tiran de la cuerda.

Todos celebran que estemos vivos. Ian respira aliviado. No entiendo el por que, en realidad peligro inminente no he visto en ningún momento. Juraría que el lago tenía una capa de hielo de al menos diez centímetros.

— ¿Vamos a ser padres? ¿Es en serio? Pero el test salió negativo.

— Si, vamos a ser padres — me abraza pegándome a su cuerpo — por eso he estado tan rara, el doctor dijo que había posibilidades de que hubiera fallado la prueba.

— ¿Cómo estás? ¿Te has hecho daño? ¿Llamamos a un médico? — pregunta todo de carrerilla sacando su teléfono — Si, vamos a llamar al médico y así nos quedamos tranquilos.

Antes de que pueda llamar a nadie le quito el móvil de las manos.

— Estoy perfectamente. Ni un rasguño — doy una vuelta completa para que vea que estoy bien — no podría hacerme daño jamás con tanta ropa.

Medio convencido accede a no dar la voz de alarma por absolutamente nada. Todo ha sido un susto, ya está.

— Vámonos. Está empezando a refrescar.

Me agarra por la cintura con mi cuerpo pegado al suyo. En unos pocos minutos llegamos a una casita de madera de la que sale humo por la chimenea.

No se parece en nada a los lujos y las atenciones que hemos tenido hasta ahora. Saca una llave del bolsillo y la introduce en la cerradura. Es tan raro que nadie venga a recibirnos...

— ¿Dónde está todo el mundo? — me quito los guantes y los dejo sobre la mesa.

— ¿Quiénes?

— Los empleados... no se... está tan vacío, hay tanta tranquilidad...

— Eso es lo que pretendía. Puedo contratar servicio si es lo que quieres, pero pensé que te gustaría más que tuviéramos la casa para nosotros solos.

Nada de lujos. Nada de personas preguntándote a cada momento si necesitas algo más. Nada de tener que comportarme de una forma determinada.

— ¿Estamos solos? — Dejo el chaquetón sobre el sofá — Es perfecto.

Camino hasta la chimenea. Es enorme. Dentro podría meterse una persona sin agacharse si quiera.

— ¿Cómo te sientes? — pregunta sentándose en el sofá frente a la chimenea.

— Estoy Bien. Ya te lo he dicho, no me he hecho daño.

— No me refería a eso ¿Cómo te sientes por la noticia?

Es una pregunta trampa. Me siento un poco contrariada. Por un lado siento una felicidad nueva que nunca había sentido. Un amor infinito que está por encima de todo y todos, pero por otro lado estoy terriblemente asustada.

— No me lo esperaba, pero estoy contenta.

Me tiende la mano mientras me sonrío. El tampoco se lo esperaba y ahora dudo que haya hombre más feliz.

—Siempre he querido tener un hijo, una familia — admite contento.

— Ya que estamos admitiendo cosas... tengo que decirte que desde que te conocí no he podido sacarte de mi cabeza.

— ¿Cuándo empezaste a trabajar para mí?

En el fondo me da lástima que no recuerde nuestro primer encuentro real, pero es lógico. Estaba totalmente enamorada de Sarah.

—No, un día iba caminando por la calle y chocamos — explico sin levantar la cabeza de su pecho. Me siento como una niña pequeña admitiendo una travesura.

— Lo recuerdo.

Espero algo más. Una explicación. Alguna historia bonita de como él tampoco pudo olvidarse de mí, pero no dice nada.

Aunque no tenga ninguna culpa en este momento estoy enfadada y triste a la vez. Me hubiera gustado dejarle algún tipo de marca, algo que me hiciera especial a sus ojos y la triste realidad es que no fue nada. Volvió a su casa junto a su mujer y yo quedé en el olvido.

— Es tarde, me voy a la cama.

No miro atrás cuando salgo del salón. Bien por ti Emma, otra estupidez más. Te haces la digna y te vas enfadada a una habitación que no tienes ni idea de donde está.

La casita rústica de poco glamur que parecía al principio era una farsa. Camino por un pasillo lleno de puertas a ambos lados. Las voy abriendo y cerrando hasta que llego a una que tiene una cama enorme en el centro.

Me tumbo sobre ella con los brazos y las piernas estirados, como si hiciera un ángel en la nieve ¿Tan difícil le habría resultado decir que él tampoco pudo olvidarme desde ese momento? Pero no, su silencio solo hace que recuerde hasta que punto estaba enamorado de Sarah. Como cambió cuando ella lo engañó y todo lo que sufrió con esa relación.

Ella ha sido el gran amor de su vida y no yo.

Capítulo 70

Escucho las pisadas acercarse antes de que abra la puerta. Cierro los ojos y me hago la dormida. No quiero discutir ni reprocharle nada porque en el fondo no puedo exigirle un sentimiento. Un sentimiento que no me correspondía a mí en aquella época, pero que me habría gustado que lo tuviera.

Abre la puerta y camina hasta la cama. Se sienta en el borde, a mi lado.

— Nunca se te ha dado bien mentir — bromea pasando sus dedos entre mi pelo.

Abro los ojos abochornada.

— ¿Te vas a acostar?

— No recuerdo ese día como tu Emma, pero la primera vez que nos acostamos en mi despacho para mí ya fue especial — continua acariciándome el pelo — cuando quise volver a quedar contigo y me rechazaste no me lo podía creer. No te enfades, pero hay mujeres que han perdido vuelos por pasar una noche conmigo — se me escapa una risa. Sé que es verdad eso porque yo misma tenía que hacer una nueva reserva — fui al restaurante y... cuando tu novio... ex novio se alejaba tirándote del brazo quise matarlo, quería arrancarle la cabeza.

— Pero me miraste como si no te importara. Te diste media vuelta y te fuiste — recrimino enfadándome de nuevo.

— No quería que me importaras. Te estoy contando todo esto para que sepas que tú eres lo más importante para mí no para que te enfades.

Me siento en la cama para prestarle atención. Quiero saber más. Quiero saberlo todo.

—Vale, vale.

— Al día siguiente no fuiste a trabajar y... no sabía si te había hecho algo... estaba de los nervios. Creo que esa fue la primera vez que dejé de engañarme y fui a tu casa. Tu pómulos, lo recuerdo a la perfección. No iba a irme de allí sin ti. No iba a permitir que volviera a ponerte la mano encima.

— Me gustó mucho ir a tu casa. Iba a estar contigo todo el día — admito sonrojándome.

— Es tarde Emma. Ahora tienes que cuidar del pequeñajo también.

—Pero me gusta que me cuentes que sentías. Transmitías tan poco...

— Mañana te contaré más. Ahora duerme — ordena contento.

Se tumba a mi lado. Apoyo la cabeza sobre su hombro y cierro los ojos. Me concentro en su lenta y acompasada respiración hasta que finalmente me duermo.

Preparo algo para desayunar. Ian sigue durmiendo así que voy a aprovechar para llevarle el desayuno a la cama. Todos los armarios y la nevera están repletos de comida.

Rebusco hasta que me decido por unas tostadas con mantequilla y mermelada y un café con leche.

Lo coloco en una bandeja y voy a buscar a Ian para sorprenderlo. Abro la puerta haciendo malabares para que no se me caiga nada.

— Exacto... Para esta noche sin falta — habla por teléfono con alguien.

Dejo la bandeja sobre la cama. Para que no parezca que estoy cotilleando me pongo a untar una de las tostadas prestándole una atención fingida bastante real o eso espero.

— Ese no es mi problema. Lo quiero aquí antes de las diez.

Levanto la vista sorprendida. Hacía mucho tiempo que no le hablaba así a nadie.

— ¿Ocurre algo? — no quiero parecer entrometida, pero si pasa algo quiero saberlo.

— Nada que deba preocuparte. El avión vendrá a recogernos esta noche — coge su vaso de café y le da un largo sorbo.

— ¿Esta noche? Creía que íbamos a pasar unos cuantos días aquí.

— Y así era, pero las cosas han cambiado.

Lo dice con una alegría que desentona con la forma de hablar por teléfono
¿Qué ha cambiado?

— ¿El qué?

Como si fuera un padre con infinita paciencia explicándole lo más evidente a su hijo se sienta en la cama a mi lado.

— Tu embarazo. Necesitas que te vea un médico, vitaminas extras, análisis. Desde aquí no podemos hacer nada de eso.

— Ya... tienes razón... pero ¿no puede esperar unos días?

Veo delante de mi cara como empiezan a cambiar las cosas. No podemos terminar nuestro viaje de novios ¿Cuántas cosas más van a cambiar?

—Por supuesto que no — dice ofendido — Ahora eso es lo importante.

No contesto. Bajo la mirada y sigo comiendo. Sé que puedo parecer egoísta y mala madre. No ha nacido y ya me siento así, pero no veo la diferencia de tomar unas vitaminas mañana o al día siguiente.

Cerca de la casa hay unas pistas de esquí estupendas aunque doy por sentado que no puedo esquiar. En realidad tengo serias dudas de que Ian me permita

salir a tomar aire fresco o hacer un simple muñeco de nieve.

Tal y como había predicho la sobreprotección de Ian raya que venga un médico y lo internen en un psiquiátrico. "Fuera hace mucho frío y eso no es bueno para el bebé" "Podrías resbalarte y hacer daño al bebé" todas las frases terminan en bebé y ahora mismo daría lo que fuera por no haberle dicho nada. Tendría que haber esperado a terminar nuestra luna de miel.

Paso el día en el salón con la chimenea encendida y las maletas preparadas en la puerta. Desde el mismo momento en el que Ian supo que iba a ser padre se terminó nuestro viaje.

— ¿Dónde está el avión? Ya debería estar aquí — da vueltas por la habitación mirando el reloj sin parar.

— Cálmate, seguro que está a punto de llegar.

— Como se retrase un solo minuto lo voy a despedir, los voy a despedir a todos —murmura para él mismo.

Este es mi límite. No pienso aguantar nueve meses a un hombre crispado con la protección y los horarios despidiendo a diestro y siniestro.

— Bueno, ya está bien. Estoy embarazada no enferma ¿Qué más da que llegue diez minutos tarde? Tienes que relajarte porque me estás estresando — juego la baza de lo malo que es el estrés para una mujer embarazada a ver si de ese modo logro que se calme — no es bueno para el bebé.

Camina hasta el sofá y se sienta en él. Mira el fuego pensativo mientras espero a que diga algo y reaccione.

— Tienes razón perdona. Solo quiero que todo salga bien.

Ahora lo entiendo. Esto es algo que no depende ni de él, ni de su dinero, ni de las influencias que tiene gracias a su cargo. No puede hacer nada y se siente impotente. Vuelvo a sentirme como una bruja egoísta.

— Nada va a salir mal. Relájate.

Me siento a su lado a esperar el avión. Nuestro cuento de hadas se termina hoy. Volvemos a la vida normal y solo puedo preguntarme una cosa ¿Seguirá todo igual de bien que esta última semana?

Capítulo 71

Tres meses después...

Todavía no se me nota nada el embarazo ¿Soy rara por eso? He navegado un poco por internet y algunas mujeres ya tienen tripita con este mismo tiempo.

Aunque Ian ha insistido mucho en que dejara mi trabajo me he negado en rotundo todas y cada una de las veces. No pienso quedarme en casa todo el día y vivir de su dinero. Necesito trabajar y de algún modo seguir pensando que soy autosuficiente.

— ¿A qué hora es la cita con la doctora? — pregunta Ian apretándose el nudo de la corbata.

— A las diez ¿Nos vemos allí?

— Sobre las nueve y media pasaré a recogerte.

— Vale.

Toda la pasión que nos caracterizaba se ha ido enfriando. Ian está tan pendiente del embarazo, del bebé, de los médicos, de la habitación y de todos los preparativos que poco a poco nos hemos ido distanciando.

Ahora todo gira en torno a un mismo tema. No recuerdo cuando fue la última vez que salimos a cenar. Siento una vez más las lágrimas asomar. Me las quito de un manotazo. Malditas hormonas.

Ian sale por la puerta. Ni un adiós ni un beso, nada. Me siento sobre la cama abrumada. No sé en qué momento se fastidió y aunque sé que son las hormonas me sorprende preguntándome si es esto lo que realmente quiero.

Ahora que estoy sola me permito el lujo de ser débil, de dejarme llevar por los sentimientos y lloro amargamente. Me quito los zapatos y los tiro lejos.

— ¿Estás bien? He escuchado un golpe — Dorotea corre hacia mi cuando me ve llorar — ¿Qué te pasa?

— Nada, nada. Estoy bien — las lágrimas salen en cascada imposible de frenar — solo necesito desahogarme.

— Ven, te voy a preparar una tila y me lo cuentas todo ¿Vale? Seguro que no es tan malo.

Camino a su lado. Me siento en uno de los taburetes y cuando me tiende el vaso calentito lo rodeo entre mis dedos. Se nota el frío de Diciembre.

— Cuéntame.

— No se... Es todo y a la vez nada... es... — no sé como explicarle como me siento — supongo que el resumen es que para Ian soy solo un recipiente.

— Ajam — asiente apretando los labios — entiendo lo que dices, pero estás totalmente equivocada.

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que nunca lo he visto tan feliz. Ni cuando estuvo casado con Sarah. Él te quiere muchísimo — se sienta a mi lado y me acaricia la mano — Puede que no lo esté expresando bien, pero es así.

Claro que me quiere. Nos casamos antes del embarazo. Mintió a Piterson por salvarme a mí, sé que me quiere, pero está tan centrado en otras cosas que ha dejado de lado nuestra relación.

Le doy un último sorbo a la tila y dejo el vaso vacío sobre la encimera.

— Gracias por la charla — bromeo con una falsa sonrisa que no siento ni de lejos.

— Cada vez que lo necesites.

Me siento en una de las jardineras que rodean el edificio. Estoy tentada de entrar a trabajar, pero que tu jefe sea el hermano de tu marido no ayuda a que desconectes.

Me abrocho la chaqueta y cierro los ojos. El poco sol que hay sirve para calentarme. Y si... tal vez... puede que no sea todo tan negro como lo estoy viendo ¿Será esto lo que dicen las mujeres de que las hormonas te vuelven loca? Espero que así sea.

Antes de que pueda darme cuenta suena un claxon. Ian camina hacia mí. Ahora empezará con su ya típico ¿Estás bien? ¿Te pasa algo? ¿Te sientes mal?

— Estoy bien y no me pasa nada — corto antes de darle tiempo a que pregunte.

— No he dicho nada ¿Estás bi...

Le lanzo una mirada envenenada. Si termina la frase lo mato con mis propias manos.

Conduce en silencio hasta que llegamos a la consulta. Esperamos en la sala de espera hasta que una enfermera me llama.

— Buenos días Emma — saluda la doctora cuando entro — dime ¿Cómo te encuentras?

— Bien. No tengo nausea, ni mareos ni nada de nada.

— Eso está bien. Deberías ver lo mal que se ponen algunas mujeres — desenrolla papel y lo coloca encima de la camilla.

Pasa el ecógrafo por el estómago. Va tomando medidas y por mucho que me esfuerce no veo la figura del bebé. Me muero de ganas de verle la carita, de tenerlo entre mis brazos.

— ¿Queréis saber lo que es?

Pongo los codos sobre la camilla para incorporarme.

— ¡Sii!

Ian se restriega las manos sobre el pantalón. Ese movimiento nervioso me hace gracia. No suele exteriorizar los miedos, pero lo conozco lo suficiente como para saber cuando está nervioso sin necesidad de que me lo diga.

— Enhorabuena papis, vais a tener una niña preciosa.

Una niña. Es una niña. Ya puedo imaginármela con un pelito castaño a la altura de los hombros correteando por toda la casa. Se me saltan las lágrimas de la emoción.

Volvemos en coche con el ánimo cambiado. Ya no estoy enfadada con Ian, por lo menos por ahora.

— Una niña, Emma — vuelve a repetir — ya podemos empezar a preparar su ropa.

— Si, mañana voy a quedar con Helena y vamos a pasar la tarde de compras.

— Cómprate si quieres tu también algo — sugiere lanzándome miradas fugaces.

¿Insinúa que la ropa que llevo me queda mal? No suele meterse en este tipo de temas.

— ¿Yo? ¿Por qué?

— Mañana es la fiesta de navidad de la empresa. Te lo dije hace unos días.

No tenía suficiente con que las hormonas jugaran con mis sentimientos cada dos por tres, ahora la memoria se ha unido. Es cierto, me lo dijo y lo olvidé por completo.

— No me acordaba. Si que debería comprarme algo porque no creo que me

quepa ninguno de los vestidos que tengo.

— Te recojo a las dos ¿Vale? — Me da un beso en la mejilla antes de que me baje del coche — tu siempre estás guapa, no lo olvides.

Salgo del coche y veo como arranca y se aleja. De pronto escucho como alguien me llama. Reconocería esa voz en cualquier sitio.

— ¿Emma? — pregunta Toni — ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo te va?

— Bien, me va bien ¿Y a ti? — pregunto por educación.

— ¿Trabajas aquí? Así que ese jefe al que te follabas te dio la patada.

Después de tanto tiempo, después de que acepté la hipoteca del piso viene con esos aires. Todavía no se ha enterado de que no hay nada peor que una mujer embarazada y cabreada.

— ¡Qué va! Nos casamos — levanto delante de su cara el dedo donde brilla el anillo con su gran diamante.

— ¿En serio? — Pregunta poniéndose serio — pues deja que te diga que no te ha sentado nada bien. Has engordado.

Mantengo una sonrisa de te vas a enterar.

— Si que he engordado, pero es por el embarazo. Pero dejemos de hablar de mi ¿Encontraste trabajo o sigues viviendo del gobierno?

No espero ni un segundo aunque podría estar horas mirando la cara de bobo que se le ha quedado.

— Yo no viv....

— Perdona, es que tengo que trabajar. Ya no veremos.

Camino a grandes zancadas para alejarme de él lo más rápido posible ¿Por

qué me lo he tenido que encontrar? ¿Por qué me sigue guardando rencor? Ya sé que lo hice mal.

Todo lo malo vuelve. Aparece Toni. Mañana es la cena de navidad donde estarán Leti y el resto de mujeres con las que Ian se acostó. No tengo ganas de volver a enfrentarme a ella, pero si tengo una cosa clara. No voy a dejar que él vaya solo.

Capítulo 72

Mil modelos me he probado. Hemos ido de una tienda a otra desechando todos los vestidos.

— Me quedan fatal, al final me pongo una bolsa de basura y listo — lloriqueo siendo negativa.

— Todos te quedaban perfecto Emma — me anima Helena — estás un poco refunfuñona.

— Lo sé, lo sé.

Este carácter tan huraño se me tiene que ir en algún momento ¿No? A partir de ahora voy a poner todo de mi parte para no seguir fastidiándolo todo.

— Venga, vamos a entrar en la última tienda y te prometo salir con un modelito que me va a encantar.

— Más te vale — amenaza en broma.

Voy colocando toda la ropa de bebé que he comprado. La doblo con cuidado, como si tuviera entre mis dedos fino cristal. Es todo tan pequeño... la espera se me está haciendo angustiosa.

Es cierto eso que dicen que la actitud lo es todo. Llevo unas pocas horas intentando ser un poco más positiva, hasta me gusta el vestido por el que me he decidido.

— Has comprado muchas cosas — Ian se acerca hasta el armario y coge uno de los vestiditos entre los dedos.

— Es que todo me gustaba. Hay cositas tan bonitas para niñas que podría haber comprado la tienda entera.

Sonríe al verme emocionada.

— ¿Tu... te has comprado algo?

¿Por qué lo dice dudando? ¿Tanto miedo da mi carácter? Ahora mismo me veo como un clon de la película alien. Yo soy el alien.

— Si, pero no te lo voy a enseñar. Creo que te gustará —contesto con mi nuevo yo positivo.

— Yo también he hecho una compra.

— ¿Qué has comprado? — pregunto con intriga.

Me balanceo a ambos lados por si lleva una bolsa escondida, pero no tiene nada. Me espero cualquier cosa de él.

— Ya lo verás. Es una sorpresa, además, deberíamos empezar a arreglarnos si no queremos llegar tarde.

Conforme se acerca la hora me voy poniendo nerviosa. Si están todas esas arpías no va a ser una noche tranquila. Con un poco de suerte solo tendré que soportar miradas indiscretas.

Coloco la caja con el vestido sobre la cama. Con cuidado la abro, aparto el papel que protege la tela y lo admiro durante unos segundos.

Me aterrorizaba que las hormonas volvieran a hacer de las suyas y que cuando volviera a mirarlo, descubriera que lo odio pero no, me sigue encantando.

Lo saco de la caja y con sumo cuidado me lo pongo. Me planto delante del espejo, donde veo reflejado mi cuerpo. El vestido es negro con un escote de barco, pero sin duda lo mejor de todo son las capas de suave seda que le dan vuelo a la falda.

Salgo de la habitación preparada para todo lo que venga. Sentirse bien con

uno mismo es el noventa por ciento de la actitud, y esta noche me siento bien.

Ian espera en el salón. Con un traje hecho a medida para él. Tan perfecto como siempre. Al verme abre mucho los ojos.

— ¿Te gusta? — pregunto aun sabiendo la respuesta.

— Estás preciosa, pero es muy pegado ¿No?

— ¿Y?

Espero que no empiece con celos tontos porque lleve un vestido pegado. Es recatado, de noche y elegante. A ver que queja tiene el Señor Garret esta noche.

— Nada, solo me preguntaba... si tal vez haría daño al bebé — pasa la mano por mi estómago en un intento de que parezca una caricia, pero la verdad es que quiere saber si me aprieta.

¿Dónde está mi actitud positiva cuando la necesito?

— No creo que un trozo de tela le haga daño — continuo caminando hasta el perchero. Cojo la chaqueta y me la pongo — ¿Nos vamos?

Esta noche Max y Dorotea han salido a cenar. Que ellos se ven es un secreto, así que evidentemente yo lo sé. Dorotea me habla mucho de lo ilusionada que está con Max. Parece un gran hombre y me alegro muchísimo por ellos.

Un aparca coches nos recibe en la entrada del edificio. Llevaba tanto tiempo sin venir por aquí que una punzada de añoranza se apodera de mi corazón.

— ¿Sigues enfadada? — pregunta abriéndome la puerta del copiloto.

— No he dicho que estuviera enfadada.

Eres un genio ¿Eh?

— Pero lo estás — afirma convencido.

Ahora no voy a reprocharle la psicosis que lo controla con todo el tema del bebé, pero si quiere que lo hablemos estaré encantada de hacerlo cuando volvamos a casa.

— Es verdad, lo estoy.

Atravesamos las puertas y descendemos el tramo de escaleras que lleva hasta los salones. Las mismas escaleras en las que le robé un beso cuando apenas estaba empezando lo nuestro.

Todo está adornado con motivos navideños. Hay guirnaldas colgadas, un gran árbol al fondo de la sala, está lleno de bolas, lágrimas y luces.

La diferencia más notable con respecto a la fiesta del año pasado es que esta vez han puesto una mesa enorme que cruza el salón entero. Cruzo los dedos para que a mi lado caiga alguien con el que me lleve bien.

— ¿¡Emma!? — grita Torres al verme.

— ¡Hola! ¿Cómo estás? — debería haberle llamado para quedar. Ahora me avergüenzo.

— Estas perdida y muy guapa — me sujeta una mano y me obliga a dar una vuelta — así que... Señora Garret eh. Has sido la comidilla de la oficina durante meses.

Me lo suponía. Seguro que solo entre las mujeres.

— Ya me imagino ¿No ha venido tu marido? — miro detrás de él por si lo tiene escondido.

— Gripe — afirma apretando los dientes — aunque si le preguntas a él, te dirá que está entre la vida y la muerte.

Los dos reímos. Todo el mundo sabe que la mayoría de los hombres son unos

quejicas. Por un dolor de cabeza son capaces de inmovilizar una casa entera.

— Hola Emma — se acerca Leti con un vestido rojo pegado.

Vestido rojo, labios rojos y rímel que podría hacerse pasar por alquitrán. Parece una prostituta barata y aunque no debería, me alegro.

— Hola Leti ¿Cómo te va todo?

Lanza una mirada a Ian. Habla con uno de sus socios, pero odio que lo mire así, odio que no se corte aunque yo esté delante, pero por encima de todo, odio que siga interesada en él.

— Muy bien — pasa la mano por debajo de su melena y la revuelve — han cambiado muchas cosas por aquí.

— Ajam — me giro hacia Torres — Oye, tenemos que quedar un día de estos y ponernos al día.

— Cuando quieras. Yo estoy dispuesto a darlo todo en cualquier momento.

Leti sigue la conversación ¿Por qué no se va? Nunca hemos sido amigas. Nos odiamos ¿Por qué sigue aquí?

— Mejor una cena tranquila — ahí va mi dardo envenenado — con el embarazo no estoy para muchas fiestas.

Torres salta mientras aplaude. Madre mía que escandaloso es. Leti, imperturbable, continua mirándome a lo que yo respondo con una fina línea de dientes blancos.

Fuiste mi enemiga en otra época, pero ya no eres nada.

— Pues yo soy la nueva secretaria personal de Ian — suelta sin cortarse un pelo — ¡Ui! Perdón, del Señor Garret.

La ha nombrado su secretaria. Podía elegir entre una infinidad de mujeres y

hombres y la ha nombrado a ella. Esta es la gota que colma el vaso. Siento una rabia y una impotencia que pocas veces había sentido.

Capítulo 73

Me quedo fría como el hielo. No pienso darle el gusto de que crea que me ha ganado o que su intromisión afecta en algo a nuestro matrimonio. Pero si que afecta.

Duele pensar que Ian haya podido acostarse con ella. Si ha roto mi confianza no sé que voy a hacer...

— Lo sé, es muy triste que vayas detrás de un hombre casado que va a ser padre.

Lo siento por Torres, pero la situación me supera.

Busco Ian con la mirada. Está sentado, presidiendo la mesa. Cuando me ve acercarme me sonrío. Si supieras todo lo que siento ahora mismo no sonreirías tanto.

Venga Emma, pienso para mí misma, no montes ningún numerito. Pasa la noche lo mejor que puedas y después en casa, hablaremos todo esto.

— ¿Estás bien?

Muy buena pregunta. Me tomo unos segundos para serenarme.

— No lo sé ¿Por qué no le pides la agenda a tu nueva secretaria? A lo mejor ahí lo pone — suelto sin poder contenerme.

— Emma, no es lo que crees.

Frase típica de marido que pone los cuernos. No puedo creer que todo se vaya a ir por la borda.

— Seguro que no — lo miro fijamente enfadada hasta lo más profundo de mi

ser — nunca es lo que parece ¿Verdad? ¿Es lo que te dijo tu ex mujer?

— ¡Ian! — un hombre mayor se sienta a su lado — ¿Cómo va todo hijo?

— Bien, Señor Bishop. Casi está cerrado el trato.

Este hombre es uno de los socios de Ian. Solo lo conozco de vista, pero al ser el más mayor de todos los trata como lo haría un padre. Nada de protocolos de educación ni tratos según la posición.

— Eso está bien hijo. Todo lo que te propones lo consigues, por eso contigo siempre estoy tranquilo.

— Me alegro mucho Señor y gracias.

Me mantengo al margen de la conversación. No me interesa en absoluto los temas de negocios que tengan que hablar. Ian coloca su mano sobre la mía. La retiro al momento.

— ¿Cuándo sales de viaje? — pregunta Bishop.

¿De viaje? Si su respuesta inmediata no es ¿Qué viaje? Y lo sabía... y no me ha dicho nada... se están acumulando los enfados a un ritmo alarmante.

—Está previsto para el miércoles.

Arrastro la silla haciendo ruido y camino hasta la barra. Nuestra perfecta relación es una farsa, una mentira. No cuenta conmigo para nada ¿Soy yo? Nunca me habían molestado todas estas cosas de Ian y aquí estoy. Enfadada por tres cosas distintas. Creo que de un momento a otro me va a explotar la cabeza.

— Una copa de vino, por favor — pido al camarero — ¡No! No puedo beber... Póngame un zumo de manzana.

Daría lo que fuera por poder tomarme una copa, pero tendré que contentarme con un zumo.

Le doy un sorbo. Suelto un largo suspiro. Tengo que tranquilizarme y de forma calmada hablar las cosas. Seguro que podemos encontrar una solución.

— ¿Se puede saber que estás haciendo? — gruñe entre dientes — No puedes beber y lo sabes.

Realmente cree que necesito un padre que me diga lo que puedo y no puedo hacer. Piensa que bebería aunque fuera malo para mi hija.

— Por eso estoy tomando zumo de manzana — Me quita el vaso de las manos, le da un sorbo y lo suelta sobre la barra — Me voy. Disfruta de la fiesta con tu secretaria.

Aparto de un manotazo el ridículo vaso y lo dejo solo en la barra.

— Emma, por favor — me agarra del brazo impidiendo que pueda seguir avanzando — Estás siendo...

— ¿Ridícula? — me suelto de un tirón — Ni se te ocurra tocarme.

Llego hasta el aparcamiento de coches. Mierda, las llaves las tiene Ian y estoy demasiado lejos como para irme andando, pero por orgullo soy capaz de ir a la pata coja si hace falta.

— ¡El coche! — grita Ian al muchacho tirándole las llaves de malas maneras.

Esperamos en silencio. Los dos minutos más largos de mi vida y los más incómodos.

En cuanto entramos por la puerta del piso camino hasta la habitación. Me quito el vestido y lo tiro sobre la cama. Cojo unos pantalones vaqueros del armario.

Ian entra justo cuando estoy saltando intentando subirme el pantalón. Cuando por fin logro subirlo por completo, empieza la pelea con el botón. Definitivamente no me cierra.

— ¿Vamos a hablar de lo que ha ocurrido? — pregunta a la defensiva.

Cojo una camiseta cualquiera y me la pongo con toda la dignidad que me queda, es decir, ninguna.

— ¿Por dónde quieres empezar? Porque hay muchas cosas de las que hablar.

Si me pongo a enumerarlas estoy segura de que me faltan dedos. Lo que no entiendo es porque él está enfadado.

— Pues empieza por la que más te moleste, aunque a lo mejor te cuesta decidirte — recrimina.

— ¿Y a ti qué demonios te pasa? — No entiendo que me ataque después de enterarme de lo de Leti y lo de su viaje — No soy yo la que está todo el día rodeada de mujeres con las que me he acostado.

— Pensaba que eso ya estaba superado. Me casé contigo porque te quiero ¿Por qué iba a engañarte?

Tiene razón. Si decidió dar el paso conmigo tiene que ser porque me quiere. Pero también me lo ha ocultado por algún motivo.

Estoy hecha un lío. No sé que pensar. Por un lado estoy convencida de que Ian jamás me engañaría con otra, pero por otro lado... lo veo capaz.

— ¿Por qué me lo has ocultado? ¿Por qué no me has contado lo del viaje? ¿Por qué ya solo piensas en el bebé? — Conforme voy soltando todo lo que llevo dentro, empiezo a llorar — ¿Por qué ya no me tratas como antes?

— Emma, entiendo que estés un poco irascible — se aprieta el puente de la nariz.

— No vuelvas a hablar de mis hormonas. Lo de Leti no es por las hormonas. Deja de achacarlo todo al embarazo.

Si no me da una explicación saldré por esa puerta. No pienso ser la tonta que

no hace preguntas y que no le importa lo que su marido haga fuera de casa.

— Cuando nos fuimos de viaje de novios Bishop la nombró secretaria. Es su sobrina Emma, no podía decirle que la quería fuera.

— Me estás diciendo que no podías hacer absolutamente nada. Estoy cansada Ian, siempre que entro en tu mundo salgo de porquería hasta el cuello — lloro y yo hago nada para ocultarlo.

Ya no estoy enfadada, solo triste. Lo que rodea a Ian no es un pendiente que puedas quitarte, es algo que voy a tener que soportar siempre.

— No quiero que estés mal, y mucho menos por esas tonterías, pero debes entender una cosa: Yo no soy tu ex novio; un don nadie adicto a los bares. No voy por ahí engañándote. Tengo mucho trabajo y muchas responsabilidades y es evidente que se me ha olvidado decirte lo del viaje — dice serio sin ningún ápice de duda o arrepentimiento en su voz — pero te estás comportando como si hubiera matado a alguien. Esta noche tenía que hablar unos asuntos con Bishop y no he podido porque te ha dado este ataque.

Termino de escucharle sin dar crédito a lo que están oyendo mis oídos. No solo no se ha disculpado sino que me culpa por habernos ido de la fiesta.

— Espero que me disculpes por mis ataques — digo irónicamente — No te preocupes, no tendrás que aguantar mi carácter por más tiempo.

Lo esquivo y salgo de la habitación.

— ¿Dónde vas? — me sigue a través del pasillo.

— Voy a librarte de mis ataques.

— Emma, déjalo de una vez.

— Eso voy a hacer — suelto sin mirarlo.

Cojo las llaves del coche del recibidor y salgo por la puerta de la calle. Corro

escaleras abajo sin saber muy bien como hemos llegado a esto.

Quiero estar con él y aun así, me voy.

Capítulo 74

Me subo en el coche. Apoyo la frente sobre el volante mientras lloro.

La tristeza, ese sentimiento que ataca en partes iguales al corazón y al cerebro. Puede llegar a ser físico, hasta provocar que tengas que colocar tu mano sobre el pecho para mitigar ese dolor.

No quiero irme. No quiero volver. Introduzco la llave en el contacto intentando calmarme un poco y la giro hasta que escucho rugir el motor.

Al levantar la vista Ian está delante del coche, tiene las manos apoyadas sobre el capó y con las lágrimas desenfocándome la vista, vuelvo a girar la llave.

— No vas a ir a ningún sitio. Esta vez no.

Rodea el coche hasta llegar a mi puerta.

— Abre — ordena.

Tengo la vista clavada en sus ojos. Los míos anegados en lágrimas que no me dejan pensar ni reaccionar, los suyos, dos pozos sin fondo de tristeza.

— Emma, abre la puerta... por favor.

Hago lo que me pide. Tenemos que poner fin a esta locura de pelea. Sin duda se nos ha ido de las manos, pero eso no quiere decir que le haya perdonado.

Introduce un brazo dentro del coche hasta que alcanza las llaves y las quita del contacto. Inca las rodillas en el suelo y agacha la cabeza apoyándola en mi muslo.

Odio verlo así y lo peor de todo es que siento que es por mi culpa. Algo me impide consolarlo. No puedo.

— Si quieres dormiré en otra habitación, pero vuelve a casa — dice con la emoción reflejada en la voz.

Soy incapaz de hacerle sufrir a conciencia. Incapaz de arrancar el coche e irme y dejarlo ahí tirado, sufriendo aunque para ello tenga que tragarme mi propio sufrimiento.

Asiento con la cabeza. Salgo del coche y camino al lado de Ian. Nos montamos en el ascensor. No hay palabras que puedan hacer desaparecer los reproches de esta noche así que continúo en silencio.

Paso la mano por la mejilla, está húmeda. Solo quiero que volvamos a ser los mismos de la luna de miel, un embarazo no tiene porque cambiar la relación y en cambio, aquí estamos, a punto de tirar la nuestra por la borda.

— ¿Estás bien? — pregunta agachando la cabeza para mirarme la cara.

Ni me había fijado. Espero en el ascensor con la mirada fija en el suelo. Abrumada con tantos sentimientos ni siquiera puedo pensar.

— Emma, sé que no debería darte disgustos. Dime como te encuentras.

¿Es posible tocar la felicidad? Yo no solo la he tocado, me ha rodeado por completo con este hombre a mi lado. Ha sido tan real y tan física como este bebé que llevo dentro.

En cuanto entramos en su casa, voy directa a la habitación y cierro la puerta. Me tumbo de lado sobre la cama y cierro los ojos.

Ojala dormir fuera tan fácil como darle a un simple botón. El sol despunta por el horizonte y no he podido pegar ojo.

¿Cuál es la solución? ¿Cómo lo hacemos para arreglarlo? No encuentro respuesta a esas dos simples preguntas. He pasado toda la noche devanándome los sesos y lo único que puedo hacer es borrón y cuenta nueva. Ni hablar.

Unos golpes en la puerta me sacan de mi trance. Cierro los ojos y para que no descubra que no estoy dormida, me tapo con el edredón hasta las orejas.

— ¿Emma? — susurra Ian entrando — ¿Estás despierta?

No contesto. Sigo sin tener ganas de hablar. Escucho sus pasos acercándose hasta el borde de la cama. Su respiración suena a pocos centímetros de mi rostro, que termina con un beso en la frente.

Justo ahora Señor Garret decide volver a ser cariñoso y puede que ya sea tarde.

Abro los ojos. Tenía pensado ir a trabajar, pero al final me he dormido. Me desperezo para espabilarme. Sobre la mesilla de noche hay una bandeja con el desayuno. Dorotea siempre consigue sacarme una sonrisa.

Abren la puerta sin llamar. Will aparece en el umbral. Es mi jefe y el hermano de mi marido, pero que me vea metida en la cama un día laborable es humillante lo mires como lo mires.

— Will ¿Qué haces aquí? — pregunto tapándome con la colcha.

— He venido para ver como estabas. Llevábamos sin vernos algunos días — pone un exagerado todo normal de aquí no pasa nada.

— Te ha llamado Ian —afirmo.

Will no se presentaría de esta forma.

— Está preocupado Emma. No puedes enfadarte por eso — se sienta en el borde de la cama y coge una de las tostadas que ha preparado Dorotea — ¿Te la vas a comer?

— Todas para ti.

Le da un gran bocado que acaba con media tostada en un visto y no visto. Es un alto ejecutivo con despacho y secretaria ¿De verdad no tiene unos cuantos

dólares para comprarse su propio desayuno?

— Mi hermano es un gilipollas, eso ya lo sabíamos, pero te quiere más que a su propia vida. Literalmente — habla del día que se sacrificó con Piterson.

— Me quería mucho — agacho la cabeza avergonzada — ahora solo le preocupa mi seguridad, pero no es por mi.

— Si, aparte de gilipollas es un paranoico —ríe quitándole importancia.

— Will... no quiero que parezca que soy una borde... es solo... que no es el momento de hablar de esto — voy bajando la voz — necesito estar sola, por favor.

Arruga las cejas. Se lo había tomado como una pelea cualquiera, un berrinche. Esto es más serio que todo eso.

— Vale, lo entiendo —se pone en pie para irse — tómate el tiempo que necesites, tu puesto está a salvo —vuelve a bromear.

— Gracias.

Me doy una ducha rápida y me pongo el pijama. No voy a ir a ningún sitio. Me siento en una mecedora que hay al lado de la gran ventana.

Al mediodía Dorotea entra en la habitación con una bandeja entre las manos. Otra bandeja no por favor. Tengo un nudo en el estómago que no me deja probar bocado.

— Emma, cariño. Te he preparado un caldo de pollo.

— Eres muy amable, pero no tengo hambre.

Solo pensar que tengo que comer algo, me viene a la cabeza la sensación de estar comiendo arena.

— Tienes que comer aunque no tengas hambre, piensa en el bebé.

— Déjala sobre la cama, te prometo que más tarde me la tomo.

Sigo mirando por la ventana a las personas que van caminando por la calle.

— Está bien.

Sale sin hacer ruido.

Voy hacia la mesita de noche. Al abrir el cajón veo mi libro, ese que me he leído tantas veces y cuya historia de amor parecía un drama exagerado. Ahora te entiendo mejor Julieta.

Abro el libro y comienzo a leer sintiéndome más reflejada de lo que me gustaría.

Levanto la vista del libro en el momento que me cuesta leer. El sol comienza a esconderse. He pasado todo el día en la habitación, tranquila, desintoxicándome y la verdad es que me siento mucho mejor.

Toc, toc, llaman a la puerta.

— Me ha dicho Dorotea que no has salido en todo el día — Ian viene hacia mi mirando fijamente las dos bandejas de comida que no he tocado — y por lo visto tampoco has comido.

— No tengo hambre — explico.

— Emma... ¿Puedes venir conmigo? Solo será un momento.

¿Dónde quiere que vaya con estas pintas. Llevo mi peor y más calentito pijama.

Le sigo hasta el salón. En la mesa resplandecen una velas, todo el mantel está lleno de rosas y de la cocina sale un olor exquisito.

— Llevo dos horas cocinando. Me harías el hombre más feliz del mundo si cenaras conmigo y le dieras una oportunidad más a este imbécil.

Me tiende la mano esperando que la acepte. Todo el día pensando, creyendo que tengo que tomar una decisión que en realidad ya he tomado. Él es imán y yo metal.

Acepto la mano que continúa esperando. Me acompaña hasta la silla, la retira y hace una breve reverencia antes de salir hacia la cocina.

No tenía ni idea de que supiera cocinar, aunque a lo mejor no sabe y ha hecho el mismo experimento que hice yo cuando cociné las navajas con tomate seco.

Estoy totalmente segura de que la noche va a ser larga y vamos a hablar las cosas de una manera más tranquila. Ahora si estoy preparada para ello.

Capítulo 75

Vuelve de la cocina con una botella entre las manos ¿Se ha vuelto loco? Ha pasado de ser un psicótico a traer vino para cenar. Lo coloca sobre la mesa y al leer la etiqueta, no puedo evitar sonreír.

— Una ocasión especial lo merece ¿No crees? — pregunta contestando a mi sonrisa.

— ¿Champín? Eso lo beben los niños pequeños.

Es una botella de champan, solo que es un refresco con burbujas sin una pizca de alcohol.

—...Y las embarazadas que no pueden beber alcohol — puntualiza.

— Así que hoy es una ocasión especial ¿Me he perdido algo?

Ignora mi pregunta y vuelve a irse de nuevo a la cocina. Espero sentada como un buen comensal. Doy un sorbo a mi copa de champan falso.

— Hoy es el día que vamos a hablarlo todo. Sin peleas, sin gritos y sobretodo sin lágrimas.

Deja dos platos con caldo de pollo. Lo ha hecho Dorotea. Será tramposo, pero con todo el esfuerzo que está haciendo no pienso delatarlo.

— Me parece bien. Creo que es lo mejor.

— Venga, empieza tu.

Pienso por donde empezar. Lo de Leti es importante, lo de tomar decisiones sin contármelo también, pero lo que más me afecta es el cambio que ha dado nuestra relación.

— Desde que te enteraste del embarazo... no se... es como si yo no te importara — digo triste tal y como me siento cada vez que recuerdo todo lo que hemos cambiado.

— Emma, siento que pienses así — suelto la cuchara sobre el plato para prestarle atención — la condición para que hablemos es que te comas todo lo que traiga, señorita. Vamos come — espera hasta que vuelvo a introducir la cuchara en el plato — Como iba diciendo, la realidad no es esa. Te quiero más que a nada. Eres la mujer que sacó de la espiral destructiva en la que estaba. Tu me has salvado, Emma.

Es cierto que llevaba una vida entre mujeres y sexo, pero llegar al punto de salvarle es pasarse. Además, no se le veía muy mal dentro de esa espiral...

— Creo que exageras.

— ¿Si? —Pregunta levantando una ceja — ¿Sabes cuantos matrimonios he roto? ¿Sabes cuantas mujeres he dejado tiradas cuando me hablaban de lo que sentían por mi? No tienes ni idea de las cosas que he hecho.

Al recordar esos años su cara se torna en una mueca entristecida. Acción reacción. Ying y yang. Siempre ha habido una creencia mística de que toda acción tiene una reacción igual y opuesta. Supongo que en este caso es el sentimiento de culpabilidad.

— Vale, entonces te he salvado — lo señalo con la cuchara en un intento de destensar el ambiente.

— ...Y aquí viene la solución a ese sentimiento que tienes. Te prometo no volver a hacerte sentir como si no me importaras. Cada día, encontraré la manera de demostrártelo.

Noto como el peso que caía sobre mi desaparece al momento. Si él se va a esforzar tanto como está prometiendo, yo también lo haré. Podemos hacerlo, ahora estoy segura.

Se incorpora sobre la mesa para mirar mi plato.

— Buena chica ¿Preparada para el segundo?

Ni me he dado cuenta de que había vaciado el plato. Me ruge el estómago.

Vuelve con otros dos platos. Al posarlos sobre la mesa lo miro sorprendida. Esto si que ha podido cocinarlo él, pero Ian no cocinaría esto, es demasiado estirado.

— ¿Macarrones? ¿Tu? — pregunto sin dar crédito.

— Esta cena es para ti. Es tu plato favorito.

Parece un cretino egoísta que no se da cuenta de las cosas y ahora me sorprende sabiendo que los macarrones me encantan.

— Venga, segundo punto que tenemos que arreglar.

Tengo claro que es lo siguiente que más me molesta. Que se vaya de viaje sin habérmelo dicho antes.

— Tu viaje.

Pincho uno de los macarrones y me lo llevo a la boca. Está delicioso así que me resulta fácil seguir comiendo mientras lo escucho.

— Culpa mía. No tengo ninguna excusa — extiende los brazos sobre la mesa hasta alcanzar mis manos — pero te doy mi palabra de que no volverá a ocurrir. Tengo una duda.

— ¿Cual?

— Doy por sentado que me has ido diciendo las cosas por orden de prioridad ¿En serio lo que menos te molesta es lo de Leticia?

Lo que más tiempo ocupaba mi mente era nuestra relación. Lo de Leti me ha

molestado y mucho además, pero si tengo que ser sincera conmigo misma, lo peor de todo fue enterarme por ella.

Si realmente su socio le dio ese puesto y él no podía hacer nada, me habría gustado enterarme por Ian.

— Supongo que confío en ti — digo dándome cuenta de que son ciertas mis palabras.

— Me gusta que confíes en mi — me regala una sonrisa tan sincera como la tristeza que vi anoche — No voy a engañarte, nunca. Sigue comiendo.

— Entonces suéltame las manos ¿Cómo quieres que coma? — Bromeo — Te toca.

Si yo tenía quejas, no quiero parecer doña perfecta que lo hace todo bien.

— Solo una. Deja de estar a la defensiva y disfruta. Si no te entran los pantalones ¿Qué más da? Si tienes un día malo búscame y lo convertiré en especial para ti. Si estás triste llámame y te haré reír hasta que llores — Contengo la respiración. Jamás nadie me había dicho cosas tan bonitas — Si estás asustada dímelo y desaparecerán los fantasmas que te dan miedo.

Se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas como tantas otras veces en estos últimos días, pero esta vez de alegría, de amor por este hombre.

— Gracias — me froto los ojos para quitármelas — es tan bonito lo que has dicho... que... no puedo creer que haya sido espontaneo.

— Llevo todo el día como un tonto con la libretita por todas partes, por ti haría cualquier cosa.

Las carcajadas nacen en mi estómago. Es tantas cosas a la vez que abruma. Ian el pasional. Ian el frío. Ian el romántico, pero al final todas esas cosas se pueden resumir en una. Mi Ian.

— Eres increíble — río.

He dejado el plato completamente limpio. No tenía ni idea de que tenía tanta hambre hasta que he empezado a comer. No puedo comer absolutamente nada más, estoy tan llena que me aprieta la gomilla del pijama.

— ¿Preparada para el postre?

— Uff, creo que no puedo dar ni un bocado más.

Puede parecer un feo no probar el postre que ha preparado, pero por la cara que pone tengo la sensación de que hablamos de postres distintos.

— Este te gustará — afirma levantándose y caminando hacia mi.

Me tiende una mano que acepto al momento. Antes de que me de tiempo a reaccionar me ha levantado del suelo y me lleva entre sus brazos hacia la habitación.

— No estás montando todo este numerito para que duerma ¿Verdad?

Si me estoy emocionando y resulta que quiere que descanse, me voy a enfadar.

— Esta noche es para ti y para mi.

Capítulo 76

Dejo que el agua resbale por todo mi cuerpo. El baño está lleno de vapor. Podría pasarme horas aquí disfrutando del calor que desentona con el frío del invierno.

Me pongo un albornoz y acerco las manos a la estufa.

Ian lleva días esforzándose. Quien lo ha visto y quién lo ve. Todo se habría solucionado mucho antes si hubiéramos hecho lo que él hizo: sentarnos y hablar de cómo nos sentimos.

Voy a la habitación para vestirme. Un jersey de lana dos tallas por encima de la que solía utilizar y unos pantalones premamá.

Miro mi redonda tripa frente al espejo. Deberíamos llamar a algún programa de televisión de misterios sin resolver. De un día para otro apareció esta forma redondeada que me paso el día acariciando.

— Ya mismo veré tu hermosa carita — susurro una vez más.

En la cocina está Dorotea preparando desayuno para medio planeta, que solo me comeré yo. Otra cosa que ha cambiado de un día para otro es mi apetito.

— ¿Estás lista? — pregunta Ian colgando el teléfono.

— Casi. Devoro lo que ha cocinado Dorotea y nos vamos.

Me siento en una de las incómodas butacas. Nunca me había resultado tan duras y altas, pero puedo decir con total seguridad que les estoy cogiendo tierra.

Me bebo el zumo de naranja, un par de tostadas y un café descafeinado. Me lo como a toda prisa. No quiero llegar tarde al trabajo aunque nadie me vaya pedir explicaciones.

— ¿Te preparo algo más? — pregunta Dorotea.

— Ese es tu plan ¿Verdad? Cebarme como un cerdo para que Ian me deje — bromeo señalándola con el dedo.

— No digas tonterías — contesta avergonzada.

— Es usted malvada — acusa Ian a Dorotea. Coloca su mano sobre mi vientre — Nunca os voy a dejar.

No tiene precio ver cómo le suben los colores y se pone roja como un tomate. Entre risas me pongo el abrigo y nos vamos.

Hoy es el día que Ian se va de viaje. Mañana por la noche vuelve, me repito una y otra vez, no es tanto tiempo aunque lo voy a echar increíblemente de menos. Ya lo extraño y está a mi lado.

— No quiero que te vayas — admito mientras bajamos en el ascensor.

— Ni yo quiero irme, créeme — acerca mi cabeza hasta su hombro y deja un beso sobre mi pelo — pero tengo que hacerlo.

Nunca entenderé a los hombres de negocios ¿De qué sirve ser jefe? De absolutamente nada. Tienes que trabajar y viajar igual.

— Pero mañana por la noche estarás aquí ¿Verdad?

— Antes de que puedas darte cuenta — asegura — esta tarde vendrá mi madre para que no estés sola.

La madre de Ian es una mujer encantadora. Es una lástima que no nos veamos más a menudo. Las pocas veces que hemos pasado juntas siempre tiene alguna anécdota que contarme de cuando sus hijos eran pequeños.

Escuchar esas historias hace que lo conozca mejor, que lo comprenda un poco más.

— Te llevo al trabajo y me voy al aeropuerto. Voy un poco justo de tiempo.

¿Qué? Ni hablar. Pienso acompañarlo hasta la puerta del avión o hasta donde me dejen.

— No, voy contigo y después que Max me lleve al trabajo — antes de que pueda negarse pinto en mi cara una mueca de tristeza — por favor.

— ¿Cómo voy a negarme? Haces conmigo lo que quieres.

En el garaje está Max preparado delante del coche. No le he preguntado a Dorotea como les fue la cena. Hago nota mental de someterla al tercer grado en cuanto salga de trabajar.

— Buenos días ¿Cómo estás? — sonrío y le doy un codazo a la vez que le guiño un ojo.

Se recompone al momento. No puedo creer que haya hecho esto delante de Ian. Solo quería avergonzarlo un poco por su cita con Dorotea, pero Ian no tiene ni idea de eso.

Nos sentamos detrás. Ian pulsa un botón y sube un cristal para separarnos del conductor.

— ¿Acabas de tontear con Max?

— No...¿Cómo voy a tontear con él? Podría ser mi padre.

Es ridículo pensar eso.

— Entonces ¿A qué ha venido ese guiño de ojos? — pregunta serio.

Bajo la voz hasta convertirla en un susurro.

— Después te lo cuento, pero te vas a sorprender.

En cuestión de un parpadeo estamos en el aeropuerto. Me bajo del coche.

— Sigo sin querer que te vayas — lo abrazo.

Siento un miedo que no había sentido desde que mis padres murieron. Un miedo tan atroz que me oprime el pecho. El miedo a la pérdida, a que ocurra algo y no vuelva a verlo.

— ...Y yo sigo sin querer irme — corresponde a mi abrazo. Acerca la nariz a mi pelo y respira — te voy a echar de menos. Te quiero.... os quiero, no lo olvides.

Después de darme un beso fugaz, veo como arrastra la maleta al interior del recinto. Me vuelvo a sentar dentro con un vacío en mi interior. El coche me parece demasiado grande sin él a mi lado.

— Gracias por traerme Max — agradezco.

— No hay de que. A las dos vendré a recogerla.

Lo cierto es que tengo ganas de trabajar. Tener la mente ocupada en números y cuentas siempre me ha fascinado y es una forma de que no piense a todas horas en Ian.

Al principio se me hizo duro volver al trabajo. La habitación donde todo comenzó, pero poco a poco me he ido acostumbrando. Will intento que tuviera una compañera en la mesa de Peter. Me negué en rotundo. No quería volver a compartir despacho con nadie, prefiero estar sola.

Reviso uno de los papeles que acabo de sacar de una caja.

Comida de empresa.

.Ensalada mil hojas de marisco

.Entrecot de buey con salsa a la pimienta verde.

.Coulant de chocolate con vainilla y arena endurecida.

Total: 400€

Esta factura me parece un poco rara así que continuo leyendo prestándole más atención.

La cena fue un viernes por la noche para un total de dos comensales. Decido llevársela a Will y ya de paso comentarle que hay muchas como esta. Si Peter se hacia el tonto y no daba parte no me importa. Yo si lo voy a hacer.

Toco a la puerta y espero.

— Pase.

— Hola Will, quería enseñarte esta factura, pero si estás muy liado lo dejamos para otro momento — digo en cuanto veo un montón de carpetas sobre la mesa.

— Dime ¿Qué le ocurre a esa factura?

— Pues... creo que no es una comida de empresa... a ver... es una cena claro — me aturullo intentando explicarme bien — pero parece que es de pareja. Vamos que te la han colado.

— Deja que la vea.

Se la tiendo. Espero hasta que la lee y la relee varias veces.

— ¿Has visto más como esta?

Ingenuo. Hay muchas como esta. Estoy segura.

— Hoy no, pero Peter me dijo que era habitual hacerlo.

Presiona el botón del interfono y le pide a su secretaria que cancele todas las citas de la tarde.

— ¿Puedes quedarte esta tarde y revisar algunas cajas conmigo?

Si fuera cualquier otro día me habría molestado, pero hoy con Ian de viaje prefiero estar trabajando que en casa sola.

— Claro — acepto sin dudar — pero tu le dices a tu madre que no puedo quedar con ella porque tengo trabajo.

— Yo la llamo no te preocupes y gracias.

Tengo la sospecha de que Will no sabe hasta que punto sus empleados le han estado robando e inflando las facturas. Esta noche, cuando sea consciente de todo, algo en mi interior me dice que va a haber grandes cambios en la empresa.

Capítulo 77

Will da vueltas por la habitación, enfadado. Sabía que muchos compañeros metían facturas en las cuentas de la empresa, pero el desfaldo puede llegar a rozar varios millones.

— ¿Cómo no me he dado cuenta antes? ¡Me han estado robando!

Estampa el puño contra la mesa que cruje de una forma preocupante.

— Will, cálmate. Algo podrás hacer ¿No?

Por regla general se termina el contrato con la persona que intenta engañar a la empresa, pero hay tantos involucrados que no sé muy bien cómo va a actuar.

— Por supuesto. Voy a renovar la plantilla.

A la calle. Todos. ¿Va a mirar uno a uno o va a despedir indiscriminadamente a todos? Está tan alterado que no me atrevo a preguntarle.

— Pero estas facturas son solo de un par de años — puntualizo — ¿Vamos a mirar todas?

Son las tres de la mañana. No quiero ni pensar cuanto tiempo podemos emplear en revisarlo todo. Es imposible, necesitamos ayuda. Puede que lo que le haga falta a la empresa sea una auditoria a fondo.

— Se va a revisar todo, Emma. Panda de buitres... Aquí ya no podemos hacer nada. Te llevo a casa.

Antes de que me dé tiempo levantarme, suena mi móvil. Solo una persona me llamaría a estas horas.

—Dime ¿Qué haces despierto?

Pensaba que se habría acostado hace algunas horas.

— Que haces despierta tu — acusa claramente enfadado — Necesitas dormir y descansar.

Respiro hondo. Prometimos poner de nuestra parte y voy a cumplir mi promesa.

— Lo sé, lo sé, cariño. Acabamos de terminar. Will ya me iba a llevar a la casa y mañana me ha dado libre para que pueda recuperar sueño — me giro hacia Will que sigue la conversación— ¿Verdad? — le pregunto.

— ¡Si, hermanito! ¡Mañana a dormir todo el día! — bromea siguiéndome el juego.

— Está bien. Llámame cuando llegues a casa. Te quiero.

Mañana por fin lo tendré de vuelta, solo unas horas de espera. Escucho el pitido que me avisa de que ya no está al otro lado de la línea.

Me pongo el chaquetón y guardo el móvil en uno de los bolsillos.

El trayecto en coche lo hacemos en silencio. Es tan raro ver a Will serio. Yo sabía lo que estaban haciendo sus empleados y no dije nada, en parte soy culpable. Hace mucho tiempo que tendría que habérselo dicho.

Para el coche frente al garaje.

—No te preocupes, recuperarás tu dinero — intento animarle aunque de poco sirven las palabras vacías.

— El dinero no me preocupa ¿Qué clase de personas trabajan para mi? Eso es lo peor... bueno, llama a mi hermano antes de que le de algo y lo decía en serio, mañana descansa. Te he entretenido demasiado hoy.

Joder, en realidad prefiero ir a trabajar ¿Qué voy a hacer todo el día en casa metida? Pero no puedo luchar contra dos Garret, es una pelea perdida.

Entro a paso ligero. El garaje está más oscuro de lo normal. Todo está en

penumbra. Camino conteniendo la respiración. Vamos Emma, no tienes diez años. Serénate y piensa de forma racional.

Solo unos metros me separan de la puerta del ascensor. Doy un paso y al momento escucho un crujido bajo mis pies. Cristales. Todo está más oscuro porque alguien ha roto las bombillas.

Mi corazón parece un caballo galopando. Entrelazo los dedos una y otra vez para evitar que me tiemblen como lo están haciendo.

Acelero el paso, pero me planto en seco cuando veo los coches de Ian. Todos ellos tienen algo escrito en la luna delantera y los faros rotos.

Desde donde estoy no logro leer lo que hay escrito así que me acerco. Mientras camino, un horrible hormigueo asciende desde mis dedos hasta los hombros.

Saco el teléfono. Busco el número de Will y pulso la tecla verde. Me paro delante del coche. Dos palabras que se repiten una docena de veces, escritas con pintura blanca.

TU CULPA

— Dime — descuelga la llamada por fin. Escucho un ruido de pasos a mi espalda — Emma, dime.

Muevo los ojos de forma frenética. No se quien es ni si es peligroso, pero quien haya hecho esto está muy enfadado.

— Will...— susurro — hay alguien.

Estalla otra bombilla del techo. Respondo con un grito que intento mitigar al momento. Suelto el teléfono y me tapo la boca. Doy pasos hacia atrás hasta pegarme contra la pared.

— ¿¡Quién eres!? ¡¿Qué quieres?! — grito.

Todo lo que me rodea es un absoluto silencio.

— Suuuuuuuu cuuuuulpaaaaa — suena una voz metálica.

No es una voz humana. Suena como si alguien hablara a través de uno de esos aparatos que distorsionan la voz.

Por el amor de Dios ¿Dónde está Will? Cuando le he llamado no podía estar muy lejos.

Me tapo la cara con las manos repitiéndome una y otra vez que es una maldita pesadilla y que me despertaré en la cama con Ian a mi lado.

La puerta sale volando y Will aparece tras ella. Corre hacia mi en cuanto me ve.

— ¿Qué ocurre? La policía esta punto de llegar.

Le señalo los coches para que los vea. Quienquiera que haya hecho esto, está muy trastornado.

— Había alguien... no le he visto, pero... ha dicho algo...

Me agarra del brazo y me ayuda a incorporarme.

— Vamos a esperar fuera. Aquí casi no se ve.

Salimos a la calle mientras esperamos a la policía. Dudo mucho que siga ahí dentro. Aunque esta noche es una de las más frías que hemos tenido hasta ahora, me quito la chaqueta y la dejo sobre el capó del coche de Will.

Tengo la frente perlada de pequeñas gotas de sudor.

Las sirenas comienzan a sonar a lo lejos. En pocos minutos han parado delante nuestra tres coches de policía, de cada coche salen tres hombres. Varios se acercan a nosotros y el resto entra en el garaje.

— ¿Estáis bien? — pregunta un hombre unos años mayor que yo.

— Si — contesto sin estar muy segura — había alguien ahí dentro.

— Muy bien. Alejaros un poco. Ya nos ocupamos nosotros.

Apoyo la cabeza sobre el hombro de Will. La subida de adrenalina tiene un problema muy serio, que después viene la bajada. El miedo que he pasado comienza a pasarme factura. Mi piernas tienen un leve temblor que disimulo, ya fui la pobrecita Emma una vez, no volveré a serlo.

Una punzada en el estómago me obliga a inclinarme.

— ¿Qué te pasa? — Pregunta Will preocupado.

Solo ha sido un instante de dolor, pero la sensación es la misma que si te clavaran una alfiler.

— Nada, nada. Estoy bi...

Antes de poder terminar de hablar me da otra punzada, esta vez más larga y más fuerte. Caigo de rodillas al suelo. Aprieto los dientes asustada.

Por favor, que no le pase nada a mi pequeña, que esté bien. Will me agarra por el brazo, pero no le presto atención. Lo único en lo que puedo pensar es en que no quiero perder a mi princesita.

Capítulo 78

Me montan en una ambulancia. Las sirenas suenan por todas partes. El médico me picha en el brazo y me coge una vía.

No puedo pensar con claridad. Cada pocos minutos un dolor hace que me retuerza en la camilla. En cuanto las medicinas entran en contacto con mi sangre las punzadas se calman.

— Joder, Voy a llamar a Ian — Will está en un asiento improvisado peligrosamente cerca de la puerta.

Ni hablar. Ya le fastidié la fiesta ayer y no pienso volver a hacerlo. Está de viaje de negocios y hasta que no sepa lo que está ocurriendo no voy a preocuparle.

— No... — Musito atontada — no lo llames.

— Emma, tiene que saber todo lo que ha pasado esta noche.

Tiene que hacerme caso. Intento incorporarme un poco. El médico se apoya sobre mi hombro, impidiéndomelo.

— Will, por favor — hago más fuerza. Necesito explicarle — Will, no lo llames.

— Señorita, si no se calma tendremos que sedarla — se gira hacia Will con el rostro enfurecido — y usted cállese, este no es el momento de discutir nada.

Lo único que quiero es que mi pequeña esté bien y llamar a Ian cuando todo se haya quedado en un susto ¿De qué serviría llamarlo ahora? Está lejos, depende de un avión y va a estar preocupadísimo hasta que llegue.

— ¿Qué tengo doctor? — pregunto.

Otra vez vuelven las punzadas. Me coloco de lado en la camilla hasta convertirme en un ovillo.

— Son contracciones y hay que pararlas lo antes posible.

¿Contracciones? Pero si solo estoy de tres meses... no soy una erudita en el tema... pero juraría que si el bebé nace ahora va a ser un problema.

En cuanto llegamos al hospital, sacan la camilla corriendo y atravesamos un largo pasillo. Will corre a mi lado sin soltarme la mano.

De un momento a otro ha desaparecido. Lo necesito aquí conmigo.

— ¿Dónde está? — Pregunto a una enfermera — El hombre que venía conmigo ¿Dónde está?

— Tranquilícese señorita. Esta zona solo es para personal autorizado, pero pronto podrá verlo.

Entramos en una sala enorme llena de cama que tienen aparatos a ambos lados. Me levantan entre varias personas y me tumban en una de ellas.

Todos se mueven como si de un baile perfectamente sincronizado se tratara, saben lo que tienen que hacer sin necesidad de que nadie se lo diga.

Inyectan una jeringuilla dentro del gotero y en pocos segundos las contracciones cesan. Los párpados me pesan cada vez más, y aunque lucho por mantenerlos abiertos, me cuesta muchísimo.

— ¿Por qué tengo tanto sueño?

— Te hemos administrado un tranquilizante — explica una enfermera muy amable — es importante para el feto que estés tranquila.

Asiento con la cabeza para que la enfermera comprenda que la he entendido y acto seguido, cierro los ojos dejándome llevar por un sopor imposible de resistir.

Abro los ojos y la primera persona a la que veo es Will. Paseo la mirada por la sala. En algún momento mientras dormía me han trasladado a una habitación privada para mi sola.

Will tiene el teléfono entre las manos. Se dedica a darle vueltas entre los dedos.

— ¿Cómo esta? — pregunto con la voz ronca. He debido de dormir mucho porque por la ventana entra un sol radiante — El bebé ¿Cómo está?

Se levanta de un salto y en dos grandes zancadas está junto a la cama.

— Joder Emma — se pasa las manos por el pelo, nervioso — está a punto de darme un ictus.

— El bebé Will — vuelvo a repetir.

— Bien, estáis bien los dos.

Y por primera vez desde que me dejó en la entrada del garaje, respiro aliviada. Voy a poder verle la carita, voy a poder abrazarla y cuidarla toda mi vida.

Ahora que está todo más o menos solucionado mi mente se centra en la segunda cosa más importante y preocupante.

— ¿Ha averiguado algo la policía?

Will baja la mirada y después de soltar un largo suspiro, la vuelve a enfocar en mi.

—Déjanos ese tema a nosotros y no te preocupes. El médico ha sido claro. Tienes que guardar reposo y estar tranquila.

¿Quiere que me mantenga al margen? Lo que me está pidiendo es que no me preocupe ni me interese, definitivamente el susto lo ha dejado tonto.

— Estaré tranquila en cuanto sepa quién entró — explico — Por cierto, ¿Cuánto tiempo he dormido?

Sonríe contento de que cambie de tema.

— Eres una marmota. Has dormido un total de once horas ¿Necesitas que te traiga algo? ¿A Ian por ejemplo?

Joder, no quiero preocuparle, pero ya debe estarlo porque es casi mediodía y no ha tenido señales mías. El móvil lo tiré en el garaje cuando me asuste así que no tiene forma de contactar conmigo.

— ¿Te ha llamado? — pregunto temiendo la respuesta.

— Ni una sola llamada, raro ¿Verdad?

Si es raro, es muy raro que no me haya llamado.

Me incorporo un poco. Noto algo sobre mi estómago. Destapo las mantas y descubro unas bandas elásticas rodeándome. Deben de servir para controlar los latidos del bebé por el sonido que hace la máquina pegada a la cama.

Alguien abre la puerta. Ian aparece al otro lado. Se acerca despacio a la cama y yo contengo el aliento sin dar crédito a lo que ven mis ojos.

— Me alegra ver que ya has despertado — dice emocionado.

¿Qué hace aquí? No puedo creer que Will lo haya llamado. Es una alimaña rastrera y traicionera.

— ¿Le has llamado? — encaro a Will visiblemente enfadada.

Levanta las manos haciéndose el inocente.

— Emma... — llama mi atención Ian — él no me ha llamado, aunque debería haberlo hecho.

— ¿Entonces?

— Te pedí que me llamaras cuando llegases a casa... y no solo no me llamaste sino que cuando te llamé yo, me contesto un policía.

No he pensado en que él podía llamarme. Ahora entiendo lo tranquilo que estaba Will cuando le he preguntado por Ian. Estaban compinchados.

— ¿Sabemos quien entró?

Los dos hermanos se lanzan una mirada que no se descifra.

— No quiero que te preocupes por nada. Yo me encargo.

— ¿Qué me escondéis? — pregunto sabiendo que traman algo — Ya estoy preocupada Ian. El que le haya hecho eso a tus coches está loco, créeme.

En mi cabeza se repite una y otra vez la voz metálica diciendo: su culpa ¿La culpa de qué? Tengo unos cuantos sospechosos y pondría la mano en el fuego a que no me equivoco.

— El médico ha dicho que necesitas reposo y tranquilidad. Quieras o no lo vamos a cumplir — sentencia dando por zanjada la conversación.

Estaría muchísimo más tranquila si supiera quien me dio el susto de mi vida y lo viera entre rejas, con tratamiento psiquiátrico, por supuesto.

Quizás Sarah... ella le tiene mucho rencor y después de humillarla como lo hizo mucho más. Tal vez Leti... lleva tanto tiempo enamorada de Ian que ni me acuerdo de cuando empezó su "romance", pero una cosa está clara: Se terminó porque yo me entrometí.

Capítulo 79

Bajo la ventanilla del coche. Sentir el aire frío en la cara me gusta. Respiro profundo y cierro los ojos.

No me fijo en el camino que sigue Max hasta que para el coche delante de mi casa. Él no tomaría esa decisión por iniciativa propia, alguien le ha tenido que decir nuestro destino, y ese alguien solo puede ser Ian.

— ¿Por qué estamos aquí?

— Es mejor que durante unos días evites el garaje — explica.

Aunque lo primero que quiero hacer es decirle que no piense tonterías, en el fondo creo que es lo mejor. Solo con pensar entrar ahí y ver los coches con las pintadas... me pone nerviosa.

— ¿Cómo va a ser capaz usted de estar en un pisito de sesenta metros? — Bromeo — Tengo una ducha y vas a tener que fregar los platos, porque lavavajillas tampoco tengo — levanto una ceja y le regalo una media sonrisa. A ver que me dices a esto.

— Vas de listilla ¿Eh? Hombre previsor vale por dos.

No entiendo lo que quiere decir hasta que llegamos al piso. Dorotea está dentro. Tiene una escoba entre las manos y barre de una forma tan frenética que cualquiera diría que la persigue el diablo.

— ¿Qué haces aquí? — le lanzo una mirada fulminante a Ian — deja eso, por favor.

— Habéis llegado pronto. En cinco minutos termino — me ignora deliberadamente — Vaya susto nos has dado. Túmbate y descansa.

Con ella jamás podría enfadarme. Es tan maternal y tierna que levantarle la

voz a esta mujer debería ser pecado.

Voy hasta el sillón y me siento. Incómoda miro como Dorotea limpia sin parar. Me gustaría ayudarla pero dudo que ninguno de los dos me deje. Suelto un resoplido y me echo hacia atrás mientras me cruzo de brazos.

Suena el timbre. Me levanto de un salto y voy hacia la puerta. Como me digan que abrir una puerta es un esfuerzo me voy a poner de los nervios.

En cuanto la abro, el rostro de Toni me sorprende ¿Qué hace este aquí? Hace unos días que nos vimos y la conversación fue cuanto menos incómoda. Ni que decir tiene que se me olvidó por completo contarle a Ian que nos encontramos por casualidad. Me voy a meter en problemas.

— ¿Qué haces aquí? — pregunto imprimiéndole todo el asco que puedo a la pregunta.

— Solo venía para ver como estab... quiero decir... que... bueno... siento lo del otro día — se mete y saca las manos del bolsillo de manera nerviosa.

Ian se ha acercado hasta la puerta. Con cuidado me aparta. Coge a Toni del cuello de la camisa y lo estampa contra la pared.

— ¿Qué sientes exactamente? — gruñe.

Enfadado es capaz de cualquier cosa, lo sé. Me acerco a él por la espalda y le agarro del brazo.

— Déjalo, vamos. No merece la pena.

Sin apartar la mirada de Toni, no se mueve ni un centímetro.

—No te metas, Emma.

¿Qué no me meta? ¡Pero si no sabes ni de lo que estamos hablando! Solo fueron unas palabras desafortunadas y claramente él fue el humillado.

— Nos encontramos — balbucea Toni — y le dije algunas cosas... solo he venido para disculparme.

— Ya lo has hecho. Si vuelvo a verte. Si sospecho que estás metido en algo más. Si creo que vas a ser un problema para nosotros, te buscaré y te encontraré — sigo detrás de Ian sin poder reaccionar. Está tan enfadado que temo entrometerme — y acabaré contigo.

Lo separa de la pared y lo empuja hacia el ascensor. Sin esperar para ver que hace, da media vuelta y cogiéndome de la mano entramos en el piso.

Me la he cargado. Con su viaje y lo que pasó después... lo había olvidado. No puede culparme por tener mala memoria ¿O sí?

En el salón va de un lado para otro.

— Ian, se me olvidó contártelo, pero no fue nada.

Levanta la mano. Se sienta en el sofá y entierra la cara entre ellas. Respira un par de veces profundamente para terminar mirándome.

—Cuéntame lo que hablasteis — pide en un tono demasiado suave.

— A ver... me dejaste en el trabajo y chocamos antes de que entrara. Me preguntó si seguíamos juntos y le enseñé el anillo, después me dijo que estaba más gorda y le dije que estaba embarazada — Ian me atiende sin decir nada. Estoy totalmente perdida. No sé si está enfadado o no — y le dije que era un lastre para el país...

Espero a que diga algo. Dorotea ha dejado de limpiar y también presta atención a nuestra conversación.

— Vale, Hoy vendrá la policía a preguntarte que pasó en el garaje por que en el hospital me negué. Tienes que contarles esto también.

Me tiende una mano que acepto sin dudar. Es increíble que no hayamos terminado discutiendo. Me siento a su lado dándole vueltas a lo que acaba de

decir.

— ¿Crees que Toni? — no puedo ni terminar la frase. Él no haría algo así, no lo haría — ¿Crees... que ha tenido algo que ver?

— Todo puede ser y capaz lo veo. El caso es cariño, que no puedes olvidar ese tipo de cosas. La policía tiene que saberlo todo.

Si Toni no se hubiera plantado hoy aquí, ni siquiera se me habría ocurrido pensar que es importante para la investigación y ahora que Ian me lo ha sugerido... lo veo de lo más probable.

Continúo sentada en el sofá esperando a la policía. Cada vez estoy más nerviosa por recordar cada detalle de esa noche.

— ¿Quieres una manzanilla? — pregunta Dorotea guardando los trapos de la limpieza.

Lo cierto es que me apetece, pero no quiero abusar de su amabilidad.

— Ya te he dado suficiente trabajo hoy. Muchas gracias por venir.

Ian me mira durante un segundo y después niega con la cabeza adivinando mis pensamientos.

— Vengo encantada, Emma. Te voy a hacer una tila ya verás lo bien que te sienta — afirma caminando diligentemente hacia la cocina.

Vuelve a sonar el timbre. Me muevo nerviosa en el sofá mientras me retuerzo los dedos. Ha llegado el momento de rememorar todo.

— Buenas tardes señora Garret. Soy el agente Harrison. Necesito hacerle unas preguntas sobre lo que ocurrió anoche.

Es un hombre altísimo, de nuestra edad, aunque puede que tenga unos pocos años más. Lleva el pelo engominado hacia atrás y unos bonitos ojos castaños.

Arrastra una silla hasta acercarla al sofá. Saca una libreta y después de carraspear comienza con las preguntas.

— ¿Puede decirme exactamente como ocurrieron los acontecimientos?

—Entré en el garaje y me fijé en que había menos luz de lo normal — entrecierro los ojos intentando recordarlo todo — pisé unos cristales y levanté la vista, habían roto las bombillas.

Paro de hablar. Ahora es cuando empieza lo peor. Dorotea se acerca con la tila entre las manos. Ian se sienta a mi lado y recoge mis manos entre las suyas.

De una forma u otra tienen que dar con el que entró y destrozó los coches. Tengo que hacerlo lo mejor que pueda y ayudarles en todo lo que esté en mi mano.

Capítulo 80

El inspector se va con toda la información que he sido capaz de recordar. Ian cierra la puerta después de despedirlo. Se queda donde está con la mano sobre el pomo.

— ¿Estás bien? — pregunto preocupada.

— Es por algo que he hecho yo... ¡Es por mi maldita culpa! — Baja la cabeza
—No debería haberme ido.

No puede sentirse culpable. Quiero decir, todos nos equivocamos y hacemos cosas que pueden dañar a otras personas, pero eso no justifica que entren en una propiedad privada y te rompan los coches.

— Si — contesto con un tono normal — no deberías haberte ido —se da la vuelta. Odio ver la culpabilidad reflejada en sus ojos — pero tengo la solución: nos cosemos el uno al otro y así podemos ser siameses. Todo el día juntos por si un trastornado nos ataca.

Cada uno tiene su trabajo y su horario. Tiene que comprender que aunque estemos juntos todo el rato, si alguien le quiere hacer daño lo hará.

— ¿No estás enfadada conmigo por haberte dejado sola?

— Claro que no. Estoy un poco enfadada con Will, rompió la puerta y estaba abierta — bromeo.

Consigo sacarle una sonrisa que ilumina tanto como un rayo de sol en plena tormenta.

— ¿Estás cansada?

Como voy a estar cansada si no me han dejado hacer nada.

— Nada, en realidad si tienes pensado que hagamos algo te lo agradecería.

Coge las chaquetas del perchero y me tiende una. Eso es claramente un si. Si no tuviera la edad que tengo me pondría a dar saltitos de alegría.

Salimos a la calle. Hay un coche patrulla parado frente al portal. Algo me dice que está aquí por nosotros.

— ¿Nos están vigilando? — pregunto bajando la voz. Los recuerdos de Peter vienen a mi memoria aunque espero que no tenga nada que ver con lo que ha ocurrido.

— Nos están protegiendo.

Max está detrás de ellos. No me sorprende que se hayan trasladado a mi piso para seguir haciendo su trabajo. Cualquiera otra persona se habría tomado estos días como vacaciones, pero ellos no. Ellos seguirían a Ian al mismísimo infierno si se lo pidiera.

Nos sentamos en la parte trasera y sin esperar a que le dé instrucciones arranca. Eso es porque ya sabía que íbamos a salir y a donde.

Miro por la ventanilla intentando adivinar cual es nuestro destino, nada de lo que veo me hace sospechar donde vamos.

Unos minutos más tarde para el coche delante de un concesionario. Miro a Ian enarcando una ceja. Los hombres y sus juguetes...

— ¿Vas a comprarte un coche? — pregunto sabiendo la respuesta.

— Dos, en realidad.

¿Y por qué no diez? Comprar coches como el que compra golosinas puede llegar a ser insultante para cualquier trabajador normal que no tiene en su cuenta bancaria siete ceros.

— ¿Cual te gusta?

No tengo ni idea de coches. El que yo tenía lo eligió Toni.

— No se... ¿Aquel? — señalo un mini.

— Tiene que ser potente y seguro, y ese no es ninguna de las dos cosas.

— Pues elige tu. Yo de coches solo se que tienen cuatro ruedas — contesto a la defensiva.

Camina despacio entre ellos hasta que se para delante de uno.

— ¿Qué te parece este? — pregunta abriendo la puerta del conductor para que lo mire por dentro.

— Es bonito y grande.

Busca con la mirada al dependiente. Un hombre trajeado con una corbata deslucida y una sonrisa exagerada.

— Buenas, queremos dos Mercedes GLA. Uno en negro y el otro... ¿Qué color te gusta Emma?

Coloco un dedo sobre el labio, pensando.

— Gris metalizado.

Se le borra la sonrisa al momento al dependiente. Seguro que el hombre no está acostumbrado a vender dos mercedes de una manera tan fácil.

— ¿Dos? — pregunta.

— Queremos todos los complementos. Prepare el papeleo y en unas horas vendremos a buscarlos.

Ian ignora su pregunta a conciencia. Si vuelve a poner la cara de ¿Es qué puedes pagar dos coches tan caros? Se va a meter en problemas.

— Por supuesto, señor — cambia el peso de una pierna a otra — si es tan amable de venir conmigo a la oficina...

Media hora después están pagados y con la firme promesa de que al final de la tarde podrá ir a buscarlos.

Volvemos con Max que se ha quedado fuera durante todo el proceso. Esta vez no me siento culpable por él. Lleva unos pinganillos en las orejas y parece estar escuchando un partido de algo.

— ¿Te gusta tu coche? — pregunta Ian.

Dejo de caminar. Me quedo donde estoy sin poder apartar la mirada de él. ¿Mi coche? Sin saberlo acabo de elegir un coche carísimo para mi.

— No puedes gastarte esa cantidad de dinero en un coche para mi.

— Querrás decir que no po — de — mos — deletrea dándole demasiado énfasis a cada sílaba — gastarnos esa cantidad de dinero, pero si podemos.

Si, si. Ya me se todo el rollo de lo tuyo es mío y lo mío tuyo. Aun así, no me gusta ser un gasto.

— No quiero que te lo gastes en mi. Creía que como tus otros coches quedaron tan mal... creía que te ibas a comprar estos dos.

— Emma — ahí vuelve la voz cansada — estamos hablando de seguridad. Tu eres mi mujer y llevas a mi hija dentro ¿Piensas que voy a permitir que conduzcas una tartana o vayas en metro? Además, no hemos terminado con los recados.

Para terminar la jornada, Max para el coche en la casa de los padres de Ian. Han estado muy preocupados, pero no querían molestar así que los vamos a visitar nosotros para que vean que todo está bien.

Tengo que acordarme de decirle a la madre que puede venir a visitarnos siempre que quiera, es una tontería que piense que molesta.

Al parecer todos menos yo sabían que íbamos a ir porque no falta nadie.

— ¡Emma, cariño ¿Cómo estás? — Pregunta la madre de Ian sujetando mi cara entre sus manos mientras me da besos a diestro y siniestro en las dos mejillas — estábamos tan preocupados... ¿Sabe la policía quien ha sido?

— Estoy bien — sonrío sincera — aun no saben nada, pero tenemos hasta un coche vigilando la casa así que estamos protegidos.

— Ven, vamos a tomarnos algo. Todos han venido para verte a ti.

¿A mi? Llevo tantos años sola que, estar en una ocasión familiar y porque se hayan preocupado me emociona. Nunca más volveré a estar sola.

Helena está sentada un par de asientos separada de Will y aunque intenta disimular, se le nota que algo ha pasado entre los dos. Voy hacia ella sin dudar.

— ¿Qué haces aquí? — pregunto por no iniciar una conversación no sospechosa delante de la gente.

— Verte a ti. Eres la chica del momento — bromea — me alegro de que estés bien.

Aprieto los labios. La alegría no le llega a los ojos. Eso es demasiado raro en ella. Helena es la clase de mujer que desprende alegría por donde va. Todo tiene un punto positivo aunque la situación sea la peor del mundo.

— ¿Tu estás bien?

— Si... no se... supongo — duda.

¿Desde cuándo se anda con tantos rodeos conmigo?

— ¿Quedamos mañana?

Asiente con una gran sonrisa que ni de lejos me creo. Miro a Will, que nos

observa y aunque fue mi salvador en el garaje, le lanzo una mirada fulminante. Si es el causante de que mi amiga esté así, se las verá conmigo.

A última hora de la tarde nos despedimos con la excusa de ir a por los coches. Tantas ganas que tenía de salir y hacer cosas y estoy realmente agotada.

Llegamos al concesionario. Los dos coches son preciosos. Me siento mal por lo carísimo que ha sido, pero es una belleza perfecta y letal capaz de fabricar su propio viento si lo llevas al límite.

— Venga. Móntate — Ian me tiende la llave.

— ¿Me vas a dejar conducirlo? ¿Es que te has dado un golpe en la cabeza?

Pero incluso antes de terminar la frase le he quitado la llave de las manos. Si no pone ningún impedimento, no voy a ser yo quien se niegue.

—No digas tonterías —ríe al verme tan contenta — no corras. Yo iré en el otro.

Me siento dentro y respiro el olor a cuero nuevo. Paseo la mano por el salpicadero y por el volante. Este coche es una obra de arte.

Ian arranca. Conduce hasta ponerse delante de mí. Giro la llave para seguirlo y escucho el motor. Solo Mercedes podría hacer esta maravilla.

Antes de salir, abro la guantera para comprobar que todos los papeles que necesito están dentro y más si tenemos en cuenta que la policía custodia mi piso.

Un sobre encima de la carpeta me llama la atención. Escrito sobre él en unas letras grandes y negras pone:

Emma

Lo abro sin dudar. A lo mejor es otra sorpresa de Ian.

23/01/2010

Querido diario.

He estado dos días sin escribir porque no me encontraba con fuerzas. Hace dos noches estuve con Ian...

¿Pero qué es esto? ¿Es el diario de alguna mujer? ¿Qué hace en mi coche?

Ian sigue parado delante de mi. Guardo el sobre y arranco. Esperaré a que esté dormido para leerlo porque si se lo enseño, estoy segura de que no dejara que la lea y se la dará a la policía.

Capítulo 81

Mientras Ian se ducha, saco la tarjeta nueva del monedero. Uno de los recados que tenía pensado era hacer tarjetas a mi nombre de su cuenta bancaria.

Encima de ella veo mi nombre troquelado: Emma Garret.

No le puse muchos impedimentos porque no pienso usarla a no ser que sea para una emergencia. Vuelvo a guardarla para dejar de verla. Adaptarse a la vida de un hombre como Ian puede llegar a ser duro y agotador.

Toco con la yema de los dedos el sobre con mi nombre escrito ¿Qué contará ¿De quién será? Y sobretodo ¿Quién la ha dejado en mi coche?

— ¿Quieres ducharte? — pregunta Ian entrando en el salón con una toalla que le queda demasiado pequeña y demasiado bien.

Lo miro de arriba a abajo ¿Cómo es posible que tenga ese cuerpo si no va al gimnasio?

— Te vas a resfriar — suelto como si nada.

— Por esa miradita que me has lanzado, merece la pena resfriarse.

Y si no estuviera tan deseosa de leer la carta, le seguiría el juego, pero no puedo quitármela de la cabeza.

Si le digo que me voy a dar una ducha, corro el pestillo y me meto con el bolso, sería demasiado sospechoso ¿Verdad? La única solución es esperar a que se duerma. Mierda.

— Puede que te hayas imaginado esa miradita — bromeo cambiando la dirección de la conversación — me voy a dar una ducha rápida y... creo que me acostaré — bajo la mirada para ocultar la mentira —estoy muy cansada.

Abro el grifo y dejo que el agua corra. Hace frío y la estufa se rompió hace tiempo así que tendré que contentarme con el calor que deje el vapor.

— Emma — grita Ian a través de la puerta — voy a salir a comprar algo para cenar ¿Necesitas algo?

—No, nada. Ten cuidado.

Pego la oreja a la puerta y contengo la respiración hasta que escucho como cierra la puerta. Salgo corriendo y cojo la carta del bolso.

Cierro el pestillo del baño. Abro la carta una vez más y comienzo a leer.

23/01/2010

Querido diario.

He estado dos días sin escribir porque no me encontraba con fuerzas. Hace dos noches estuve con Ian... Es un hombre tan enigmático, parece tan... tan todo que no vi más allá de mis narices.

La noche iba perfecta. Me llevó a su cabaña y pasamos el mejor día de mi vida. Champan, jacuzzi y sexo... ¿Qué más podía pedir? Creía que tenía a Ian Garret y solo era humo entre mis dedos, una fantasía de una niña pequeña, una utopía en la que yo misma creía.

Al día siguiente me dejó en la puerta de mi casa y le dije que si le parecía bien que nos viéramos esa noche. Su contestación fue tan seca y directa que se me hizo tierra en la garganta. Todavía no puedo creer que no vaya a volver a verlo.

Me dijo que no quería tener nada serio conmigo, nada que fuera más allá que sexo esporádico y que no volvería a verme.

He pasado dos días con la esperanza... la certeza de que iba a llamarme arrepentido y pidiéndome perdón. Estaba segura de que yo era la mujer que había conseguido que olvidara a su odiosa ex mujer, pero no ha sido así.

Ahora me atrevo a contarle todo aquí, rota y enamorada, tonta y enfadada por haber sido el pañuelo de él.

La carta termina así de triste. Es una de las muchas mujeres que han pasado por la cama de Ian y se han ido sin que a él le quiten el sueño.

La persona que dejó esto en mi coche — ¿Que esperaba? ¿Qué lo deje? Llevo mucho tiempo sabiendo como es y lo que hace. Yo misma concertaba sus citas y fui una más de las que pasó por su cama. Solo hay una diferencia. Yo lo enamoré.

Antes de que vuelva de comprar salgo del baño y escondo la carta bajo el colchón. No pienso decirle nada ni reprochárselo.

Me meto rápidamente en la ducha. Me enjabono el pelo y el cuerpo corriendo todo lo que puedo. Si tuviera bañera podría decirle que se me pasó el tiempo disfrutando de un baño relajante, pero en un plato de ducha las mentiras son muy limitada.

Justo cuando estoy terminando de aclararme el jabón, escucho la puerta de la calle. Salgo y enrolló una toalla alrededor de mi cuerpo.

— ¿Estás bien? —pregunta Ian tocando a la puerta.

Como única respuesta abro la puerta para recibirlo tal y como él hizo conmigo.

Tiene una bolsa colgando del brazo. Al verme enarca una ceja.

— ¿Tengo que recordarte que estás cansada?

Muy cansada tengo que estar para que no me atraiga... y ya que no tengo la intriga de saber lo que pone en la carta...

— Creo que la ducha me ha espabilado — intento poner cara de inocente.

— Primero vamos a comer — sujeta entre dos dedos el pico de la toalla y tira

de él hasta que se desliza por mi cuerpo y cae al suelo — y si sigues sin tener sueño... podemos buscar un entretenimiento.

Me gusta la idea. Siento los colores sonrosados en las mejillas.

A regañadientes me pongo el pijama. Si no tengo cuidado me resfriaré. Voy hacia la cocina en busca de Ian que está terminando de preparar la mesa.

— ¿Ensalada? — pregunto poniendo cara de asco.

— Tienes que comer de todo.

— ¿Conoces la expresión " Podría comerme una vaca entera"? Pues no la inventaron porque la ensalada sacie — explico pinchando una lechuga y llevándomela a la boca.

Rompe a carcajadas. Camina hacia mi con la sonrisa pintada en la cara. Coloca su mano en mi mejilla y me acaricia.

— ¿Por qué no me di cuenta antes? Eres luz, Emma.

¿Luz? No tengo ni idea de a que se refieres. Puede que sea una estrategia para que me coma la ensalada.

— ¿Luz?

— La luz que acabó con mis tinieblas. Te quiero pequeña — me desarma. No puedo seguir bromeando después de decirme algo tan bonito.

— Te equivocas. Esta luz es por ti. Tu has hecho que sea posible — coloco la cabeza sobre su pecho.

Permanecemos así durante unos minutos hasta que con un largo suspiro me separo. No era una broma, estoy muerta de hambre.

— También hay ensalada de patata — saca una fuente de la nevera.

Suelto el tenedor de la ensalada como si me quemara entre los dedos y me acerco un poco el plato con las patatas, atún, tomate, aceitunas... tiene muchísima mejor pinta que el otro.

— Mañana he quedado con Helena — explico metiéndome un trozo de patata en la boca — ¿Tu sabes algo de lo que les pasa a esos dos?

— Ni idea ¿Has quedado aquí o vais a ir a algún sitio?

Lo más seguro sería vernos aquí, seguras entre estas paredes y con la policía abajo custodiando la única entrada.

— Aquí — vuelvo a atacar el plato — mmmm está muy buena.

— Dorotea cocina muy bien. Creo que mañana podremos volver a mi casa.

Se supone que estamos aquí por mi. Para que no reviva lo que ocurrió en el garaje... y ni me ha preguntado si estoy preparada para volver... ¿Qué me estoy perdiendo?

Capítulo 82

Cuando despierto Ian ya no está. Me giro sobre mi misma para mirar el reloj de la mesita de noche. Las seis de la mañana ¿Dónde ha ido este hombre tan pronto? Puede que tenga una reunión...

Me levanto de la cama para comprobar si está en la ducha o desayunando algo en la cocina. Nada, se ha ido.

Vuelvo sobre mis pasos para buscar el móvil y llamarlo. Al tercer tono me cuelga. Si está ocupado no quiero ser la mujer neurótica que le llena el teléfono de llamadas.

Suena el característico pi pi, informándome de un mensaje.

« *Estoy ocupado ¿Te encuentras bien?* »

Todo es cada vez más sospechoso. Ian odia los mensajes de texto.

« *Estoy bien, me he preocupado al no verte* »

Estoy segura de que no va a contestar. Cojo el teléfono para llamar a Helena. Antes de que suene el primer tono cuelgo ¡Son las seis de la mañana! Emma, céntrate.

Lo dejo sobre la mesa. Me visto y hago la cama, después, recojo los platos de la cena, los friego y vuelvo a sentarme.

El aburrimiento me rodea. Necesito trabajar o hacer algo. A las ocho no puedo más y llamo a mi amiga.

— ¿Te ocurre algo? — pregunta preocupada.

— Nada, nada, estoy Bien. Estaba aburrida... ¿Te he despertado?

— No, yo tampoco puedo dormir —afirma con la voz triste.

Me alegra que haya otra persona madrugadora.

— ¿Por qué no te vienes? Así me cuentas que es lo que te quita el sueño — espero con ansias a que diga que si.

— Vale, me visto y salgo.

Estoy a punto de colgar del teléfono.

— ¿Oye? — Digo dos octavas por encima del tono normal — trae churros, por favor. Ian está muy pesado con la alimentación saludable.

La escucho reír a través del altavoz. Por lo menos a ella le hace gracia.

— Te voy a llevar churros con chocolates y algunas galletas para que las escondas —contesta riendo todavía.

—Eres la mejor.

La espero sentada en la mesa mientras tamborileo con los dedos. Suena la melodía de mi móvil. El nombre de Ian brilla en la pantalla.

Algo me dice que me está mintiendo. Lo tengo tan claro como que es de día. Dejo que suene hasta que cuelga. Señor Garret, la época de las mentiras se terminó.

Helena toca a la puerta. Al abrir lo primero que me enseña es la bolsa de churros y el botecito con el chocolate. Se lo quito de la mano sin contemplaciones y la invito a entrar.

Tiene unas ojeras negras bajo los ojos muy marcadas.

Cojo un plato para poner los churros en él.

— No tienes buena cara ¿Qué te pasa?

Se pasa la mano por la frente.

— Estoy un poco agobiada — contesta resoplando — el consejo está investigando a Will y van a hacer una auditoria a fondo.

— ¿Por el dinero que desgravaron sus empleados?

Se está poniendo demasiado seria la cosa y Will puede llegar a tener muchos problemas, porque su deber como director era hacer auditorias y comprobar que eran correctas. Dudo que las revisara ni una vez.

— Si. Está muy nervioso. Últimamente solo discutimos — asoma una lágrima que quita rápidamente.

Odio verla triste. Los hermanos Garret son fuertes y luchadores. Pueden con todo.

— Lo vais a solucionar, ya lo verás. Es normal que esté más irascible, está preocupado — explico intentando darle ánimos — dale un poco de tiempo.

— Espero que tengas razón.

Coloco sobre la mesa el plato con los churros y dos tazas con chocolate.

— No tengo hambre, Emma — susurra Helena.

— Ya, ni yo y mira el esfuerzo que tengo que hacer — me meto un churro entero en la boca que consigue sacarle una sonrisa. Parece que hacer el payaso se me da bien — venga come. Hazlo por mini Emma.

— Mira que eres mala.

Si, soy muy mala, pero funciona. Nos inflamamos a comer y poco a poco el ambiente se relaja hasta que terminamos hablando tonterías.

El teléfono no ha vuelto a sonar. No estoy segura del todo de si es una buena o mala señal. En cuanto escucho la llave en la cerradura me queda claro que si Ian ha venido preocupado porque no he atendido su llamada, me la voy a cargar.

—Te he llamado — dice antes de cerrar la puerta — hola Helena.

Parece que lo dice como si tal cosa. Al momento me relajo.

— ¿Si? Vaya no lo he escuchado — miento.

— No pasa nada, cariño. Estás bien ¿Verdad? — coge uno de los pocos churros que quedan y se lo come.

Este aire casual apesta. Hace unos meses estos movimientos, su comportamiento y hasta su forma de hablar no me habrían dicho nada, pero ahora lo conozco muy bien.

— Si, mira lo que ha traído Helena y eso que le he dicho que estas grasas no eran buenas — le guiño un ojo.

— ¡Pero...! — Salta intentando defenderse — ¡El embarazo te ha sacado un carácter malvado! — Se gira hacia Ian, ignorándome —no la creas. Me lo pidió ella.

Ian se acerca hasta nosotras y me da un beso en la cabeza.

— No tenéis remedio. Tengo que ir a la oficina. Nos vemos después.

Guardo silencio. Pensaba que estaba en la oficina... si no era así... ¿Qué ha estado haciendo?

— Creía que venías de allí.

— Claro, pero tengo que volver. Pasároslo bien y no seáis demasiado malas.

Me suelta otro beso y sale por la puerta. Se despide con la mano de Helena y

a mi ni me mira.

Ojala fuera una de esas chicas sumisas capaz de mirar hacia otro lado y de hacerse las tontas que no se dan cuenta cuando las están mintiendo, pero no. Yo me doy cuenta y no puedo callarme por mucho tiempo.

Helena también se ha dado cuenta de que algo pasa. Me mira esperando una explicación.

— ¿Qué? — pregunto a la defensiva.

— Eso digo yo ¿Qué? ¿Qué te pasa?

No entiendo porque pregunta si ha seguido la conversación igual que yo.

— A ver... está claro que no estaba en la oficina... así que ¿Dónde ha estado?

Coloca las manos sobre la mesa. Odio la mirada maternal que me suelta siempre, justo antes de darme una charla de las suyas.

— El embarazo te altera, lo he leído así que no digas que son bobadas. Te ha dicho que volvía a la oficina y yo creo que es cierto — me ofrece el último churro — anda, cómetelo y no le des más vueltas.

Lo acepto y me lo como porque tengo hambre, no porque piense igual que ella.

Durante un segundo estoy tentada de enseñarle la carta, de preguntarle si ella confiaría en un hombre así... me sorprende al ver que si me ha afectado lo que leí...

Pero el ya no es así. Estaba confundido y dolido, es una buena persona que lo ha pasado mal. Quiero convencerme, hacer como si nunca la hubiera leído.

— Emma ¿Qué piensas?

Me he quedado pensando en mis cosas y ni me había dado cuenta que Helena

seguía aquí.

— Nada, tonterías.

Ella ha dejado claro que estoy equivocada y como no quiero que me intente convencer de su versión, ni insistir yo en la mía, dejo el tema de la mentira de Ian aparcado, pero solo por el momento.

Capítulo 83

He releído la carta muchas veces. Nada en ella me hace pensar que pueda ser alguien de la oficina.

Max nos lleva de vuelta a casa de Ian. La carta la he dejado en mi piso. Solo pensar que por casualidad la pueda encontrar y se entere de que no le he dicho nada ni a él ni a la policía... me pongo nerviosa.

Entramos en el garaje. Dentro de la seguridad del coche impone bastante menos. Todas las bombillas han sido cambiadas por nuevas, está totalmente iluminado. Los cristales del suelo han desaparecido y los coches con las pintadas y los faros rotos también, no hay ninguno a excepción de los dos nuevos que compré.

Me siento segura y tranquila. Me alegra ver que la Emma llorona a la que le daban ataques de ansiedad ha desaparecido.

— ¿Te sientes con fuerzas o prefieres que volvamos a tu piso? — pregunta Ian con su mano rodeando mi cintura.

Max está al otro lado, mirándome con cara de circunstancia.

— Estoy bien. Venga vamos.

Los tres nos montamos en el ascensor. Entramos en casa, ya la siento mía. Estoy más cómoda aquí que en el piso que compartí con Toni. Tendría que plantearme venderlo, total solo es un gasto.

Nada más entrar por la puerta noto algo raro. Algo no está en su sitio, ha cambiado, pero por más que miro no logro identificar lo que es.

— ¿Has cambiado algún mueble? — pregunto arrugando las cejas.

— ¡Emma! — grita Dorotea caminando hacia nosotros — ¡Ven conmigo! Te

voy a hacer algo rico.

Le dedico una sonrisa y voy tras ella. Le lanzo una última mirada a Ian. Él y Max se han mirado y han apretado los labios.

Tengo que averiguar que ha cambiado. Sea lo que sea, todos lo saben y quieren ocultármelo. No puede ser nada relacionado con alguna mujer, lo se por la mirada de Max.

Estoy cansada de que me traten como si me pudiera romper en cualquier momento. Si es algo que nos afecta a los dos y doy por sentado de que así es, tengo derecho a saberlo.

Dorotea me sirve un té caliente y ella se sirve otro. Otra cosa que nunca había hecho durante su horario de trabajo ¿Estaré perdiendo la cabeza? ¿Me estaré obsesionando sin ningún motivo?

— Le han dado las notas a mi hijo mayor.

— ¿Han sido buenas? — levanta una ceja como si mi pregunta fuera una tontería.

— Seis suspensos. Le he castigado todas las navidades sin salir y encima se ha enfadado. Los jóvenes de hoy en día no tienen vergüenza.

Ya son famosos los problemas que tiene con su hijo. Es un niño trabajoso que para colmo está en una edad complicada.

— Vaya, lo siento mucho. Si necesitas algo... no se... que le de una charla sobre su futuro o algo así —bromeo —dímelo.

Emma — me llama Ian — ven, tengo una sorpresa para ti.

Dejo la taza sobre la mesa y le sigo ¿Una sorpresa? Espero que sea contarme la verdad.

Entramos en nuestra habitación. No se parece en nada a la que era. Todo es

nuevo y distinto. La cama, las mesitas de noche, las puertas del armario, las cortinas... todo.

Es bonito y está decorado con muy buen gusto, pero este cambio así de repente...

— Es muy bonita ¿Por qué te has decidido a cambiarla?

Y más importante todavía ¿Por qué no has contado conmigo? Somos un matrimonio que vivimos juntos y nos queremos. Lo normal sería tomar este tipo de decisiones en pareja.

— Ya te lo he dicho, quería darte una sorpresa. Si hay algo que no te gusta puedes volver a cambiarlo.

Emma, muérdete la lengua y no contestes. Puede que sea cierto y no haya nada detrás. Solo es una sorpresa, deja de pensar tonterías.

— Está perfecta — camino hacia el baño — ahora vuelvo.

Cierro el pestillo. Apoyo los codos sobre el lavamanos ¿Por qué no puedo quitarme de la cabeza que me oculta algo? Mi subconsciente contesta por mí.

«Porque eres una mentirosa que le ocultas algo a él»

¿Puede ser? Quizás solo estoy proyectando sobre Ian mi propia mentira. Tengo que contarle la verdad, sincerarme y que la policía se lleve la carta para intentar encontrar alguna huella, aunque dudo que encuentren ninguna.

Ian me espera sentado en la cama.

— Estás enfadada — afirma.

— Si, pero no contigo. Soy una mentirosa.

Levanta la mirada. Inclina ligeramente la cabeza con la sorpresa reflejada.

— De que estás hablando — exige.

— Cuando fuimos al concesionario a recoger el coche, dentro de la guantera había una carta a mi nombre.

Aprieto mis manos contra las suyas y siento las lágrimas formarse en mis ojos.

— ¿Qué decía esa carta? — pregunta en un tono duro desprovisto de toda comprensión.

— Era el diario de una chica que había estado contigo. Sufría porque no querías volver a verla.

Veo como se le tensa la mandíbula y aprieta los dientes. Con cuidado separa sus manos de las mías.

— ¿...Y no se te ha ocurrido pensar que esa carta era importante para la investigación? Pensaba que eras más lista.

Un poco más de desprecio en su voz y podría tocarlo con mis manos. Tiene toda la razón he sido una estúpida, no ha pensado nada en lo importante que podía ser.

—Lo se, no lo pensé — vuelvo a sujetar sus manos y él vuelve a quitármelas.

— ¿Dónde está?

— Debajo del colchón — admito avergonzada por mi comportamiento infantil.

— Perfecto — hace una mueca con la cara.

— No quería que la encontraras — intento excusarme — lo siento mucho, Ian por favor.

— Estoy intentando controlarme porque no debes alterarte, pero... usa la

cabeza para algo Emma. Voy a ir a buscarla y voy a llevarla a la policía. Le dije a mi madre que iríamos a cenar — suelta serio y enfadado — en cuanto termine vengo a buscarte.

Cierra la puerta tras él sin darme ninguna oportunidad de defenderme, aunque poco puedo decir a mi favor. Es cierto, no he usado la cabeza, pero eso no quiere decir que no duela escucharlo.

Me tumbo sobre la cama dándole vueltas. Un rato después me he convencido de que no es tan grave lo que he hecho.

He ocultado una prueba, pero ¿Hasta qué punto es importante? Es un trozo de papel en el que no aparece ni un solo nombre escrito. La fecha es el único dato y seguramente ese año Ian estuvo con más de una mujer.

En realidad es culpa suya ¿Quién se ha creído que es para decirme que tenga cabeza? ¡Precisamente él! Que tanto daño ha hecho a infinidad de mujeres.

Estoy segura de que la carta no la dejó un empleado descontento, ha sido una de las mujeres con las que se acostó para intentar separarnos.

Capítulo 84

Sentado en el asiento del conductor no aparta la mirada de la carretera ni un momento. Sigue enfadado aunque en mi opinión no es tan grave lo que ha sucedido.

Esta vez, voy a dejar que el silencio sea nuestro compañero, por lo menos hasta que se le pase y pueda preguntarle sobre lo que pone en la carta que, aunque no me hará cambiar de opinión sobre lo que siento por él, para mi es importante que me ayude a comprenderlo.

Como siempre que venimos de visita, la madre de Ian me recibe con un caluroso abrazo y un par de besos.

— No estaré siendo muy pesada ¿Verdad? — Pregunta en broma — me gusta tanto que la familia se vuelva a reunir que os llamaría todos los días.

Para todos los demás no se si han venido por compromiso, pero tener reuniones familiares a mi me encanta.

— Y yo vendría todos los días. Muchas gracias por llamarnos.

Helena y Will charlan con su padre. Aunque la conversación parece distendida y amena, Will de vez en cuando se encierra en si mismo y deja de prestar atención.

Si el consejo lo destituye, irá de cabeza al paro. Es lógico que le afecte que lo investiguen. Por otro lado, si hubiera hecho bien su trabajo no se encontraría en esta posición ahora mismo. Supongo que solo me da pena en parte.

— ¿Tenéis hambre? —pregunta la madre de Ian entrando en el salón con una gran bandeja.

Me acerco hasta ella. Perfecto... todos los platos contienen embutidos para un

picoteo. Uno tiene chorizo, otro salchichón, jamón serrano, queso... y así una gran variedad de comida que no puedo comer. Tendré que atacar el queso sin compasión.

— Todo tiene muy buena pinta.

—Emma cariño, tu solo queso eh — me recuerda — te he hecho una pizza, es mi especialidad.

Me siento culpable por ser tan mal pensada ¿Cómo no iba a pensar esta adorable mujer en mi? Ella misma ha estado embarazada dos veces.

Ian se come una loncha de jamón y camina hacia Will.

— ¿Por qué no cambias un poco la cara?

Se mete las manos en los bolsillos y levanta una ceja. Doy por sentado que los padres no saben nada de lo que está ocurriendo con la empresa de Will.

— ¿Por qué no cambias tu la tuya? — Contesta a la defensiva — ¿Problemas en el paraíso?

¿Tan evidente es que estamos peleados? No quiero que su madre se preocupe por nada. Me da miedo que con el corazón tan delicado un disgusto haga que recaiga.

— Ni la mitad de serios que los tuyos — contraataca Ian.

Me acerco hasta ellos. Giro la cabeza para comprobar que los demás siguen en sus asuntos, pero para mi sorpresa han llamado la atención y los miran.

—Dejadlo ya, no es el momento — bajo el tono para que solo ellos puedan escucharme.

Después de unos segundos, Will aparta la mirada retadora de Ian.

— Deberías tenerme más respeto, al fin y al cabo soy tu jefe — contesta

levantando una copa y dándole un largo sorbo.

Está borracho. Se pasa las manos por la cabeza despeinándose el pelo.

— Will... — Helena está pasando un mal rato en este momento.

— Vuelve a dirigirte a ella en ese tono — Ian se ha acercado tanto que temo que en un arranque de furia le de un cabezazo — y te parto la cara.

Nadie sabe que hacer o decir. Los dos hermanos vuelven a tratarse de la misma manera que lo hacían cuando se odiaban.

— Emma... ¿Te gusta como ha quedado la habitación? — Pregunta mirando a Ian — Cuéntale el verdadero motivo, hermanito.

Por como aprieta la mandíbula Ian y por la cara de suficiencia de Will, se que no miente.

No estaba equivocada, algo pasa y no quiere que me entere.

— ¿Qué motivo?

Escucho como sorbe por la nariz la madre de Ian, llorando, pero ahora mismo decido ignorarlo.

— No hay ningún motivo. Está borracho ¿No lo ves? — contesta.

Me cruzo de brazos. Miro a Helena, a los padres de Ian y termino en Will. Todos me observan con cara circunstancia.

— Eres un cobarde hermanito — estrella contra el suelo la copa que tenía en la mano — no solo entraron en el garaje. La habitación estaba destrozada por completo, todo roto o pintado. Creo que por algún lado escribieron puta.

Si no me hubiera quedado haciendo el inventario hasta tarde... ¿Qué habría ocurrido? La habitación destrozada... no se mucho sobre psicología, pero si de entre toda la casa eliges el cuarto de matrimonio, lo más lógico es que sea

por celos.

— Cierta la puta boca.

Sin que nadie lo espere, Ian se tira sobre Will y estampa el puño en su cara. Mañana tendrá un bonito dolor de cabeza que me dará igual.

— Sois unos mentirosos — acuso a todos. Nadie se ha sorprendido, solo yo — que te estén investigando por hacer mal tu trabajo no te da derecho a ir jodiendo a la gente — le digo Will exactamente lo que pienso.

Me da igual si es mi jefe o quiere despedirme por lo que acabo de decirle. No hay nada mejor que una verdad sin edulcorar en el momento apropiado.

Le lanzo una mirada de desprecio y me voy. Yo sintiéndome mal por mentirle... y él estaba haciendo lo mismo.

Salgo de la casa dando un portazo y comienzo a andar. Hay unos quince kilómetros de distancia desde aquí hasta nuestra casa, me voy a arrepentir de este arrebato, lo se.

Si fuera una persona tranquila y sensata habría cogido las llaves del coche y ahora sería Ian el que haría los kilómetros a pie, pero no, Emma, tu tiene que salir sin pensar ni razonar.

Camino a paso ligero, comienza a anochecer y aunque tenga que admitirlo, me da miedo caminar por una carretera por la noche con árboles a ambos lados.

Un coche pita detrás de mi.

—Emma, sube al coche — Ian ha bajado la ventanilla del copiloto y se inclina ligeramente para verme.

— Eres un mentiroso.

— Y tu también. Sube al coche, vamos — vuelve a pedir con un tono

tranquilo.

Es cierto, vale. Yo también le mentí, pero lleva toda la tarde castigándome cuando él ha hecho lo mismo.

Para el coche y se baja.

— Si no subes tu, voy a tener que llevarte a la fuerza, señorita.

— No vuelvas a mentirme y yo tampoco lo haré — pido.

Ian es capaz de cogerme en brazos y meterme a la fuerza en el coche con tal de que deje de caminar. Decido ceder, pero dejando claras las cosas.

— Está bien — acepta — te lo prometo.

Me monto en el coche y me abrocho el cinturón de seguridad.

— ...Y las cortinas son horrosas.

En realidad son unas simples cortinas, pero quiero que el cuarto tenga un toque mío también.

Se ríe de una forma sincera y espontanea que consigue levantar la comisura de mis labios.

— Mañana elegimos otras, las que más te gusten.

No quiero que estemos peleados. Los dos nos hemos mentidos y los dos hemos metido la pata, pero Ian lo ha hecho para que no me preocupara, para que no me llevara un disgusto. Si lo miras desde otro ángulo, es hasta bonito.

Capítulo 85

Sus manos rodean mi cadera. Sus dedos buscan con desesperación.

Desciende hasta llegar al borde de mi vestido mientras deja un camino de besos por mi pecho. Pega sus manos a mis muslos. Cierro los ojos para sentirlo, para disfrutarlo. Levanto los brazos sobre mi cabeza y un gemido se escapa de entre mis labios sin que pueda hacer nada por contenerlo.

Levanta la falda del vestido por encima de mi cadera y con violencia me da la vuelta, pegando mi cara contra la pared.

No presto atención a nada más, solo al mar de sensaciones que me inunda cada vez que Ian me hace el amor.

Cuando termina, continúo pegada a la pared hasta que mi respiración se calma y me siento con fuerzas de caminar hasta la cama. Él se está poniendo la ropa ¿Por qué tanta prisa?

— ¿Por qué no te tumbas conmigo un rato? — le abrazo por la espalda y apoyo la mejilla sobre su hombro.

— Tengo que irme — suelta sin inmutarse.

Este era el hombre antes de que se diera cuenta de sus sentimientos hacia mi ¿Por qué vuelve a ser el mismo capullo?

Por instinto mis manos bajan hasta el vientre para proteger a mi pequeña. Me separo de Ian al momento. Mi redondeada tripa no está, solo hay un abdomen terso, suave y liso.

— Tengo que ir al baño.

¿Qué está ocurriendo? ¿Dónde está.... no puedo ni terminar la frase. Abro el grifo y me echo agua en la cara. Levanto la mirada hasta el espejo. No

reconozco mi cara en él.

Una chica desconocido me devuelve una mirada fruncida. Es rubia y tiene los ojos verdes, pero no soy yo.

Vuelvo a la habitación donde Ian está terminando de ponerse los zapatos.

— ¿Quedamos esta noche?

Mi boca se mueve y emite sonidos. Quiero gritar, preguntar que es lo que está ocurriendo y en cambio, me sale esa gilipollez de pregunta.

— No volveremos a vernos. No me interesas.

En su cara no hay ninguna señal de pena o dolor por como se está comportando, realmente le da igual lo sentimientos de esta chica.

— ¿Por qué siempre me obligas a ponerme de espaldas? — vuelvo a preguntar algo que posiblemente no quiero saber.

—Porque todas sois iguales. Unas guarras mentirosas.

Doy un par de pasos hacia atrás. Si esto es una maldita pesadilla, ya he tenido suficiente.

Tras contestar, sale de la habitación y me quedo sola.

Él no es así, no diría esas cosas... pero en el fondo se la verdad. Era así y decía esas cosas. Los sentimientos del resto de mujeres le daban igual.

Era un hombre hundido y derrotado que no supo gestionar su dolor. Lo pagó con muchas chicas inocentes, probablemente buenas chicas a las que le dejó una marca de por vida.

En el último momento me decido a ir detrás de él y plantarle cara. Camino hasta la puerta, la abro y salgo fuera.

Sin saber muy bien como, he entrado en otra habitación, en la nuestra, la del ático de Ian.

Me quedo pegada a la pared. Todo está destrozado. Las cortinas las han rajado hasta dejar metros y metros de jirones inservibles. Las sábanas están tiradas por el suelo y el colchón desnudo tiene varios cortes profundos que lo cruzan por completo. Sobre él hay algo escrito con pintura roja: PUTA.

Las paredes... no hay ni un solo hueco libre. Letras de todos los tamaños la decoran para formar una única palabra, la misma palabra.

Me dejo resbalar hasta que termino sentada en el suelo. Pego la cabeza sobre las rodillas y cierro los ojos, coloco las manos sobre mis oídos para no escuchar nada.

— ¡Quiero despertar! ¡Quiero despertar! — grito una y otra vez.

Me incorporo de golpe sobre la cama. Respiro tan deprisa que tengo que colocar las manos sobre el pecho.

— ¿¡Qué ocurre!?! — Ian se levanta conmigo.

Parpadeo varias veces. Algo me dificulta la visión. Me paso el antebrazo por la cara y los ojos y pequeñas gotas de sudor resbalan por mi sien.

— Una pesadilla... una... pesadilla — contesto intentando aclararme.

Ha sido tan real que no consigo reponerme. Cierro los ojos y veo la habitación destrozada, veo la palabra PUTA escrita por todas partes con esa pintura roja que no augura nada bueno. Veo el desprecio de los ojos de Ian...

— Respira — me acuna entre sus brazos — solo ha sido una pesadilla, no es real.

Necesito separarme de él y mirarlo a los ojos. En ellos no hay desprecio, solo un infinito amor. El azul que era frío como el hielo no está. Es un azul como una noche de verano, cálidos, comprensivos y atentos.

— Ha sido tan real...

— ¿Qué has soñado? — pregunta.

— Nada... tonterías — lo último que quiero es que piense que estoy preocupada por lo que ocurrió en esta habitación — seguramente he cenado demasiado.

Quien haya entrado... ¿Tenía llaves? ¿Forzó la puerta? ¿Puede volver a entrar o Ian ha instalado algún tipo de seguridad?

— ¿Crees que podrás volver a dormir?

— Voy a tomarme un té y vuelvo. Tu descansa que mañana madrugas.

— ¿Segura? — pregunta saliendo de la cama — no me importa hacerte compañía.

Coloco las manos sobre su pecho y le obligo a tumbarse.

— Segura, duerme. Es una orden Señor Garret.

Escucho su risa cansada. Cojo la bata de encima de la butaca y salgo de la habitación cerrando la puerta con cuidado.

Rodeo la taza entrelazando los dedos. Comienzo a sentir como el sudor de mi frente se convierte en una fina película fría. Desde mi asiento me inclino intentando ver la puerta de la entrada.

Voy hasta ella. Juraría que es la misma, pero con Ian nunca se sabe. Si le gustaba la anterior lo suficiente es capaz de haber mandado que le hicieran una igual, pero más blindada.

Cuando pensaba que todo había terminado con Piterson, aparece de la nada otro chalado que quiere... ¿Qué quiere? Ni siquiera se si quiere algo o simplemente arruinarnos la vida.

Me bebo el té de un sorbo y vuelvo a la cama. Mañana intentaré sacarle información a Ian. Necesito estar segura de que no corremos ningún peligro aquí.

Por la mañana, estiro el brazo hacia su lado de la cama. No está. Me levanto y busco la bata de seda que me regaló. No sirve de mucho, pero cae sobre mi cuerpo de una forma que solo había visto en las películas.

Ni Dorotea ni Max han llegado aún. Con la amenaza sobre nuestras cabezas, odio quedarme sola. Salgo al balcón ignorando el aire frío que mueve mi pelo. Necesito comprobar que la policía sigue protegiéndonos.

Un coche patrulla descansa justo delante de la entrada del garaje. Algo es algo.

Un ruido en la puerta llama mi atención. Al momento me giro y contengo la respiración.

Entro y caminando de puntillas, voy dando pequeños pasitos.

Un papel aparece por debajo de la puerta. Una carta fina y rectangular que tiene cuatro letras escritas encima: Emma.

No me he acercado, no la he tocado y aun así se que no es una carta romántica de Ian.

Es otra estúpida anécdota de alguna barbaridad que cometió y que voy a ser incapaz de no leer.

Capítulo 86

La carta sigue en su sitio y yo en el mismo lugar que cuando la vi. Me da pánico acercarme a ella. Siento como si fuera el peor enemigo, como si pudiera destruirme por atreverme a posar mis dedos sobre ella.

Quien la ha dejado, ha burlado a la policía. Entra y sale a su antojo sin llamar la atención, así que es imposible que sea Sarah, Leti o Toni. Entonces ¿Quién narices es?

Me armo de valor. Adelanto un pie y después el otro. Cojo la carta haciendo un pellizco con dos dedos sobre una de sus esquinas. Quiero tocarla lo menos posible por si la policía puede sacar alguna huella.

Tiro de la solapa y saco una hoja.

28/03/2011

Esta noche hemos quedado por primera vez ¡Creo que es el hombre de mi vida! Bueno... por lo menos de mis sueños.

Hay tantas mujeres que suspiran por él, que me siento súper afortunada de que se haya fijado en mi.

Muchas de mis amigas me han dicho que no me fie... que es famoso por sus conquistas amorosas, pero ¿Quién dijo miedo? Si él quiere mi cuerpo, yo quiero el suyo y si no quiere nada más, pues adiós...

05/04/2011

Hemos quedados tres veces en total. Cada cual mejor que la anterior. Todas han tenido el mismo y esperado final, pero en la primera cita me llevó a cenar. La segunda me sorprendió con una cena en un velero, todo tan romántico y perfecto.

Tengo que parar de leer. Sin darme cuenta arrugo la carta entre mis manos ¿Tres citas? ¿Romántico? Esta carta es distinta a la anterior. Algo en mi interior se remueve queriendo pegar a alguien, posiblemente a Ian.

Respiro hondo un par de veces para recordarme que da igual lo que hiciera. Ahora es mío aunque haya podido tener sentimientos hacia otras mujeres. Aliso el papel y continúo leyendo.

La mejor de todas fue la tercera, me llevó en el helicóptero de la empresa a dar una vuelta por la ciudad y terminamos cenando en su ático.

Todo el mundo desconfía de él aunque yo les insisto en que nada tiene que ver con los rumores. No entiendo porque no me dejan ser feliz.

Mientras me arreglo y en un momento de inspiración muy al estilo de Lope de Vega, le mando un mensaje al móvil.

«Estoy deseando que llegue esta noche. Hacerte mío, que me hagas tuya y Disfrutar contigo a mi lado. Siempre tuya»

Lo suelto sobre la cama y comienzo a arreglarme. Al salir de la ducha, compruebo el teléfono. ¡Tengo un mensaje!

«No puedo quedar, lo siento. Te llamo»

Más que un mensaje parece un telegrama. Tan seco, tan serio, tan distante ¿Qué ha cambiado?

07/04/2011

Sigo esperando a que Ian se ponga en contacto. Hoy es el tercer día sin llamarme y sin contestar a mis mensajes. Voy a su oficina para pedirle algún tipo de explicación. Si está enfadado por algo que he hecho o dicho, puedo... puedo arreglarlo de alguna manera, puedo... disculparme. Lo necesito.

Llego justo cuando una chica rubia sale por la puerta de su despacho atusándose la falda. Le lanza una última mirada, provocativa y

seductora antes de irse.

La única explicación que me da cuando cierro la puerta como si fuera un león acechando a su presa, es que en ningún momento me prometió amor eterno. Se excusa diciendo que es imposible que sienta nada más que pura atracción física por ninguna mujer.

Todos tenían razón cuando hablaban de Ian. Queriendo o sin querer, nos enamora y después nos da la patada.

Ojala pudiera decir que las lágrimas que caen por mis mejillas son por las hormonas del embarazo. Ha jugado con tantos sentimientos, ha hecho tanto daño... y no puedo evitar quererle.

La persona que está mandando estas cartas está haciendo un buen trabajo si lo que busca es que me afecte.

Le mando un mensaje porque aunque debería llamarle, no me apetece escuchar su voz después de lo que he leído.

«Han dejado una carta. La protección policial funciona...»

Suelto el teléfono en el suelo sabiendo que de un momento a otro se va a poner a sonar. Efectivamente, a los pocos segundos suena la melodía. Lo dejo donde está y me salgo al balcón.

Si se quiere preocupar es su problema... cada vez está más claro que es una mujer despechada que tiene algo en mi contra, o tal vez es una mujer celosa y quiere que lo deje.

Escucho el sonido del teléfono que se repite sin cesar. Lo ignoro, me da igual. Los hombres que estaban dentro del coche patrulla se bajan y vienen hacia aquí. Seguramente al no contestar, les ha llamado a ellos.

Abro la puerta de la calle cuando tocan al timbre.

— ¿Está usted bien — pregunta uno de los chicos vestido de uniforme.

— Ahí está la carta.

— ¿La ha tocado? — pregunta mirando la bola arrugada en la que he convertido el papel.

Creo que es evidente la respuesta.

—Si, de todos modos dudo que en esta haya huellas.

Ian entra resollando por la puerta. Intercambia miradas de los policías a mi para terminar en la carta que sigue tirada.

— ¿Qué ha pasado?

—Nada, alguien la metió por debajo de la puerta.

Estoy deseando que se marchen para poder hablar con él. Leer todas estas intimidades tuyas, es como si leyera su propio diario.

La coge con cuidado para saber lo que pone.

— No debería tocarla — intenta frenarlo el agente.

— Lo que hay escrito es sobre mi. Tengo derecho a saber lo que pone.

Los ignora. Cuando termina de leerla se la tiende al que tiene una pequeña bolsa de plástico. La introducen dentro y se van.

Se acerca hasta mi. Se pasa la mano por la nuca.

— Ni siquiera se quien es esa chica — explica antes de que pueda preguntarle.

— ¿Puedo leer cosas peores?

No quería ser tan directa, pero necesito saber si todo lo que ha hecho ha sido partírle el corazón a todas sus conquistas.

— Emma... preferiría que no las volvieras a leer — pide avergonzado.

Como si fuera el mejor detective, por su respuesta me ha confirmado que puedo leer cosas mucho peores...

—... Y yo preferiría no recibirlas, pero eso es imposible ¿Verdad? Hay alguien ahí fuera muy enfadado.

Tendría que haber dicho enfadada. No quiero que suene a reproche aunque así es.

— Si te enterases de todo... estoy seguro de que me dejarías. No querrías volver a estar con una persona como yo.

¿Tiene miedo de qué yo lo abandone? Arrugo las cejas. Todo esto le está afectando también a él, pero he llegado a ser tan egocéntrica que solo tenía ojos para mis preocupaciones.

— Ian, mírame. Nunca te voy a dejar, da igual lo que lea, no me importa. Ese es tu pasado.

Coloco las manos sobre sus mejillas para que me preste atención y deje de torturarse así mismo.

— Lo harás — afirma sin ningún ápice de duda.

Se me ocurre una idea para que se saque de la cabeza esos pensamientos negativos.

— Te juro que nunca voy a comer brócoli —me mira sin comprender — te juro que jamás me verás con unas medias del mismo color que el vestido — se le escapa una pequeña sonrisa que me anima a seguir — te juro que en la vida volveré a ir al campo con Torres y te juro que no te voy a dejar. Nunca.

El brillo de sus ojos me dice que he conseguido alegrarle por lo menos un poco. Sin esperarlo me coge entre sus brazos y me levanta.

— Pues yo te juro que te voy a hacer el amor ahora mismo porque te quiero como nunca he querido a nadie.

Capítulo 87

Los días han ido pasando sin que ocurra nada especial. Ninguna carta, ni amenazas ni nada de nada. Tener un respiro de preocupaciones se agradece.

La única noticia nueva es que la relación de Helena y Will no va nada bien. Lo siento mucho por ella, aunque Will ha cuidado mucho de nosotros ahora no está en su mejor momento.

Mientras me arreglo para ir a la oficina, le escribo un mensaje a mi amiga para que nos veamos y charlemos.

— ¿Vas a ir? — pregunta Ian.

Se que no le hace gracia que me hayan llamado para ir a trabajar. Un miembro del consejo se ha involucrado y está inspeccionando personalmente cada mínimo detalle y como yo he hecho las últimas auditorías, tengo que ir.

— Claro, no creo que tarde mucho.

— Es sábado Emma. Ese hombre no tiene decencia... pedirte que vayas en tu estado...

Pongo los ojos en blanco y le vuelvo a explicar los motivos a ver si esa cabeza dura los entiende.

—Esto es importante para Will, es tu hermano ¿Te acuerdas de él? — no espero a que me conteste porque creo que acabo de tener una idea estupenda
— ¡Ya se lo que vamos a hacer! Vamos a cenar esta noche con ellos.

Ian abre los ojos como si mi idea fuera una locura.

— Ni hablar. Te dijo delante de todos lo de la habitación — contesta testarudo.

— ...Y tu le pegaste un puñetazo. Estáis en paz. Hazlo por mi —pongo carilla de pena sabiendo que en Ian siempre surte efecto.

Me regala una media sonrisa.

— Manipuladora.

— Gracias cariño — le doy un beso rápido antes de salir corriendo — llegaré pronto.

Llegar tarde el primer día que quedas con uno de los jefazos es imperdonable. Como no tengo a mi lado ni a Ian ni a Max, piso un poco más el acelerador. Este coche es una pasada.

Aparco frente a la entrada. La única parte buena de ir a trabajar un sábado es que tienes todos los aparcamientos vacíos y no tienes que comerte la cabeza pensando donde vas a aparcar.

Dentro del edificio, en recepción, me espera el hombre del consejo.

— Buenos días — saluda formal — usted es Emma ¿Verdad?

— Encantada de conocerlo.

Tiende la mano delante de mi invitándome a ir hacia el ascensor. Pensaba que me encontraría con el demonio, que tendría un tridente y una cola que arrastraría por el suelo. Es una suerte estar equivocada y que de momento sea tan simpático.

Entramos en la oficina de Will, su ex oficina. Nada de lo que tenía sigue aquí. La mesa la han cambiado por una caoba y ahora adornan unos cuadros de objetos normales a los que le han hecho un zoom a lo bestia. El que más me llama la atención es la foto de un clip aumentado muchísimas veces.

— Señorita Garret ¿Podría decirme como se enteró de lo que hacían los empleados?

Se sienta en su enorme sillón y entrelaza los dedos.

—Me lo dijo Peter. La noche que... desapareció me advirtió que lo dejara pasar. Me contó que era una práctica habitual.

— Ya veo... — murmura mirando unos papeles — ¿Por qué no lo dejó... pasar?

No tengo ni idea de a donde quiere llegar o si tiene pensado culparme de algo.

— Mi ética no me lo permitía. ¿Por qué un juez no puede dejar libre a un asesino? ¿Por qué un médico no puede matar a su paciente? ¿Por qué un economista no debería robar dinero? —espero que con esos ejemplos entiende los motivos por los que no lo hice.

— Ajam —contesta aburrido ¿Qué puede decirme del señor Willian Garret?

Es un momento crucial. Puedo decir barbaridades y arruinarle la vida o intentar salvarle el culo. Desde lo que sucedió en casa de sus padres no hemos vuelto a hablar, pero realmente me gustaría que nos lleváramos bien.

— El señor Willian es un excelente jefe que hace muy bien su trabajo.

— Es el hermano de su marido ¿Cierto? — pregunta mordaz.

Su mirada dice que no cree ni una sola palabra de lo que estoy diciendo. Piensa que porque seamos familia voy a defenderle incondicionalmente.

— La semana pasada mi marido le pegó un puñetazo. No se equivoque señor, que sea familia nada tiene que ver con mi opinión acerca de su trabajo.

— ¿Estaría interesada en sustituirle?

Esa pregunta me pilla desprevenida ¿Es sordo? Puede que simplemente le de igual mi opinión, solo quiere deshacerse de él.

— ¿Sustituírle?

— Ocupar su puesto — aclara apretando los labios.

— Yo... no se...

No puedo hacerle eso. No me lo perdonaría jamás.

— Piénselo. El lunes a más tardar quiero una respuesta —se levanta del sillón y camina hacia la puerta —tenga un buen día.

No tengo nada que pensar. Pocos valores les dio tiempo a enseñarme mis padres, pero ascender pisoteando a los demás es uno de ellos.

La vuelta al ático de Ian la hago conduciendo más tranquila y relajada. Tengo que pensar. Rechazar a este tipo de personas puedes traerme problemas en mi actual puesto. El otro problema es que Will se entere de lo que están preparando para él. Un despido inminente.

— ¿Ya estás aquí? —Pregunta Ian cuando me ve entrar —has tardado muy poco.

Menos debería haber tardado. En el momento que me ofreció el trabajo tendría que haberlo rechazado escandalizada y no dudar como una boba.

— Es un hombre directo. Tu hermano tiene problemas.

— ¿Qué clase de problemas?

Le dedico una sonrisa cómplice. Podéis pelearos, enfadaros o liaros puñetazos, pero nadie toca a un Garret.

— Me ha ofrecido su puesto así que supongo que tiene pensado despedirlo. Espera mi contestación.

— Ya se lo que vas a contestar — sujeta un mechón de mi pelo.

Me alegra que me conozca tan bien.

— No puedo hacerle eso.

Busco en uno de los armaritos unas tostadas de pan son sabor a aceite de oliva. Nunca me habían gustado y ahora estoy enganchada a ellas. Es cierto eso que dicen de que cuando estás embarazada te cambia el gusto por las comidas.

— Voy a llamar a Helena para confirmar la cena de esta noche.

Saco el teléfono del bolso y marco su número.

— Yo también tengo que hacer algunas llamadas. Nos vemos para comer.

No lo ha dicho porque Ian jamás admitirá que le importa lo que le ocurra a su hermano, pero estoy segura de que esas llamadas van a ser por Will, para ayudarlo de alguna manera.

Helena tiene la voz tomada y escucho como de vez en cuando sorbe por la nariz. Si estuviera resfriada me lo diría. Las cosas entre ellos no van bien y temo que cualquier día se canse de tantas peleas.

Esta noche durante la cena tenemos que hacer algo. No se el qué ni como, pero tenemos que ayudarlos.

Capítulo 88

El camarero nos guía hasta la mesa que tiene reservada para la cena. Ni Will ni Helena han llegado todavía.

— ¿Quieren tomar algo mientras esperan? —pregunta atento.

— Agua, por favor — es una lástima no poder pedir un buen vino.

— Lo mismo que ella — pide apiadándose de mi.

Que yo no pueda beber no significa que el no pueda disfrutar. Además, se que le encantan los vinos.

— ¿Por qué no te pides alguno de estos vinos? —abro la carta por la parte de las bebidas. Tienen unos cuantos reservas que parecen buenos — No tienes que hacerlo por mi.

— Hoy no es día para beber.

Desenrolla con cuidado su servilleta hasta que la tiene totalmente alisada, para terminar soltándola sobre la mesa sin ningún cuidado.

La misión de la cena es hacer las paces, hablar y charlar. Con un par de copas de vino hasta podríamos destensar la situación antes de tiempo. Si Ian no quiere beber es porque tiene algo en mente y quiere estar lúcido.

—No vayas a hablar de trabajo, Ian. Ya sabes como se pone cada vez que se le toca el tema.

—Me da en la nariz que la cena va a ser divertida — coge una aceituna de un platito pequeño que acaba de traer el camarero, después de inspeccionarla detenidamente se la mete en la boca — si hablamos de trabajo o de su vida

amorosa ¿no crees?

Suelto un largo suspiro dándome por vencida. Tiene razón, da igual de lo que hablemos, Will tiene demasiados frentes importantes abiertos. Aunque es de mala educación, coloco un codo sobre la mesa y apoyo la cabeza sobre la mano cerrada en un puño.

Ir a cenar con personas que sabes que te van a dar la noche deprime a cualquiera.

— ¡Hola chicos! — saluda Helena acercándose a nosotros.

Rápidamente quito el codo de la mesa y saludo con una sonrisa. Mi mirada se desvía a Will, que tiene el ojo con un color entre amarillo y morado bastante feo. Cambio la sonrisa por una de disculpa aunque no lo merezca.

—Hola — saluda secamente.

Ian no contesta. Lo que pensaba que iba a ser una buena idea se ha convertido en un momento de tensión que ahora mismo me gustaría evitar.

— ¿Cómo te encuentras?— pregunto.

Arrastra la silla haciendo un ruido desagradable.

—Como me ves — afirma señalándose el ojo.

El camarero llega para tomar nota justo cuando Ian abre la boca para contestar algo.

—Buenas noches ¿Qué desean beber? — pregunta a los recién llegados.

Helena mira nuestra botella de agua y pide lo mismo, en cambio Will pide una cerveza. No puedo quitarle los ojos de encima. Siento lástima porque su comportamiento está distanciando a Helena de su lado y a su hermano.

Al fondo del restaurante, caminando a paso ligero hacia la puerta llama mi

atención una melena rubia. Me levanto de un salto y voy hacia donde la he visto. Juraría que es Sarah. Llego a la barra donde me ha parecido verla. No está.

Ian, Will y Helena también se han levantado y me han seguido, sin saber que ocurre ni lo que hago.

— ¿Qué pasa? — Pregunta Ian sujetándome por el brazo — ¿te encuentras mal?

Niego con la cabeza mientras busco entre los rostros de las personas que beben sentadas en los bancos de la barra, y entre los que van entrando para cenar. En un segundo se ha llenado y me resulta difícil buscarla.

— Creo... me ha parecido ver a Sarah.

Todos vuelven a imitar mis movimientos y la buscan con la mirada. Tengo que salir fuera, seguro que ella ha salido. Aparto con muy poco miramiento a los que van entrando metiendo el hombro en cada hueco que encuentro.

Fuera el aire frío me golpea, pero lo ignoro. Todos los que pasean se me quedan mirando como si estuviera loca. No la veo por ningún lado, no he podido imaginármelo ¿verdad?

—Emma, aquí no hay nadie — Helena me habla tan dulce que me molesta — quizás te has confundido con otra mujer ¿has visto cuantas rubias hay?

—Vas a ponerte mala — Ian se quita la chaqueta y la coloca sobre mis hombros.

Da igual, no importa que no me crean porque se lo que he visto. No ha sido solo una melena rubia. Ha sido su forma de andar, tan estirada y segura de sí misma. Ha sido su perfume cuando he llegado a la barra, ese tan desagradable que tuve en mi piso durante días y que no puedo olvidar.

— Will — me dirijo a él dando por terminado el asunto de Sarah — por favor, no podemos estar peleados. Ahí fuera hay un peligro y es real.

—Emma...

— ¡No, escúchame! — Insisto — el garaje, la habitación y las cartas que he estado recibiendo. Algo va a ocurrir y tenemos que ser una familia, por favor.

Solo puedo pensar que si el día del intruso Will no hubiera aparecido me podría haber pasado cualquier cosa. En algún momento podemos necesitarlos y tenemos que estar ahí.

— Vale, cálmate ¿de acuerdo? — encara a Ian y le tiende la mano — por mi parte todo arreglado — le contesta al apretón de manos.

Ahora los problemas de familia no son solo con Ian. Helena también forma parte del círculo. Levanto un ceja, esperando.

— Siento como te he tratado y que me haya afectado tanto la auditoria — se disculpa sincero.

Helena rompe a llorar. Se desprende de los sentimientos que lleva días guardándose.

—Está bien. Me gustaría que te apoyaras en mi un poco más.

— ¿Estás contenta? Tengo unas ganas de que des a luz de una vez...

Se me escapa la carcajada entre los dientes. Es cierto que como el embarazo es delicado no quieren darme disgustos y puede... tal vez... que me aproveche un poco de ello.

No tenía planeado nada de esto. Al final la noche no va a ser tan mala como vaticinaba. Todos juntos podemos con Sarah. Ella es solo una mujer despechada que quiere venganza.

Me siento en la parte trasera del coche. Con los cristales tintados es imposible que me vean, pero yo si puedo verlos a ellos. Tan felices, tan unidos. Dan

asco.

Casi es medianoche y llevo horas esperando a que salgan de la puta cenita. Cada hombre Garret abraza a su mujer mientras pasean. No tengo ni idea de lo que dicen, pero con gusto borraría la estúpida sonrisilla de Emma. Va de puritana y no es más que otra de las guarras que se acostaron con Ian.

Espero que disfrutéis el tiempo que os queda. El plan ya se ha puesto en marcha y nadie me va a parar. Los hilos han comenzado a moverse y vuestro final está cerca. Nadie se ríe de mi sin pagármelas.

Ilusos Garret, vais a llorar lágrimas de sangre por todo lo que habéis hecho.

Capítulo 89

Al final dejamos el coche aparcado y volvemos a casa dando un paseo. Los cuatro caminamos arrebuados en las chaquetas, pero vamos charlando y riendo, seguramente por las cervezas que se han animado a tomar los hermanos.

— Si me quedo en el paro... — balbucea Will — me voy a vivir contigo Hermanito. Tendrás que darme la paga.

Que bromea sobre su situación nos hace gracia a todos. No es como si no tuviera un dólar en el banco. Tienen terrenos, propiedades, una familia con mucho dinero y ceros en el banco. No está en la ruina.

— Siempre te puedo contratar como mi secretaria — Ian le saca morritos tirándole besos.

Estos dos están más locos de lo que pensaba. Helena ríe sin soltarse del brazo de Will.

— ¡Claro! Y me pongo faldita para enamorarte. No te ofendas Emma.

Lo miro de arriba abajo.

— Las faldas jamás te quedarán como a mi, lo siento.

Llega el momento de que cada uno tire por su camino. Nos despedimos con un afectuoso abrazo y la promesa de volver a repetir lo de esta noche.

No he querido fastidiar la noche y por eso no he insistido en la posibilidad de que Sarah estuviera allí también. No pienso ni por un momento que fuera una coincidencia. Cuando esa mujer aparece en tu vida nada bueno trae.

Llegamos a la casa. Con cuidado coloco la chaqueta en el perchero buscando

las palabras adecuadas para volver a sacarle el tema a Ian.

— Te has quedado muy callada — pregunta soltando la chaqueta a mi lado.

— Ian... Sarah estaba allí, estoy segura.

Cierra los puños alrededor de la solapa.

— ¿Cuánto tiempo la viste? ¿No ves que no tiene sentido? Si ni le viste la cara, Emma por dios — respira un par de veces intentando cambiar el tono a uno más tranquilo — Es imposible. La conozco bien y contraté un detective privado. Las últimas noticias fueron que se montaba en un avión para salir del país.

Odio cuando no me cuenta las cosas. Llevo mucho tiempo pensando en ella, estando segura de que es ella la que está mandando las cartas, pero si no está en el país...

No, no. Es Sarah, estoy segura. Ian la conoce pero Sarah también lo conoce a él y es lista, muy lista.

— Pues ha vuelto sin que os enteréis — suelto encarándolo.

Mantengo la mirada desafiante unos segundos antes de rendirme. No entiendo porque le cuesta tanto crearme, no es una idea descabellada. Ian le quitó todo lo que la hacía poderosa, la dejó sin nada y una mujer como ella no se da por vencido ni se rinde.

Comienzo a caminar para irme a la habitación. Cuando llevo la mitad del camino suena el teléfono de Ian. Es tarde, y el vuelco que me da el corazón me dice que algo ha pasado.

Descuelga la llamada sin decir nada. Yo me quedo donde estoy buscando cualquier signo en su cara que me diga algo, alguna pista.

— Voy corriendo, cálmate papá.

— ¿Está bien tu padre?

Vuelve a coger la chaqueta. Abre el cajoncito del mueble de la entrada buscando las llaves del otro coche.

— Mi madre. Está en el hospital, creen que es un ataque al corazón.

Salimos corriendo. Llegamos al coche. Ian intenta meter la llave en el bombín para arrancar y al fijarme bien, veo el temblor de sus manos.

— Déjame que conduzca yo — pido tendiendo una mano para que me de la llave.

— Yo puedo.

— Ian por favor. Estás nervioso, es tu madre y es normal. Deja que conduzca yo.

A regañadientes intercambiamos asientos. Estamos a unos pocos minutos del hospital, pero hasta que llegamos me ha parecido una eternidad.

Llegamos a urgencias. Allí está su padre, solo, caminando de un lado hacia otro.

— ¿Cómo está mamá?

— Los médicos no han dicho nada aun — contesta con la voz tensa.

— ¿Le ha pasado algo? ¿Se ha puesto nerviosa?

— Dímelo tu — ahora se escucha claramente el desprecio en su voz — explícame que coño es esto y porque se lo han mandado a tu madre.

Le tiende un sobre idéntico a los que yo recibía. Solo hay una diferencia, el nombre, en lugar de Emma pone Emily.

Ian se la quita de las manos. La desdobla con dedos temblorosos. Sin que se

de cuenta me acerco detrás de él para poder leer yo también. Quiero saber de lo que se ha enterado su madre y ha sido capaz de provocarle un ataque al corazón.

15/11/2013

Canalla. Canalla. Canalla. Canalla. Canalla.

Ian Garret es el mayor sinvergüenza que he conocido.

Escribo esto porque necesito desahogarme, necesito dejar constancia de lo que me hizo a mi... y a otras muchas mujeres, trapos para él, muñecas con las que juega y después tira a la basura.

Acabo de volver de verlo. Hace días que no me llama y después de mucho insistir ha accedido a que nos veamos. Le he amenazado, le he dicho que si no nos veíamos iba a hacer una locura y creo que ahora mismo sería capaz.

Me ha costado mucho, pero después de media hora dando evasivas se lo he contado. Estoy embarazada y este hijo es suyo.

Ya se que no significó nada para él, pero un hijo... no quiere saber nada ni va a hacerse cargo. Me ha ofrecido dinero para que haga lo que me de la gana con él.

Su cara no se ha inmutado, asqueroso hijo de puta. Con el dinero puedo irme de vacaciones, abortar o comprarme un piso, lo deja a mi elección, me ha dicho literalmente.

Solo espero que termine solo y destruido. Espero que ninguna mujer sea nunca tan ingenua como para enamorarse de él y mucho menos para intentar formar una familia porque cuando llegue el momento, cuando nazca, Ian desaparecerá y les dará la patada.

No pone nada más. Esta carta es... no es solo una noche de sexo en la que una ingenua se enamora e intenta algo más.

Si es cierto todo lo que pone... no conozco de nada a este hombre. Doy un paso hacia atrás y bajo la mirada al suelo.

Ian la arruga hasta convertirla en una pequeña bola y la tira al suelo.

— ¡Esto es mentira! — Le grita a su padre — ¡ES UNA PUTA MENTIRA!

Al instante cambia la mirada de rencor para mirar a su hijo con lástima. A mí no me va a convencer tan fácilmente ¿Las demás eran ciertas y de pronto esta es mentira? Es sabido por todos que has cambiado más de mujer que de chaqueta y... si en alguna cita has bebido demasiado... es bastante probable que se te olvidara tomar algún tipo de protección.

Vuelvo a callarme lo que siento y lo que pienso. No sabemos nada de su madre y no es el momento de discutir o de que nos replanteemos lo nuestro... ahora no.

— Voy a por un café — susurro sin ser capaz de mirarlo a la cara.

— Voy contigo.

Adelanta un paso y lo freno al instante colocando una mano sobre su pecho.

— No, si viene algún médico tienes que estar aquí.

Su padre se aparta para dejarnos un poco de intimidad. Yo sigo sin poder mirarle a la cara.

— Emma, son mentiras, te lo juro.

Levanto la vista un instante. La desesperación de sus ojos casi se puede palpar.

— Tal vez tu creas que es mentira... de igual modo este no es el momento. Ahora vengo.

Salgo de la habitación preparada para familiares. Paso la máquina de los

cafés y entro en el baño. Entro en uno de ellos y corro el pestillo. No puedo evitar la angustia que oprime mi corazón. Las dudas que están dejando esas cartas.

Capítulo 90

Los minutos pasan delante de mi cara. Miro fijamente la manecilla del segundero como avanza imparable, riéndose de mi. Tarde o temprano tendré que afrontar la situación, no puedo esconderme para siempre en estos baños iluminados por bombillas parpadeantes.

Abro el pestillo y salgo. Miro mi reflejo en el espejo. Tengo los ojos colorados e hinchados de llorar. Me devuelvo una mirada triste. Esa es la cara de una mujer que cree lo que ha leído.

No sé que voy a hacer si Ian me deja cuando nazca mi pequeña. Abro el grifo, ahueco mis manos bajo el agua y las lleno. Me refresco la cara y las muñecas. En estos hospitales siempre hace mucho calor, no lo entiendo.

Salgo del baño para hacer un papel, hoy tengo que ser actriz, y una de las buenas. Todo se arreglará, todo va a salir bien... la madre de Ian se va a recuperar, no me va a abandonar, no es cierto todo lo que hay escrito en las cartas...

¡Eres una pardilla! Grita mi pepito grillo particular, tu has sido su secretaria durante años. Sabes con cuantas mujeres ha estado y como les daba de lado. En el fondo, y aunque no quieras, sabes que todo eso es verdad.

— Estaba preocupado — Ian tiene la espalda apoyada contra la pared.

Me sorprende nada más salir del baño.

— Bueno... —carraspeo para eliminar la voz gangosa de llorar — las mujeres necesitamos nuestro tiempo.

— Emma, déjalo. No puedo creer que pienses que es cierto lo que has leído.

Como tenga la cara de enfadarse voy a dejar de controlarme y ni todos los enfermeros, médicos ni celadores con todos los tranquilizantes del hospital van a ser capaces de contenerme.

— Tu madre está siendo atendida en estos momentos ¿De verdad quieres que hablemos aquí y ahora?

Aprieta los labios sabiendo que tengo razón.

— A veces me desesperas.

Da media vuelta y se va.

En la sala de espera Ian y su padre charlan sobre algo. Me acerco a ellos y me siento. No presto atención a lo que dicen, aunque por lo que parece, su padre si que lo ha creído.

Mi mente parece un coche de fórmula uno en plena recta. Va de un pensamiento a otro, formando un batiburrillo incomprensible de sentimientos encontrados y contradictorios.

Le creo, no le creo, debería creerle. Me va a abandonar ¿Qué hombre como él querría estar con una mujer como yo? ¿Por qué soy distinta a las demás? No lo soy, simplemente le estoy entreteniendo durante más tiempo.

Todos esos pensamientos negativos me provocan una presión en el pecho y dejo escapar un pequeño gemido.

Ian me mira con el ceño fruncido.

— ¿Quieres que llame a un médico?

— Estoy bien — contesto quitándole importancia — solo estoy preocupada por tu madre.

— Emma — se entromete su padre con una disculpa reflejada en la cara — ¿Por qué no te vas a casa? Aquí no podemos hacer nada.

— No, no. Ni hablar. Quiero saber que está bien.

Ahora si que necesito el café. Voy hasta la máquina y selecciono un café con leche y caramelo. Es la primera vez que lo pruebo, pero nada que tenga caramelo puede estar malo.

— ¿Familiares de Emily Garret?

Todos salimos disparados hacia el médico que ha preguntado. Es una suerte que no sea el típico doctor que te divaga durante un rato mientras tu piensas que te va a dar un ataque al corazón de los nervios.

— Todo ha salido bien — explica en cuanto llegamos a él — ha sido un ataque al corazón. Ahora mismo está estable. Podrán verla en unas horas cuando despierte.

— Muchas gracias doctor.

Respiro aliviada. Lo peor ya ha pasado y aunque aún no está recuperada del todo, que haya aguantado el ataque ya es mucho.

— Ya sabes que está bien. Te voy a llevar a casa y vas a descansar — saca la llave del coche del bolsillo.

— Pero yo quiero verla.

— Has oído médico. Son las dos de la mañana y estás embarazada. Hasta dentro de unas horas no podremos verla.

Maldito razonamiento ¿Cómo discuto contra eso sin parecer una niña pequeña?

—En cuanto podamos verla me llamas y vengo ¿Vale?

A regañadientes cede.

— Papá, voy a llevar a Emma a casa y vuelvo.

Le da un abrazo. Es la primera vez desde que el médico nos ha dado las buenas noticias que miro a su padre, tiene los ojos vidriosos y la voz emocionada ¿Cuántos años llevarán juntos? Seguro que toda una vida.

— No te preocupes hijo, conduce tranquilo.

Me siento y me abrocho el cinturón que ya comienza a ser incómodo. Tengo tantas dudas con respecto a Ian.

Se que le quiero y se que quiero estar con él, pero si me deja... seré el reflejo de esas chicas de las cartas. Tal vez debería dejarle antes de que sea yo el trapo... Uff que lio.

— ¿Vamos a hablar o no? — pregunta molesto lanzándome miradas fugaces mientras conduce.

Cierro los ojos y aprieto los párpados.

— Me está superando, Ian ¿Por qué la policía no ha hecho nada todavía?

— Siguen investigando pero lleva su tiempo — quita la mano de la palanca de cambio de marcha y la coloca sobre mi pierna — no dejes que te afecte. Son cartas de una enferma.

— Una enferma que te conoce bien.

— Esa carta es falsa ¿;No crees que recordaría algo así!? Por el amor de Dios, Emma.

Claro que recordarías un momento como ese. Lo que realmente me da miedo no es que lo haya olvidado, es que me esté mintiendo para ocultar lo que hizo.

— Sí, claro que lo recordarías.

En cuanto para el coche en el arcén, me bajo y doy un portazo. No espero que se baje y me siga con alguna frase mágica que haga que lo crea.

Cuando cierro la puerta a mi espalda y no aparece, soy consciente de que se ha ido de vuelta al hospital.

Vuelvo a dejar la chaqueta en el perchero por segunda vez esta noche. Con cuidado me quito los zapatos y los dejo al lado de la entrada.

Las ampollas que han comenzado a salirme en los pies me dicen que ha sido una mala idea ponerme tacones. Me planto descalza en medio del salón.

— ¿Pero qué... — digo en voz alta sin dar crédito.

Un sobre encima de la mesa ¿Quién entra como quiere por la casa de Ian y por la de su madre? ¿Quién podría tener tanto rencor? ¿A quién le gustaría vernos destrozados y separados. Solo se me ocurre una persona: Sarah.

Esta es la gota que colma el vaso. Hasta aquí he llegado. Cojo el sobre y camino decidida hasta la habitación en la que Ian convirtió en su despacho.

La gran mesa solo tiene cuatro cajones. Si hay algo está aquí sin duda.

Los saco sin ningún miramiento y voy tirando su contenido sobre la mesa. Tras revolverlo un poco con las manos lo encuentro. Una agenda de direcciones.

Voy pasando las páginas después de mirar cada nombre hasta que llego al que quiero. Coloco mi dedo sobre él.

— Aquí estás — sonrío como la loca en la que me estoy convirtiendo.

Memorizo la dirección de la casa de Sarah. Llevan años actualizando la pensión y las cartas las tenían que mandar a algún sitio. Señor Garret, siempre tan predecible.

Voy hasta la entrada para buscar las llaves del coche. ¡Joder! No hay ninguno. Me da igual, pienso ir andando si hace falta.

Suena mi móvil.

— Ian, dime — contesto de mala gana.

— Solo quería saber como te encontrabas.

— Ya me iba a acostar, con tantas emociones estoy rendida — miento.

La llamada se queda en silencio. Solo espero que no dude y le de por venir.

— Está bien, te dejo descansar. Te quiero.

— ... Y yo, buenas noches.

Cuelgo justo antes de cerrar la puerta detrás mía. Voy a encarar a Sarah y la voy a obligar a que pare de una vez.

Capítulo 91

Espero delante de la carretera a que uno de los pocos coches que pasan a estas horas sea un taxi. En cuanto veo un coche amarillo a lo lejos, levanto la mano. Si tengo la mala suerte de que no lo es, el conductor se echará unas cuantas risas a mi salud más tarde.

Las luces de frenado se encienden conforme se va acercando a mí. Por lo menos una cosa me sale bien esta noche.

— ¿A dónde Señorita? — pregunta el taxista colocando el brazo detrás del reposa cabezas del acompañante.

— Baker street — se el número de la casa, pero prefiero que me deje al principio de la calle. Mientras menos pruebas haya, mejor.

Sin decir ni una palabra, arranca. El corazón cada vez me late más deprisa. Miro por la ventanilla. Unos minutos y llegaré.

— Pare — pido al conductor.

Esto es una mala idea. No, una mala idea es beber un litro de agua justo antes de acostarse, esto es una locura. Pero... tengo que hacerlo.

Es importante que Ian sepa que es ella, que no está de viaje.

— ¿Y bien? — pregunta el taxista con tono borde.

— Siga, siga, perdone.

Saco la carta del bolsillo. Hasta que llegue me da tiempo a leer lo que pone... un escalofrío recorre mi espina dorsal solo con imaginarme lo que puede haber escrito.

25/05/2015

No entiendo porque todo el mundo le llama "Señor Garret" poco tiene este hombre de señor y aun así, quiero estar con él.

Hoy hemos vuelto a vernos. Otro día maravilloso a su lado. Es un coñazo que no pueda vernos nadie, ni salir a cenar o ir al cine, pero él sabe compensarlo.

Hoy le he vuelto a pedir que deje a su mujer ¿Por qué sigue con ella si a la que quiere es a mí? Y una vez más me ha contestado que no la va a dejar. Está seguro de que lo desplumaría y no le conviene ¿Por qué los hombres no pueden pensar con el corazón?

A la mierda el dinero, las propiedades, todo a la mierda.

¿Tenía una amante? Todo este tiempo comportándose como un hombre roto de dolor por la traición de la que fue su mujer, y él tenía una amante.

Esta vez no me ensaño con la carta para mostrar mi frustración. La doblo una y otra vez hasta que estoy segura de que me cabe en el bolsillo y me la guardo.

— Aquí es señorita ¿Sabe el número?

Frente a nosotros hay una larga calle residencial con chalets a ambos lados. Solo un par de farolas iluminan el entorno que se parece más a una película de terror que a una zona familiar.

— Aquí está bien, gracias — le tiendo un billete — quédese con la vuelta.

En cuanto me bajo del coche y el taxista se va, soy consciente de que estoy haciendo una auténtica locura. No por ir a pedirle explicaciones, sino porque es diciembre y me he dejado la chaqueta en casa y voy descalza. Cualquiera que me vea podría pensar que necesito ayuda psicológica urgente. Yo empiezo a pensarlo.

No puedo dejar de mirar mis pies desnudos dando un paso tras otro sobre el frío asfalto.

El número tres, números tres. Voy por el cinco. Al ser chalets de lujo de gente súper importante con mucho dinero no pueden empezar a enumerar como el resto del mundo; por el uno.

Una zona ajardinada rodea el número tres, mi destino. Agradezco el cambio de textura. Pisar la hierba congelada es mucho más cómodo que la carretera.

Hago visera con las manos intentando ver a través de una ventana. Todas las luces están apagadas, puede que Ian tuviera razón y esté de viaje. Voy rodeando la casa y mirando una por una todas las ventanas.

Cuando doy la vuelta completa la luz del porche se enciende. Pego un respingo, pero no me muevo de donde estoy. Hay alguien en la casa y quiero saber quien es.

— ¿Quién hay ahí? — pregunta una voz conocida.

— Soy yo, Emma — adelanto unos pasos hasta que me paro delante de ella, Sarah.

— ¿Emma? Es muy tarde ¿Qué haces aquí?

Una voz angelical me pregunta mientras se frota los ojos. Yo solo veo al demonio.

— Te vi, en el restaurante quiero decir, te vi — levanta una ceja de una manera casi imperceptible. Era ella.

— ¿En qué restaurante? No se de lo que me hablas ¿Estás descalza? — abre la boca formando una gran O mientras me mira los pies.

No hay nadie más, solo estamos ella y yo no tiene porque seguir fingiendo. Cada vez estoy más nerviosa y enfadada.

— ¡Deja de hacerte la tonta, Sarah! — Grito perdiendo los nervios — ¡Deja en paz a Ian! ¡Deja de enviarme cartas! — me acerco hasta ella temblando de pies a cabeza. Un poco por frío y otro poco por rabia — déjanos tranquilos, has perdido. Asúmelo.

No se ha movido ni un centímetro. La mujer que tengo frente a mi no es ella. Se comporta como una persona asustada, como si me tuviera miedo y parece un chiste porque debería ser al contrario.

— Emma, me estás asustando — lloriquea.

— ¿Pero qué haces?

Un coche de policía se acerca a toda velocidad. Gira el volante hasta que el coche pisa el césped y deja un chirrido y un olor a goma quemada que parece que la estás saboreando.

Antes de que pueda reaccionar Sarah me sujeta por la mano y la acerca hasta su pelo mientras grita como si la estuvieran matando. Acerca su boca a mi oído y susurra:

— Acabo de empezar contigo, puta. Todavía tengo que divertirme un poco más.

Algo me golpea por la espalda y caigo al césped. La cabeza rebota contra él.

— ¡Está loca, señor agente! ¡Está loca! — escucho de fondo como Sarah grita sin parar.

Todo me da vueltas y el peso del policía sobre mi no me deja respirar. Lo último de lo que soy consciente antes de que todo se vuelva negro es de como tira de mis brazos hacia atrás y el frío del metal sobre mis muñecas.

Despierto en una habitación de hospital. Voy incorporándome despacio hasta que escucho un ruido metálico que no me deja estirar el brazo derecho ¿Estoy esposada a la cama? Pero si no he hecho nada. Solo he ido de madrugada a la casa de una "pobre ciudadana" para pedirle explicaciones, descalza, sin

chaqueta y parecía que estaba agrediéndola... pensándolo bien, puede que si haya hecho algo.

La puerta de la habitación se abre y aparece Ian. Joder, como la he cagado. Siempre han dicho que no hay mejor defensa que un buen ataque.

— No estaba de viaje, te lo dije — acuso intentando cruzar los brazos. Cuando comprendo que con la esposa es imposible doy un par de tirones en señal de protesta.

— ¿En qué estabas pensando? ¿Te has vuelto loca? — dice cerrando los puños, intentando contener la rabia.

— Coge el papel que hay en el bolsillo de mi pantalón. En eso pensaba.

Espero hasta que rebusca lo desdobra y lo lee con toda la paciencia que puedo tener en estos momentos, cero.

— Es mentira, Emma ¿Cuántas veces te lo voy a tener que decir?

— ¡Pues a mi me afecta! — Grito — es ella, lo se y a ti parece darte igual — siento salir las lágrimas de mis ojos — quiero creerte, de verdad que quiero.

— Pero no puedes — termina la frase por mi — Emma... creo que lo mejor para ti ahora mismo es que nos tomemos un tiempo — propone con los ojos vidriosos

— ¿Me estás dejando? Dices que es mentira todo lo que pone en las cartas... y... ¿Me estás dejando? —vuelvo a preguntar.

No puede estar dejándome. No haría algo así y menos estando embarazada.

—No, mi mundo te está afectando demasiado y no quiero que ocurra nada de lo que nos tengamos que arrepentir. Solo nos estamos tomando un tiempo mi vida — Pasea la mano por mi frente con cariño — puedes quedarte en el ático, yo me iré.

Ohh muchísimas gracias. No me estas dejando pero te vas de casa porque tu mundo me afecta demasiado... la loca de tu ex mujer viene a por mi y tu me dejas porque tu mundo me afecta demasiado.

Ya no siento rabia ni ganas de discutir ni nada. Lo miro sin comprender porque ha tomado esta decisión, porque me aparta de su lado, aunque en el fondo lo sé: ahora eres tu el trapo que tira.

— Puedes quedarte en tu ático. Yo me iré a mi casa — contesto de forma automática.

No voy a darle el gusto de suplicar como tantas otras han hecho antes.

—No. Emma, solo es un tiempo...

— Estoy cansada Ian — me pongo de lado y cierro los ojos — apaga la luz antes de salir.

Capítulo 92

Detengo mis pasos delante de la puerta del hospital. Detecta mi presencia y se abren.

Sarah no me ha denunciado por algo que no he hecho y aun así, se supone que tengo que estar agradecida.

Han pasado dos días desde que Ian me pidió que nos tomáramos un tiempo, desde entonces no he vuelto a saber nada de él. Will está todo el día pegado a mí como una lapa, supongo que Ian se lo ha pedido o simplemente le doy pena y se está apiadando. Ni lo sé ni me importa... puede que si me importe, pero procuro darle las menos vueltas posibles.

Will y Helena me llevan a mi piso. Me siento detrás mirándome los dedos, con la cabeza gacha y el corazón encogido.

— Me voy a quedar unos días contigo — se auto invita Helena.

— Vale.

Solo soy capaz de contestar con monosílabos. Lo cierto es que apenas presto atención a los que me hablan. Estoy sumida en mi mundo de tinieblas y tristeza.

Esos ojos azules que me enamoraron hace tanto tiempo ya no están conmigo. Se ha cansado de mí y lo entiendo, ni yo me soporto.

Todo el camino lo hacemos en silencio y por extraño que parezca, no me siento incómoda.

Will aparca frente al portal. Dejo que cargue con mis bolsas y Helena se coloca a mi lado en un intento de ayudarme a no sé que, de momento puedo caminar sola.

Metó la llave en la cerradura y abro. Este era mi santuario donde los recuerdos no eran dolorosos. Donde había vivido con Toni y solo se quedaban en un leve amargor... pero desde que pasamos Ian y yo aquí unos días... esos recuerdos sí duelen.

Lo veo tumbado en la cama, sentado en el sofá con el periódico entre las manos, lo veo en la cocina haciendo tortitas...

Mi corazón es una bomba de relojería que de un momento a otro va a estallar. No puedo romperme, ahora no, por mi pequeña.

— ¿Qué quieres que hagamos? — Helena llama mi atención.

En silencio los miro. Will con las dos maletas a sus pies y el ceño fruncido y mi amiga con una falsa sonrisa demasiado descarada.

Suelto un suspiro y me voy a mi habitación. Cierro el pestillo y después, arrepentida, lo descorro. Quiero que me dejen tranquila, no que se preocupen. Bajo la persiana y me tumbo sobre la cama.

Tal vez solo sea un mal sueño. Dormir todo lo arregla, dormir todo lo sana. Cierro los ojos y me dejo llevar por Morfeo.

— Emma — susurra alguien — Emma, despierta. Un policía quiere hablar contigo.

— Ya voy.

Antes de ir al salón, entro en el baño y me adecento un poco.

El agente Harrison me espera sentado en el sofá con un café entre las manos.

— No tiene muy buena cara — es su forma de saludar que no me gusta ni lo más mínimo.

— Usted tampoco. Dígame que puedo hacer por usted.

No me apetece nada tener una charla larga y aburrida que no tiene ningún sentido para la investigación. Lo mejor es ir al grano y terminar cuanto antes.

— Usted cree que quien está detrás de los anónimos es Sarah.

No lo pregunta, lo afirma así que sigo sin comprender que hace aquí.

— No lo creo.

— ¿No?

— No. Sé que es Sarah. Ella mismo lo afirmó la noche que me detuvieron.

Se muerde el labio. Me cree y eso me alegra solo un poco dentro de mi pompa.

— La tendremos vigilada, no se preocupe.

— Muchas gracias señor Harrison.

Me levanto para despedirlo aunque él no ha hecho amago de irse. Espero unos segundos hasta que suelta el café y por fin capta el mensaje: no tengo humor para este tema ahora mismo.

— Cualquier cosa no dude en ponerse en contacto conmigo — dice tendiéndome una tarjeta con su nombre y dos números de teléfono.

— Gracias.

Cierro la puerta. Vuelvo a quedarme sola... Helena coloca su mano sobre mi brazo y aprieta un poco intentando apoyarme.

— ¿Quieres que hablemos?

— La verdad es que no, no te lo tomes a mal — suavizo el tono.

Hablar de Ian duele. Hay quien dice que es bueno, que ayuda a librarse de ese

sentimiento de angustia, patrañas a mi parecer. Solo me recuerda que he estado en el cielo para volver a bajar al infierno y ahora es más oscuro, más siniestro, más aterrador sin el dándome la luz.

— Lo entiendo. Voy a bajar a comprar algo para comer. Vuelvo en un minuto.

Me siento en el sofá donde hace solo un momento estaba el policía ¿Así va a ser mi vida a partir de ahora? De la cama al sofá y del sofá a la cama? Debería hacer un esfuerzo por ser más positiva. Esta angustia durante el embarazo no es buena.

Espero que en cualquier momento aparezca Helena. Ya lleva un buen rato comprando. Quiero que hablemos y me ayude a ver las cosas de otra manera.

Suena el timbre.

— ¿¡Por qué no te llevas las llaves!?! — grito a la puerta.

Al abrirla me quedo pasmada. Toni me contempla con una amplia sonrisa.

Emma, es peligroso y lo sabes. Cierra la puerta, que no entre.

Da un paso y coloca el pie para que no pueda cerrarla. El pitido del ascensor suena y Helena aparece justo cuando Toni empuja la puerta y la cierra dejándola a ella fuera y el conmigo dentro de la casa.

— ¡Ehh! — Grita mi amiga aporreándola — ¡SAL AHORA MISMO!

Coloca la cadenita para que no pueda abrir con la llave mientras yo solo le miro.

— ¡VOY A LLAMAR A LA POLICÍA! — continúa gritando.

Una vez asegurada la puerta se gira hacia mí. Adelanta unos pasos hasta que puedo oler el alcohol en su aliento.

— Te quería tanto.

— ¿Qué es lo que quieres? — pregunto dejando que pase su mano por mi mejilla. Intento contener las arcadas que se apoderan de mí.

—... Pero me fallaste. No debiste engañarme.

—La policía está a punto de llegar Toni. Van a ir a por ti y vas a ir a la cárcel.

Le amenazo e intento hacerme la valiente aunque la realidad es que estoy aterrorizada.

— Yo ya me voy — se acerca a mi oído — tengo coartada ¿Sabes? No pueden hacer nada por ti.

— Te van a vigilar — doy un paso hacia atrás.

Diez años con él y no lo reconozco. Era un vago y un borracho, pero no un enfermo que ha perdido la cabeza.

— No importa. Ya casi ha terminado pequeña.

"Pequeña" "pequeña" Eso lo decía Ian. Él no tiene derecho a llamarme así, no es nadie.

Ya casi ha terminado... cada vez respiro más deprisa. No quiero que vea que ha conseguido asustarme más de lo que ya estaba. Es imposible controlar la respiración o el ritmo frenético que lleva mi corazón.

—Fuera de mi casa — susurro con la voz temblorosa.

Me dedica una sonrisa sádica y levanta las cejas una y otra vez.

Abre la puerta y sale dando un empujón a Helena que termina chocando contra la pared.

No es Sarah la única loca que quiere hacernos daño, Toni está con ella. Entre

los dos lo están haciendo todo.

Capítulo 93

Helena se recompone al momento y suelta las bolsas. Corre hacia mí con los nervios perdidos completamente.

— ¿Estás bien? ¿Qué te ha hecho? — pregunta paseando la mirada por todo mi cuerpo.

— No me ha hecho nada.

Se para en seco.

— Entonces ¿Qué quería?

El agente Harrison llega subiendo las escaleras con la mano colocada en la culata del revólver.

— Ya se ha ido — informo.

Es una suerte que justo hoy haya decidido venir y que tan solo se haya ido unos minutos antes de que llegara Toni.

Soy incapaz de pensar con claridad. Todo lo que está ocurriendo pasa por mi cabeza como un torbellino: Sarah, Toni, Ian, las chicas de los anónimos.

— ¿Qué ha ocurrido? — pregunta resollando.

— Ne...necesito... — las lágrimas inundan mis ojos — dadme un mo...mento.

Salgo de la casa. Bajo las escaleras hasta que llego al portal y la vida de la ciudad me envuelve. Aquí fuera soy solo una más. Nadie sabe los problemas que tengo ni lo que me angustia. A nadie le importa si voy llorando por la calle. Agradezco se anónima y poder desahogarme sin tener a todos preocupados.

Voy caminando sin saber qué dirección tomo. Solo necesito eso, caminar, dejar la mente en blanco.

Toni, ese chico risueño que conocí en el instituto. Siempre llevaba una chupa de cuero, daba igual si era invierno o verano. Fue el primero en tener moto y yo en fardar de novio. Y ahora, me tiene tanto odio... ¿Me lo he buscado yo?

Sigo andando. Me paro cuando un semáforo está en rojo y cruzo cuando se pone verde.

Vibra el teléfono en mi bolsillo.

« ¿Dónde estás? »

Will, mi pesadilla particular me persigue donde quiera que vaya. Su presencia me recuerda a Ian. Bloqueo el móvil y lo guardo en el bolsillo.

En algún momento he dejado el ritmo del centro lleno de tiendas y gente y he llegado a las afueras, pero no me importa. Necesito caminar.

Vuelve a vibrar el teléfono.

«Como no vuelvas o me contestes, llamo a mi hermano, a la policía y a la puta armada»

Joder. Lo de la policía y la armada me da un poco igual, pero a Ian no quiero verle...

«Ya voy. Como llames a alguien te mato»

Contesto intentando ser clara. Acelero el paso para no tardar demasiado.

Llego al portal con la frente llena de pequeñas gotas de sudor. He ido demasiado lejos.

Emma ¿Cuándo vas a empezar a usar la cabeza?

Me abre la puerta Will y justo detrás está Helena.

— ¡Pero a ti que cojones te pasa!— grita nada más verme.

—Necesitaba pensar — me defiendo.

No entiendo porque está tan nervioso. Cuando a él le sobrepasó la situación se puso hasta el culo de alcohol y nos trataba fatal. Yo me he ido a dar un paseo. Perdóname la vida.

—Pues si necesitas pensar te metes en la ducha y lloras como hace todo Dios. Joder, Emma.

¿Me está dando la charla? Sé que se ha preocupado, ya lo sé. No tengo quince años ni es mi padre así que lo ignoro y entro en el salón. Allí me esperan el agente Harrison e Ian. Inmediatamente me giro a Will con el reproche reflejado en la cara.

— Me dijiste... — comienzo a acusar.

— Pues te jodes.

Lo que me apetece en estos momentos es que todo el mundo se vaya de mi casa. No quiero ver a nadie, no quiero que sientan pena por mi ni se preocupen ¿Tan difícil es de entender que quiero estar sola?

— Se que es un momento... un poco complicado — Harrison saca la libreta junto con un bolígrafo — pero tienes que decirme lo que ha pasado para que podamos protegerte.

Que ingenuos. Nadie puede protegerme. Ni a mí ni a Ian. Toni y Sarah son el demonio y tienen un plan. No sabemos ni cuándo ni cómo lo llevarán a cabo.

— Toni trabaja con Sarah para vengarse. Eso es lo único que sé.

Aprieto los dientes obligándome a no mirar a Ian, que continúa sentado sin apartar la mirada de mi.

— ¿Algo más?

— Nada — doy por zanjado el tema — Ahora si me perdonáis, estoy cansada y necesito una ducha.

Entro en la habitación, me siento sobre la cama, pensando en todas las tonterías que he hecho estos últimos días. No me reconozco.

Ian abre la puerta.

— Siento no haber estado aquí.

Tenerlo delante me desarma. Quiero odiarlo, pero le quiero. Es así de simple y triste.

— No tenías porque. Ya no estamos juntos — bajo la mirada y me quito los zapatos para que no vea la pena que siento.

Se acerca. Tiende una mano, cuando se da cuenta de lo que hace la frena y deja caer los brazos a ambos lados de su cuerpo.

— Emma... no te he dejado. Necesitas alejarte de todo lo que está pasando porque te está afectando demasiado. Además, si ni siquiera me crees cuando te digo que las cartas son falsas ¿Podrías estar con un hombre así?

Es un golpe bajo y lo sabe. A veces le creo y otras no.

— ¿Quieres hablar de confianza? Bien, hablemos de confianza. Te dije que Sarah estaba detrás de todo, te dije que la había visto en el restaurante ¿Tu me creíste? ¡No!

Me levanto de la cama ¿Qué se ha creído? No voy a suplicarle, no voy a permitir que vea cuanto me duele.

— La tenía vigilada y además, no es lo mismo — me habla tan tranquilo que me da rabia.

— Claro que no es lo mismo porque tu puedes desconfiar, pero si lo hago yo, entonces tenemos que tomarnos un tiempo — me vienen a la cabeza todas las veces que me ha echado de su lado — cuando me fui a tu casa y empezaste a sentir algo por mí, me apartaste de tu lado. En el bosque te acostaste con Leti para convencerte de que no sentías nada por mi — he ido levantando la voz sin darme cuenta hasta que exploto — ¡Y ahora has vuelto a hacerlo!

— Eso no es cierto. Esto es totalmente distinto.

— No me vas a dar de lado nunca más Ian — en cuanto las palabras salen de mi boca me arrepiento pero ya es tarde para parar.

— Estás enfadada, están pasando muchas cosas y te afecta. Lo entiendo — su tono tranquilo me desquicia más todavía. No te voy a dejar ni ahora ni nunca.

Eso dice su boca. Escucho salir esa gran mentira que ni él se cree y se me escapa un bufido en forma de risa.

— Ya lo has hecho. Una y otra vez desde que te conozco. No hay vuelta atrás.

— ¿Me estás dejando porque crees que te estoy dejando? ¡Razona un poco!

— Me obliga a dejar de caminar por la habitación sujetándome por los brazos

— Seguiremos esta conversación mañana. Descansa.

Hace el amago de soltarme y salir. Esta vez no vas a tener la última palabra aunque en una cosa tiene razón. Estoy nerviosa, desquiciada e irritable, pero por encima de todo eso estoy asustada, muy asustada.

— No habrá un mañana, Ian. Saca tu agenda y busca entre la gran cantidad de mujeres a otra para reírte de ella.

Abre mucho los ojos dolido por lo que acabo de decir.

Quiero borrar estos últimos minutos, que nunca hayan pasado y aun así, aprieto los dientes y me mantengo firme como la idiota que soy.

Da media vuelta y sale de la habitación. Me quedo sola. Ahora si estoy sola y no sé que voy a hacer para poder seguir adelante, para frenar a Toni y Sarah sin su ayuda.

Capítulo 94

Cuatro meses después...

El tiempo ha pasado y nada ha cambiado...

El mismo día que le dije a Ian que habíamos terminado, le pedí a Helena que se fuera a su casa. Si iba a estar sola no podía engañarme teniendo a alguien de forma temporal. Decidí coger el toro por los cuernos, y quitar la tirita del tirón. Todo a la vez.

Al principio ella y Will me llamaban a diario varias veces para que nos viéramos, para charlar, para tomar una coca cola, en definitiva, para intentar animarme.

Dejar a una persona queriéndole es lo más duro que he hecho en mi vida. Si él pensaba que lo mejor para mí era alejarme de su entorno, la decisión definitiva la tomé yo. No sé si acertada o equivocada, lo que si se es que ha día de hoy aun duele.

La tripa que creía que nunca me iba a crecer se ha convertido en un gran huevo. Me he convertido en una persona torpe que, si logra atarse los zapatos, me dan ganas de montar una fiesta.

Hasta hace un par de semanas Ian nunca se había dado por vencido. Venía continuamente para convencerme. Intentar que volvamos ha sido agotador, tanto para él como para mí.

Sigo teniendo la tarjeta que me hizo en el banco y me ha pedido un millón de veces que la use, pero eso no estaría bien, así que la tengo enterrada bajo un montón de papeles en el cajoncito de la entrada. Solo espero que cuando nazca mi pequeña, el sofá y la cama vuelvan a ser cómodos como lo eran antes.

No he recibido ni un anónimo más en cuatro meses. Es lógico, Sarah ya tiene

lo que buscaba. Creo que es lo único que me alegra un poco.

Suena el teléfono de la casa. Ya es una costumbre dejar que suene hasta que salta el contestador.

Si la definición de ermitaño sirviera para una persona que vive en una ciudad en lugar de en una cueva, esa sería yo. Tener relación con la gente hace que me esfuerce por mostrar una alegría que no siento, tengo que enmascarar el dolor para que piensen que he superado lo de Ian, es tanto el esfuerzo, que poco a poco los he ido dejando de lado.

Cuanto el contestador termina la frase de «*deje su mensaje después del pi*» es la voz de Ian la que suena al otro lado como tantas otras veces.

Da igual si me llama una vez o un millón, cada vez que escucho su voz o mi nombre salir de sus labios se me encoge el corazón y paso lo que queda de día llorando.

—Emma, supongo que estás y no quieres cogerlo. Solo te llamaba para recordarte que tenemos cita con los abogados para firmar los papeles del divorcio a las cinco — se calla durante unos segundos — nos vemos después.

Se me había olvidado. Este es uno de esos malos ratos que había intentado eliminar de mi mente.

Miro el reloj que hay colgado en la pared; solo queda una hora, joder. Mis movimientos son más lentos que una tortuga, meterme en la ducha y salir es toda una aventura con este barrigón. Ponerme unos calcetines es una misión imposible.

Resoplo y me levanto del sofá en el que ya había cogido una postura un poco menos incómoda. Empiezo a prepararme como una autómatas, como un títere movido por la inercia de los hilos para hacer algo que no quiere hacer.

Llego al bufete de abogados justo cuando el reloj marca las cinco y diez.

—Llega tarde Señora Garret — me increpa uno de los abogados de Ian.

Él esquiva mi mirada.

— Lo siento ¿Ha visto esto? — me señalo la tripa — intente moverse usted con este peso.

Lo ignoro y entro en la sala que tienen preparada. Es gilipollas y se cree Dios por ser abogado. En algunos sitios te llamaría picapleitos, imbécil.

Los tres abogados de Ian se sientan en los asientos principales y nosotros quedamos uno frente al otro. Está tan guapo como siempre. No puedo parar el proceso, ya no.

— Señora Garret — saca un tocho enorme de papeles de una carpeta — mi cliente ha insistido en doblar la manutención que se le asigna por ley — levanta un ceja mirando a Ian. Tiene la esperanza de que se arrepienta — y quiere dejarle también la casa de campo y el ático.

Escucho atentamente aunque no me interesa nada de eso. Solo quiero que estemos juntos. Estamos llegando al final... la respiración se me acelera y por inercia, coloco la mano sobre la tripa.

— No quiero nada — sentencio — Ni la casa, ni el ático, ni la manutención.

Mi corazón pide a gritos que me saque de aquí, que lo solucionemos todo. Podemos perdonarnos.

— Emma — Ian se aprieta el puente de la nariz — se que no quieres nada. Todo eso es para mi hija.

Me mira por primera vez con ojos tristes. Tiene ojeras oscuras bajo ellos y una barba de varios días.

— Podrás darle todo lo que quiera cuando nazca — sigo encabezada en no quitarle nada que con tanto esfuerzo ha conseguido.

— Hágale caso Señor Garret — pide el abogado.

Asiente casi imperceptiblemente con la cabeza dando el visto bueno. Tachan del documento todas las ofertas pasando mucho el bolígrafo.

Un retortijón como nunca antes había tenido me obliga a doblarme sobre mí misma.

— ¡Emma!— grita Ian levantándose de un salto — ¿Estás bien?

— ¿Está de parto? —pregunta preocupado el segundo abogado.

Tal y como ha venido el dolor, se ha esfumado. Supongo que esta es otra de las cosas que nadie te cuenta de un embarazo.

— No se preocupen, todavía me quedan dos meses para dar a luz. Estoy bien.

Ignoro la preocupación de Ian a conciencia. Que siga importándole lo único que hace es que todo este proceso sea más trágico de lo que ya es.

— Vamos a rehacer esta parte del documento y volvemos ¿Quedamos en diez minutos?

Apoyo las manos sobre la mesa para ayudarme a levantarme. Diez minutos más de angustiosa espera ¿Cuándo lo olvidaré? ¿En qué momento el amor que siento por él se convertirá en un recuerdo lejano?

Siento como las lágrimas van llenando mis ojos. Parpadeo una y otra vez para disimularlas ¿Por qué coño estoy haciendo algo que no quiero hacer? Porque eres una idiota incapaz de desandar lo andado.

— Te invito a tomar algo mientras esperamos —Ian me sonrío.

Que termine ya. Necesito irme de aquí.

— Gracias, pero no me apetece nada — tratarlo más de lo necesario solo me puede hacer débil — en otro momento ¿Vale?

— Como quieras.

Me siento en el pasillo habilitado como sala de espera. Otro retortijón me sorprende ¿He comido algo en mal estado? ¿Le pasará algo a mi pequeña? En cuanto termine con todo esto iré a ver a mi médico.

Durante los diez minutos no me he movido del asiento. Sin saber porque, ha cada rato me da una punzada en el bajo vientre. Comienzo a estar preocupada. He escuchado muchas historias de emvarazos que han terminado en tragedia cuando estaban a punto de dar a luz.

— Ya está listo el nuevo documento.

Volvemos a entrar en la sala. Noto la boca seca y la respiración agitada. Estoy tan nerviosa.

Venga, tu puedes. Quítale el papel a ese abogado tan desagradable y fírmalo rápido.

Capítulo 95

Vuelven a leerlo de nuevo para comprobar que estoy de acuerdo con el documento que acaban de rehacer.

— Mi cliente no le deja nada, pero tiene libertad para darle a su hija absolutamente todo lo que quiera —asiento con la cabeza, conforme con lo que estoy escuchando — de igual modo y hasta que la hija de ambos cumpla la mayoría de edad, podrá disfrutar de los regalos que el señor Ian Garret decida hacer.

Me tienden el papel para que lo lea. Los abogados tienen una actitud más tranquila y menos agresiva. Seguro que están contentos, para ellos esto es una victoria.

Dejan un bolígrafo a mi lado. Respiro hondo antes de cogerlo. Si esto es lo mejor ¿Por qué es lo último que quiero hacer?

— Tiene que firmar aquí — uno de los abogados coloca un dedo justo donde tengo que firmar.

Coloco la punta. Solo tengo que ir arrastrándolo hasta que ponga Emma. Antes de escribir mi nombre levanto la mirada hacia Ian. Tiene la cabeza gacha, no aparta los ojos de la mesa.

Carraspeo y respiro un par de veces profundamente. Puedo notar el calor que sube por mi cuello. Todo mi cuerpo me pide a gritos que no lo haga, estoy segura de que por eso me encuentro tan mal.

— Podéis traerme un vaso de agua, por favor — pido cogiendo el papel y convirtiéndolo en un abanico improvisado.

— Por supuesto. Puede firmar mientras tanto.

Vuelvo a mirar a Ian ignorando a esos tres abogados que tienen una chapa

metálica donde deberían tener un corazón. Me observa fijamente con tal intensidad que tengo que apartar la mirada al instante.

— Salgan un momento — pide Ian levantándose de la silla.

— Señor Garret, entiendo que es un momento complicado, pero mientras antes firme, antes terminará todo.

Otro dolor en el estómago me obliga a apretar los dientes. Parece que a todos les dan igual los sentimientos de sus clientes o sus necesidades. Ian debería cambiar de abogados.

Aparta la silla hacia un lado y camina tranquilamente hacia el abogado que acaba de hablarle. En cuanto llega hasta él, lo agarra por la nuca.

— ¿Ve esa mujer que está ahí? — Me señala con la mano que le queda libre — de momento sigue siendo mi esposa y os ha pedido un puto vaso de agua. Ahora fuera, los tres.

La pose tranquila que ha mantenido durante la reunión era una pantomima. Está tan nervioso y desquiciado como yo.

Nos quedamos donde estamos hasta que estamos solos. Me ha ayudado a tener algo de tiempo... una vez más Ian se preocupa por mí.

— No me encuentro muy bien — admito mirándome el estómago.

Se acerca hasta donde estoy. Cuando solo nos separan unos centímetros se agacha y sujeta mis manos.

— Emma... no quieres firmar esos papeles y yo tampoco quiero que los firmes así que dime ¿Por qué seguimos aquí?

Al principio estaba enfadada. El tiempo fue pasando y los anónimos terminaron, ni uno desde que nos separamos. Nadie ha vuelto a entrar en su casa para destrozarla ni en la casa de su madre... Toni y Sarah es esto lo que quieren y si tengo que perder al amor de mi vida lo voy a hacer.

Vuelvo a recordar todo lo que pasó con Piterson, por mi culpa. No lo voy a poner en peligro otra vez.

Coloco el papel sobre la mesa. Tengo firmarlo. Si esto es lo que tengo que hacer para que esté a salvo... no hay otra salida.

Ian lo coge por una de las esquinas y lo arrastra hasta separarlo de mí.

— ¿Por qué? Creo que merezco una explicación.

Rompo a llorar sin poder contenerme. Cuatro meses de sufrimiento se dejan ver ahora en cascada.

Ian... nadie nos molesta ni nos persigue — quito las lágrimas una y otra vez, pero no dejan de brotar — ¿Crees que Toni va a dejarlo pasar? ¿O Sarah?

Lentamente se levanta con la furia reflejada en la cara. Por un momento temo que me odie... que me tire los papeles a la cara y me diga que no valgo la pena.

— Nadie va a decidir por nosotros — coge el papel de la mesa y lo rompe en un montón de pequeños trocitos.

— Ian... por...por favor, es lo mejor — pido llorando.

Me sujeta por el codo para que me levante de la silla.

— Nos vamos.

Tira de mí hacia la puerta. Estoy tan feliz y asustada. Todo va a volver a empezar, Sarah y Toni no van a estar nada contentos.

Los abogados esperan en el pasillo con cara reprobatoria.

— ¿Podemos continuar Señor Garret? Tenemos un juicio en treinta minutos.

— Aquí habéis terminado. Podéis iros — sigue caminando por el pasillo

conmigo pegada a su lado.

Cuatro terribles meses sin sentir su pecho sobre mi mejilla, su corazón en mi oído.

—Pero... — insiste uno de ellos.

— ¿Sabéis qué? Estáis despedidos, los tres.

Los calambres del estómago se han ido intensificando cada vez mas hasta que uno de ellos me obliga a doblar las piernas y dejarme caer. Son tan seguidos y dolorosos... no puede ser... y si... ¿Estaré de parto con tan solo siete meses?

— No puedo, Ian. No puedo — cierro los ojos esperando que pase el dolor.

— Nos vamos para el hospital ahora mismo.

Sin ningún esfuerzo me levanta entre sus brazos. Llegamos al coche y me suelta en el asiento trasero.

Juraría que son contracciones.

— ¡JODER!— daría lo que fuera por tener la epidural bien puesta.

— Cálmate mi amor, ya estamos llegando.

Adelanta un coche tras otro sin ningún cuidado. Al llegar al hospital deja el coche en medio. Abre mi puerta y me ayuda a bajar. Cuando no tengo contracciones estoy bien.

Un celador nos trae una silla de ruedas. Lo que quiero son medicinas.

Entramos en una sala que tiene un monitor. Atan unas correas sobre mi abdomen, cada vez que tengo una contracción una línea azul pinta unas montañas sobre el papel.

— Gracias —le digo en un momento de tranquilidad.

— Gracias ¿Por qué? — quita con la mano la gotas de sudor que van apareciendo por mi frente.

— Por no dejarme firmar el papel, por estar conmigo después de lo mal que te he tratado, son tantas cosas...

Otra contracción. Me hago un ovillo esperando que pase para poder volver a respirar.

— No es tan fácil librarse de mí.

— ¿Emma Garret? — Entra un médico — enhorabuena. En unas horas tendrá a su hija en brazos. Está usted de parto.

Por suerte los pensamientos no se escuchan. O estoy de parto o me estoy muriendo, estos dolores no son normales y este estúpido médico me habla con tanta tranquilidad que me dan ganas de saltar de la camilla y abofetearlo.

— Me lo imaginada. Solo estoy de siete meses ¿Hay algún peligro?

—No tiene porque. No se preocupes.

Solo quedan unas horas para que la vea. Tanto tiempo esperando y ahora, que ha llegado el momento estoy más aterrorizada de lo que lo he estado nunca.

Capítulo 96

La persona que inventó la epidural debería tener una estatua con una plaquita.

Después de dieciocho horas, por fin le vi la carita. Tan redondita y perfecta como me había imaginado. La tengo entre mis brazos, dormidita y tranquila. Ahora es cuando te das cuenta de que todos los dolores merecen la pena.

La familia de Ian al completo aparece por la puerta, junto con Dorotea y Max. Traen flores, bombones y un par de peluches gigantes que no sé donde voy a meter. Estoy agotada por todo el esfuerzo, pero los echaba tanto de menos...

— Emma, cariño — Emily se acerca para ver a su nieta de cerca — es una preciosidad como tú.

Will y Helena caminan hasta la cama. Espero que no me guarden rencor por apartarlos de mi lado.

— No podías tener un embarazo normal de nueve meses ¿Verdad? — Bromea — tu lo haces todo a lo grande.

Helena le da un codazo en broma.

— Déjala en paz ¿Cómo te encuentras?

Estoy agotada, cansada. Dormiría del tirón una semana entera si pudiera, y aun así, es el momento más feliz de mi vida.

— Bien, ha ido todo muy bien.

Ian había ido corriendo a mi piso a recoger algo de ropita y algunos pañales. Nos ha pillado de improviso y no teníamos nada preparado ni a mano.

¿Cómo se tomarán la noticia de que hemos vuelto? Al final hemos decidido contarle cuando pasen unos días.

— ¿Cómo están mis princesas? —pregunta Ian entrando.

Todos se giran en silencio, esperando a que deje de mirar el teléfono.

— Cariño...

Dorotea es la primera en animarse a decir algo.

— ¿Volvéis a estar juntos? — pregunta tapándose la boca con la mano.

Este momento no me lo había imaginado así, pero ya que tenemos los pies mojados, es mejor tirarse al río de cabeza.

— Hoy hemos estado hablando...

—... Y entre contracción y contracción habéis decidido volver, muy oportuno
— bromea Will.

Emily estalla en lágrimas de alegría y se tira a los brazos de su hijo. Para una madre debe ser muy duro pensar que los dos matrimonios de su hijo han terminado así de mal. Es lógico que se alegre.

— Pero ¿No firmabais hoy los papeles del divorcio? —pregunta separándose de su hijo.

— Ya lo conoces — bromeo — rompió los papeles y empezar de nuevo nos daba pereza.

No es necesario que sepa más de la cuenta. Con el corazón como lo tiene, alterarla para bien o para mal me da miedo.

Pasan un ratito con nosotros. Todos se pelean por coger a mi pequeña en brazos. Ser el único bebé en la familia es lo que tiene, se les cae la baba con solo mirarla.

Cuando nos quedamos solos, Ian se sienta en un lado de la cama con la cabeza apoyada sobre la mía.

— Hemos estado muy cerca de perdernos — murmura acariciando la mejilla de mi pequeña Clara.

Suspiro sabiendo que tiene razón. Ahora ya no temo perderle, pero si me da miedo pensar en Sarah.

— No pienses en eso.

En el momento que el sol comienza a salir por el horizonte, le pido a Ian que me traiga un enorme café. La noche ha sido larga y casi no hemos dormido.

Debe ser normal eso que dicen de que hasta que no tienen dos años no sabes lo que es volver a dormir del tirón. Ya queda un día menos.

— Mira que flores tan bonitas te han traído — una enfermera trae un ramo de margaritas.

No conozco a muchas más personas de las que ya han venido a vernos. Rebusco entre los tallos alguna tarjeta. Hay escondida al fondo una pequeña tarjeta blanca.

Huelo las margaritas. Tienen un aroma a primavera increíble. Parecen recién cortadas.

Dejo el ramo sobre la mesa y abro el pequeño sobre. Saco la tarjeta.

«Has sido una chica mala, princesa»

Desde que ha nacido nuestra niña, Ian nos llama sus princesas ¿Cómo es posible que lo sepa Sarah o Toni? No es una casualidad que lo haya escrito. Quiere que lo sepa y me vuelva loca de angustia pensando quien nos está traicionando.

Me da igual lo que nos pase a nosotros, pero mi niña... mi princesita, solo con pensar que puedo perderla muero de angustia.

Tiro la tarjeta lo más lejos posible. Cojo el teléfono para llamar a Ian. Si

estamos en peligro quiero aquí en el hospital a la policía, la infantería y los santos marines si hace falta.

— Dime — contesta al segundo tono — No te impacientes, ya te estoy llevando tu café descafeinado.

— Tienes que venir, rápido.

Escucho como se aceleran sus pisadas.

— ¿Qué ocurre? ¿Le pasa algo al bebé?

Me muerdo el labio.

— Esta bien... pero ven.

En menos de un minuto está delante de la puerta y corre hacia nosotras. Antes de que pueda volver a preguntar le señalo la nota que está tirada en la esquina más alejada de la cama.

— Alguien les está pasando información — llega a la misma conclusión que yo — voy a llamar al agente Harrison.

Cojo a mi pequeña de la cuna y la mezo entre mis brazos. Este amor es indescriptible. Quieres a tu pareja, a tu familia, pero lo que se siente por un hijo no se puede definir. Daría mi vida mil veces con tal de saber que ella va a estar a salvo.

— Buenos días papis — una enfermera entra por la puerta — tengo que llevármela para bañarla.

La aprieto más contra mi pecho. Ya me había dicho que hoy antes de darme el alta la bañarían, pero separarme de ella no me gusta.

— ¿Cuánto tardará? — pregunto pensando seriamente en oponerme.

— ¡Vaya! Tenemos una mami protectora — bromea quitándomela de los

brazos — en cinco minutos estará de vuelta.

Ian había salido para hablar más tranquilo o quizás para que no lo escuche y no me ponga más nerviosa.

— Ya viene de camino. Trae a dos hombres para que monten guardia en la puerta.

Bien, de este modo ni Toni se atreverá a venir con dos policías enormes custodiándome.

Pasan los cinco minutos y la enfermera no trae a mi pequeña... estoy empezando a ponerme nerviosa. En solo un día he desarrollado una dependencia extrema hacia mi niña. Así de fácil se pasa de no conocerla a quererla con todo tu ser.

— ¿Cómo van estos padres primerizos? — Entra otra enfermera más joven — tengo que llevarme a Clara para darle un bañito.

Ian y yo nos miramos. El pánico se apodera de mi e intento levantarme para salir a buscarla, no sé donde pero tengo que hacer algo.

Ian sale corriendo de la habitación, mientras la enfermera nos observa sin comprender nada, pero entiende que algo está pasando.

Encima de la mesita suena mi teléfono. Un número que no conozco de nada parpadea en la pantalla.

Vuelvo a sentarme sobre la cama. Algo en mi interior me dice que esta es la llamada, el rescate, las exigencias si quiero volver a ver a mi hija.

Pulso el botón verde y lo coloco sobre mi oído.

— Que es lo que quieres.

— Cuatro meses estupendos tirados a la basura — suena la voz de Sarah al otro lado — escucha atentamente porque no me gusta repetirme. Si quieres

volver a ver a tu engendro, tienes que hacer exactamente lo que te diga.

No sé lo que me va a pedir y tampoco me importa. Sea lo que sea lo voy a hacer sin vacilar. Estoy preparada.

Capítulo 34

Ian todavía no ha vuelto, sigue buscando a mi niña, lo que no sabe es que no la va a encontrar. Sarah sabe bien lo que hace y lleva demasiado tiempo preparándolo y perfeccionándolo.

— Vas a buscar a tu maridito — comienza a decirme lo que tengo que hacer — le vas a culpar de todo y le vas a decir que te arrepientes de haber vuelto con él — su risa cantarina suena de fondo — lo vas a destrozar. Recuerda que estaré observando así que hazlo bien, princesa.

Destrozarle el corazón a Ian. Puedo decirle cosas horribles que le provoquen pesadillas, pero es por su hija. Tengo que recuperarla como sea.

— ¿Qué más quieres? — no me lo pondría tan fácil una enferma como ella.

— Chica lista. Te voy a mandar una dirección en un mensaje. Vas a ir completamente sola ¿Está claro?

Ian entra por la puerta como alma que lleva el diablo. Se pasa las manos por el pelo una y otra vez. Todo el pasillo se ha llenado de personal buscando a mi niña.

— Está claro.

Cuelgo nada más contestar. Durante un instante me quedo pasmada mirando la pantalla. Si quiere que vaya a ese sitio sola... no voy a ver crecer a mi niña, no reconocerá mi cara, no estaré cuando el día de la madre hagan dibujos en el colegio. Estoy totalmente segura y por extraño que parezca estoy tranquila.

¿Qué hay más importante que dar la vida por un hijo? Si tengo que elegir una manera de sufrir, que sea esta.

— Emma ¡Reacciona joder! — Ian me zarandea.

Como no había otro momento menos oportuno, su familia vuelve a venir de visita. Es una suerte que su madre tenga cita con el cardiólogo y se vaya a retrasar un poco.

— Menudas ojeras — Will y sus bromas.

— Esto es por tu culpa — si quiere testigos de todo lo que voy a decir, los va a tener.

Ian me suelta y arruga las ceja.

— ¿Qué estás diciendo?

Me levanto de la cama. Tengo que apoyar las manos en la pared para no caerme al suelo. Todo me da vueltas y lo único en lo que puedo pensar es en hacer lo que tengo que hacer.

— Chicos ¿Qué pasa?

— Nada Will, solo que la ex mujer loca de Ian se ha llevado a mi hija — le pongo a la voz todo el asco que puedo aunque mi corazón llora por el daño que le voy a hacer.

— Emma... — Ian no comprende lo que está pasando. Ha dado un par de pasos hacia atrás y me mira con la súplica reflejada en la cara.

— Ya es tarde para Emma. Debería hacer firmado los dichosos papeles del divorcio, no mereces la pena — Aprieto los dientes pidiendo al cielo no romper a llorar ahora — no quiero volver a verte jamás ¿Me entiendes? Te odio.

No espero a que responda. Necesito salir de ahí lo antes posible. Dejar de escuchar como le he roto el corazón, como todos los Garret me observan sin atreverse decir nada.

Antes de irme, cojo el teléfono que dejé sobre la cama. Le lanzo una última mirada, el dolor que veo en su cara me perseguirá siempre.

En cuanto mis pies tocan la calle me siento como si llevara horas caminando. Tengo la respiración acelerada y el pulso descontrolado. Aun estoy débil y mi cuerpo lo sabe.

Justo frente al hospital hay una parada de Taxis. Camino hasta ellos. Me siento detrás sin importarme el dolor que siento.

— ¿A dónde?

Abro el mensaje con la dirección y se la enseño al taxista.

Soy incapaz de pensar. Mi mente está totalmente en blanco. Solo miro por la ventanilla admirándolo todo. Los árboles que comienzan a florecer, una pareja en un banco comiéndose un helado. Todo lo que para mí se ha terminado.

Tardamos casi cuarenta minutos en llegar. Mi móvil no ha parado de sonar. Tengo un total de treinta y siete llamadas de Ian, no quiero ni imaginar por lo que está pasando, pero al final estará bien, lo sé.

— Ya hemos llegado — informa el conductor —son ciento treinta y siete dólares.

Como si es un millón, no llevo ni uno encima. Ahora que me he mirado buscando el dinero, todavía llevo el camión del hospital.

— No tengo dinero... pero, creo que tengo algo mejor.

Saco el anillo que me regalo el día que nos casamos y después de darle un beso, se lo tiendo al hombre.

— Esto vale mucho más dinero, no puedo aceptarlo.

— Vale mucho más, es cierto, pero espero que lo compense haciéndome un

favor.

La idea que he tenido es una locura. Todo lo que estoy haciendo lo es, así que ¿qué más da una más?

— Dígame que necesita.

Aprieto mi mano sobre su hombro para que me preste atención.

—Mi marido es Ian Garret, está en el hospital donde me ha recogido ¿Puede volver y decirle que le quiero? No puedo explicarle nada, pero por favor, hágalo.

No sé lo que va a ocurrir cuando me baje de este coche y pensar que mis últimas palabras han sido: te odio, me está devorando por dentro.

— Está bien —acepta.

— Júremelo — ordeno — es muy importante.

Si sigo insistiendo me va a tomar por loca.

— Se lo juro.

Le dedico un amago de sonrisa.

—Gracias.

Me bajo del coche. No tengo ni idea de donde estoy. Me pongo a andar por la estrecha calle que termina con un muro al final.

Escucho unos pasos a mi espalda. Me giro sabiendo a quien me voy a encontrar.

— Hola Sarah ¿Dónde está mi hija?

Cruza las manos por la espalda imitando un balanceo. Parece una niña

pequeña el día de reyes.

— Está a punto de volver con su padre ¿Qué te has pensado que soy? Jamás haría daño a un bebé tan adorable.

Da igual lo que diga o haga, no hay forma de que la crea.

— ¿Cómo se que no me estás mintiendo?

Abre un bolso negro que lleva en forma de bandolera y saca una tablet.

— Míralo tú misma.

Pulsa un botón y aparece la habitación de hospital con toda la familia. También veo a Ian, está llorando sobre el hombro de su hermano.

Una enfermera llega con mi niña en brazos.

— ¡La hemos encontrado! — Grita corriendo hacia Ian — estaba en una de las incubadoras.

Veo como se recompone y como le cambia la cara de dolor a una amplia sonrisa mientras sujeta entre sus brazos a su niña. Siempre ha sido un gran hombre.

La cámara por la que los veo a todos se mueve de un lado a otro. Alguien lleva una de esas mini cámaras encima y no nos hemos dado cuenta. Temo saber quien es...

Ian se acerca con la niña en brazos hasta la persona que lleva la cámara.

— Dorotea ¿Podría usted llamar a Emma por si le atiende el teléfono? Que sepa que su hija está bien.

¿Dorotea? No puede ser, es imposible...

— Los hombres siempre destripan el final antes de tiempo —a Sarah le hace

mucha gracia todo — En fin, ya has visto suficiente.

La parte más importante ya está solucionada, pero estoy segura de que ahora viene la parte más desagradable.

— ¿Qué quieres que haga ahora?

Aplaudes un par de veces ¿Cómo se puede estar tan enferma y no recibir tratamiento?

— Yo me tengo que ir, pero te dejo en buena compañía.

Se abre una puerta justo a la izquierda de Sarah, que comienza a irse sin esperar a ver quien aparece.

Toni se planta frente a mí.

— Mi turno, princesa.

Capítulo 97

Viene decidido hasta mí, me agarra por el brazo y tira para que le siga. Da grandes zancadas que me provocan un dolor que me nubla la vista.

Entramos por la puerta metálica a una especie de almacén abandonado. Estaba tan segura de que me las tendría que ver con Sarah, que no había pensado en Toni. Mis posibilidades contra él son menos de cero.

— ¿Por qué? — pregunto dando un tirón para soltarme.

— ¿¡Por qué!? — Grita pegando su cara a la mía — me engañaste. A mí nadie me engaña, puta.

Así de simple y fácil. Decides destrozarle a alguien la vida porque te ha engañado.

— ¿Pues sabes qué? No cambiaría absolutamente nada — le escupo esas palabras que se que le duelen — te engañaría mil veces.

Tiembla de pies a cabeza por la rabia que siente. Esperaba que suplicara, que le pidiera perdón por el error que cometí ¡Pues no pienso hacerlo!

Solo tengo una única posibilidad de salir de aquí, y es que el taxista cumpla su palabra y busque a Ian. Si el hombre que me ha traído hasta aquí piensa que estoy loca y no me hace caso... no sé qué va a ser de mí...

Toni me da un puñetazo en el bajo estómago sin que lo espere. Se me corta la respiración y me inclino sobre mí misma.

No consigo meter aire en los pulmones aunque lo intento. Me rodeo con la esperanza de calmar el dolor y las nauseas que se han apoderado de mi cuerpo.

—Ríete ahora ¡Venga! — grita sujetándome por la barbilla.

No entiendo lo siguiente que me dice. Tan solo escucho un murmullo lejano, pero por como me mueve la cara con la mano que me sujeta, deduzco que continúa gritándome.

Siento algo cálido descender por mis piernas, algo empapa el suelo bajo mi cuerpo. En el momento que Toni me suelta la cara miro mi camisón, se está convirtiendo en un amasijo de tela roja, llena de sangre.

Intento apartarlo de mí, pero se pega como un imán una y otra vez. Cada vez hay más sangre.

— ¿Por qué estás sangrando? — Toni es otra persona. Se ha puesto nervioso porque no sabe lo que ocurre.

— No... No lo sé.

La hemorragia no para. Despacio voy acomodando mi cuerpo sobre el suelo.

— Yo...— tartamudea — yo... s...solo quería dart...te un susto.

Dejo caer la cabeza. El frío va invadiéndome sin compasión y en un momento empiezo a tiritar y temblar. Si solo quería darme un susto ¿Por qué no hace algo? ¿Por qué no me ayuda?

— Lo siento, Emma — camina hacia atrás sin dejar de mirarme — lo siento.

Sigue andando hacia atrás hasta que choca contra la puerta. Con manos temblorosas la abre y sale corriendo.

Me quedo mirando fijamente la puerta por la que ha salido Toni. Imagino que Ian entra y me saca de allí entre sus brazos. Una tranquilidad me inunda con tan solo pensar que mi pequeña está bien. El resto del mundo, Ian o yo, no somos importantes en comparación.

Cierro los ojos dejando volar la imaginación, cuanto poder tiene... Clara tiene

dos años y ya camina sola, corretea por el parque mientras señala los columpios y el tobogán...

— Emma.

Empieza el colegio, es su primer día. Da patadas al suelo con la puntera de sus zapatitos intentando disimular los nervios que siente al estar rodeada de tantos niños.

—Abre los ojos, Emma.

Ian la observa con una ternura que sólo un padre podría tener.

Unos golpecitos en la cara me obligan a dejar mi perfecto mundo para centrarme de nuevo en el dolor y la oscuridad. Estoy cansada ¿Por qué no me dejan en paz?

—Vamos, tienes que hacer un esfuerzo— Harrison está sentado a mi lado junto con varios policías que no conozco.

— ¿Ian? — Susurro — ¿mi... Mi pequeña?

— Están todos bien, no te preocupes. La ambulancia está a punto de llegar pero tienes que mantener los ojos abiertos ¿vale?

No contesto. Intentar hacer lo que me pide es una locura. Es como ponerte una alarma a las tres de la mañana y hacer lo mismo. Los párpados se cierran solos.

— ¡Dónde está la maldita ambulancia! — Grita a sus hombres — Emma, si tengo que llenarte de moratones para mantenerte despierta, lo voy a hacer. Haz un esfuerzo.

La bofetada que me da en cuanto termina de hablar, me confirma que no está de broma.

Unas sirenas suenan a lo lejos, y poco a poco su sonido se va haciendo más

fuerte y desagradable hasta que paran por completo.

Un médico y varios enfermeros entran corriendo en el almacén. Después de evaluarme rápidamente, me tumban sobre una camilla que introducen dentro de la ambulancia.

Dentro del pequeño espacio, todos se mueven sincronizados a la perfección. Uno me coge una vía, otro inyecta algún tipo de medicina dentro de ella y el médico saca una bolsa de sangre y la conecta a la vía sin perder el tiempo.

En un solo parpadeo ya no estoy en la ambulancia. Puede que haya perdido el conocimiento, porque estoy en una habitación de hospital. Mi pequeña en una cunita a mi lado e Ian, sentado en una silla con la cabeza descansando sobre el colchón.

Quizás estoy muerta y este es el cielo. Si es así, quiero quedarme. Levanto la mano y la paseo por el pelo de Ian. Es tan real. Mis torpes movimientos lo despiertan.

— ¿Emma? — me mira como si no creyera lo que está viendo.

— ¿Estoy muerta?

No puedo dejar de mirarlo. Tengo la sensación de que floto en una nube.

— No digas eso — me regaña — estás en el hospital.

El puñetazo de Toni me viene a la memoria. La llamada de Sarah, Dorothea... Oh dios mío, no puedo creer que ella también estuviera de parte de Sarah.

— Te dije un montón de cosas horribles, Ian, pero no las pienso — lloriqueo intentando incorporarme — ¿Podrás perdonarme?

Coloca una almohada detrás de mi espalda y me ayuda a tumbarme de nuevo.

— No tengo nada que perdonarte, pero cuéntamelo todo.

Cierro los ojos buscando el momento exacto. No quiero hablar de cuando desapareció mi pequeña, no puedo hablar de ello...

—Supongo... Que empezó cuando saliste de la habitación. Sarah me llamó y me dijo que si quería recuperar a...— se me entrecorta la voz— tenía que dejarte hundido... Y eso hice. Lo siento tanto.

— ¿Qué sientes? ¿Haber salvado a nuestra hija? ¿Es qué crees que mi corazón es más importante que mi pequeña?

Visto desde ese punto de vista, es cierto. Por mi bebé volvería a hacer lo mismo una y mil veces.

— Me dijo que fuera a una dirección y allí estaba Toni esperándome.

Espero que lo pille la policía. Son dos dementes muy astutos y si Sarah es lista, ya se habrá ido del país.

— Bueno... — Que yo le corrobore que mi vuelta al hospital ha sido por Toni, le enfurece tanto como para cambiar de tema — ahora descansa.

Yo le he contado mi historia, pero quiero saber si el taxista le dio mi recado, y si no lo hizo ¿Cómo supo donde estaba?

— Espera, espera ¿Cómo me encontrasteis? ¿Vino el taxista?

—Un buen hombre. Menos mal que hizo caso a una chiflada en camisón.

Solo me queda una última cosa por hacer. Quiero hablar con Dorotea antes de delatarla a la policía.

— ¿Puedes decirle a Dorotea que entre? Necesito hablar con ella — musito.

Si Ian me pregunta por lo motivos le voy a tener que mentir, al menos por el momento y ya estoy cansada de mentiras y líos.

—Claro, mi amor.

Se levanta de la silla desperezándose y tras darle un beso a Clara, que todavía duerme, sale de la habitación.

Capítulo 98

Espero tumbada a que Dorotea entre mientras admiro como duerme mi pequeña. Es perfecta.

Escucho su respiración tranquila. No tiene ni idea del peligro que la ha rodeado estas últimas horas.

Abre la puerta con cuidado y pasa. Tiene los ojos colorados e hinchados de llorar ¿Será verdad que ha estado sufriendo? Acerca una silla a la cama para sentarse.

—Me ha dicho el Señor Garret que querías verme. No sabes cuánto me alegra que estés bien.

Tiende una mano para coger la mía, que aparto al momento. No quiero que me toque ni con un palo.

— Tu lo sabía todo. Nos tenías engañados.

Rompe a llorar como si fuera una niña pequeña.

— ¡Me amenazó! Le hacía fotos a mi hijo y me las mandaba. Si no hacía lo que ella quería le iba a hacer daño.

Termina de hablar, pero continúa llorando y sorbiendo por la nariz. Puedo entender el miedo que sientes solo con pensar que tu hijo corre peligro, porque lo he sentido.

— Eras como una madre para mí. Comprendo que tu prioridad sea tu hijo ¿las cartas eran reales? Las dejabas tu ¿verdad? — solo ella podía entrar y salir a su antojo aunque la policía vigilara.

—No, Emma — saca un pañuelo y se suena la nariz — eran falsas. Todas.

Ella... Ella solo quería que lo dejaras.

Desde que comenzaron los anónimos me los he creído aunque Ian decía que eran falsos, me siento la peor persona del mundo. Le debo una disculpa.

— No te voy a denunciar, por tu hijo. Pero vas a salir ahí — señalo la puerta — y le vas a decir a Ian que dimites y que no puedes seguir trabajando para él. No quiero volver a verte.

No me da ninguna pena aunque tiene un motivo para habernos traicionado.

—Emma cariño — suplica sin dejar de llorar.

—No me digas cariño. Nos lo tendrías que haber dicho y la policía os habría protegido. Ahora vete.

Estoy siendo dura con ella, pero es imposible que me salga ni una pizca de cariño hacia la mujer que ayudó a que se llevaran a mi hija.

En cuanto sale por la puerta entra toda la familia de Ian menos él. Dorotea debe de estar contándole que dimite e inventándose una excusa.

— Estás medio chalada — Will bromea pero tiene los ojos rojos como todos los demás.

... Y tu un llorica. Ponte colirio o algo — bromeo quitándole hierro a todo este drama.

Los padres de Ian me regañan por la locura que he hecho y a la vez me insinúan que he sido muy valiente y que he tenido mucha suerte.

Clara comienza a llorar. Tanto alboroto la ha despertado. Desde luego tiene el mismo carácter que su padre. Como si tuviera una alarma, Ian entra por la puerta y camina directo hacia la cuna para cogerla y calmarla.

A la mañana siguiente el médico da el visto bueno. La hemorragia ha parado y me encuentro bastante bien. Solo tengo que guardar unos días de reposo y

listo.

Ian lleva las cositas de Clara al coche. Vuelve a por nosotras, que lo esperamos sentadas en la entrada del hospital.

Un coche de policía para frente a las puertas de cristal. Dos hombres uniformados salen, rodean el coche y sacan a un muchacho de la parte trasera. Toni.

Se comporta como un loco. Grita y forcejea. Tiene una brecha en la frente que no para de sangrar.

— ¡¿Emma?!— Grita en cuanto me ve — ¡diles que no te he hecho nada!

Levanto una ceja sin comprender ¿me está pidiendo ayuda? Por mi, puede pudrirse en la cárcel el resto de su vida.

Desaparece de mi vista. Los detenidos no esperan junto con los demás enfermos, entran directamente para que un médico los evalúe.

Otro coche al lado del de policía aparca en doble fila. Harrison se baja de él.

—Hola Emma, me alegra ver que estás recuperada — me salvó la vida a base de bofetadas, pero no le guardo rencor.

—Agente Harrison — saluda Ian acercándose a nosotros.

—He venido para hablar con vosotros. Hemos pillado a Sarah y a Toni.

Esta es la mejor noticia que podía recibir. Ya no corremos ningún peligro ni tengo que salir a la calle mirando hacia atrás por si Sarah me sigue.

— ¡Qué buena noticia! ¿Cómo los habéis pillado?

— Los muy estúpidos estaban montando un espectáculo en un callejón. Sarah le pegó con un cristal en la cabeza por haberte soltado y las personas que lo presenciaron llamaron a la policía.

Es de lo más lógico. Cuando has cometido un delito montas una escena en la calle para que venga la policía y te pillen. Eso solo me puede decir que no son tan listos como pensaba.

— Muchas gracias por todo lo que ha hecho por nosotros — le agradece Ian dándole la mano.

Salimos del hospital para iniciar por fin una nueva vida. Una vida tranquila junto a mi marido y mi hija, y de una vez por todas, disfrutar de este regalo que durante tanto tiempo he soñado.

No puedo apartar los ojos de este bebé, que para mí es el más bonito de todos. Me tiene enamorada desde el minuto cero.

Al llegar a casa se ha dormido con el movimiento del coche. La suelto con cuidado en la cuna y salgo de su cuarto.

Ian me espera con dos copas de vino sobre la mesa.

—He pensado que tenemos mucho que celebrar.

—Todavía no — antes tengo que arreglar una última cosa — Me dijeron que todo lo que ponía en las cartas era mentira y yo no te creí, lo siento mucho. No debí dudar de ti.

Ian me sonrío feliz por eliminar los últimos fantasmas que nos quedaban. Para él es importante que esa duda quede eliminada por completo.

— Me alegra que sepas la verdad. Por cierto, Dorotea se ha despedido hoy. Demasiadas emociones para ella.

Se me endurece el semblante. Intento disimular porque no quiero que sepa que la mujer que ha estado a su lado tantos años lo ha traicionado. Ya basta de sufrir y de sentir rencor.

— Una lástima.

Sirve vino en las copas, me tiende una de ellas y la levanta para hacer un brindis.

— Porque jamás te canses de mí. Porque te quiero como nunca he querido a nadie y porque tú fuiste la luz que me devolvió la vida.

— Te equivocas, tu eres la luz y te quiero por ello.

Damos un sorbo a la copa y la dejamos sobre la encimera. Ian rodea mi cintura con sus brazos y deja un suave y dulce beso sobre mis labios.

— Te quiero — susurra en mi oído.

Epílogo

Todos charlamos en el jardín de los padres de Ian. Han pasado seis meses desde que Toni y Sarah se confabularan para raptar a mi hija y terminar conmigo para hundir a Ian. Les salió mal y ahora están en la cárcel. Van a pasar tantos años que cuando salgan no tendrán fuerzas para vengarse.

Hemos quedado porque Will quería darnos una noticia. Nadie tiene ni idea de lo que es, aunque algo me dice que Ian si que se huele algo. Cuando sabe las cosas se le pinta en la cara una sonrisa prepotente que le delata.

—Vuelvo a ser el director de la empresa — festeja contento.

Lo primero que hago es mirar a Ian. No sé de que manera, pero ha tenido algo que ver seguro.

— ¿Y eso? ¿Se han dado cuenta de que lo hicieron mal? — Emily lo abraza.

— Un comprador anónimo hizo una OPA hostil. Ofreció demasiado dinero como para rechazarlo con la única condición de que yo fuera el director.

— Ahora vuelvo — Ian deja la copa sobre el césped y desaparece de nuestra vista.

Es una gran noticia. Durante estos seis meses ha estado tirando de ahorros. Creo que podría vivir de los ahorros durante toda la vida, aunque no se lo he preguntado.

— Esto es para ti — vuelve con una carpeta que le tiende a Will.

Tras pasarse unos minutos leyendo lo mira con la boca abierta.

— ¿La has comprado y la has puesto a mi nombre? — Pregunta emocionado
— ¿has pagado seis millones y me la regalas?

Se mete las manos en los bolsillos y se acerca hasta un Will emocionado hasta la médula. Lo abraza y le da unos golpes en la espalda.

— Eres mi hermano y hemos perdido mucho tiempo enfadados. Ahora es tu empresa de nuevo.

Clara comienza a llorar en el cuco y al ser el único bebé de la familia, todos se pelean por cogerla. Desde que era adolescente he estado sola y ahora tengo esta gran familia que se preocupa por mí y me cuida. No puedo pedir nada más.

Todo es perfecto tal y como está y cada día al despertarme doy gracias por haber chocado con Ian aquel día que caminaba sin prestar atención.